



NUDOS DE LA REPÚBLICA

La visión de los historiadores

Desde los orígenes republicanos hasta su proyección actual

JOSEPH DAGER ALVA
LILIANA REGALADO DE HURTADO



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024

LA VISIÓN DE LOS HISTORIADORES

BIBLIOTECA BICENTENARIO

— Comité Editorial —

Marcel Velázquez Castro

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Carmen McEvoy

Sewanee: The University of the South

Guillermo Nugent

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Fabiola León-Velarde

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Nelson Pereyra

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga

Claudia Rosas Lauro

Pontificia Universidad Católica del Perú

Luis Nieto Degregori

escritor

NUDOS DE LA REPÚBLICA

La visión de los historiadores

Desde los orígenes republicanos hasta su proyección actual

JOSEPH DAGER ALVA
LILIANA REGALADO DE HURTADO



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024

BIBLIOTECA BICENTENARIO
Colección Nudos de la República, 7

La visión de los historiadores. Desde los orígenes republicanos hasta su proyección actual

Dager Alva, Joseph y Regalado de Hurtado, Liliana

La visión de los historiadores. Desde los orígenes republicanos hasta su proyección actual / Joseph Dager Alva y Liliana Regalado de Hurtado. 1.^a ed. digital. Lima: Ministerio de Cultura - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú, 2024.

282 pp.

historiadores / «nueva historia» / República / República del Perú

Primera edición digital: octubre de 2024

- © Joseph Dager Alva
- © Liliana Regalado de Hurtado
- © De las imágenes: sus respectivos autores
- © Ministerio de Cultura del Perú

Sello editorial - Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú
Av. Javier Prado Este 2465 - San Borja, Lima 41, Perú
www.bicentenario.gob.pe

Ministro de Cultura: Fabricio Alfredo Valencia Gibaja

Director ejecutivo del Proyecto Especial Bicentenario: Percy Yhair Barranzuela Bombilla

Jefa de la Unidad de Gestión Cultural y Académica-PEB: Mariela Noriega Alegría

Coordinación editorial: Jaime Vargas Luna, Bertha Prieto Mendoza y Renzo Palacios Medina

Cuidado de edición y corrección de estilo: Andrea Del Pilar Mejía Liza

Diagramación de interiores: Fabricio Guevara Pérez

Diseño de cubierta: Fabricio Guevara Pérez

Fotografía de cubierta: © The Trustees of the British Museum

Investigación fotográfica: Herman Schwarz Ocampo

El cuidado de edición en este libro fue realizado por el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

ISBN 978-612-5152-52-7

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2024-03414

También disponible el libro electrónico en www.bicentenario.gob.pe/biblioteca

Se permite la reproducción parcial siempre y cuando se cite la fuente.

Índice

Palabras preliminares 11

Presentación de la colección 13

Una historia en imágenes 19

Introducción 37

Parte I

La confección de una historia
nacional en el siglo XIX 41

1. Historia e historiadores 43
 - 1.1. Los fundadores 47
 - 1.2. Los románticos 51
 - 1.3. Los eclécticos 62

2. La independencia como hecho fundacional de la nación 73
 - 2.1. Paz Soldán y la versión limeña y oficial de la independencia 74
 - 2.2. Nicolás Rebaza y la voz de las regiones 86
 - 2.3. Nemesio Vargas Valdivieso y la tercera generación 90

3. El pasado reciente de la nación 99
 - 3.1. Los primeros años republicanos, desorden y desunión 99
 - 3.2. La Confederación Perú-Boliviana 103
 - 3.3. La Guerra del Pacífico y las «narraciones» de Paz Soldán 110
4. El pasado lejano 123
 - 4.1. La conquista española y el Perú virreinal 123
 - 4.2. El estudio del antiguo Perú 128

Parte II

Una mirada a la historiografía peruana contemporánea 149

5. La historia que se escribió en la primera mitad del siglo XX 151
 - 5.1. El comienzo: la generación del novecientos 152
 - 5.2. La generación del centenario 156
 - 5.3. Marchando entre la continuidad y los cambios 164
6. Las nuevas historias 193
 - 6.1. Las transformaciones durante las décadas de 1960 y 1970 y el surgimiento de la «nueva historia» peruana 193
 - 6.2. El desarrollo de la «nueva historia» 211
 - 6.3. En el terreno de la «novísima historiografía» 229

7. El escenario del siglo XXI	237
7.1. La revisión historiográfica. Esfuerzos de sistematización y análisis	238
7.2. Estudiando la historia del tiempo presente. En torno al tema de la violencia	245
7.3. Clío en los medios de comunicación	251
A modo de conclusión	255
Bibliografía	259



Palabras preliminares

La república peruana se fundó hace doscientos años, sobre las bases de una cultura milenaria, aunque también a sus espaldas. Al igual que el resto del continente, nuestra república nació excluyente y desigual, y ha sido lento y trabajoso el camino para reconocer, no solo nuestra pluriculturalidad, sino para ver en ella el verdadero potencial de la nación. Dos siglos después del nacimiento de nuestra república es, por lo tanto, justo y necesario hacer un balance de cómo la hemos venido construyendo, cuáles han sido sus grandes desafíos y en qué medida los hemos sorteado.

El Proyecto Especial Bicentenario tiene como misión implementar la Agenda de Conmemoración de la Independencia del Perú, con la finalidad de construir un legado del presente para el futuro, que contribuya a fortalecer las instituciones y construir ciudadanía, un legado que evidencie cómo vemos y pensamos hoy, tanto nuestro complejo proceso de independencia, como la construcción de la república a lo largo de estos doscientos años. Esto se hace particularmente importante porque a lo largo de los últimos dos años hemos sido azotados por una pandemia que afectó al planeta entero, pero que golpeó con extrema violencia al Perú, evidenciando la precariedad de muchas de las estructuras que tendrían que sostenernos

como sociedad, pero evidenciando también la resiliencia de las peruanas y peruanos, que continúan permanentemente forjando el país del futuro.

Para construir este legado de reflexión intelectual sobre el país, hemos creado la Biblioteca Bicentenario, que alberga libros, audiolibros, podcasts, un archivo documental, y otros contenidos para conocer, profundizar, y complejizar los procesos de independencia y de forja de la república peruana. Y al interior de esta, hemos elaborado la serie *Nudos de la República*, que propone examinar “nudos” o “grandes desafíos” de la vida peruana, tales como la salud pública, la educación, la economía, la discriminación desde distintas perspectivas, la migración, etc., dedicando cada volumen a un tema distinto, escrito por un especialista a modo de ensayo de divulgación, para acercar temas e investigaciones rigurosas a toda la ciudadanía lectora, promoviendo una reflexión crítica sobre el país, que estimule a su vez, mejores políticas y mejores prácticas que nos lleven a afirmar por fin una república de ciudadanos plenos e iguales.

Proyecto Especial Bicentenario de la Independencia del Perú



Presentación de la colección

La Biblioteca Bicentenario es una apelación cultural significativa a las y los peruanos, con motivo de la conmemoración de los doscientos años de la declaración de la independencia. Su diseño y ejecución demuestra el interés del Proyecto Especial Bicentenario por producir libros de calidad, que representen y analicen nuestra riqueza y complejidad históricas, así como la responsabilidad de las ideas y los sentidos de la palabra escrita para sintetizar y enjuiciar nuestro presente y proyectar nuestro futuro.

Nudos de la República es una colección dedicada a la reflexión sobre grandes problemas históricos y transversales del país, y a la discusión de sus posibles soluciones. Los libros de la serie recogen grandes temas identificados por el Estado peruano mediante el concepto «banderas del Bicentenario», a fin de presentar una síntesis diacrónica y analítica que incorpore, de manera dialógica y plural, los estudios y propuestas de la sociedad civil y la comunidad académica. En efecto, cada volumen trata sobre un tópico en específico: el racismo, la Amazonía, el plurilingüismo, las relaciones exteriores, la economía, la tradición oral, las epidemias y la salud pública, entre otros. La selección de los nudos y de las y los autores ha sido tarea del

Comité Editorial, conformado por especialistas del ámbito de las humanidades, las ciencias sociales y las ciencias naturales.

Definimos «nudos» como los problemas estructurales de la República, en la medida que constituyen los grandes retos del tercer siglo republicano, temas centrales para la gobernanza. Ellos evocan al quipu, a las primeras simbolizaciones y representaciones de información valiosa en el mundo andino, pero también a conflictos y articulaciones. Un nudo condensa, tensa, y a la vez contiene en su propia materialidad una salida, un des-enlace, una solución posible.

Esta colección ofrece una lectura y una interpretación de ejes transversales en nuestra república bicentenaria. Desde diferentes disciplinas, valiéndose de rigurosidad académica y de recursos expresivos del ensayo, se recorren conceptos, información actualizada, datos validados y diagnósticos críticos de prácticas sociales, todos los cuales son respaldados en la investigación. Con ello en cuenta, la redacción de cada libro ha sido encargada a un o una especialista de reconocida solvencia.

Esta serie presenta, de manera sintética y plural, y desde múltiples perspectivas político-ideológicas, lo analizado y discutido por la sociedad civil y la academia en torno a los mayores desafíos de la República. Nudos que unas veces nos agobian y otras lucen imbatibles son los que deben ser enfrentados para construir una sociedad menos desigual y fortalecer el bien común, el espacio público y el pensamiento crítico. En ese sentido, la finalidad general de esta colección es ofrecer, a las autoridades del Perú, los responsables de políticas públicas, los partidos políticos y la sociedad civil, herramientas que permitan tanto visibilizar y discutir dichas problemáticas,

como tomar decisiones y realizar acciones sociales orientadas a resolverlas.

Se trata de una serie de alta divulgación y, en consecuencia, está dirigida a lectores y lectoras con interés en la sociedad peruana, a aquellos y aquellas que buscan una comprensión cabal de fenómenos complejos, más allá de las simplificaciones empobrecedoras y las perspectivas polarizadoras. En un esfuerzo colectivo, llevado a cabo en medio de tormentas y abismos, el Comité Editorial del Proyecto Especial Bicentenario y un conjunto de distinguidos autores y autoras ofrecemos esta colección para pensar en libertad el país que queremos, presentando cual quipu los nudos o problemas de la República, pero también las posibilidades de leerlos, comprenderlos y desanudarlos de cara al futuro.

COMITÉ EDITORIAL

La visión de los historiadores
Desde los orígenes republicanos
hasta su proyección actual

JOSEPH DAGER ALVA
LILIANA REGALADO DE HURTADO



Una historia en imágenes



Sebastián Lorente (Murcia, 1813-Lima, 1884). Llegó de España en 1843. Fue docente y director del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, fundador del Colegio de Santa Isabel en Huancayo y catedrático y decano de la Facultad de Letras de San Marcos. Contribuyó a la modernización de la educación peruana, y —a través de su obra histórica—, a la construcción de una memoria para el Estado-nación peruano.



Entre dos nudos históricos. Manuel de Mendiburu (Lima, 1805-1885) fue testigo de dos nudos históricos de nuestra república: la Independencia y la Guerra del Pacífico. Su obra histórica es, sin duda, una de las más significativa de la historiografía decimonónica peruana. Desde su mirada, condena la conquista del incario por tener un basamento legal falso y por la crueldad de sus batallas, y recupera aspectos positivos de la época virreinal. Han pasado más de 140 años desde su publicación y hasta hoy es constantemente citada.



Historiador mayor. La obra de Mariano Felipe Paz Soldán (Arequipa, 1821-Lima, 1886) sobre la independencia y la Guerra del Pacífico, es monumental y rica en fuentes y datos. Su *Historia del Perú Independiente*, que abarca desde la Independencia hasta el fracaso de la Confederación peruano-boliviana, se convirtió casi en historia oficial, siendo la principal fuente de consulta sobre el tema hasta bien entrado el siglo XX. Además, gestó junto a su hermano Mateo, la ciencia geográfica peruana de la post-independencia.



La voz de las regiones. Nicolás Rebaza Cueto (Huamachuco, 1811-Trujillo, 1897) es uno de los personajes cuya voz reivindicaba la participación, en la gesta independentista, de aquellos patriotas que fueron relegados al olvido. *Anales del Departamento de La Libertad en la guerra de la Independencia*, obra prologada por Ricardo Palma, reseña con minuciosidad los diversos acontecimientos relacionados con la Emancipación en las provincias que conformaban la Intendencia de Trujillo (Cajamarca, Chachapoyas, Jaén, Lambayeque, Maynas, Piura, Trujillo, etc.).



Hacia una historia científica. Historiador y geógrafo, José Toribio Polo (Ica, 1841-Lima, 1918) marca el paso del estudio "aficionado" de la historia del Perú, a una aproximación científica. Integró la historia con otras disciplinas (en especial la geografía), y contribuyó a la reescritura de la historia virreinal, gracias a su amplitud de conocimientos, estilo metódico, y precisión bibliográfica y documental. Esto le dio la autoridad y capacidad suficientes para corregir fuentes y fechas erróneamente atribuidas hasta entonces.



Los primeros textos de enseñanza de historia del Perú. Carlos Wiese Portocarrero (Tacna, 1859-Lima, 1945) representa el esfuerzo de un grupo de historiadores por dar una visión historiográfica de conjunto entre fines del siglo XIX e inicios del XX, y los textos escolares sirvieron para ese objetivo. Su libro *Resumen de la Historia del Perú* inicia la enseñanza de la historia nacional dirigida a la instrucción pública básica.



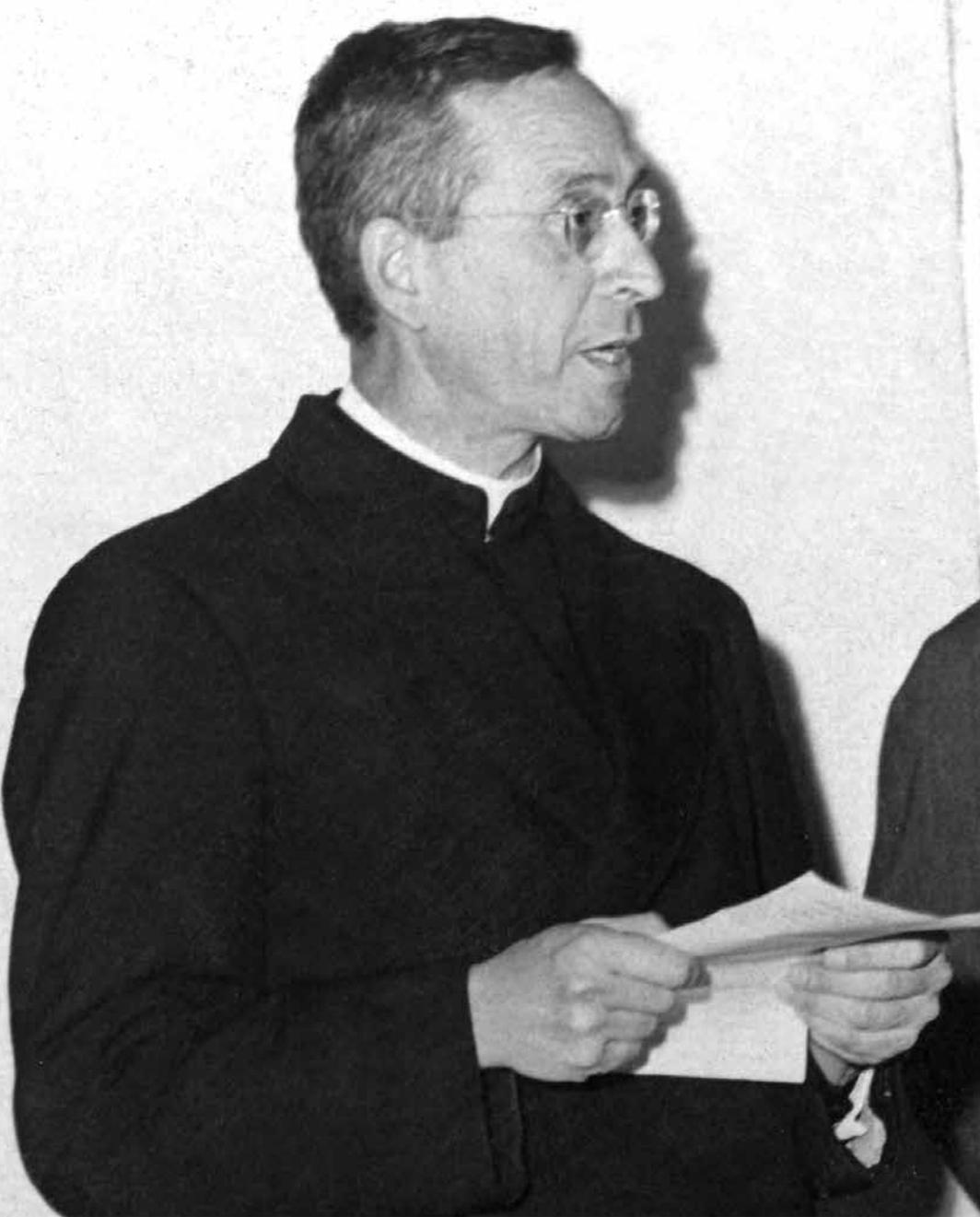
Generación del Centenario. Al impulso de un grupo de estudiantes sanmarquinos se dio la renovación de la investigación histórica, reexaminando las fuentes historiográficas sobre la Independencia. Ese grupo (integrado entre otros por Manuel Abastos, Carlos Moreyra y Paz Soldán, Jorge Guillermo Leguía, Guillermo Luna Cartland. Sentados, de izquierda a derecha: Jorge Basadre, Ricardo Vegas García, Raúl Porras Barrenechea y Luis Alberto Sánchez), recogió el grito de Córdoba e impulsó la reforma universitaria de 1919 en nuestro país.



Luis Eduardo Valcárcel (Ilo, 1891-Lima, 1987). Su obra lo convirtió en uno de los más importantes investigadores del mundo indígena. Como historiador y antropólogo, sus aportes trascendieron el mundo académico llegando a los ciudadanos comunes. Valcárcel propuso a la tradición andina como componente esencial de la nacionalidad, transmitiendo a las generaciones siguientes su concepción de que antes de la llegada los españoles había en nuestro territorio un desarrollo social autónomo. Valcárcel buscó fundamentar una nueva identidad peruana construida sobre la identidad indígena.



Rebeca Carrión Cachot (Lima, 1907-1960). Arqueóloga e historiadora, fue discípula de Julio C. Tello. Sus trabajos estuvieron entre los primeros de etnohistoria en el país. Fue pionera en estudiar comparativamente mitos andinos y de otras partes del continente, y escudriñando en la cosmovisión y religiosidad del Perú antiguo combinando historia, arqueología y etnografía. Participó, a su vez, de las gestiones para la formación del Museo de Arqueología Peruana.



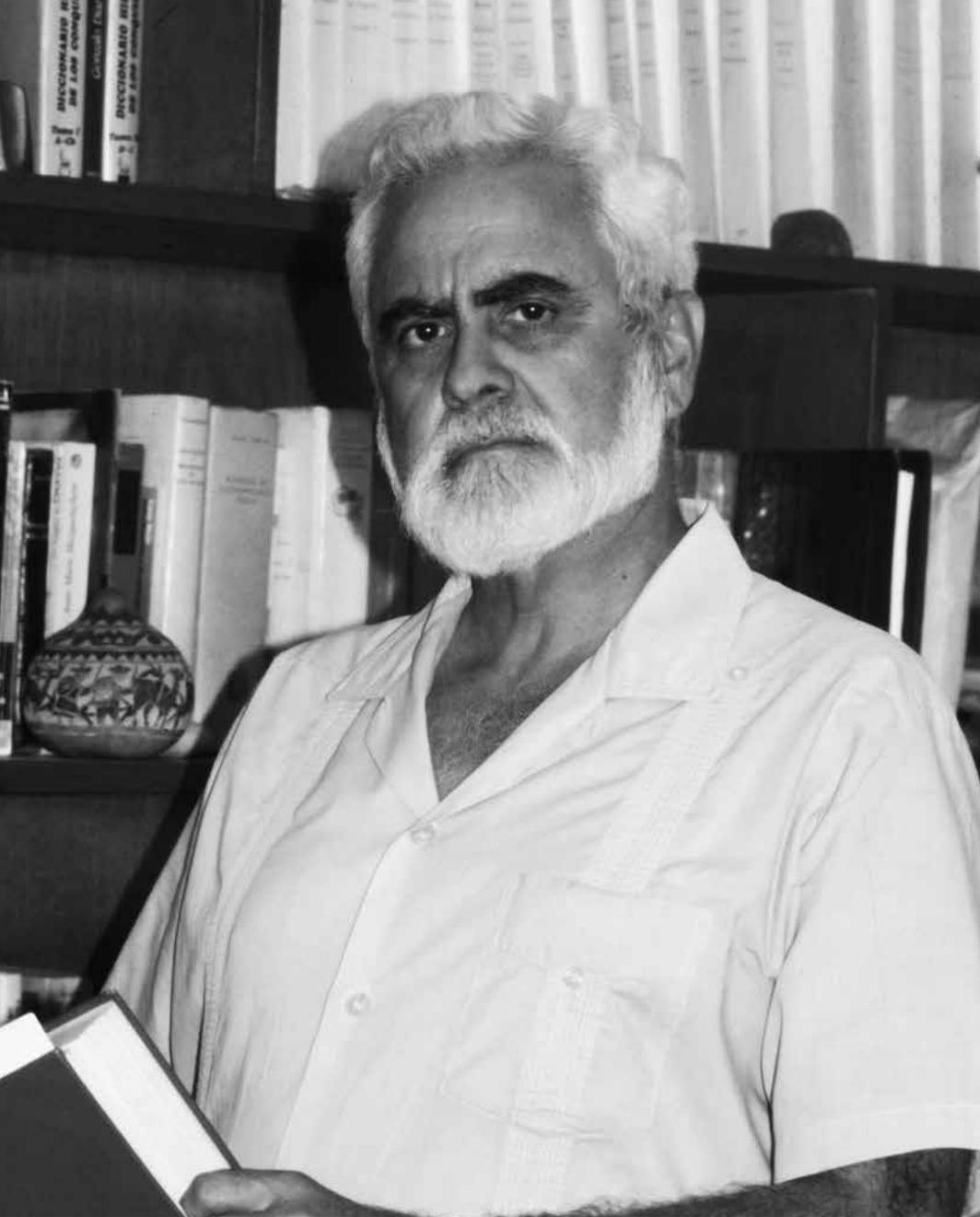
Historiador sacerdote. Hijo de Nemesio Vargas Valdivieso, Rubén Vargas Ugarte (Lima, 1886-1975) fue sacerdote jesuita, historiador, rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú entre 1947 y 1953, y director de la Biblioteca Nacional del Perú en 1961. Su acuciosa búsqueda documental lo hacen un referente indiscutible de nuestra historia. Su obra incluye una vasta producción sobre la historia del virreinato, la emancipación y la república, así como la Guerra del Pacífico y la historia de la Iglesia Católica peruana



Ella Dunbar Temple (Lima, 1913-1998). Estudió jurisprudencia, derecho, historia y literatura. Fue la primera mujer en ejercer la docencia universitaria en el país, en ser miembro de la Academia Nacional de Historia, en integrar la junta directiva del Colegio de Abogados de Lima y en ejercer como Vocal Superior Suplente. Su aporte a la historiografía peruana incluye un gran número de publicaciones y reflexiones en torno a la época prehispánica, virreinal y emancipadora.



José Agustín de la Puente Candamo (Lima, 1922-2020). Gran conocedor de la independencia peruana, tuvo un rol destacado en la preparación de la Colección Documental de la Independencia del Perú de la Conmemoración del Sesquicentenario, junto a otros intelectuales de la época. Como historiador y maestro universitario, escudriñaba en los valores republicanos que inspiraron ideológica y políticamente a los que fundadores de la República.



José Antonio del Busto Duthurburu (Lima, 1932-2006). Definió su vocación histórica sin vacilaciones y determinó su interés por el siglo XVI desde que era estudiante. Se sumergió como nadie en la historia de los descubrimientos geográficos, de la Conquista y del Virreinato, y con especial dedicación a la figura del conquistador del incario, Francisco Pizarro, aunque su amplia producción académica incluye también otros periodos de nuestra historia.



María Rostworowski (Lima, 1915-2006). Etnohistoriadora emblemática del Perú. Aunque no se inscribió formalmente en la universidad, fue alumna libre en San Marcos, teniendo como mentor a Raúl Porras Barrenechea. Fue una de las fundadoras del Instituto de Estudios Peruanos. Sus estudios son claves para comprender la historia inca y las culturas prehispánicas costeñas, así como la economía, la organización étnica y las estructuras del poder en los Andes prehispánicos.



Franklin Pease García-Yrigoyen (Lima, 1939-1999). Es uno de los más sobresalientes historiadores peruanos del siglo XX. Su legado abarca más de 150 obras, en la que destacan su interés en la reconstrucción de la historia andina, las religiones prehispánicas, las crónicas, la sociedad virreinal, entre otros que le permitieron desarrollar un propio objeto y método, que fue su aporte a la historiografía peruana.



Intelectual comprometido. Representante central de la “nueva historia”, Alberto Flores Galindo (Callao, 1949-Lima, 1990) fue un marxista heterodoxo y comprometido. Su trabajo tuvo como preocupación central fue comprender la historia peruana en términos de dominación y resistencia, enfocándose en las clases populares y, en particular, en la comprensión del fenómeno de la movilización popular, rompiendo moldes metodológicos. Su libro *Buscando un inca*, ha alcanzado gran influencia en la historiografía peruana y latinoamericana.

Procedencia de las imágenes

1. **Sebastián Lorente.** Carlos Milla Batres: *Diccionario histórico y biográfico del Perú. Siglos XV-XX*, Editorial Milla Batres. Lima, 1986.
2. **Entre dos nudos históricos.** Manuel de Mendiburu Bonet. Víctor Andrés Belaunde (ed.): *Ilustración Peruana*, Nro. 13, Año 1, 1 de julio de 1909, p. 310.
3. **Historiador mayor.** Mariano Felipe Paz Soldán y Ureta. *El Perú Ilustrado* (17 de septiembre de 1887).
4. **La voz de las regiones.** José Nicolás Rebaza Cueto. Archivo Courret de la Biblioteca Nacional del Perú.
5. **Hacia una historia científica.** José Toribio Polo. Carlos Milla Batres: *Diccionario histórico y biográfico del Perú. Siglos XV-XX*, Editorial Milla Batres. Lima, 1986.
6. **Los primeros textos de enseñanza de historia del Perú.** Carlos Wiesse Portocarrero. Víctor Andrés Belaunde (ed.): *Ilustración Peruana*, Nro. 31, Año 2, Lima, 7 de abril de 1910, p. 155.
7. **Generación del Centenario.** José Gálvez: "El Conversatorio Universitario", *Revista Mundial* (28 de julio de 1921).
8. **Luis Eduardo Valcárcel.** Fotografía de Herman Schwarz, Lima, 1981.
9. **Rebeca Carrión Cachot.** Archivo del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.
10. **Historiador sacerdote.** Rubén Vargas Ugarte, Ca. 1960. Archivo histórico del *Diario Oficial El Peruano*.
11. **Ella Dunbar Temple Aguilar.** Archivo histórico del *Diario Oficial El Peruano*.
12. **José Agustín de la Puente Candamo.** Archivo familiar. Cortesía de José de la Puente (hijo).
13. **José Antonio del Busto Duthurburu.** Archivo histórico del *Diario Oficial El Peruano*.
14. **María Rostworowski Tovar.** Fotografía de Herman Schwarz.
15. **Franklin Pease García-Yrigoyen.** Archivo histórico del *Diario Oficial El Peruano*.
16. **Intelectual comprometido.** Alberto Flores Galindo Segura. Fotografía de Herman Schwarz.



Introducción

En el Perú carecemos de un libro que aborde con visión de conjunto el desarrollo de la historiografía en los doscientos años de vida republicana¹. Este trabajo intenta llenar ese vacío, para lo cual se ha dividido en dos partes: la primera, a cargo de Joseph Dager Alva, dedicada al análisis de la producción histórica del siglo XIX; la segunda, escrita por Liliana Regalado de Hurtado, aborda el estudio de la historiografía peruana en el siglo XX.

El examen sobre el siglo XIX tiene como propósito principal asomarse a las obras que elaboraron imágenes del pasado tendientes a resaltar los valores de la nacionalidad, siendo que aquellas investigaciones se fueron publicando a la par que se iba construyendo el *Estado-nación*. Si bien esa clase dirigente consideró mucho la necesidad de identificación y cohesión en la construcción de la nueva realidad política, no podemos olvidar que el nacionalismo peruano se vio influido por fenómenos

¹ En nuestro país hemos cultivado poco la historia de la historiografía, disciplina que, sin embargo, tuvo un inicio muy auspicioso con la publicación, en 1910, de *La historia en el Perú*, tesis doctoral de José de la Riva-Agüero y Osma (Riva-Agüero y Osma, 1965). Luego de ese pionero aporte, contamos con los importantes estudios de Porras Barrenechea (1954), Vargas Ugarte (1959), Rivera Serna (1980), Pease (1993), Dager Alva (2009), Quiroz Chueca (2012), Thurner (2012), así como las síntesis de la obra historiográfica de un determinado periodo que Jorge Basadre (1963) incluyó en los tomos de su obra *Historia de la República del Perú*.

como el racismo, las diferencias sociales y el conflicto entre Estado y sociedad civil. Aquella imagen de la nación, por tanto, no incluyó en igualdad de condiciones a las comunidades subalternas —la mayoría del país—; esto fue signo de una insuficiente reflexión por parte de la elite criolla respecto del tipo de sociedad que pretendía gobernar y representar.

Los historiadores del Perú decimonónico no fueron una excepción y, más bien, desarrollaron en ese contexto su producción intelectual, hombres a quienes presentamos en el primer capítulo de la parte inicial². En el siguiente, nos ocupamos de la producción histórica sobre la independencia, que se entendió como el gran hecho fundacional ansiado por la mayoría de la población. En el tercer capítulo, estudiamos las obras que historiaron el pasado reciente, es decir, el caudillismo militar, la Confederación Perú-boliviana y la guerra con Chile, en los que se pretendió ofrecer enseñanzas para el presente comparado. En el último capítulo de esta primera parte se aborda las obras que investigaron el pasado lejano, bien el tiempo virreinal o el antiguo Perú, trabajos en los que se percibe con claridad el convencimiento que allí se encontraría el origen remoto de la nación y los antepasados de los cuales enorgullecerse. Enfrentar el problema de la nación fue el principal nudo que trataron de desatar nuestros historiadores decimonónicos.

En la segunda parte, abordamos la producción histórica en el siglo xx. Nuestra historiografía contemporánea presenta

2 No hubo mujeres historiadoras peruanas en el siglo xix; ni abundaron, como sabemos, las intelectuales con presencia pública, aunque hay casos de importancia indudable como Zoila Aurora Cáceres, Clorinda Matto de Turner y Elvira García y García, que destacaron más por sus contribuciones literarias. La escasez de las miradas de las mujeres responde a una estructura social y política que prioriza la estimulación intelectual de los hombres. La ausencia de la mujer en el gremio de historiadores es una situación que, felizmente, cambió sustancialmente en el siglo xx, aunque hoy aún falta, sin duda, en el camino de la equidad en la carrera académica e intelectual.

rasgos variados que indican la asombrosa e inesperada armonía entre las perspectivas tradicionales y conservadoras con las renovadoras y de vanguardia rotuladas como la «nueva historia» y la «novísima historiografía». Varias instituciones y publicaciones académicas han estado relacionadas directamente con las permanencias y las transformaciones operadas y algunos de los giros producidos han sido más visibles y críticos que otros. Por eso, esta historiografía debe estudiarse contemplando como punto de partida a las denominadas generación del novecientos y generación de 1920, pero también tomando en cuenta la vida institucional vinculada al cultivo de la historia junto con los diferentes momentos de transición y de cambios ocurridos en el seno de nuestra disciplina a lo largo de la centuria.

Sabemos que los esfuerzos para sistematizar nuestro desarrollo historiográfico del siglo xx han apelado a periodizaciones cronológicas y generacionales y a la revisión de las visiones contenidas en sus discursos. Así lo hicieron Macera, Flores Galindo, Burga, Contreras, Nomberto Bazán, Zubieta Núñez y Bronner, entre otros. Aquí, emplearemos un criterio cronológico señalando fases que no serán vistas en etapas cerradas, sino en convivencia inicial o permanente.

Como todo trabajo de historia de la historiografía, nuestro recorrido por la producción histórica republicana también supone un necesario proceso de selección. Esperamos que los aportes más significativos estén aquí consignados.

Parte I

La confección de una historia nacional en el siglo XIX

1

Historia e historiadores

Los historiadores decimonónicos, y en especial la historiografía que produjeron, contribuyeron decididamente en la construcción intelectual de la nación, al confeccionar versiones sobre el pasado, lejano o reciente, que permitieron a la naciente comunidad imaginarse como tal (Dager Alva, 2009). Pero el fenómeno de la identidad nacional en el siglo XIX no fue masivo; la elite elaboró —inventó o imaginó— una visión que intentó, con mayor o menor éxito, difundir a los demás, lo cual —creemos— se enmarca bien en los postulados de la teoría modernista de la nación, en especial con los de Benedict Anderson (2000) y Eric Hobsbawm (2000). Las historias nacionales fueron un vehículo especialmente eficaz en el propósito cohesionador, al menos para los sectores ilustrados³.

La historiografía peruana decimonónica muestra una producción sostenida en la década de 1860, que se dio a conocer en las páginas de *La Revista de Lima* (1859-1863)⁴. De hecho,

3 También en la historiografía romántica francesa, se le otorgó al estudio del pasado el papel de afianzar la nacionalidad. Un cabal conocimiento de la historia, según el historiador francés Augustin Thierry, construiría un resuelto y solidario patriotismo (Moradiellos, 2001).

4 Publicación de primerísima importancia que reunió a una élite ilustrada, socialmente heterogénea, con representantes de la antigua aristocracia virreinal, la burguesía comercial y los grupos medios profesionales, en donde, desde el erudito artículo hasta la crónica de actualidad, se fue creando una noción del

durante los cuarenta primeros años del XIX, el conocimiento histórico sobre el Perú era, en verdad, limitado, y, aún más, en los programas escolares de enseñanza media no figuraban cursos dedicados a la historia nacional (Porrás Barrenechea, 1954). Ello pese a que, desde —al menos— fines del siglo XVIII, se vislumbraba un anuncio de la conciencia histórica peruana, a través de la noción de continuidad del Perú, presente en el *Mercurio Peruano*. Con el correr del tiempo, el interés en la investigación histórica y en su escritura tendió a difuminarse, quizá por los avatares de la independencia y de los años del caudillaje militar.

No obstante, y ya más calmadas las aguas políticas, en 1844 apareció *Las 3 épocas del Perú* de José María Córdova y Urrutia, esfuerzo sintético pero importante al ofrecer una visión global de la historia nacional, que será difícil repetir después. Luego, en 1847, Guillermo Prescott publicó su *Historia de la conquista del Perú*, que tanto influjo causó en los años venideros. Finalmente, en 1851, Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego de Tschudi se asociaron para editar su conocida obra *Antigüedades peruanas*, magnífico registro de lo conocido hasta ese momento. Estos tres trabajos empezaban a señalar un retorno de la preocupación por investigar el pasado.

En 1859, año en que salía a la luz *La Revista de Lima*, Manuel Atanasio Fuentes iniciaba la publicación de las *Memorias de los vireyes del Perú*, colección documental que ponía en manos de los historiadores la materia prima para investigar el pasado. Con un presupuesto fiscal más holgado, gracias a los ingresos guaneros, el Estado pudo concretar un importante

Perú (de su historia, de su literatura, de sus males presentes) que procuró construir, tal vez de modo no totalmente consciente, un orden central para el Estado controlado política y culturalmente desde Lima: una imaginación criolla de la nación (Basadre, 1963; Castillo, 2000).

apoyo a la investigación histórica con el propósito de afianzar la nacionalidad, proceso de identificación que se vio favorecido por la pretensión de España por recuperar sus antiguas colonias en 1866. Luego, en 1879 apareció otra revista académica, la *Revista Peruana*, de corte más claramente histórico, que también contó con auspicio estatal, fundada por Mariano Felipe Paz Soldán, a la sazón ministro de Justicia e Instrucción. Los investigadores del pasado peruano, en esa centuria, se asociaron en revistas como las mencionadas o en las tertulias que se organizaban en la Biblioteca Nacional, más que en la universidad, pues no existía en el Perú la carrera de historia como profesión universitaria.

La mayoría de los historiadores decimonónicos realizó sus estudios superiores en Lima, aunque no todos cursaron allí su formación escolar ni nacieron en la capital. En general, obtuvieron grados universitarios en Derecho, Humanidades o Pedagogía; hubo también los dedicados a la carrera de las armas o a la diplomacia. A diferencia de lo que sucedió en otros países de América Latina, no es posible afirmar que, en el Perú, el origen social del conjunto de historiadores sea el del círculo más encumbrado de la élite⁵, aunque, sin duda, algunos sí pertenecieron a un sector alto de la sociedad⁶. En nuestro país, a la mayoría de esos historiadores habría que inscribirla dentro de los sectores medios y profesionales; algunos de esos historiadores

5 Bradford Burns (1978) afirma que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX pertenecían a los sectores sociales más altos de sus países o con una estrecha conexión con los mismos. Cristián Gazmuri (2006), por su parte, sostiene que casi todos los historiadores decimonónicos chilenos pertenecieron a la aristocracia santiaguina. Para Argentina, según Tulio Halperin Donghi (1996), los dos principales historiadores del siglo XIX, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, son representantes de la burguesía.

6 José Antonio de Lavalle, José Agustín de la Puente Cortés y Eugenio Larrabure y Unanue son los más representativos de los sectores sociales más altos. Luego, podríamos señalar a Santiago Távora, Manuel de Mendiburu, Mariano Felipe Paz Soldán y Germán Leguía y Martínez.

procedían de connotadas familias provincianas; otros lograron ascender socialmente gracias a su obra —intelectual o burocrática— y cercanía al sector dirigente; muchos, finalmente, necesitaron de los estipendios de una carrera de funcionario público para subsistir en la complicada época que les tocó vivir⁷. Es común encontrar en ellos amplios intereses intelectuales no solo circunscritos a la historiografía, sino también a la literatura, geografía y enseñanza escolar. Como fueron pocos los que hicieron de la carrera académica su ocupación principal, puede afirmarse que, en líneas generales, esa historiografía se desarrolló fuera de los claustros universitarios⁸.

Varios de aquellos investigadores fueron verdaderos actores de la política peruana con presencia efectiva en el destino nacional, por lo que no se dedicaron exclusivamente al quehacer historiográfico. En ese sentido, podría creerse que no fueron historiadores en la connotación contemporánea, pero sí lo fueron de modo decimonónico; de hecho, varios de los historiadores europeos del siglo XIX fueron hombres de Estado, como Droysen en Prusia o Guizot en Francia. No otra cosa sucedió en Hispanoamérica: Vicuña Mackenna en Chile, Mitre en Argentina y Vallenilla Sanz en Venezuela. Aunque cabría ubicarlos como *amateurs* dedicados a conocer el pasado, no fueron, sin embargo, solo cronistas o curiosos eruditos, sino también confeccionaron, como veremos en los siguientes

7 Sebastián Lorente, de origen español, que llegó al Perú para contribuir con la mejora de la enseñanza, perteneció a los sectores medios, aunque estuvo muy cercano a la clase dirigente. Ricardo Palma, por sus méritos intelectuales, logró un importante ascenso social que también lo ubicó cerca de los sectores altos. Agustín de la Rosa Toro, Marcos Salazar y Carlos Wiese fueron profesores de educación escolar o universitaria que pertenecieron a un sector medio y letrado. José María Córdova, Manuel Atanasio Fuentes, José Toribio Polo, entre otros, fueron funcionarios públicos que se mantuvieron con esas remuneraciones.

8 Importantes excepciones son los casos de Sebastián Lorente y de Carlos Wiese, quienes estuvieron vinculados estrechamente a la Universidad de San Marcos con una destacada carrera docente.

capítulos, imágenes históricas con el fin de afianzar la nacionalidad. Aunque afirmaron que procurarían exponer los hechos tal como ocurrieron, la interpretación de carácter historiográfico no estuvo ausente al ofrecer momentos históricos o grandes personajes como modelos para contribuir con el orgullo patrio. Tampoco fueron únicamente autores de memorias: las escribieron, es verdad, y, además, en sus obras narraron el devenir que ellos mismos protagonizaron, pero la intención última de su elaboración intelectual fue, en correspondencia con los propósitos de la historiografía europea de corte romántico, rescatar del olvido las hazañas de los antepasados y ofrecer lecciones de vida al presente.

Durante el siglo XIX peruano, existieron al menos tres generaciones de historiadores: los fundadores, los románticos y los eclécticos. Estudiaremos cada una de ellas.

1.1. Los fundadores

La primera generación nació entre 1790 y 1811, y sus figuras principales fueron las siguientes: Santiago Távara y Andrade (1790-1874), Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz (1798-1857), Juan Basilio Cortegana Vergara (1801-1877), Manuel de Odrizola Herrera (1804-1889), Manuel de Mendiburu Bonet (1805-1885), José María Córdova y Urrutia (1806-1850) y Nicolás Rebaza Cueto (1811-1897)⁹. Por cercanía en sus fechas de nacimiento, los siguientes investigadores resultan contemporáneos de políticos: Andrés de Santa Cruz (1792-1865), Luis José Orbegoso (1795-1847), Ramón Castilla (1797-1867), Miguel de San Román

9 También debe incluirse a José Dávila Condemarín (1799-1882), Juan Espinosa (1804-1871) y Juan Gualberto Valdivia Cornejo (1796-1884).

(1802-1863), Domingo Elías (1805-1867) y Manuel Ignacio de Vivanco (1806-1873). Asimismo, son coetáneos de los pensadores más influyentes del momento el conservador Bartolomé Herrera (1808-1864) y los liberales Francisco de Paula González Vigil (1792-1875) y Francisco Javier Mariátegui (1793-1884).

En la juventud y adolescencia, esta generación vivió directamente la independencia. Algunos de sus integrantes se alistaron en los ejércitos de San Martín o Bolívar, para luego proseguir en la carrera de las armas. Es la generación que más claramente se vio afectada por los vaivenes políticos y la inestabilidad institucional de los años del caudillaje militar. Al igual que lo sucedido en la élite política, los historiadores también se dividieron en proteccionistas y librecambistas: por un lado, los que se opusieron al proyecto liberal de confederar a Perú y Bolivia, como Mendiburu y Cortegana; por otro lado, los que apoyaron dicho proyecto, como el deán Valdivia, quien, curiosamente, cuando le tocó historiarlo, lo criticó fuertemente. Igualmente, compartieron años vitales e inquietudes intelectuales con los principales representantes de la llamada generación costumbrista en el Perú Manuel Ascencio Segura (1805-1871), prosista y dramaturgo, cuyos cuadros de costumbres extendieron al Perú: los usos sociales y culturales de la Lima republicana; Felipe Pardo y Aliaga (1806-1868), narrador, ensayista y poeta, agregó connotaciones claramente antiliberales y racistas; y el pintor Pancho Fierro (1807-1877), autor de tan afamadas acuarelas, que a lo largo de su producción fueron instalando en el imaginario letrado una característica visión de ciertos personajes del presente y del pasado.

Entre aquellos historiadores hubo funcionarios públicos que participaron en primera plana en política y en instituciones académicas y culturales. Fueron ministros de Estado: José

Dávila, en la cartera de Relaciones Exteriores en 1843, 1844 y 1845, y Manuel de Mendiburu en la cartera de Hacienda en varios gobiernos, ocupando también la de Guerra al estallido del conflicto armado con Chile, además de ejercer la vicepresidencia y presidencia del Consejo de Estado en 1847 y 1851, respectivamente. Tuvieron una destacada participación en el Congreso de la República: Santiago Távara, quien lo presidió en 1833, y Nicolás Rebaza, vicepresidente de la Cámara de Diputados y vocal de la Corte Suprema de Justicia. Asimismo, dirigieron instituciones culturales y académicas: Mariano Eduardo de Rivero, primer director del Museo Nacional, fundado en 1822; Manuel de Odriozola, director de la Biblioteca Nacional entre 1875 y 1881; Santiago Távara, primer director del Archivo Nacional en 1864; Nicolás Rebaza, rector de la Universidad de Trujillo en 1853; José Dávila, rector de la Universidad de San Marcos, y Juan Gualberto Valdivia, secretario de la entonces recientemente creada Universidad Nacional San Agustín de Arequipa entre 1828 y 1834 y, también, rector interino en 1828.

Ellos son, con toda justicia, los fundadores de la historiografía peruana, pero sus principales obras históricas tardaron en aparecer, puesto que no se dedicaron exclusivamente al oficio. Fueron historiadores *amateurs* que captaron la importancia de estudiar el pasado para afianzar la nacionalidad, pero la destacada presencia que tuvieron en la agitada vida política del país ocasionó que terminasen sus investigaciones en una edad madura avanzada o incluso en la vejez. Ejemplos de lo dicho son los siguientes: Nicolás Rebaza finalizó a los 83 años sus *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de independencia*, obra que se editó póstumamente; el deán Valdivia dio a las prensas *Memorias sobre las revoluciones de Arequipa* en 1874, a los 78 años; Santiago Távara hizo pública la

Historia de los partidos en 1862 cuando contaba con 72 años; la gran obra de Manuel de Mendiburu, su famoso *Diccionario histórico-biográfico*, se empezó a editar en 1874 cuando el general cumplía los 70 años de edad. Una notable y significativa excepción resulta ser José María Córdova y Urrutia, funcionario público de nivel intermedio, quien publicó tempranamente, a los 38 años, *Las 3 épocas del Perú o compendio de su historia*.

La obra de nuestros primeros historiadores sigue muy de cerca las fuentes documentales, de las cuales, sin embargo, no siempre se ofrece una relación detallada. La narración de las obras se asemeja a una crónica, especialmente cuando los autores fueron testigos de lo sucedido, privilegian su memoria e intentan justificar su proceder. No obstante, la finalidad histórica se percibe en la declaración reiterada de objetividad (que no siempre se asomó claramente) y en la preocupación de salvaguardar del olvido las hazañas de sus mayores durante la independencia y los primeros años republicanos. Es posible plantear similitudes entre la obra de esta generación y la del costumbrismo literario, que destacó la cotidianeidad e inmediatez con el fin de resaltar lo propio y singular del naciente país¹⁰. En ese sentido, nuestros primeros historiadores también recurrieron a las cuestiones inmediatas que había enfrentado la nación con el resuelto objetivo de que sus lectores encontrasen en la gesta de la emancipación un motivo de cohesión¹¹.

10 Jorge Cornejo Polar (2001) sostiene que los costumbristas «subrayando lo diferente, lo típico, ayudan a la integración nacional a la vez que remarcan lo que distingue a cada país del resto» (p. 25). Por su parte, Carlos Monsiváis (1980) destaca que el costumbrismo literario mexicano jugó un rol en afirmar la nacionalidad, lo cual se puede aplicar también al caso peruano: «nuestras costumbres son la primera utopía que inadvertidamente habitamos, molde imprescindible para averiguar nuestra identidad y vislumbrar nuestro porvenir» (p. 348).

11 Monsiváis ha planteado que la historiografía fundacional y el costumbrismo literario tuvieron propósitos similares en toda la América Latina posindependiente. Mientras que la historiografía fundacional estuvo destinada a dotar de

Esta generación también estudió el pasado lejano de la nación: el tiempo prehispánico y el virreinal. Los años anteriores a la llegada de los españoles se equipararon casi exclusivamente al periodo de los incas, cuyo estudio se presentó como si fuese un cuadro de costumbres del pasado, describiendo con sumo detalle y positivo asombro las «antigüedades peruanas» (monumentos, idioma, religión, leyes, etc.) y enumerando con admiración los logros políticos y sociales. Resulta evidente la incorporación del tiempo incaico a la historia del Perú, y se diferencia, así, de la antigua metrópoli. Con propósito nacionalista, se censuró fuertemente la conquista española y los abusos de los primeros conquistadores. Pero, también, destacó nítidamente la obra del historiador conservador Manuel de Mendiburu, que logró una revalorización positiva del tiempo virreinal, lo que se fue asentado como una característica de la historiografía decimonónica. Esta generación, obviamente, no fue ajena al debate intelectual del momento que enfrentaba a liberales y conservadores, seguidores últimos de Bartolomé Herrera, quien predicaba la imposibilidad de renegar de la totalidad del pasado hispánico porque allí se encontraban los antepasados más directos (Herrera, 1929).

1.2. Los románticos

La segunda generación nació entre 1813 y 1838, y sus representantes fueron los siguientes: Sebastián Lorente Ibáñez (1813-1884), Modesto Basadre Chocano (1816-1905), Mariano Felipe Paz Soldán y Ureta (1821-1886), Mariano Ambrosio Cateriano

símbolos, mitos y leyendas anclados en el pasado, los costumbristas se orientaron a saciar la urgente necesidad de referencias inmediatas a través de la «creación de personajes y atmósferas reconocibles e irreconocibles [...] que anticipen la fluidez del destino nacional» (p. 13).

Rivera (1829-1915), Manuel Marcos Salazar Cárdenas (1829-1912), José Sebastián Barranca Lovera (1830-1909), Agustín de la Rosa Toro (1833-1886), José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra (1833-1893), Ricardo Palma Soriano (1833-1919) y José Agustín de la Puente Cortés (1838-1910)¹². Sus nacimientos los relacionan con presidentes que destacaron en el periodo, como José Balta (1814-1872), Mariano Ignacio Prado (1826-1901), Miguel Iglesias (1830-1909), Manuel Pardo (1834-1878) y Francisco García Calderón (1834-1905). Además, son coetáneos de quienes fueron personajes egregios del siglo XIX: el mártir en la guerra con España, José Gálvez Egúsquiza (1819-1866), y los héroes de la Guerra del Pacífico, Francisco Bolognesi (1817-1880), Miguel Grau (1833-1879) y Andrés Avelino Cáceres (1833-1923).

Esta es la generación que se benefició más claramente de la estabilidad política y del proceso de consolidación del Estado, iniciado por Castilla. Es un tiempo provechoso para el medio intelectual, en el que se contó con recursos para enviar a estudiar a Europa a algunos de sus integrantes. Nuestros historiadores, en ese sentido, resultan contemporáneos de los pintores: Ignacio Merino (1817-1876), el gran paisajista de los viajes de Cristóbal Colón; Francisco Laso (1823-1869), quien gracias al apoyo estatal estuvo en España, Italia y Francia, y Luis Montero (1827-1869), también becado en Europa para perfeccionar su técnica y que, por encargo del Congreso de 1867, confeccionó *Los funerales de Atahualpa*, que expresa espléndidamente el proceso histórico de esos años en el que Lima va

12 Aunque Ricardo Palma no tuvo en la historia su ocupación preferente, debe incluirse en esta generación, pues contribuyó como el que más a cincelar imágenes del pasado peruano que gozaron de gran acogida. Igualmente, debe integrarse a Sebastián Lorente, quien nació español, pero tuvo una clarísima presencia en la historia peruana (no solo en la historiografía); fue uno de los que más contribuyó en dotar de memoria al *Estado-nación* peruano, donde vivió más de cuarenta años.

recuperando, gradualmente, la centralidad del poder político y la hegemonía cultural, que se plasmó en una visión criolla de la nación. El país acababa de vencer a España en la guerra de 1866, lo que explica el encargo oficial de utilizar a Atahualpa, el último gobernante incaico y asesinado por Pizarro, como el signo de la nueva nacionalidad, como símbolo que diferencia. Pero es la mirada occidental, la visión del nacionalismo criollo, la que retrata el funeral del inca, que podría ser el de cualquier rey europeo acompañado de su corte.

En las décadas de 1850 a 1870, gracias al *boom* guanero, el Estado pudo invertir en rubros destinados a afianzar la nacionalidad, como el auspicio a la edición de obras históricas o colecciones documentales. Decía Ricardo Palma (1961) que la sociedad limeña, en esos años, no escatimaba «estímulo y aplauso» a los escritores, y los hombres de Estado los «alentaban». El Estado concretó su financiamiento asumiendo los gastos derivados, o bien garantizando al autor la venta de la obra a través de la suscripción de una importante cantidad de ejemplares. Por ejemplo, el Estado contribuyó en la confección de las láminas que acompañaban las *Antigüedades peruanas* de Mariano Eduardo de Rivero y Juan Diego de Tschudi, y, una vez publicada en 1851, compró una importante cantidad de ejemplares para distribuirlos en los colegios. Igualmente, se procedió con *Historia antigua del Perú*, publicada en 1860, e *Historia de la conquista del Perú*, de 1861, las primeras obras históricas de Sebastián Lorente, de las cuales se adquirió por suscripción una apreciable cantidad de ejemplares. El *Diccionario* del general Mendiburu tuvo un significativo número de suscriptores, entre los cuales, además de los particulares, figuran ministros de Estado, senadores, diputados, oficiales mayores y directores generales de ministerios.

El apogeo del periodo guanero coincidió con los años de juventud o del inicio de la edad adulta de los historiadores románticos. Son tiempos en que los hombres viajan y circulan las ideas; hay contacto con las novedades intelectuales europeas y las de los países vecinos¹³. Varios de estos historiadores conocieron los idiomas inglés y francés, y en su juventud vivieron una temporada en el Viejo Continente o en los Estados Unidos. Ejemplos son los siguientes: Sebastián Lorente, que vino de España; Modesto Basadre y José Casimiro Ulloa, que estudiaron en Inglaterra y Francia; Manuel Atanasio Fuentes y Mariano Felipe Paz Soldán, que, por encargos estatales, pasaron algunos meses en Francia y Estados Unidos, en 1845 y 1853, respectivamente; José Antonio Lavalle, quien, desde muy joven, antes de cumplir los 20 años, entre 1851 y 1854, integró las legaciones diplomáticas del Perú en Estados Unidos, Italia y España. En general, los historiadores románticos simpatizaron con los nuevos planteamientos liberales, unos más y unos menos, y presenciaron la progresiva adecuación del Estado a la política económica librecambista y la gradual consolidación de un liberalismo moderado como pensamiento intelectual dominante, en cuyos postulados se contaban la soberanía popular, la libertad de cultos, la desvinculación de la tierra y la abolición de la esclavitud y del tributo indígena (Sobrevilla Perea, 2004). Así, nuestros investigadores compartieron años vitales con Pedro Gálvez Egúsqiza, ministro de Estado en varios gobiernos, hermano del héroe, intelectual propulsor del voto de indígenas y analfabetos, y redactor del decreto que su-

13 Por esos años, en Lima hubo pensadores liberales chilenos, como los hermanos Francisco y Manuel Bilbao, José Victorino Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna. Asimismo, llegaron las ideas de los radicales argentinos Juan María Gutiérrez, José Mármol y Vicente Fidel López. También estuvieron los pensadores conservadores neogranadinos (Gazmuri, 1998; Mc Evoy, 2003; Sobrevilla Perea, 2007).

primió la contribución indígena; con Carlos Lissón (1823-1891), importante catedrático universitario que se llegó a mostrar a favor del federalismo, férreo crítico de los males del Perú de su tiempo, que juzgó eran consecuencia de no haberse aplicado en todas sus implicancias los principios liberales en educación; finalmente, con Celso Bambarén (1834-1897), médico y, también, reputado profesor universitario, liberal empedernido en materias religiosas, declarándose incluso enemigo personal de Jesucristo.

Durante esos años, además, el país enfrentó dos conflictos internacionales; entonces, ante la existencia de un enemigo común, se consolidó en las clases medias y altas, urbanas y letradas, la conciencia de nación y también alguna visión positiva acerca del futuro del país, pues ambos resultaron en victorias. Los historiadores románticos vivieron el triunfo en la guerra contra el Ecuador (1859-1860), hecho que motivó, por ejemplo, a Modesto Basadre a publicar un folleto sobre los límites de frontera, en 1860, para establecer claramente la justicia de la causa peruana. La guerra contra España en 1866 fue también un hecho que marcó a los integrantes de esta generación, Agustín de la Rosa Toro participó en la defensa del Callao, mientras que Ricardo Palma combatió en la Torre de la Merced, junto con el ministro José Gálvez¹⁴. Sin duda, este último enfrentamiento trajo como consecuencia una exteriorización de sentimientos nacionalistas. Ricardo Palma no dejó de pronunciarse en tono crítico en varios de sus escritos frente al intento español de recuperar sus antiguas colonias; aunque José Arnaldo Márquez (1832-1903) y Pedro Paz Soldán y Unanue (1839-1895), literatos

14 Es conocida la anécdota en la que don Ricardo salvó de morir en aquella ocasión, pues se le ordenó llevar un recado antes de que uno de los disparos de la flota española hiciera explotar aquel recinto.

románticos contemporáneos, fueron quienes usaron más radicalmente aquella victoria como un referente nacionalista¹⁵. Pero así como vivieron esas dos victorias, a esta generación le tocó ser la dirigente en la derrota de la Guerra del Pacífico, en la que cumplieron su deber con la patria desde los cargos políticos o en el campo de batalla. José Antonio Lavalle fue el plenipotenciario que viajó a Santiago en 1879 con el objetivo de mediar ante el impase que en un inicio comprometía a Bolivia y Chile, y además, perdió un hijo en pleno conflicto. Ricardo Palma combatió en la batalla de Miraflores y, luego, sufrió el incendio de su casa y biblioteca. José Casimiro Ulloa se desempeñó como cirujano en jefe del ejército y organizó la Cruz Roja y las ambulancias militares. Por otro lado, Mariano Felipe Paz Soldán y Agustín de la Rosa Toro se alistaron en los batallones de reserva, con casi 60 y 50 años, respectivamente.

Los integrantes de esta segunda generación no dudaron en mostrar sus preferencias políticas y en participar activamente en el destino nacional. Ricardo Palma participó directamente en una conspiración para derrocar al segundo gobierno de Castilla, lo que produjo su autoexilio en Chile; también participó en la revolución que llevó al gobierno al coronel José Balta, de quien fue un resuelto seguidor y eficiente secretario. Por su parte, Sebastián Lorente, claro partidario de Ramón Castilla, colaboró en temas educativos con sus regímenes, así como con el de Manuel Pardo (1872-1876). Manuel Marcos Salazar y Agustín de la Rosa Toro fueron convencidos adeptos del Partido Civil, enrolados incluso en la Guardia Nacional. Mariano Felipe Paz Soldán fue ministro de Estado en la cartera de Relaciones

15 Entre 1863 y 1866, abundaron expresiones literarias en contra de la expedición española, que reflejan la resuelta postura nacionalista de una parte de la élite ilustrada (Basadre, 1963; Varillas Montenegro, 1992). Para los discursos nacionalistas articulados en torno a la guerra con España, ver: Martínez Riaza, 2004.

Exteriores durante el segundo gobierno de Castilla (1855-1861), a la que renunció por discrepancias con el presidente, y ministro de Justicia e Instrucción Pública en las administraciones de José Balta (1868-1872) y Mariano Ignacio Prado (1876-1879). Asimismo, José Antonio Lavalle, también ministro de Relaciones Exteriores, fue quien firmó el Tratado de Ancón (1883), que dio por finalizada la guerra con Chile. José Agustín de la Puente Cortés fue ministro de Hacienda en 1894 y también alcalde de Lima.

Además, historiadores de esta generación se desempeñaron alguna vez en el Congreso como Modesto Basadre, José Antonio Lavalle, Ricardo Palma, José Casimiro Ulloa y Manuel Marcos Salazar, quien, además, fue alcalde de Lima en 1875. Hubo también los que dirigieron instituciones culturales, educativas o profesionales: Ricardo Palma en la Biblioteca Nacional, entre 1884 y 1912; José Sebastián Barranca en el Museo Nacional hacia 1870; Manuel Marcos Salazar en el Colegio Guadalupe en 1854, 1871 y 1883; Sebastián Lorente en el mismo colegio en 1844 y en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos entre 1872 y 1884; Manuel Atanasio Fuentes en el Colegio de Abogados hacia 1879, quien, además, fue nombrado director de Estadística del segundo gobierno de Mariano Ignacio Prado (1876-1879), cargo en el que destacó notoriamente.

Utilizaron la prensa escrita para manifestar sus preferencias políticas, discutir asuntos de coyuntura e intentar influir en la esfera pública sobre sus convicciones ideológicas. Sebastián Lorente dirigió *La Voz del Pueblo*, que apoyó la revolución liberal de 1854, acaudillada por Castilla, y predicó a favor de la abolición de la esclavitud y del tributo indígena. En la otra orilla, con virulenta oposición al régimen castillista, estuvo Manuel Atanasio Fuentes, quien fundó el periódico *El*

Murciélago en 1855. Desde el diario *La Patria* (1871-1872), José Casimiro Ulloa, se opuso al gobierno civilista de Manuel Pardo; mientras que, a través de *La Tribuna* (1875-1885), enfiló sus baterías contra el gobierno de Miguel Iglesias (1883-1885). La prensa fue también un lugar para dar a conocer trabajos de tema literario o cultural, especialmente en semanarios o quincenarios con inquietudes intelectuales como *El Heraldo* (1854-1856) y *El Correo del Perú* (1871-1878). Además, José Casimiro Ulloa, José Antonio Lavalle y Ricardo Palma fueron fundadores y directores de la *Revista de Lima* (1859-1863), una de las publicaciones que mejor expresa la imaginación criolla de la nación. Asimismo, Mariano Felipe Paz Soldán fundó la *Revista Peruana* (1879-1880), la revista de los historiadores, primera publicación especializada de esta índole, que congregó a las tres generaciones. Desde el prospecto inicial, anunciaba claramente que la disciplina histórica sería uno de sus principales objetivos editoriales: «La historia será nuestra ocupación preferente, y hallarán en ella nuestros lectores consejos para el presente y enseñanzas para el porvenir» (*Revista Peruana*, 1879, p. 3)¹⁶. Aquí, Sebastián Lorente inició la publicación de su *Historia de la civilización peruana* y Ricardo Palma editó parte de sus *Tradiciones peruanas*. Por su parte, Paz Soldán dio a conocer trabajos sobre los primeros parlamentos peruanos y, también, sacó a la luz los avances de su *Biblioteca peruana* (1879), recuento de las diversas publicaciones existentes, donde expresa el valor que ya en la época se le otorgaba a la visión

16 Abundan en detalles sobre la opción historiográfica al ofrecer la razón por la que no se ocuparían de la política del presente: «porque es más fácil estudiar la anatomía sobre un cadáver, que sobre un ser que se mueve y grita, cuando siente la acerada hoja del escalpelo» (*Revista Peruana*, 1879, p. 3). Sin embargo, al estar la patria en peligro, en plena Guerra del Pacífico, encontramos en las páginas de la revista artículos que tratan sobre este asunto tan inmediato; se reseñan acontecimientos o discuten causas y orígenes del conflicto.

historiográfica: «Nadie puede considerarse un erudito en una materia si antes no ha consultado los célebres escritores sobre ella» (p. 71).

A diferencia de lo que ocurrió con la generación anterior, en esta sí encontramos a historiadores que publicaron precozmente, aunque su intensa actividad política y periodística también retrasó la aparición de sus principales obras, sin llegar a los extremos de sus predecesores. En una temprana juventud, José Antonio Lavalle, de solo 24 años, dio a conocer un artículo sobre el médico mulato José Manuel Valdés; al año siguiente, 1859, publicó su *Don Pablo de Olavide*, libro precursor sobre el ilustrado limeño. Ricardo Palma dio muestras de precocidad, aunque sus primeros aportes pecan de ligereza: *Corona Patriótica*, de 1853, cuando el autor contaba con 20 años, breves apuntes biográficos sobre algunos próceres de la independencia; obra más orgánica fue *Anales de la Inquisición de Lima*, que vio la luz en 1863, con declarada pretensión historiográfica, pero sin mucho sustento documental¹⁷. Agustín de la Rosa Toro, en 1866, a los 33 años, dio a conocer la primera edición de su *Historia política del Perú*. Otro que publicó apenas comenzando la edad adulta fue José Sebastián Barranca, quien tradujo el *Ollantay*, trabajo que lo haría célebre, en 1868, a los 38 años de edad. Avanzando la línea cronológica, tenemos a Manuel Marcos Salazar, quien recién a partir de la década de 1880, con 50 años, dio a conocer su *Compendio de historia del Perú* para estudiantes de instrucción primaria. Y también hubo los que publicaron sus obras más importantes acercándose a la vejez, como Mariano Felipe Paz Soldán y Sebastián

17 Su contribución sustancial a la historiografía del siglo XIX fue *Tradiciones peruanas*, sin duda, su más grande obra, cuya primera serie se empezó a editar en formato de libro, en 1872, en el inicio de su edad adulta.

Lorente. Este último, ya peinando canas y con 65 años, sacó de las prensas, en 1879, *Historia de la civilización peruana*¹⁸. Por su parte, Paz Soldán dio a conocer en 1868 el primer tomo de la *Historia del Perú independiente*, y, en 1874, el tercero, a los 53 años; mientras que su historia sobre la Guerra del Pacífico salió en 1884, cuando contaba con 63 años.

La obra de los historiadores de esta generación compartió intereses intelectuales con el romanticismo literario. Ricardo Palma retrató vivamente a su generación en *La bohemia de mi tiempo*, testimonio de primera mano acerca de inquietudes y preferencias literarias muy próximas a autores románticos europeos. Decía Palma (1961) que él y sus jóvenes amigos, con fruición, se daban «un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil» (p. 1294). Aunque intenso, el romanticismo literario peruano resultó tardío y endeble, como con razón ha sostenido José Miguel Oviedo (1997). Pero esos literatos, como los historiadores contemporáneos, sí evidencian la presencia de algunas cuestiones que han sido señaladas como típicas de los románticos hispanoamericanos; por ejemplo, apelar al pasado como un tiempo glorioso de la nación, la exaltación de la epopeya de la independencia y la crítica del orden social vigente (Carilla, 1975). Esta última característica no tuvo en el Perú la beligerancia que en otros contextos hispanoamericanos o europeos, pero no está ausente en *El padre Horán* (1848) de Narciso Aréstegui (1826-1869), la primera novela peruana, que apareció por entregas en el diario *El Comercio*, obra donde celebra los ideales que llevaron a

18 Se debe tomar en cuenta que Lorente había empezado a publicar varios años atrás, cuando tenía alrededor de 40 años, en 1855, *Pensamientos sobre el Perú*. Además, no había cumplido las cinco décadas cuando publicó sus primeras obras históricas *Historia Antigua del Perú* e *Historia de la conquista del Perú*, en 1860 y 1861.

la independencia, pero denuncia también la explotación que aún padece la población indígena y los desórdenes políticos de los primeros años republicanos¹⁹. Luis Benjamín Cisneros (1837-1904), el novelista más destacado de la generación, autor de *Julia o escenas de la vida en Lima* (1861) y de *Edgardo o un joven de mi generación* (1864), también criticó la inestabilidad y el desorden del presente a través de las lamentaciones del personaje Edgardo, lo cual, sin embargo, no le impidió «amar» la independencia, origen de una nueva nacionalidad (Higgins, 2006). En los historiadores románticos hay tópicos análogos a los descritos, especialmente en Mariano Felipe Paz Soldán, el gran historiador de la Emancipación durante todo el siglo XIX, quien la presenta como el hecho épico a resaltar para alentar la identidad nacional, de un modo consciente y más elaborado que la anterior generación.

Además, así como los historiadores y literatos románticos europeos se remontaron a la temprana Edad Media para desenterrar leyendas de francos o sajones y enraizar en aquel pasado el origen de la nación, nuestros historiadores románticos, Modesto Basadre y Sebastián Lorente, se remontaron al pasado incaico con propósitos similares. Acudieron también a la época virreinal, tiempo más afín a su horizonte cultural, en el que fijaron antepasados y el inicio de la cultura criolla que los distinguía. Pero, sin duda, la característica más claramente romántica es ofrecer una visión de conjunto sobre el pasado peruano. Ricardo Palma lo logró en sus *Tradiciones peruanas*, aunque no sea una obra plenamente historiográfica. Sebastián Lorente pudo confeccionar una historia general del Perú

19 Otra crítica al orden social vigente que se encuentra en *El padre Horán* es la censura a la influencia que la iglesia todavía ejerce en una sociedad que, más bien, debía ser liberal y republicana.

en la suma de sus libros, puesto que trató todos los periodos. En esta línea, están también los compendios escolares que elaboraron Agustín de la Rosa Toro y Manuel Marcos Salazar, antiguo alumno de Lorente (Dager Alva, 2009).

1.3. Los eclécticos

Finalmente, la tercera generación conformada por los nacidos entre 1841 y 1863, los eclécticos, llamados así porque resulta muy difícil encontrar características claramente definidas, más bien, se observa huellas de diversas tendencias en el conjunto de su obra. Sus miembros son Manuel González de la Rosa (1841-1912), José Toribio Polo Valenzuela (1841-1918), Eugenio Larrabure y Unanue (1844-1916), Enrique Torres Saldamando (1846-1896), Nemesio Vargas Valdivieso (1849-1921), Pablo Patrón Faustos (1855-1910), Rómulo Cúneo Vidal (1856-1931), Carlos Wiese Portocarrero (1859-1945), Germán Leguía y Martínez (1861-1928) y Pedro Dávalos y Lissón (1863-1942)²⁰. Los mayores de la generación vivieron en su juventud la guerra con España (1866), y todos los integrantes sufrieron la Guerra del Pacífico (1879-1881), hecho que definitivamente los marcó, algunos de ellos estuvieron en el campo de batalla, como José Toribio Polo y también el aún adolescente Carlos Romero Ramírez. Por fechas de nacimiento, estos investigadores resultan contemporáneos de los héroes: Elías Aguirre (1843-1879), Alfonso Ugarte (1847-1880) y, de quien fuera «dictador» en aquellos años, Nicolás de Piérola (1839-1913). Asimismo, son coetáneos

20 Al interior de la última de las generaciones, puede considerarse también a Rosendo Melo (1847-1919), Emilio Gutiérrez de Quintanilla (1858-1935) y Carlos Romero Ramírez (1863-1956).

de los presidentes Manuel Candamo (1841-1904), Eduardo López de Romaña (1847-1912) y Guillermo Billinghurst (1851-1915).

Es la generación que más claramente se vio afectada por la inestabilidad en todos los órdenes causada por los años de la ocupación (1881-1883), tiempo en el que el Gobierno extranjero impuso cupos forzados para financiarse, desaparecieron los periódicos y revistas, se desmanteló la Biblioteca Nacional, abundaron las deportaciones arbitrarias y varios intelectuales decidieron autoexiliarse (Mc Evoy, 2007a). Pocos años después, encontramos a nuestros historiadores contribuyendo a forjar el periodo que Basadre tipificó como Reconstrucción Nacional (1884-1895), años en los que se inició la recuperación económica del país a la par de un sorprendente renacer de la actividad intelectual. El Estado fomentó, nuevamente, el estudio de los valores de la nacionalidad, a través de la refundación de la Biblioteca Nacional (1884) y el auspicio para la creación de asociaciones académicas como El Ateneo de Lima (1885), la Academia Peruana de la Lengua Correspondiente de la Española (1887) y la Sociedad Geográfica de Lima (1888). Los investigadores de esta generación se agruparon alrededor de esas instituciones, participaron en su funcionamiento y utilizaron las revistas que editaban como tribunas para dar a conocer sus investigaciones²¹. Asimismo, el Estado auspició periódicos o revistas culturales como *El Faro*, *La Instrucción*, *El Perú Ilustrado*, *El Diario Judicial* y *Revista Literaria y Científica*, que también contaron con artículos de la generación ecléctica.

Esta generación es, igualmente, la que padeció directamente la polarización del país producto de la guerra civil que enfrentó a los seguidores de Andrés Avelino Cáceres contra

21 Además, en 1885, se intentó fundar una Academia de la Historia Nacional, pero el proyecto no logró concretarse (Pacheco Ibarra, 2006).

los partidarios de Nicolás de Piérola, entre octubre de 1894 y marzo de 1895. Luego, vino la calma gracias a la relativa estabilidad institucional de la República Aristocrática (1895-1919), época en la que estos investigadores publicaron lo principal de su obra. Fue en aquellos años se concretó la creación del Instituto Histórico del Perú, antecedente de la actual Academia Nacional de la Historia; esta generación ocupó los principales cargos del primer directorio de la corporación: elegido el 11 de junio de 1905, el presidente fue Eugenio Larrabure y Unanue, y como secretario se desempeñó José Toribio Polo, mientras que Carlos Romero Ramírez fue director de la *Revista Histórica*, órgano de difusión del instituto. Entre los fundadores figuran también historiadores de esta generación, por ejemplo, Emilio Gutiérrez de Quintanilla, Rosendo Melo, Pablo Patrón, Nemesio Vargas Valdivieso y Carlos Wiesse.

Debe destacarse que esta generación, a diferencia de las anteriores, es mayoritariamente limeña, lo que podría ser una muestra más de la consolidación del proceso de centralidad del *Estado-nación* y de la hegemonía cultural de la capital. Sus integrantes, además, en mayor medida que sus predecesores, estudiaron en el extranjero, por ejemplo, Enrique Torres Saldamando lo hizo en Bélgica, Rómulo Cúneo Vidal vivió desde su niñez en varios países europeos durante más de 15 años y estudió en Milán y París; por su parte, Manuel González de la Rosa obtuvo su doctorado en Teología en Italia y Emilio Gutiérrez de Quintanilla estudió en el Instituto Nacional de Chile, mientras que Pablo Patrón y Nemesio Vargas Valdivieso manejaron con soltura alemán, inglés e italiano, y este último trajo obras de esas lenguas al español.

De los historiadores de esta generación, Eugenio Larrabure y Unanue y Germán Leguía y Martínez fueron los que

participaron más activamente en la vida política con una señalada presencia en el destino del país. Don Eugenio se desempeñó hasta en tres oportunidades como ministro de Relaciones Exteriores, en 1884, 1893 y 1902, y fue primer vicepresidente de la república durante el primer gobierno de Augusto B. Leguía (1908-1912). Por su parte, don Germán fue diputado de la nación, vocal de la Corte Suprema de Justicia, canciller de la república entre 1911 y 1912, y primer ministro en el periodo de 1919-1923. Por otro lado, ejercieron cargos diplomáticos Rómulo Cúneo Vidal y Carlos Wiese, quien además tuvo una destacada carrera en la docencia universitaria. Asimismo, hubo los que participaron en la dirección de importantes instituciones culturales: José Toribio Polo fue por un breve periodo subdirector de la Biblioteca Nacional entre 1883 y 1884, mientras que Carlos Romero Ramírez se desempeñó como director de la misma en un dilatado mandato (1928-1943); Eugenio Larrabure y Unanue presidió el Club Literario, que se creó en Lima en 1872, y luego fue también presidente de El Ateneo de Lima, que continuó con la labor de la anterior institución; Emilio Gutiérrez de Quintanilla fue jefe del departamento de Historia del Museo Nacional, de 1911 a 1920, y su director entre 1920 y 1935. Estos historiadores también ejercieron de inspectores de Instrucción Pública: José Toribio Polo o Manuel González de la Rosa.

Esta generación resulta contemporánea de los autores que introdujeron el positivismo en el Perú, movimiento filosófico que tuvo en nuestro suelo un desarrollo parcial, entremezclado con el liberalismo, el evolucionismo y el espiritualismo. Así, nuestros historiadores compartieron intereses intelectuales con Luis Felipe Villarán (1845-1920) y Alejandro Deustua (1849-1945), también con filósofos como Jorge Polar (1856-1932)

y Mariano H. Cornejo (1866-1942). Es un tiempo en el que el estudio de los fenómenos sociales y sus múltiples relaciones adquiere una singular importancia, y prima el discurso pragmático al punto que se pone en cuestión la universalidad de valores como la libertad y la igualdad (Quintanilla, 2004). Es un tiempo en el que el «darwinismo social» gana adeptos entre los círculos académicos, en los cuales se asocia a los grupos subalternos con la barbarie, lo no civilizado, concepción occidentalizante que también influyó en nuestros historiadores y les impidió valorar adecuadamente a la población andina que les fue contemporánea. Es, sin embargo, también la época en la que se desarrolla la actividad proindigenista de Joaquín Capelo (1852-1928) y en la que producen sus obras Mercedes Cabello de Carbonera (1845-1909) y Clorinda Mato de Turner (1852-1909), que critican la realidad nacional y denuncian la explotación social. Es, además, el momento histórico del más importante representante del radicalismo peruano: Manuel González Prada (1844-1918), que pretendía una refundación del país, luego de la derrota con Chile, para lo cual había que liquidar el pasado; es decir, renovar la clase política y poner fin a la ignorancia a la que estaban sometidas las mayorías sociales.

Entre los historiadores eclécticos encontramos a autores que editaron tempranamente sus trabajos intelectuales. En 1864, a los 23 años, José Toribio Polo publicó una biografía sobre Toribio Rodríguez de Mendoza, excelente carta de presentación para integrar el gremio historiográfico. En 1867, Eugenio Larrabure y Unanue, también de 23 años, dio a conocer sus *Estudios literarios*, y en 1874, a los 30 años, publicó *Cañete, apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos*, monografía histórica y geográfica sobre esta provincia. En 1878, Pablo Patrón, con 24 años de edad, ingresó al mundo de

los historiadores con la erudita crítica al trabajo de Raimondi que tituló *Observaciones sobre la obra «El Perú» del señor Antonio Raimondi*. Estos historiadores también alcanzaron a publicar artículos en la *Revista Peruana*, fundada por Mariano Felipe Paz Soldán, que logró reunir a las tres generaciones. Enrique Torres Saldamando dejó allí su estudio histórico sobre las encomiendas, que vio la luz cuando contaba con 33 años. Por su parte, Manuel González de la Rosa publicó sobre la crónica de Cieza de León, a los 38 años de edad. En general, esta generación, más que las anteriores, editó sus investigaciones en publicaciones periódicas de corte intelectual. En *El Ateneo de Lima*, *La Revista Americana* y *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, la presencia de la tercera generación fue constante, y, en un segundo término, en la *Revista Histórica* durante sus primeros años.

Los historiadores de la generación ecléctica continuaron con los temas heredados, tales como la interpretación de la independencia como hecho fundacional, tema en el que destacó notoriamente Nemesio Vargas Valdivieso con su *Historia del Perú independiente* (1903). Interpretaron la historia republicana más negativamente que sus predecesores en lo que, sin duda, influyó el pesimismo posterior a la derrota con Chile, visión que quedó expresada en *La primera centuria* (1919) de Pedro Dávalos y Lissón. Esa obra y los manuales de Carlos Wiese representan los más importantes ensayos de una visión historiográfica de conjunto en esta generación. Al igual que sus antecesores, revalorizaron la época virreinal, tiempo del que desenterraron infinidad de detalles y documentos, como lo prueban las investigaciones de Eugenio Larrabure y Unanue, José Toribio Polo, Manuel González de la Rosa y Carlos Romero Ramírez. Su aproximación al pasado andino

pretendió, como lo hicieron las generaciones anteriores, afin-
car en un tiempo remoto los orígenes del nuevo país; pero el
método para estudiar el tiempo prehispánico anuncia tiempos
nuevos.

Los historiadores de la tercera generación, más que los
otros, son historiadores de transición entre una historia *ama-
teur* y una más científica; por eso, en sus obras se aprecia un
importante aparato crítico y la búsqueda de variadas fuentes
de modo que no solo las crónicas les sirvan de sustento, ejem-
plo de lo cual son los trabajos de José Toribio Polo y Rómulo
Cúneo Vidal, especialmente la *Historia de la civilización pe-
ruana* de este. En general, estos investigadores tuvieron una
dedicación intelectual más concentrada. Sin embargo, no lo-
graron ofrecer la gran historia general del Perú, tal vez porque
estuvieron marcados por los efectos de la derrota en una gue-
rra exterior y también por la división interna del país a causa
de la guerra civil de fines de siglo, fenómenos que generaron
inestabilidad y fragmentación, y que conspiraron contra la
historia general que sus colegas latinoamericanos contempo-
ráneos sí confeccionaron. Por ejemplo, Justo Sierra en México,
Diego Barros Arana en Chile, Vicente Fidel López y Bartolomé
Mitre en Argentina (Halperin Donghi, 1996; Villalobos Rivera,
2000; Krauze, 2005; Gazmuri, 2006).

Para terminar esta visión de conjunto sobre los historiado-
res decimonónicos, vale la pena recordar que ellos, más allá de
la generación a la que pertenecieran, estudiaron con atención
tanto el pasado lejano (entendiendo, así, en especial al prehis-
pánico, pero también al virreinal) como el reciente (los tiem-
pos de la independencia, pero igualmente los avatares del siglo
XIX, incluyendo la Guerra del Pacífico). En el pasado lejano, se
encontraría el origen remoto de la nación y los antepasados de

los cuales enorgullecerse, continuaron con la tradición intelectual iniciada a fines del siglo XVIII de ensalzar la antigüedad inca como símbolo de unión. No rechazaron totalmente el estudio del tiempo virreinal, y lo revaloraron inclusive. Nuestros historiadores, al biografar a los grandes personajes de la época colonial, los enaltecieron apologeticamente y crearon antepasados, es decir, la posesión más valiosa de la comunidad. Como veremos, en la ficción fundacional que se confeccionó, el legado hispánico resultó fundamental y se silenciaron las marcadas desigualdades sociales que sufrían los grupos subalternos. Por otro lado, se estudió el pasado reciente para mostrarlo como modelo paradigmático a emular o bien como advertencia sobre el peligro inherente a la falta de unión. Para lo primero, subrayaron las bondades de la independencia, la entendieron como una gesta épica y heroica, obtenida gracias a una voluntad colectiva y mayoritaria. Para lo segundo, exhibieron decididamente la inestabilidad y el desorden en los que el país había dado sus primeros pasos con el fin de no repetir en el presente las consecuencias de la división de «partidos».

Esa historiografía burguesa recibió apoyo y estímulo estatal con el propósito de imponer una única y exclusiva historia oficial. Entendemos esta última, de la mano de Marc Ferro (2003), como la que da cuenta de la visión del proceso histórico del país que los Estados nacionales están interesados en difundir, lo que supone una comprensión global del devenir de la nación y presenta, por lo general, un pasado homogéneo. Sin embargo, el Estado no siempre fue eficiente en su implementación, lo que no niega el afán cohesionador de esa historiografía (Dager Alva, 2009). Esa fue su circunstancia vital, que es transversal a las tres generaciones, que afectó al más viejo de la primera y al más joven de la última, aunque entre

sus nacimientos medie más de setenta años. Cuán conscientes fueron del posible «uso funcional» que le habrían dado al pasado es un tema opinable para el caso peruano, al menos en el siglo XIX²².

Lo seguro es que sus historias fueron una confección, como toda historia nacional²³. Aquellas obras históricas decimonónicas, que se hicieron paralelamente al proceso de construcción del *Estado-nación*, no pudieron ser totalmente imparciales, al estar sus autores comprometidos en el proceso y ser también actores del asentamiento del nuevo sistema republicano. Ese fue el horizonte desde el cual nuestros historiadores comprendieron su pasado²⁴. Pero tampoco son discursos hechos a la medida, usando los términos de Hobsbawm, que terminan falseando la historia. Y es que la ropa a la medida que confecciona un sastre no depende solo de su creatividad, ya que esta tiene estrecha relación con la real tela existente sobre la cual trabaja. Nuestro concepto «confección» incluye entonces la cuota de inventiva y adecuación que aportaron los autores y también el trabajo artesanal, que legítimamente pretendía mostrar sucesos históricos ciertos (o que así se entendieron), es decir, la tela, para concitar el orgullo nacional o fomentar la cohesión de la comunidad.

Aquellos historiadores inmersos en su historicidad difícilmente pudieron burlar el devenir y apostaron por una historia patria que presentase una homogénea continuidad histórica. De hecho, fijaron imágenes históricas que han gozado de larga

22 Allen Woll (1982) propone que los historiadores chilenos del siglo XIX habrían dado al pasado un uso funcional en relación a la defensa de intereses oligárquicos.

23 Hobsbawm (2002) menciona el término *tailored* proveniente de *taylor* -sastre-, como sinónimo de su concepto de *invención*. Nosotros nos hemos prestado el término, pero en Dager Alva (2009) tiene un sentido distinto que asumimos también aquí.

24 Usamos, en este punto, la definición de *horizonte* dada por Gadamer (1999).

vida, que intentaremos mostrar en los siguientes capítulos. Ello, ciertamente, abonaba en favor del proyecto burgués de construir el *Estado-nación*.

2

La independencia como hecho fundacional de la nación

Los historiadores peruanos que se ocuparon de la independencia la entendieron como un hecho glorioso, abstracción hecha de la generación a la que pertenecieran. Sintieron orgullo por la gesta, la vivieron personalmente o conocieron a los protagonistas, y escucharon o recolectaron infinitas anécdotas sobre los sucesos. Escribieron sobre esta, y se identificaron con ella, convencidos de que la difusión de lo allí ocurrido consolidaría el nuevo proyecto político que ellos mismos estaban contribuyendo a construir.

Antes de que nuestros historiadores publicaran sobre el tema, la emancipación americana había sido ya tratada en algunas obras que daban cuenta de los acontecimientos y del significado histórico. Memorias como la del célebre viajero William Bennet Stevenson o las del militar británico Guillermo Miller presentaban a la epopeya americana como una gesta libertaria de importancia mundial, dirigida por hombres de gran estatura y espíritu noble²⁵. En contrario, y paralelamente,

²⁵ Stevenson llegó a América del Sur en 1804, a los 17 años, y permaneció dos décadas. Al regreso a Inglaterra, publicó en 1825 su importante testimonio sobre las independencias hispanoamericanas, de las que fue testigo y protagonista.

circulaban libros que la menospreciaban e intentaban empujar a los libertadores, quienes supuestamente habrían sido hombres ambiciosos y turbulentos. Un ejemplo fue la obra de Mariano Torrente, auspiciada por el mismo rey Fernando VII, cuyos tres volúmenes representaron la versión metropolitana sobre la independencia de sus antiguas colonias²⁶. Nuestros historiadores reaccionaron contra ese discurso oficial español; entonces, subrayaron la explotación a la que se encontraría sometida la sociedad peruana, causa principal para explicar el proceso emancipador, y se retomó el argumento que esgrimieron los patriotas criollos de aquel momento.

2.1. Paz Soldán y la versión limeña y oficial de la independencia

Don Mariano Felipe Paz Soldán y Ureta nació en Arequipa el año en el que José de San Martín proclamaba la independencia en Lima, 1821. Estudió derecho en su ciudad natal, siendo nombrado, a los 24 años, juez de la provincia de Cajamarca. En 1853, integró la legación diplomática en Colombia y viajó a los Estados Unidos, comisionado por el Gobierno peruano para estudiar aquel sistema penitenciario, luego se le encargó la

Dedicó su obra a lord Thomas Cochrane, vicealmirante de la escuadra de Chile, de quien fue secretario.

Por su parte, Guillermo Miller emigró a América del Sur en 1817, se enroló en las huestes patriotas argentinas y llegó a ser edecán de José de San Martín. Tuvo una destacada participación en la independencia de Chile y en la de Perú, donde combatió en las batallas de Junín y Ayacucho, y se lo nombró mariscal. En 1828, publicó en Inglaterra sus memorias.

26 Mariano Torrente (1792-1856), funcionario y diplomático de la monarquía española, empezó a publicar su *Historia de la revolución hispano-americana* en 1829, con la intención, según declaró, de defender la obra educacional y cultural de España en América, y demostrar que la metrópoli siempre la habría gobernado paternalmente.

construcción y dirección de la primera penitenciaría en Lima. Tuvo una destacada participación en la política peruana. Por ejemplo, fue ministro de Estado en la cartera de Relaciones Exteriores durante el segundo gobierno de Castilla (1855-1861), a la que renunció por discrepancias con el presidente; luego de limadas las asperezas, Castilla lo nombró, en 1860, director de Obras Públicas. Fue también ministro de Justicia e Instrucción Pública en las administraciones de José Balta (1868-1872) y Mariano Ignacio Prado (1876-1879). Como indicamos en su momento, fundó la *Revista Peruana* en 1879, la revista de los historiadores, en cuyas páginas se congregaron las tres generaciones. En tiempos de la ocupación chilena, se autoexilió en Argentina, donde se desempeñó como profesor del principal colegio nacional. A fines de 1885, regresó a la patria y falleció en Lima al año siguiente, con 65 años de edad.

En su *Historia del Perú independiente*, estudió los acontecimientos históricos desde la independencia hasta el fracaso de la Confederación Perú-boliviana en 1839. Fue resultado de una laboriosa tarea, ejemplo de «erudición pacientísima», según la calificó José de la Riva-Agüero y Osma (1965). A esta obra le debemos, sin duda, una inicial sistematización de los hechos ocurridos, el rescate de una apreciable cantidad de información y un honesto y profesional manejo heurístico al consignar las fuentes utilizadas²⁷. Así, a partir 1868, el Perú puede mostrar, dentro y fuera de sus fronteras, la primera versión peruana de la narración de los acontecimientos de su independencia y una visión de conjunto sobre el proceso de aquellos años que se entendieron fundacionales²⁸.

27 Quiroz Chueca (2012), que no se muestra muy afecto a la visión criolla de Paz Soldán, reconoce, sin embargo, su manejo heurístico y recopilación de fuentes.

28 Algunos países hispanoamericanos, Argentina y Chile, por ejemplo, forjaron esa visión de conjunto también por aquel entonces, aunque con un inicio más

Como es característico en la historiografía de la época, incluyendo la profesionalmente naciente europea, la historia de la independencia de Paz Soldán es principalmente una historia política, en la cual abunda la exaltación de la virtud heroica, lo que es una muestra de su adscripción al romanticismo historiográfico, pero su estilo fue sobrio y, en comparación con los románticos europeos, hasta seco. Le interesaba, según la declaración del prólogo, conservar imparcialidad, ideal que tanto difundió la escuela histórica alemana, especialmente Leopold von Ranke, por lo que respaldó casi todas sus afirmaciones con un sólido aparato documental, aunque en ocasiones no pudo ocultar sus propias preferencias²⁹. Además, al igual que las obras de la llamada historia narrativa, se observa una profusa descripción de las campañas bélicas y de los campos de batalla.

Adquiere especial relevancia en nuestro análisis señalar que, según Paz Soldán (1868), la causa principal de la separación política con España sería la explotación a la que estarían sometidos los habitantes, la cual se mostraría en la tiranía de

temprano. En 1857, Bartolomé Mitre publicó la primera edición de su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, en la que traza la biografía del patriota argentino y se aproxima al proceso de independencia, cuadro que completó en su cuarta edición de 1887. Por su parte, Diego Barros Arana publicó en cuatro tomos la *Historia general de la independencia de Chile* entre 1854 y 1858.

29 Es pertinente recordar que la obra de Paz Soldán fue comentada por uno de los principales intelectuales del momento, Francisco Javier Mariátegui, miembro del primer Congreso Constituyente, amén de otros cargos políticos de importancia. El ya anciano liberal, apenas publicado el primer tomo, empezó a criticarlo en el periódico *El Nacional* y, luego, en 1869, reunió los artículos en formato de libro. Su crítica no es hecha desde la perspectiva del historiador, sino desde la del protagonista, quien, en ocasiones, no se siente lo suficientemente reconocido, aunque sí logra precisar datos y fechas. Sus observaciones ofrecen una mirada general sobre la investigación, señalan algunos yerros, y permiten valorar lo apasionada de algunas de las apreciaciones de Paz Soldán, lo que reafirma la idea de que, como buen historiador decimonónico y romántico, no siempre logró cumplir la imparcialidad que tanto declaró.

los virreyes, la asfixia fiscal y el desprecio con el que los españoles tratarían a los americanos:

Los indígenas eran en su concepto poco menos que bestias. La población estaba dividida y subdividida en castas; y entre ellas procuraban sembrar el odio y el menosprecio. Los hijos de españoles nacidos en la América [...] eran denominados con el nombre de criollos y sus mismos padres, españoles, los despreciaban. (p. 15)

Dada la anterior situación, la mayoría de la población del antiguo virreinato, según Paz Soldán, deseaba la independencia, pero no surgió un movimiento insurgente exitoso porque el Perú concentraría el poder militar español. Don Mariano lo expresó así: «El espíritu de libertad se hallaba muy arraigado en la gran mayoría de los habitantes; pero como el Perú era el centro de los recursos de la metrópoli no fue fácil formar en él un vasto plan de sublevación» (p. 28).

Paz Soldán profundiza el planteamiento que ya habían indicado José María Córdova y Urrutia³⁰ o Santiago Távara³¹, historiadores de la primera generación. Córdova en *Las 3 épocas*

30 José María Córdova y Urrutia nació en Lima en 1806. Se enroló en el ejército patriota de San Martín a los 15 años y trabajó como amanuense en el primer congreso peruano. Se desempeñó principalmente como funcionario público. Fue secretario de la Prefectura de Lima, del Gobierno del Callao y contador (de segunda clase) del Tribunal Mayor de Cuentas del Perú. En 1839, publicó una célebre «guía» de la ciudad de Lima, *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*, muy citada en su tiempo. En 1843, fue el redactor principal de *El mapa político y literario*, revista cultural en la que se encuentran notas sobre la política del momento y de interés literario e histórico. Falleció en Lima en 1850.

31 Santiago Távara y Andrade nació en Piura en 1790. Fue un connotado político liberal de la centuria decimonónica. Integró el Congreso de la República como diputado y senador, y llegó a presidirlo en 1833. Tuvo una importante participación en el cuerpo diplomático peruano, cumpliendo misiones en Chile, Bolivia y Colombia. Fue cercano colaborador del régimen castillista, en especial del segundo gobierno, y defendió como pocos el decreto de manumisión de los esclavos, sobre el cual publicó en 1855 el opúsculo *Abolición de la esclavitud en el Perú*. En 1864 fue nombrado primer director del recientemente creado Archivo

del Perú o compendio de su historia plantea tímidamente que en tiempos coloniales nacieron los sentimientos de nacionalidad que llevaron a intentar la separación política de España, pero, al ser infructuosos aquellos esfuerzos, los habitantes «clamaban incesante» el «socorro» de San Martín (Córdova y Urrutia, 1844). Por su parte, en la *Historia de los partidos* publicada en 1862 en el diario *El Comercio*, Távora (1951) señaló que habría habido un consenso nacional por la independencia, una voluntad general a favor de ella, pues «[l]os españoles oprímían a todos. Blancos, indios, negros y mulatos, se unieron todos, como se unen los desgraciados siempre que se encuentran, porque no hay lazo más fuerte que la común desgracia. Nos juntamos todos contra los comunes opresores» (p. 190). Esta corriente de pensamiento histórico, que Paz Soldán continúa y logra convertir en la oficial del siglo XIX, termina de asentarse en las primeras décadas del siglo XX, se consolida a lo largo de esa centuria y entiende la independencia como el resultado de una toma de conciencia colectiva, subrayando la participación activa de los peruanos, llamada hoy «tradicional»³². Paz Soldán, además, se mostró convencido de que la nación era anterior al Estado, uno de los postulados de esa línea historiográfica, y terminó siendo el principal referente para los posteriores historiadores de esa corriente³³. Si bien Paz Soldán no reflexionó teóricamente sobre la nación (eran tiempos en los que Renán aún no la había definido como el plebiscito cotidiano), sí logró

Nacional en momentos en los que se encontraba ya retirado de la vida política del país. En 1874, a los 83 años, falleció.

32 Como se verá más adelante, en el debate sobre la independencia a raíz del sesquicentenario de la misma, uno de los principales del siglo XX, se adjetiva de «tradicional» a la interpretación oficial que se inaugura en el XIX.

33 Las visiones de Jorge Basadre (1973) y José Agustín de la Puente (1993) podrían señalarse como las más lúcidas y representativas de la historiografía del siglo XX que sostiene la activa participación de los peruanos en su independencia.

plantear con claridad que fue una «comunidad» —explotada en su conjunto por los españoles— la que se sublevó contra el dominio imperial.

En tal sentido extraña que Paz Soldán no haya analizado las sublevaciones o conspiraciones previas a la actuación de José de San Martín, pues ello habría abonado muy favorablemente a su tesis. Conoce la existencia de esos movimientos, pero apenas los menciona, a modo de listado, ubicándolos en el tiempo en el que se habría preparado la emancipación; incluye a aquellos que ya formaban parte del canon, por ejemplo, la rebelión de Túpac Amaru II, la conspiración de Gabriel Aguilar y la de Mateo Pumacahua³⁴. Cuesta creer que en esa intención no haya aprovechado *La revolución de la independencia en el Perú* de Benjamín Vicuña Mackenna, escrita ya en 1860, magnífica muestra del romanticismo historiográfico latinoamericano. En aquella obra se hizo mucho por demostrar la presencia de un sentimiento favorable a la emancipación en la sociedad peruana, y se describió la organización de los movimientos que surgieron en ese entonces, su desarrollo o sofocamiento. Por ejemplo, Vicuña (1971) afirmó:

¿Y cómo puede decirse en justicia y aseverarse en la historia, pues, que un país así preparado, puesto en tan universal y profunda confusión, contagiado tan hondamente en todas sus clases, no estaba revolucionado desde 1810, por lo menos sordamente, y a la par de todas las otras naciones de la América?

34 Menciona también el movimiento liderado por Francisco de Zela en Tacna en 1811, el de Crespo y Castillo de Huánuco en 1812, y el de Gómez, Alcazar y Espejo de Lima en 1819. Además, da cuenta de las publicaciones que reflejarían intenciones separatistas, como la *Carta a los españoles americanos* de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, el *Discurso sobre la preferencia que deben tener los americanos en los puestos de América* en 1811, escrito por Mariano Alejo Álvarez, y la publicación del periódico *El Satélite Peruano* en 1812.

Nosotros creemos haber manifestado hasta la evidencia que lo estaba y que era ley de imposibilidad que aquello sucediese de otra suerte. (p. 51)

Paz Soldán conoció la obra del chileno, pero no la utilizó. La omisión no se explica por supuestas animosidades entre ambas nacionalidades, pues media más de una década con el posterior conflicto. Tampoco por una rivalidad entre los autores, porque nuestro historiador facilitó documentos originales a Vicuña Mackenna para la confección de la obra mencionada y, además, sigue de cerca *El ostracismo del general don Bernardo O'Higgins*, que Vicuña Mackenna publicó en Valparaíso en 1860, cuando refiere la trayectoria de San Martín y las negociaciones entre los Gobiernos de Argentina y Chile para organizar la expedición libertadora. La razón pareciera estar en que, para Paz Soldán, el sentimiento favorable a la independencia era un hecho tan evidente que no necesitaría demostración. Él conoció a muchos de los que participaron del proceso, dirigentes, militares o intelectuales. En sus días de adolescencia y juventud, escuchó de familiares y amigos los relatos todavía muy entusiasmados acerca de cómo se consiguió la nueva realidad política. Consagrar para la posteridad esos testimonios fue a lo que dedicó principalmente su obra, en tiempos en los que el orgullo por haber dado fin a un dominio imperial estaba aún muy vivo. Para Paz Soldán, la existencia de un sentimiento a favor de la separación política, muy anterior a la presencia de San Martín, era una certeza cotidiana y no una interpretación historiográfica, y la daba por descontado. De hecho, su libro representa la primera muestra historiográfica que rescata la importancia de la *Carta a los españoles americanos* del

jesuita arequipeño Juan Pablo Viscardo y Guzmán, documento con claras intenciones separatistas publicado en 1799³⁵.

Como Paz Soldán da por hecho que la independencia resulta de una acción colectiva y un deseo largamente anhelado, no considera necesario apoyarse en bibliografía que abunde en el argumento, pero lo que sí parece interesarle es rebatir las afirmaciones en contrario. Tuvo en mente lo afirmado en las *Memorias* del almirante lord Cochrane publicadas en 1860, que presentaban a los habitantes de Lima, y del virreinato, como profundamente realistas³⁶. Paz Soldán (1868), en alusión, se refiere a los extranjeros que hoy gozan de fortuna en Europa, pero que en los años de la emancipación fueron «marineros desertores» o «reos prófugos». No es que pretenda un estado de la cuestión, tampoco una discusión académica, sino es una reacción a la defensiva, con un compromiso hasta afectivo por evidenciar como falsa la versión que niega el patriotismo de los limeños, o de los peruanos en general. Nuestro historiador, inmerso en el devenir de la edificación del *Estado-nación*, confecciona imágenes históricas nacionalistas porque él mismo, en su historicidad, es un nacionalista, lo que lo obliga a negar lo que algunos «extranjeros» publicaron por «falso» o «engañoso». Es, entonces, doblemente lamentable que no haya utilizado el esfuerzo de Vicuña Mackenna, el cual pudo completar y ampliar, ya que accedió a una documentación más amplia sobre conspiraciones o movimientos intelectuales separatistas.

35 Aunque es solo una mención, Paz Soldán alude a la *Carta a los españoles americanos* como una de las demostraciones de que, en el virreinato, mucho antes de la llegada de San Martín, existía ya un vivo sentimiento a favor de la independencia. Y refiere que dicho documento fue reeditado en el periódico *El Correo mercantil de Lima* en el año 1822 (Paz Soldán, 1868).

36 Cochrane publicó en 1859 en Londres su *Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru and Brazil, from Spanish and Portuguese Domination*, donde acusó de ingratos a los chilenos y a los peruanos de enemigos de la libertad, además de dibujar muy negativamente la figura histórica de San Martín.

Pero consideró innecesario probar la existencia de un «tiempo precursor» —que daba por hecho— y se concentró en dar a conocer los hechos y protagonistas de los tiempos más cercanos al iniciar su trabajo en 1819: «Sería largo detallar lo que cada uno de estos patriotas hizo para preparar la independencia y *obra ajena del plan que nos proponemos*, pero sus nombres pasarán a la posteridad» (p. 29) [énfasis nuestro].

Por otra parte, como es conocido, la instauración de símbolos nacionales (bandera, escudo e himno) fue un asunto que preocupó especialmente a la élite que dirigió el proceso en la búsqueda de vehículos de identificación. Paz Soldán, al tratar sobre la marcha nacional, revela su certeza respecto de sus benéficos efectos sociales e identitarios para la causa:

el hombre[,] al oír el eco de la canción de su patria, cree oír en él la voz de sus padres, y más fácil es olvidar los tiernos acentos de los que nos dieron ser y arrullaron nuestra infancia que el excitador sonido de la canción nacional: sin quererlo se ve arrastrado al lugar donde ésta resuena y en esos instantes se olvidan los peligros y temores: ese sonido eléctrico cantado por la multitud, es más hermoso que los dulces compases de Bellini y Donizetti. (p. 240)

Es decir, Paz Soldán plantea que los símbolos patrios crean tradiciones o las inventan, al decir de Hobsbawm, con el sentido primordial de afianzar la identificación de los habitantes con la nueva realidad. Factores como el himno habrían incrementado el profundo convencimiento en la población limeña que contribuyó a favor de la causa independentista, al punto que

muchos ciudadanos se disputaban la preferencia para prestar sus servicios personales, otros ofrecían sus fortunas o

entregaban fuertes sumas de dinero, camisas para el ejército y artículos igualmente necesarios: las monjas, los curas del Arzobispado, parte considerable del clero, las mismas señoras concurrían a recibir telas para hacer camisas, sábanas. (p. 242)

Paz Soldán, entonces, exhibe la independencia como un proyecto nacional, aceptado y anhelado. Es una epopeya, por lo que muestra las batallas de Junín y Ayacucho con rasgos claramente heroicos. Su propósito es construir imágenes históricas sobre el pasado reciente, capaces de generar orgullo nacional en sus lectores e incrementar la conciencia de identidad, en tiempos en los que el país todavía gozaba de la prosperidad guanera y acababa de vencer militarmente a España en su intento de apropiarse de las islas de Chincha en 1866. Con el mismo objetivo nacionalista, se presenta a los libertadores como «grandes hombres», verdaderos líderes que guiaron a la nación. De los peruanos del momento, tal vez sea Hipólito Unanue a quien se refiere con más admiración: «hombre sabio y moderado, [...] tímido de corazón, pero amante de su patria y de la libertad, [...] su nombre será inmortal» (pp. 202-203)³⁷. Asimismo, reconoció las bondades de Bernardo O'Higgins como un «ilustre campeón» de la independencia y a quien se debería la organización de la expedición libertadora. Ofreció también una muy completa semblanza de José de San Martín, en 1868, dos décadas antes de que el historiador argentino Bartolomé Mitre diera a conocer su *Historia de San Martín*, obra que consolidó el sitio de honor que el libertador tiene hasta hoy en la historiografía sobre la independencia de Hispanoamérica. Paz Soldán no le escatimó elogios:

37 Pero no deja de criticar la gestión de Unanue en el Ministerio de Hacienda durante los gobiernos de San Martín y Bolívar, por juzgarla contraria a una política liberal a la cual se adscribía Paz Soldán.

San Martín es el más grande de los héroes, el más virtuoso de los hombres públicos, el más desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza, y a quien el Perú, Chile, y las provincias argentinas le deben su vida y su ser político [...], sufrió con cristiana resignación los más inmerecidos ataques [...], de su boca no salieron revelaciones que hubieran mancillado la honra ajena; de su pluma no se deslizó el corrosivo veneno de la difamación: en todo esto es más grande que Bolívar y Washington. (p. 346)³⁸

Paz Soldán instaure así una interpretación historiográfica que engrandece al libertador argentino y empequeñece al libertador venezolano. Es ácidamente crítico con Bolívar, pues lo juzga como un extranjero que se dedicó a «humillar» a los peruanos y de una supuesta personalidad muy negativa. Nuestro autor sugiere que Bolívar solo habría completado un camino que San Martín había dejado casi totalmente andado. Imagen que ha tenido la suerte de perdurar y se encuentra hasta hoy en nuestra historia escolar, pero no necesariamente refleja con propiedad la realidad histórica, dado que olvida la organización del ejército y las campañas militares que Bolívar tuvo que llevar a cabo para expulsar a los españoles de estas tierras. Sin embargo, sí es clara muestra de propósitos nacionalistas al exaltar a quienes habrían sido empáticos con los peruanos y censurar a los que supuestamente no lo hicieron.

Así como reconoció el mérito de San Martín y Unanue, Paz Soldán fue también muy duro con otros protagonistas. Reprochó a la «nobleza colonial», especialmente la limeña, de la cual dijo: «escasa de luces, más escasa de virtudes y patriotismo, aunque abundante en riquezas» (p. 66). Es muy crítico con los

38 No obstante, el ferviente liberal que fue Paz Soldán censuró también el proyecto de monarquía constitucional del general argentino.

dos primeros presidentes del Perú, José de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete y Bernardo de Tagle y Portocarrero, a quienes califica de «traidores» por entrar en conversaciones con los españoles (Paz Soldán, 1874). En aquellos juicios, tanto en los positivos como en los negativos, Paz Soldán da cuenta de su condición de historiador romántico que concibe su disciplina como «maestra de la vida». Es por ello que presenta a los «grandes hombres» como ejemplo a seguir, y también ofrece a sus contemporáneos lo contrario, como lección de las actitudes que no deben repetir. Pero sus cuestionamientos no atacan la validez de la nueva realidad política, sino se dirigen principalmente a las acciones individuales.

La visión de la independencia que cincela Paz Soldán expresa la versión limeña en la que se señala que la capital habría tenido una participación fundamental en su consecución. Lima se ha convertido en la cabeza política e historiográfica del nuevo Estado y de la emancipación. La independencia es obra de los criollos, quienes dirigen a la población en su conjunto, la cual estaría harta de la explotación colonial, a pesar de la existencia de una nobleza, más bien, realista. La *Historia del Perú independiente* sostiene así la que fue la interpretación oficial del Estado peruano por mucho tiempo; marcó un periodo historiográfico. De hecho, tuvieron que pasar tres décadas desde su publicación para que Nicolás Rebaza ofreciera otra versión con el propósito de subrayar la participación de Trujillo en la gesta, y casi cuarenta años para que otro autor limeño, Nemesio Vargas Valdivieso, escriba sobre mismo periodo.

2.2. Nicolás Rebaza y la voz de las regiones

Nicolás Rebaza Cueto nació en Huamachuco en 1811 y falleció en Trujillo en 1897. Integrante de la primera generación de historiadores, vivió, siendo niño, el proceso de la independencia, en el cual su padre fue cercano colaborador de Simón Bolívar en Huamachuco. Don Nicolás estudió en la Universidad Nacional de Trujillo, donde se graduó de abogado, ejerció la docencia y llegó a desempeñarse como rector entre 1853 y 1859. Durante su larga vida fue secretario de la Prefectura del Departamento de La Libertad, diputado por Huamachuco en las legislaturas de 1842 y 1851, y vicepresidente de esa cámara, además de fiscal, vocal y presidente de la Corte Suprema de Justicia.

La obra *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la independencia*, publicada en 1898, reseña con minuciosidad los diversos acontecimientos relacionados con la emancipación en las provincias que conformaban la Intendencia de Trujillo (Cajamarca, Chachapoyas, Jaén, Lambayeque, Maynas, Piura, Trujillo, etc.), donde se proclamó la independencia del Perú, en diciembre de 1820, varios meses antes que en Lima. El libro fue prologado por el intelectual más importante del momento: Ricardo Palma. La redacción y el armado del texto revelan la opción por la historia narrativa en la necesidad de referir los acontecimientos históricos con minuciosidad en el detalle. Sin embargo, no abundan las fuentes primarias que sirvan de respaldo, porque sus apuntes y los documentos recolectados se perdieron cuando la casa de Rebaza fue saqueada en 1884; por ello, estos anales fueron escritos gracias a que su autor recordaba con precisión los datos que recopiló, según confesión de parte.

Estando en el ocaso de su vida, hacia 1893 o 1894, Rebaza inició la redacción de su obra intelectual cumbre, la cual finalizó en mayo de 1897, dos meses antes de su muerte. Uno de sus propósitos fue no dejar «relegados al olvido la abnegación y patriotismo de nuestros mayores» (Rebaza, 1971, p. 7), pero la intención principal estuvo en demostrar que el Perú le debería la independencia a Trujillo, ya que fue la primera, y expresó, de ese modo, una reivindicación regional³⁹. Como hemos visto, la interpretación historiográfica aceptada, antes de publicar Rebaza, otorgaba a Lima la participación central en el proceso de la independencia, visión que se ha consolidado a la par de la hegemonía cultural de la capital. Frente a esa voz dominante, surge la de Rebaza que pretende matizarla, y que resulta una muestra significativa de cómo en el Perú, junto a un discurso oficial con pretensiones de hegemónico, se dejaron escuchar múltiples voces, que, en ocasiones, representaron a las regiones o a la sociedad civil⁴⁰.

Dentro del mismo propósito de establecer el lugar principal que le corresponde al departamento La Libertad en la independencia peruana, Rebaza ensaya un defensa de la actuación de José Bernardo Tagle, marqués de Torre Tagle, intendente de Trujillo y, luego, presidente del Perú. El marqués, aunque mantuvo negociaciones con los representantes del virrey La Serna, nunca habría puesto en entredicho la calidad de independiente del nuevo país. Para Rebaza, Torre Tagle resultaba ser el primer gobernante del «tiempo de la patria» en tanto que presidió la jura de la independencia en Trujillo, anterior

39 Además, Trujillo sería cuna de las más «generosas acciones» del tiempo republicano como, por ejemplo, de la abolición de la esclavitud (Rebaza, 1971).

40 Gabriella Chiaramonti (2005) ha mostrado que una de las consecuencias de la independencia fue el surgimiento de innumerables actores colectivos en las regiones del país.

a la de Lima. Es por ello que considera necesario recordarlo como un padre de la nación que no claudicó en sus convicciones. Entonces, si bien reconoce las conversaciones entre el marqués y los realistas, Rebaza (1971) sostiene que se dieron a pedido del propio Simón Bolívar, debido a que se buscaba obtener un armisticio de seis meses, tiempo en el que llegarían al Perú las tropas colombianas y venezolanas para reforzar el ejército patriota. En las instrucciones que Torre Tagle dirigió a su emisario habría sido meridianamente claro en indicarle que, si los españoles no aceptaban el carácter independiente del Perú, finalizara en el acto las negociaciones (p. 22).

Rebaza afirma que Torre Tagle se entregó a los españoles en el año 1824, pero que nunca se habría unido a las fuerzas del rey y, antes bien, siempre les habría exigido que lo reconocieran como presidente del Perú, aún durante su estadía en el Real Felipe. Asimismo, niega que el marqués haya sido autor de aquella proclama contraria a la independencia, en la que incentivaría a los peruanos a que se unieran a los españoles. Cree, más bien, que el autor sería el general Berindoaga. En su defensa, Rebaza utiliza también razonamientos jurídicos, juez de larga experiencia al fin y al cabo, para señalar la inocencia de su personaje respecto del cargo de traidor, pues, aún en el supuesto negado que dicha proclama hubiese sido escrita o autorizada por Torre Tagle, «no tendría ningún valor legal, porque [habría sido hecha] bajo la fuerza y la coacción». La biografía de los grandes hombres fue una efectiva estrategia historiográfica para generar orgullo e identificación al ofrecer vidas ejemplares. En ese propósito, para Rebaza era imprescindible mostrar a un Torre Tagle como un modelo de coherencia en su comportamiento, en vez de un ser humano que, en un tiempo signado por el caos y la efervescencia política, tuvo

dudas, marchas y contramarchas, y, también, como muchos seres humanos, decisiones equivocadas y lamentables ambiciones. Para Rebaza, en cambio, «tener en cuenta los errores en los hombres públicos, y no el bien que han hecho con sus servicios, es un proceder injusto digno de almas pequeñas y corazones innobles» (p. 296).

Como la jura se dio primero en Trujillo, Rebaza extendió la primacía cronológica a la importancia en el proceso, cuestionando la versión oficial sobre el principal lugar que le cupo a Lima. Con tal propósito, intentó reivindicar a Torre Tagle, yendo en contra del planteamiento que iniciaron Córdova y Urrutia y Távara, y que consolidó Paz Soldán. Pero en lo que nuestro autor no se opuso al discurso dominante fue en la interpretación de la independencia como una obra que se debe a los criollos, hartos de la explotación de la metrópoli. Por ejemplo, si bien en el texto de Rebaza se reconoce que la rebelión de Túpac Amaru II forma parte del proceso de independencia, considera que Cusco cometió el «error» de pretender ungir a un descendiente de los incas como gobernante supremo, cuestión que se encuentra en las sublevaciones de José Gabriel Condorcanqui, Mateo Pumacahua o José Gabriel Aguilar. En cambio, Trujillo y Lima tuvieron una actitud más «correcta», pues la independencia no se hizo «para reivindicar los derechos de la dinastía incaica» (p. 12). Rebaza entiende la independencia como el inicio de una nueva época y no como el regreso a un tiempo de antiguo esplendor. Es la puerta al futuro, representa lo moderno, un gobierno no absolutista, la esperanza en el porvenir. Es un movimiento organizado, liderado y logrado por los criollos, por lo cual serían ellos (y sus descendientes, dentro de los cuales estaba Rebaza) los destinados a gobernar la nueva realidad política. Rebaza expresa bien el nacionalismo criollo

trionfante en el siglo XIX que negó a la población andina la posibilidad de dirigir políticamente al nuevo país, aún incluso a quienes fuesen descendientes directos de los respetados incas (Méndez Gastelumendi, 1993; Thurner, 2006).

Con la independencia, para Rebaza, el Perú entraría con pleno derecho al mundo occidental, para gobernarse según las pautas de esa tradición cultural. Los peruanos de tiempos de la emancipación habrían «evolucionado» lo suficiente como para ejercer su auto gobierno. Las palabras de Rebaza (1971) son las siguientes: «las naciones son como los hombres, cuando han llegado a cierto estado de poder y desarrollo, tienen el derecho de gobernarse por sí mismos, sin el tutelaje de que hubieron menester en un principio» (p. 12). Esos peruanos son ciertamente los criollos, por lo que Rebaza representa un ejemplo historiográfico que combina armoniosamente la visión de la independencia como obra de los criollos con el asignarle importancia decisiva al espacio regional en su consecución.

2.3. Nemesio Vargas Valdivieso y la tercera generación

Manuel Nemesio Vargas Valdivieso nació en Lima en 1849. Cursó sus estudios escolares en el Colegio Guadalupe; luego, ingresó a la Universidad de San Marcos, donde se graduó de abogado. Tuvo como dedicación principal la actividad privada de su profesión, la cual compartió con sus claras inclinaciones humanistas. Manejó con soltura diversos idiomas, lo que le permitió traducir obras literarias o tratados filosóficos. Por ejemplo, tradujo del inglés al español, en 1898, *Hamlet* de Shakespeare; del italiano, en 1912, la novela *Mis prisiones*, probablemente la más popular de Silvio Pellico, escritor patriota

piamontés; del alemán, el tratado de estética *Laocoonte o sobre los límites en la pintura y poesía* del literato y filósofo Gotthold Ephraim Lessing. Aunque empezó a trabajar su obra histórica desde mucho antes, recién la publicó ya bien entrada su edad adulta, en 1903, a los 54 años, la cual le valió ser considerado como miembro de número del Instituto Histórico del Perú en 1905. Falleció en Lima, en 1921, a los 72 años.

Su también titulada *Historia del Perú independiente* es, de las obras de los historiadores decimonónicos, la que mayor cantidad de información logró reunir sobre los años del proceso de emancipación⁴¹. Sin embargo, comparada con la de Mariano Felipe Paz Soldán, es menester indicar que Vargas Valdivieso no avanzó mucho en lo que al rango profesional se refiere, pues solo en contadas ocasiones sustentó su relato con noticias bibliográficas o documentales. Cierto es que al inicio de cada tomo colocó una lista de las fuentes consultadas, pero son realmente raros los casos en los que se refiere directamente a ellas en el cuerpo del texto. Así y todo, es necesario destacar que el contenido de la obra y el tratamiento del tema señalan un esfuerzo por elaborar una historia integral de la emancipación, en la que en ocasiones aparece más que insinuada una inicial perspectiva social o económica, a diferencia de lo que ocurría con la pionera de Paz Soldán, en la que primaba la política.

41 Su *Historia del Perú independiente*, originalmente en ocho volúmenes, se ocupa del mismo periodo cronológico tratado por Mariano Felipe Paz Soldán, es decir, hasta el fracaso de la Confederación Perú-Boliviana de 1839. Los tres primeros tratan sobre el proceso de la independencia, desde los primeros levantamientos (considera al de Aguilar en Cusco en 1805) hasta la retirada de Bolívar en 1826, siendo publicados en 1903, 1906 y 1908. Los siguientes tres volúmenes se ocupan del periodo de 1827-1833, que vieron la luz en 1910, 1912 y 1914. Los tomos séptimo y octavo desarrollan el tema de la Confederación y los publicó en 1916 y 1917, respectivamente. En 1942, el hijo de don Nemesio, el historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte, editó los manuscritos que había dejado su padre y completó, así, un noveno, póstumo y último tomo.

Otra de las diferencias que es de interés destacar se relaciona con los primeros levantamientos a favor de la independencia anteriores a 1821, a los que Vargas Valdivieso dedicó el primer capítulo del tomo inicial; en cambio, Paz Soldán apenas si los mencionó. Pero nuestros autores no difieren en la conclusión: el Perú ansiaba desde antaño la separación política de España. No obstante, el hecho de que Vargas Valdivieso (1903) haya consignado esa descripción introductoria le otorga más peso a su argumentación y le permite concluir con más solidez que en el Perú «tan incubada estaba la revolución como en cualquiera de ellos [los otros países sudamericanos]» (p. 19). Y, al igual que la tradición historiográfica que lo antecedía, planteó que la «redención tenía que venir de fuera [porque el gobierno español contó en el Perú] con mayores elementos para sofocarlos [a los movimientos rebeldes] en su cuna» (pp. 18-19). Asimismo, considera que la explotación colonial a la que estaba sometida la sociedad en su conjunto sería la principal causa de la ruptura: «los abusos de la administración habían hecho imposible la subsistencia del poder español» (p. 33). Igualmente, se adscribe a la interpretación canónica que juzga a la independencia como obra de los criollos, ya que solo ellos (y no los indios) habrían estado preparados para dirigir el proceso: «[e]l indio de entonces como el de ahora no tenía condiciones para ser emancipado; el criollo amaba la libertad, y entusiasta, rendía la vida por sus principios» (p. 20). Ello explicaría que las tropas de San Martín en su entrada a Lima hayan sido recibidas por «una multitud loca de entusiasmo» (p. 180).

Nos encontramos con un historiador que, nuevamente, presenta la independencia como el resultado de una toma de conciencia colectiva, dirigida por los criollos y que, otra vez, pretende convencer a sus lectores de su carácter nacional.

Vargas Valdivieso vive un contexto histórico distinto que el que compartieron Córdova y Urrutia, Távara o Paz Soldán. Su obra sale a la luz en la llamada República Aristocrática cuando el Perú ha iniciado su recuperación económica y lleva adelante la ejecución de un proyecto nacional, muy elitista en su concepción, pero que puso en marcha diversas medidas para avivar el orgullo patrio, maltrecho luego de la derrota en la Guerra del Pacífico. En ese sentido, acudir al tiempo fundacional resulta, tal vez, el mejor recurso para afianzar la conciencia de identidad al traer al presente una época en la que se llevó a cabo con éxito un proyecto supuestamente ansiado por el conjunto. La obra historiográfica de Nemesio Vargas Valdivieso entra en sintonía con ese propósito estatal, de ahí que cincele las imágenes históricas que hemos mostrado.

Por otra parte, al igual que sus antecesores, censuró el proyecto de monarquía constitucional sanmartiniano. Refiere la «desilusión» general que causó el Estatuto Provisorio, cuerpo legal del protectorado, que dio por resultado una «dictadura» cuando «se esperaba una república» (p. 247). Le interesa mostrar que Lima se habría opuesto con resolución al modelo traído por San Martín, para argumentar, así, a favor de la participación activa de los peruanos en el destino del país independiente y lo determinante que resultó la capital en el resultado posterior. A los peruanos se debe, más específicamente a los limeños, y no a los libertadores extranjeros, no solo la ruptura política, sino, aun más importante, las formas republicanas. El modelo político adoptado por los habitantes de Lima es expresión de una voluntad que se expone como soberana y nacional; es decir, se trata de una interpretación liberal, criolla y limeña de los años fundacionales, que fue la que triunfó en el siglo XIX, que queda muy bien sintetizada en la obra de

Vargas Valdivieso. Esta interpretación resulta especialmente importante a inicios del siglo xx, cuando el civilismo estaba empeñado en reconstruir la centralidad del poder político en Lima bajo un molde republicano, a su aire, luego de la terrible guerra civil entre Cáceres y Piérola.

Junto con lo anterior, también debemos destacar que en aquellos años la independencia empieza a ser estudiada como un hecho del pasado, de un pasado reciente, épico y generador de orgullo, pero, finalmente, pasado. Eso no ocurrió con Córdova y Urrutia, Távara o Rebaza, que vivieron la transición de la colonia a la República, ni con Paz Soldán que nació al año siguiente de la llegada de San Martín. En cambio, Vargas Valdivieso puede ver la emancipación como una época histórica, todavía cercana, pero frente a la cual exhibe alguna distancia que le permite elaborar un retrato menos idílico de la figura histórica de José de San Martín, con virtudes y defectos, aciertos y equivocaciones; imagen muy lejana de la apasionada acusación que esgrimió Cochrane y también de la defensa elaborada por Paz Soldán. Don Nemesio Vargas Valdivieso (1903) critica lo que juzga como inacción militar de San Martín y el que haya sobrevalorado el significado de haber ocupado la capital: «[e]mbelesado San Martín con la toma de Lima sin dar batalla, creía seguir venciendo con sólo conquistar la opinión» (p. 177). Es recién con el triunfo en la batalla de Ayacucho, según Vargas Valdivieso (1906), que el Perú puede considerarse un estado independiente: «desde entonces fue [...] verdaderamente libre y pudo tratar de igual a igual a los demás estados» (p. 250).

La interpretación de Vargas representa la primera versión peruana que cuestiona la conducta política y militar de San Martín. Si bien enaltece su valor moral y capacidad de

renuncia, postula también que en ella no hay solo un desprendimiento magnánimo, que era como la entendía Paz Soldán, sino también la presión de las circunstancias debido al descrédito que le ocasionó su apuesta por la monarquía constitucional y la inferioridad militar de sus tropas. Por eso, «al dimitir el mando no hubo pues abnegación. Su partida era inevitable; era el cese del destino [...], se parece más al abandono [...] que a la deliberación» (Vargas Valdivieso, 1903, pp. 317-318). No empuéñe, sin embargo, el significado de la figura histórica del libertador; pero sí la pondera, ya que el historiador «descuelga cuadros, derriba estatuas, quiebra pedestales» (p. 322), pues su función sería reconstruir la verdad de lo sucedido.

Según Vargas Valdivieso, la real independencia del Perú pasaba por vencer militarmente a España, y ese mérito correspondería a Bolívar, quien organizó y dirigió esa campaña. Esta posición resulta rara en la historiografía decimonónica, y aún en la actual. Es la primera vez que se plantea tan claramente que el papel del venezolano en esa historia no es secundario ni solo el de completar una empresa casi terminada. Pero en Vargas Valdivieso sí encontramos por doquier críticas a la personalidad del caraqueño, quien se creería superior a los peruanos, y una especial censura a sus planteamientos políticos por no seguir fielmente el modelo republicano. Según Vargas Valdivieso (2010), Bolívar «siempre juzgó que el poder le pertenecía de hecho y de derecho a la clase militar» (p. 250).

En sus críticas a los libertadores extranjeros, hay en Vargas Valdivieso (1906) el propósito nacionalista de resaltar el carácter peruano de la gesta, porque pretende dejar en claro que los libertadores extranjeros no se llevan todos los laureles. San Martín, por ejemplo, no habría sido un gran militar, virtud que sí tuvo Bolívar, pero, junto con una personalidad en exceso

egocéntrica y vanidosa que lo hacía arbitrario. Esas características del último habrían sido las que provocaron el «patriotismo estéril e inoportuno» de Riva-Agüero y Torre Tagle, pero ya no habla de traición como había planteado Paz Soldán (Vargas Valdivieso, 1903). A esos peruanos les habría faltado amplitud de miras, pues se lanzaron «a una senda equivocada», pero no podría acusárseles de criminales, aunque sí de haber actuado obnubilados en su intento de impedir que el Perú independiente cayese en manos del dictador venezolano (Vargas Valdivieso, 1906).

Para Vargas, los peruanos de esos tiempos lucharon a favor de la patria, incluso los de actuación más controvertida. Más allá de la veracidad de su visión, la historicidad de don Nemesio Vargas Valdivieso le confiere la oportunidad de ver esos años con mayor distancia, entonces, ensaya una interpretación historiográfica menos influida por las pasiones de los protagonistas y testigos directos de aquellos años. Tal cercanía, en cambio, marcó la vida y obra de Paz Soldán, quien no logró aquilatar las implicancias para la conciencia de identidad que tendría condenar como traidores a los dos primeros presidentes. La distancia que sí pudo exhibir Vargas Valdivieso le permitió darse cuenta de que esos presidentes tendrían, quiérase o no, un lugar en la historia del país, por lo que procuró un acercamiento más «comprensivo» a sus actuaciones políticas. Ello, por cierto, no estuvo exento de su propia historicidad en el objetivo nacionalista de relevar el patriotismo de los dirigentes peruanos para así «peruanizar» la gesta. De cualquier forma, Vargas Valdivieso tampoco llega a silenciar los errores de los hombres públicos, máxima predicada por Nicolás Rebazza para juzgar a Torre Tagle. No pretendemos sugerir una mayor «objetividad» en Vargas Valdivieso ni más proximidad a

la «verdad», simplemente que la historicidad movió a los autores a manifestar su nacionalismo historiográfico con matices distintos. Y es que, si en las equivocaciones de Riva-Agüero y Torre Tagle no hubo traición, sí se hizo evidente una ostensible incapacidad para ser los estadistas que estaban llamados a ser; se obnubilaron sí, pero, en mucho, llevados por una desmedida ambición personal, cuestión que Vargas Valdivieso no asume plenamente.

En todo caso, el objetivo de Vargas Valdivieso es peruanizar la gesta de la independencia, lo cual sintonizaba con el propósito estatal del segundo civilismo de «nacionalizar» a las mayorías sociales, es decir, occidentalizarlas. Observamos un proyecto común en las intenciones de este autor y en la política oficial: se trata de «peruanizar» al país, su pasado y su presente, objetivo que se relaciona con el *ethos* burgués de homogeneizar culturalmente y silenciar lo heterogéneo. Pero lo que ya no resulta tan claro es hasta qué punto la obra de Vargas Valdivieso le dio al pasado un deliberado «uso funcional» con el propósito de justificar los intereses oligárquicos, sector al que no perteneció. El propósito de Vargas Valdivieso no puede asimilarse al que después tuvo José de la Riva-Agüero y Osma, descendiente directo del primer presidente del Perú, biznieto para más señas, en cuya obra se percibe el empeño de señalar a su bisabuelo como un resuelto defensor de la independencia peruana. Si bien hubo serenidad en los juicios historiográficos que emitió, no escondió tampoco la connotación vindicadora que los motivó. En cambio, no hay ello en don Nemesio; no un interés personal, pero sí nacionalista: peruanizar la independencia y destacar la participación de la dirigencia peruana. Por eso, fue «comprensivo» con Riva-Agüero y Torre Tagle.

A modo de conclusión del capítulo, conviene subrayar que la historiografía decimonónica entendió la independencia, a no dudarlo, como un hecho glorioso. En ello coinciden todos los autores que hemos reseñado. Fue un referente de identificación con el nuevo orden político, por lo que la extensa difusión de lo allí acontecido afianzaría decididamente la nacionalidad. Aunque hubo voces regionales que reclamaban para sí un lugar de importancia en el proceso, la mayoría de los historiadores, finalmente, apostó por presentar (y concebir) a Lima, aunque no hayan nacido allí, como la que lideró la independencia y, por lo tanto, a la que se debían las formas republicanas. De tal modo, esa historiografía contribuyó con el proceso de centralización del *Estado-nación* y de la hegemonía cultural de la capital.

3

El pasado reciente de la nación

3.1. Los primeros años republicanos, desorden y desunión

Los trabajos dedicados a estudiar los avatares de la República naciente están muy lejanos de la pretendida imparcialidad que, sin embargo, sus autores no dejaron de declarar. Como varios de ellos eran protagonistas del devenir político, además de historiadores, firmaron sus obras con justificaciones ideológicas, pero también con el fin de brindar enseñanzas para el porvenir en el convencimiento de la historia como *magistra vitae*. Quisieron mostrar los excesos a los que podía conducir la desunión, la división de «partidos», perspectiva última que caracterizó la visión de Santiago Távara.

La ya mencionada *Historia de los partidos* trata del periodo de 1820 a 1862, año de publicación de la obra. Es la primera narración sobre la vida política del país durante el nuevo régimen. La intención principal de Távara es probar la beneficiosa participación del «partido liberal» en el desarrollo de la nación independiente. En tal sentido, fue particularmente duro con José de la Riva-Agüero, José María de Pando y Bartolomé Herrera, a los que asocia al partido «conservador», defensores del

principio de autoridad en el mando, habiendo sustentado así el derecho de «extralimitación» en el gobernante (Távvara, 1951). Haciendo gala de su adscripción a la doctrina liberal, y con un tono que no asoma demasiada objetividad, Távvara señala que solo los liberales estaban comprometidos con el nuevo Estado; mientras que los conservadores habrían obstaculizado el desarrollo del país, anclados en el pasado: «el partido de los gobiernos fuertes estaba apoyado en la fuerza material, es decir en el ejército y en el sistema colonial» (p. 144). Expresando sus propias convicciones ideológicas, afirma que estaría demostrado que la soberanía popular garantiza la libertad y felicidad de la nación, mientras que ocurre lo contrario con la doctrina de «la aristocracia del saber», que mucho daño le ha hecho al país. Los adeptos de esta última concepción habrían sido «militares de mala laya, la mayor parte de los clérigos de la misma clase, los amigos de colgajos, etc.» (p. 190).

Para Távvara, el enfrentamiento entre las facciones tuvo como consecuencia la presencia constante de «revoluciones» —así se conocía a los golpes de estado—, lo cual generó una peligrosa inestabilidad política que no dudó en adjetivar como un periodo de «anarquía civil y militar» (p. 112). Sin embargo, Távvara se muestra convencido de que la República representa un notable avance respecto de la época anterior. Este avance sería mayor si no hubiese habido tal desunión, por lo que la señala como un peligro para el futuro compartido. El balance acerca del tiempo entre la independencia y su presente es optimista: «[a]penas hacen cuarenta años y ya somos superiores a los de la época del rey y vamos adelante. Nos echan en cara nuestros disturbios, a pesar de eso progresamos» (p. 5). Los fuertes cuestionamientos son a las acciones individuales y no a la promesa de la vida peruana, para usar la expresión

de Jorge Basadre. Como su escrito se publicó en *El Comercio*, tuvo una importante repercusión y le granjeó una muy positiva consideración, casi unánime⁴². El ya septuagenario liberal fue conceptuado como el historiador que tanta falta hacía en el país, al punto que, en 1864, apenas después de concluir su *Historia de los partidos*, se lo nombró primer director del recientemente creado Archivo Nacional.

Nemesio Vargas Valdivieso también estudió el devenir de los primeros años republicanos. Más de cincuenta años separan el nacimiento de este autor con el de Távara, y median más de cuarenta entre las publicaciones de sus obras, lo que explica que Vargas Valdivieso no comparta la visión optimista que Távara suscribe acerca del transcurrir de los primeros años republicanos. Vargas Valdivieso en su propia historicidad ha sufrido la falta de unión en la clase dirigente en plena Guerra del Pacífico y las consecuencias del terrible enfrentamiento militar entre Cáceres y Piérola. Entonces, su condena es plena al tiempo del caudillismo: «el país llegó a ser presa del militarismo y del cuartel» (Vargas Valdivieso, 1903, p. 8). Su conclusión la expresó sin ambages: el Estado peruano de entonces estuvo «regido por la voluntad del primer mandatario; y en el que la habilidad política consistiría más en adivinar su pensamiento o capricho, que en estudiar el espíritu y la transcendencia de las leyes» (p. 240). A diferencia de la vida sin mayores alarmas que se llevaría en la época colonial, durante los primeros años republicanos, según don Nemesio Vargas Valdivieso (1916), todo era agitación e intranquilidad, sobresaltos constantes por «la revolución que había estallado o iba a estallar, [congoja

42 Decimos «casi» porque también provocó la refutación de algunos de los protagonistas, como el mariscal La Fuente y el doctor Vigil, o la indignada y desafiante respuesta de los hijos del mariscal Riva-Agüero.

por] los muertos y heridos del último encuentro, [pesar por el fusilamiento de los cabecillas» (p. 216). Tal situación se debía al escaso valor moral de los caudillos: «había tanta disparidad en decoro, majestad y respeto entre nuestros presidentes militares y cualquiera de los virreyes, como la que media del arzobispo al cura de la parroquia» (p. 217).

Para Vargas Valdivieso (1910), los gobernantes que tuvo el Perú en aquellas décadas fueron de un escaso valor moral y ejercieron el poder de un modo personalista, administraciones en las que hubo un constante «predominio del interés particular sobre el bien del país» (p. 54). Adjetiva de forma severa a varios de los caudillos y, en general, emite juicios de valor sobre la época hasta señalarla como la principal causa de los males del país. El militarismo sería el responsable de haber impedido que políticos realmente capacitados hubiesen dirigido los destinos de la nación, pues las «vilezas» que cometían aquellos militares «retrajeron a la gente decente y al verdadero mérito de interesarse por la cosa pública» (p. 46). Los caudillos, sus luchas intestinas y divisiones insalvables, habrían hecho inviable la efectiva y plena instalación del modelo republicano; serían, entonces, los verdaderos culpables de la carencia de institucionalidad que llevó a los desastres mencionados.

Távora y Vargas Valdivieso coinciden en censurar la división de partidos y la anarquía de los primeros años republicanos, pero el segundo fue mucho más enfático en las negativas consecuencias que el militarismo legó a la historia del Perú. Távora historió los acontecimientos en los que tuvo activa y destacada participación; quiso, además, dejar para la posteridad la clara advertencia del peligro que entrañaba la falta de unión, pero, en la necesidad de legitimar el nuevo sistema político, fue optimista respecto del tiempo transcurrido. Vargas

Valdivieso, que escribió desde el siglo xx, cuando el nuevo orden político independiente ya no requería de mayor justificación, fue un severo juez que condenó al caudillismo militar como el culpable de los amargos sinsabores que atravesó el país. Esta última visión, la de Vargas Valdivieso, tuvo el mérito (o demérito) de iniciar una tradición interpretativa que tuvo vigencia durante casi todo el siglo xx, si bien hoy está siendo cuestionada, todavía resulta familiar.

3.2. La Confederación Perú-Boliviana

El intento de unir bajo una confederación a Perú y Bolivia, llevada a cabo entre los años 1836 y 1839, fue otro de los temas del pasado reciente que trabajaron nuestros historiadores decimonónicos. En general, el fallo historiográfico fue condenatorio al proyecto liderado por Santa Cruz, aunque los firmantes hayan profesado el liberalismo político y económico.

El deán Juan Gualberto Valdivia Cornejo se ocupó del tema en sus Memorias sobre las revoluciones de Arequipa desde 1834 a 1866, publicadas en 1874. Nacido en Arequipa en 1796, fue sacerdote de la Orden Mercedaria, además de estudiar derecho y ejercer el periodismo. Fue el primer director del Colegio Nacional de la Independencia Americana, fundado en 1827, y primer secretario de la Universidad de San Agustín de Arequipa, creada en 1828, de la que también fue rector interino. Por esas fechas abandonó el ministerio sacerdotal, al que después regresó. Fue tal su convencimiento liberal que criticó el celibato sacerdotal en un célebre discurso pronunciado el 14 de mayo de 1827. Quizás por esto último el papa no lo ratificó como obispo de Cusco, cuando así lo designó la Convención

Nacional, muchos años después, en 1856, si bien se retractó de esa postura en 1859. Desde 1837, se desempeñó en la catedral de Arequipa, donde fue canónico y deán en 1853. Fue director de *El Yanacocha*, periódico oficial del protector, título con el que gobernó Andrés de Santa Cruz; también fue ministro de Gobierno, Justicia y Culto en 1838 en los tiempos confederales. Encendido orador a favor de la presencia de Arequipa en el destino nacional, fue un caudillo civil que participó directamente, entre 1834 y 1857, en las diversas sublevaciones que allí se organizaron, las cuales, en su vejez, procuró historiar. Falleció en Arequipa, en 1884, a los 88 años.

Su libro *Memorias sobre las revoluciones de Arequipa desde 1834 a 1866* representa otro ejemplo del surgimiento de voces regionales, pues allí se resalta que Arequipa habría tenido una principal participación en la historia nacional entre dichos años. Más que una obra historiográfica en el sentido contemporáneo de la disciplina, aquel libro pretende una reivindicación regional, así como destacar la actuación de Valdivia en los hechos que narra, cuyo protagonismo a veces exagera. Al interior de la historia del deán, el periodo de la Confederación Perú-Boliviana adquiere especial transcendencia, puesto que aquellos tres años ocupan más de la cuarta parte de la obra que trata sobre tres décadas. Dato curioso y lleno de interés es que, pese a su cercanía con el proyecto confederal, cuando le tocó historiarlo, lo juzgó severamente; en su evaluación sobre el periodo primó la crítica. No hay en la obra una justificación del porqué hoy condena lo que ayer apoyó. Intentó reflejar las pequeñeces personales de algunos líderes y los enredos palaciegos, sin valorar suficientemente las posibles bondades del proyecto. Alabó sin ponderar a Ramón Castilla, por ser opuesto a la confederación, y le confirió un lugar primordial en la

campaña militar que derrotó a Santa Cruz; comparó la situación peruana dentro del proyecto confederal con una esclavitud, por lo que el Perú «debió al General Bulnes su independencia de la dominación» (Valdivia, 1874, p. 207), en razón de lo cual le tributaba agradecimiento. Si bien reconoció que hubo cierto apoyo popular en favor de la unión entre Perú y Bolivia, este se debería a una suerte de «letargo» del pueblo peruano. Cuando escribió Valdivia, aún no había sucedido la Guerra con Chile, hecho histórico que, como veremos, cambió la interpretación historiográfica sobre la confederación.

Mariano Felipe Paz Soldán es otro ejemplo de un historiador liberal que, pese a la política librecambista de Santa Cruz, se mostró contrario a la unión en Perú y Bolivia. Dedicó el cuarto tomo de su *Historia del Perú independiente* a analizar los años confederales y abordó el periodo sin llevar por norte la objetividad, lo que se percibe claramente en la imagen que presentó de Andrés de Santa Cruz: hombre cruel y vengativo, de ambiciones sin límites, en quien no se podía confiar y que era en extremo desconfiado, intrigante vulgar que colocaba espías por todas partes⁴³. Pese a tal visión sobre el máximo líder del proyecto, el oficio de historiador resurge en Paz Soldán (1888) cuando reconoce que la confederación contó con un respaldo popular en el Perú, en especial en los departamentos del sur. A diferencia de Valdivia, reconoce que algunos sectores de la nación estuvieron a favor no por una suerte de letargo, sino por convicción. Pero, finalmente, terminó por hacer eco de las arengas que circularon contra la confederación, por lo que ensalzó la figura de Agustín Gamarra como el supuesto salvador de la unidad peruana y acusó a Santa Cruz de haber sido un gobernante extranjero e invasor, olvidando que el padre del

43 Véase la semblanza sobre el protector, en Paz Soldán (1888).

protector fue un criollo oriundo de Huamanga, que el mismo Santa Cruz se educó en Cusco, además de haber luchado en los ejércitos patriotas por la independencia del Perú. Para Paz Soldán, todo el aparato legal que creó Santa Cruz significó «ultraje y humillación» (p. 15) para nuestro país.

El ingrediente anti que todo nacionalismo incluye fue dirigido por Valdivia y Paz Soldán en contra de Andrés de Santa Cruz, a quien asumen como extranjero por haber nacido en Bolivia, pese a que en la fecha de aquel nacimiento, Perú y Bolivia no existían como Estados. La razón que más explícitamente muestran nuestros historiadores en contra del hecho histórico es que la confederación fue obra de un boliviano, de un extranjero, quien no solo habría pretendido gobernar a una nación independiente, sino también subordinarla a Bolivia. Al entender así el proyecto confederal, les resultó imposible ponderar sus aciertos y desaciertos. Aquellos historiadores estaban ellos mismos inmersos en la historia factual de la construcción de un *Estado-nación* independiente, entonces, al escribir la historia de este, expresaron una imperiosa necesidad de mostrar a las nuevas generaciones aquellos años con resuelta censura, pues se habría puesto en entredicho, según su parecer, la soberanía del Perú.

La producción histórica en el siglo XIX se mostró hostil con la confederación, puesto que su historicidad y nacionalismo le hizo entender que defender la soberanía de la nación en el presente suponía también ensalzarla en el pasado. Pero la obra de Paz Soldán debe entenderse, además, como una de tránsito hacia una interpretación positiva del periodo, la cual se consolida en el siglo XX y surge luego de que el Perú fue derrotado en la Guerra con Chile. A diferencia de sus predecesores, no hay en Paz Soldán un explícito agradecimiento al vecino

del sur por sus acciones militares, interpretación en la que la Guerra del Pacífico de 1879 jugó un rol decisivo. La campaña de Chile contra la confederación es entendida por Paz Soldán no como una acción coyuntural de apoyo para «liberar» al Perú, sino como una defensa de los intereses económicos del país del sur, producto de viejas rivalidades comerciales y hasta por un «odio encubierto» (p. 60). Pero su indignada condena a la intervención chilena no disminuye su censura al proyecto de Santa Cruz.

Nemesio Vargas Valdivieso publica sobre la confederación en 1916 y 1917, y tiene el mérito de romper con la tradición historiográfica al respecto y de marcar el inicio de una revalorización del proyecto confederal, característica historiográfica que se ha profundizado en el siglo xx. De los ocho tomos de su *Historia del Perú independiente*, los dos últimos están relacionados con la confederación. En contra de los historiadores que lo antecedieron, don Nemesio Vargas Valdivieso confecciona un retrato histórico muy positivo sobre Santa Cruz y sus dotes de administrador y político. En medio del desorden reinante de los primeros años republicanos, que el mismo Vargas Valdivieso (1917) ha censurado, aparece la figura del protector, gracias a la cual se pensó que «había llegado el día en que se respetara a la autoridad y se temiera a la ley» (p. 33). Santa Cruz sería el único gobernante que «habría podido sacar al Perú del caos de ambiciones vulgares en que lo sumieron los veteranos de la Independencia» (p. 206). Además, el proyecto confederal no solo era muy conveniente para el Perú, sino también «obedecía a un alto fin histórico» (Vargas Valdivieso, 1916, p. 118).

Respecto del fracaso de la confederación, Vargas Valdivieso sostiene que se debió fundamentalmente a la participación de Chile. Censura fuertemente al grupo de «aventureros»

peruanos que apoyaron los intereses de ese país: «Dinero para sostener sus vicios a costa del Estado; no trabajar en industria alguna; mandar y oprimir a sus conciudadanos a su albedrío, he aquí a lo que se reducían las aspiraciones de ese grupo de militares vulgares» (Vargas Valdivieso, 1916, p. 82)⁴⁴. Pero, para él, la razón principal de la guerra a la confederación es el «odio» del ministro Diego Portales hacia el Perú. Desde 1832, es decir, antes de los años confederales, Portales habría estado decidido a invadir militarmente al Perú, habiendo logrado instalar en el Estado chileno la máxima de que el Perú sería un peligro para los intereses geopolíticos de Chile, más todavía si se unía a Bolivia. Para sustentar la afirmación de una guerra personalista de Portales, Vargas Valdivieso se basa en fuentes chilenas. En primer lugar, en *Juicio histórico de Portales* de José Victorino Lastarria, intelectual muy opuesto a la figura histórica de Portales, quien calificó aquella guerra de «patriotera». En segundo lugar, en *El principio y el fin de la Campaña de la Restauración de 1838*, de la pluma de Benjamín Vicuña Mackenna, donde se condena los «móviles egoístas» de la guerra contra la confederación, producto de «un capricho personal e injustificable» (p. 150) del ministro. Se debe a Portales, según Vargas Valdivieso, que se haya acentuado la «malevolencia perenne de Chile hacia nosotros» (p. 85).

La derrota peruana en el conflicto de 1879 a 1883 cambió la mirada general sobre el periodo de los años confederales, produciéndose una interpretación positiva, la cual, sin duda, está en relación con un propósito nacionalista. Don Nemesio Vargas Valdivieso comprende la confederación no solo como conveniente para el país, sino como la respuesta a una necesidad

44 Los califica, además, como hombres «de escasas luces», «sentimientos innobles» y «viles miras» (Vargas Valdivieso, 1916).

y finalidad «históricas», en lo que marca distancia con los historiadores anteriores. La condena al Chile invasor de 1879 se extendió al Chile opositor a la confederación, cuestión que no vemos en los primeros historiadores. Para Vargas Valdivieso, Chile es un «codicioso vecino» que actuó por «envidia y temor». Y esta dura condena viene junto a valorar positivamente el proyecto confederal, el cual, para Vargas Valdivieso (1903), «reparó un error histórico, reanudó lazos rotos por celos políticos y unificó el progreso de dos países, que nunca debieron dejar de ser hermanos» (p. 8). El propósito nacionalista se mantiene, pero la mirada sobre el pasado cambia. Nuevamente, la historicidad marca la interpretación historiográfica, aquella es parte constitutiva de esta (Gadamer, 1999). El hecho histórico, la Guerra con Chile, le permitió a Vargas Valdivieso ver lo que por obvias razones cronológicas les fue imposible a los predecesores desde su horizonte vital. La consumación de los hechos posteriores a la Guerra del Pacífico permitió que Vargas entendiese que hubo motivaciones comunes en el Estado del sur para participar en ambos conflictos, como las comerciales y fiscales. Chile, entonces, habría actuado en contra de la confederación para quitarle al Perú «la supremacía del continente», lo que habría obtenido plenamente después de 1879.

La confederación, historiográficamente entendida, se transforma en un tiempo positivo de la vida de la nación, interpretación en la que Vargas Valdivieso supera a Paz Soldán. Por ello, juzga muy severamente a quienes se opusieron al proyecto de Santa Cruz, chilenos y, también, peruanos. Representa, así, el inicio de una revalorización del periodo confederal. Entender la actuación de Chile respecto de la Confederación Perú-Boliviana como un antecedente importante de la guerra que planeó y ejecutó en 1879 es, precisamente, una de las

características de la historiografía peruana del siglo xx. Los historiadores peruanos de esa centuria revaloraron decididamente el lugar y el significado histórico del proyecto confederal, especialmente Riva-Agüero y Basadre, quienes siguieron el sendero que inició Nemesio Vargas Valdivieso, aunque, evidentemente, los calificativos sobre Chile se matizan.

3.3. La Guerra del Pacífico y las «narraciones» de Paz Soldán

Sin lugar a dudas, la Guerra del Pacífico (1879-1883) representa en la vida del Perú independiente su episodio más traumático. Múltiples voces se manifestaron contra el enemigo, sin lograr aliarse, representando facciones o posturas regionales. Nicolás de Piérola, Francisco García Calderón, Andrés Avelino Cáceres y Miguel Iglesias, todos ellos y sus respectivos seguidores, expresaron a su modo actitudes patrióticas, pero fueron incapaces de actuar unidos y cohesionados pese a enfrentar un conflicto de tales dimensiones. Las penurias no terminaron con la entrada del vencedor a Lima en 1881, se prolongaron en el gobierno de ocupación que instauró Chile, el cual se permitía reconocer o repudiar a los gobernantes peruanos. Ese aparato burocrático aplicó medidas políticas, fiscales y administrativas, violando en el territorio ocupado los valores que defendía la constitución chilena⁴⁵. Esos años muestran del modo más doloroso lo frágil del republicanismo peruano que, pese a la consecución de la centralidad del Estado, no logró formar una clase dirigente sólida ni establecer plenamente a

45 Carmen McEvoy (2007a) retrata con moderna metodología aquellos difíciles años, con el énfasis puesto en analizar las redes de poder de esa burocracia transnacional y cómo esta experiencia fortaleció al Estado chileno.

la sociedad civil como un cuerpo fuertemente organizado, en tanto escuela de la ciudadanía.

Los años posteriores a la guerra fueron especialmente difíciles para el país, que debió enfrentar y superar el impacto de la derrota, en los aspectos político, social, económico y, especialmente, en el de las mentalidades, pues se había perdido con una nación que antaño se había visto como menor. En este contexto, se comprende con facilidad que aquel conflicto no haya sido un tema grato a los historiadores peruanos. El principal trabajo fue la *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia* de la pluma de Mariano Felipe Paz Soldán, publicado en Buenos Aires en 1884, y tuvo el explícito propósito de refutar la versión del triunfador. La obra pretendía que los peruanos y, principalmente, la comunidad internacional, accediesen a la «verdadera» historia de aquel conflicto, dado que

los escritores chilenos quieren engañar, no solo a la generación presente, que ha presenciado los hechos, sino también a las futuras, para que su nación aparezca como un modelo de virtudes cívicas en la paz, y de heroísmo en la guerra, han circulado profusamente en Europa y en América libros con el título de Historia, llenos de falsedades, las más groseras. (Paz Soldán, 1979, p. 2)

Sucede que los historiadores chilenos Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana escribieron sobre el acontecimiento, casi al día siguiente de los hechos bélicos. Vicuña Mackenna publicó, entre otros libros, *Historia de la campaña de Tacna y Arica, 1879-1880* e *Historia de la campaña de Lima*, ambos en 1881. El espíritu apasionado de Vicuña Mackenna hizo que en ocasiones fuese en verdad ofensivo contra el Perú,

de tono altisonante e intención publicista, de narración colorida y con inconfundible estilo épico. Por su parte, Diego Barros Arana publicó en dos tomos, entre 1880 y 1881, su *Historia de la Guerra del Pacífico (1879-1880)*, primero en español, y al año siguiente en francés. No es ilógico pensar que tuvo como misión divulgar en el exterior la versión chilena del conflicto. Por ello, su estilo, en comparación con su predecesor, fue más cauto, conciso y frío (Gazmuri, 2006). Pese a las diferencias de método y narración, ambas obras coincidieron en el propósito: construir imágenes históricas, que aún perduran, conducentes a inflar el ya existente patriotismo chileno, a través de la narración heroica de la victoria y de una interpretación parcial sobre el significado del acontecimiento. Probablemente, también se orientaron a disculpar (o silenciar) los posibles móviles expansionistas de su Estado, volcando las responsabilidades de la guerra en los vencidos.

Fue en contra de esa interpretación que se levantó Mariano Felipe Paz Soldán. Su obra es de árida redacción. Su estructura no seduce, en verdad es desordenada, abusa del recurso de introducir en el texto documentos para probar sus asertos. Las citas son, en ocasiones, tan largas que distraen la atención del lector, pero en ellas exhibe los postulados de la historiografía chilena sobre el conflicto, para refutarlos o usarlos de apoyo a sus afirmaciones. Sin embargo, hay también pasajes muy vívidos, pero que no alcanzan como para competir con ventaja —en términos retóricos— con Benjamín Vicuña Mackenna, político de plazas, orador de dotes extraordinarias, cronista periodístico de los hechos de la guerra, que difundió el discurso civilizador que pretendía justificar la violencia cometida, y cuya narración histórica, aunque contaminada de sentimiento antiperuano, cautiva por lo vigorosa y es de importancia

fundamental para el nacionalismo chileno y la transmisión de su versión oficial (McEvoy, 2007b; Rénique, 2007). El interés de Paz Soldán se orienta principalmente a exhibir la inocencia del Perú en el planeamiento de la guerra, pues la documentación oficial del Estado chileno y los historiadores de ese país cuestionaban que hubiese existido una política pacifista peruana. Es por ello que describe con detalle los antecedentes del conflicto, los variados esfuerzos del Perú para evitar la guerra y subraya lo que entiende como una vocación belicista del Estado chileno. Para su propósito, Paz Soldán considera de vital importancia demostrar dos cuestiones: el sentido defensivo del tratado entre Perú y Bolivia de 1873 y que, en verdad, de secreto tuvo solo el artículo que así lo estipulaba.

3.3.1. *La visión del tratado «secreto» en las narraciones*

En primer lugar, Paz Soldán reconoce el error de los Gobiernos del Perú y Bolivia, al colocar la cláusula de secreto a un tratado que no lo fue. Pero su intención última en este libro no es la de criticar aquella equivocación diplomática, sino desbaratar lo que el Gobierno de Chile manifestaba en el plano internacional para justificar su declaratoria de guerra. Dicho gobierno presentaba a aquel tratado como un acuerdo agresivo en su contra, que se habría descubierto a última hora, frente a lo cual Chile supuestamente se habría visto obligado a reaccionar⁴⁶. Entonces, a don Mariano Paz Soldán le interesará especialmente demostrar que el tratado nunca fue secreto. Uno de los primeros puntos que aborda es la inclusión de Argentina

46 El Gobierno chileno difundió esa versión en pleno conflicto; luego, se convirtió en la interpretación historiográfica oficial durante mucho tiempo. Hoy aún se evidencia en la obra de Sergio Villalobos Rivera (2002), prolífico historiador, uno de los principales en el Chile de hoy y de ayer.

en su firma, lo que el Perú promovió. Ello implicó que el tema se discutiese en el parlamento argentino, hecho que demostraría la ausencia del supuesto carácter secreto (Paz Soldán, 1979). Además, nuestro autor logra evidenciar que varios cuerpos diplomáticos acreditados en Lima tomaron conocimiento de la existencia del instrumento, entonces infiere que cualquiera de esas misiones pudo informárselo a Chile.

Pero el argumento de Paz Soldán no se limita a la inferencia de lo perfectamente factible, sino que reúne no pocos testimonios de diplomáticos chilenos que muestran cómo el Gobierno de Chile supo de la existencia del tratado, incluso el mismo año en que se suscribió y no sorpresivamente recién en 1879. Particularmente importantes resultan, en este sentido, los libros de actas de las sesiones del senado chileno. Nuestro autor cita extensamente aquellos que dan cuenta de la presentación en 1873 del ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Adolfo Ibáñez, en la que se refirió con todas sus letras al tratado: Ibáñez informó que su ministro en Lima, Godoy, y su ministro en Buenos Aires, Blest-Gana, le informaron de su existencia. Junto con ello, Paz Soldán señala que Carlos Walker Martínez, ministro de Chile en Bolivia en 1873 también supo de la alianza, lo que confesó en un libro publicado en 1876 (Paz Soldán, 1979). Concluye, entonces, Paz Soldán que resulta imposible creer que la firma del tratado se haya mantenido en secreto y que haya sido desconocido por el Gobierno de Chile.

Para Paz Soldán, la estrategia política de Chile, de utilizar al tratado para justificar la guerra, es insostenible. No solo lo conoció, sino también dicho documento es una alianza defensiva, que no se refiere a Chile, lo que prueba reproduciéndolo. Nada en el espíritu ni en la letra del tratado, de acuerdo a nuestro historiador, puede ser interpretado como una amenaza

para ninguna nación porque los países aliados se unirían solamente de verificarse primero una agresión extranjera. El tratado sí es, reconoce Paz Soldán, un acto de previsión, un resguardo mutuo ante una posible invasión. En su argumentación, Paz Soldán llega a ser puntilloso, puesto que afirma que, si el Gobierno de Chile se ha sentido aludido, es porque «en su conciencia encontraba ser quien lo había ocasionado» (p. 31). Para que una nación como Chile estime que el tratado la afecta, continúa Paz Soldán, es porque se pone «necesariamente en el caso de ser injusta y obcecadamente agresora». Y es que, si no hay agresión, el tratado no entra en vigencia. Si Chile lo interpreta como la causa de la guerra, es porque «se coloca voluntariamente, por cualquier motivo que sea, en el caso de ser repelido» (p. 29). Entonces,

es una verdad histórica, comprobada con documentos oficiales de Chile y por sus mismos publicistas, que la verdadera causa de la guerra declarada por esta nación al Perú y Bolivia en 1879, la que precedió a todo juicio, a toda deliberación; la que daba cierto impulso a las relaciones políticas y comerciales de Chile con sus vecinos de norte, *era la ambición de ensanchar su territorio a costa de éstos.* (p. 83) [énfasis nuestro]

En suma, para nuestro autor, la Guerra del Pacífico es obra únicamente de Chile, expansión que ya habría estado proyectada en tiempos del ministro Portales y que se habría preparado desde al menos en 1832, fecha a partir de la cual, Chile sería un «acechador constante del Perú» (Paz Soldán, 1979, p. 10). La narrativa histórica de Paz Soldán sobre la Guerra con Chile es reactiva en el sentido de que tiene como principal propósito refutar las versiones previas. Por ello, Paz Soldán organiza su

obra en lo fundamental para mostrar que lo afirmado por Chile es falso y, más todavía, que la agresión, en todos los sentidos, vino de ese país.

3.3.2. Intenciones nacionalistas: la superioridad del Perú y la ocupación chilena

La característica reactiva de la obra de Paz Soldán y el haberla escrito en el exilio casi al calor de la lucha explican por qué en ella también están presentes posturas en las que la serenidad argumentativa se difumina, a diferencia de lo que logró exhibir en el análisis del tratado. Entonces, con propósitos nacionalistas, en lo que entendió como una defensa de su patria, atacó muy violentamente a políticos del país sureño, como Portales, de quien dijo: «en cuyo corazón se reconcentraba el odio y la envidia al Perú, en pago del dinero que adquirió, y de la hospitalidad que recibió» (Paz Soldán, 1979, p. 7). No se circunscribe a los políticos, sino que la encendida censura la extiende a los mismos ciudadanos chilenos:

No hay nación más jactanciosa y vana que Chile. El sistema de vanagloria y de petulancia ha sido acariciado siempre, por la opinión, por el gobierno y por la prensa de este pueblo: se ha conaturalizado en sus hombres, como la hidalguía en el caballero de la Mancha. (p. 3)

Más aún, establece un paralelo entre las historias republicanas de Perú y Chile en estos términos:

Para humillar la soberbia de Chile, bastaría hacer un paralelo político, económico, social y moral con el Perú, aun en la vida

privada, desde la independencia a la fecha y no es dudoso que la balanza se inclinara en favor del Perú; de ese Perú que ellos pintan con colores propios de su inveterado odio y envidia. (p. 3)

Para demostrar la preponderancia del Perú, Paz Soldán no requiere acudir ni al tiempo incaico ni al virreinal, sino que es posible hacerlo prestando atención a la historia más reciente. Cuando nuestro autor sostiene que esa superioridad se observa *desde la independencia a la fecha*, está «olvidando», en el sentido de Renan y Anderson⁴⁷. En este caso concreto, Paz Soldán no toma en cuenta la fuerte inestabilidad política del siglo XIX peruano, que, sin embargo, como ya vimos, él mismo señaló en su *Historia del Perú independiente*. Resulta muy claro el propósito nacionalista de contagiar a sus lectores el sentimiento patriótico; y es esa la finalidad que está detrás de Paz Soldán al subrayar el compromiso y la capacidad de entrega de la población limeña. La retrata, algo idílicamente, como muy involucrada con el aciago momento que sufre el país; por eso, habría acudido voluntariamente a entregar todo tipo de donaciones: «[n]o quedó rico, pobre ni de mediana fortuna, hombre ni mujer, anciano, niño, empleado ni industrial, individuo ni corporación, que no entregará su óbolo» (p. 232).

Con la misma intención de contribuir a la identidad nacional, Paz Soldán se sirve de los excesos que se cometieron en tiempos de la ocupación de Lima, años en los que el poder de las armas sometió a una sociedad civil indefensa, que sufrió al Ejército chileno asignado a «saquear pueblos, haciendas y casas; a extorsionar a los ciudadanos pacíficos, a desterrarlos sin el menor pretexto, a asesinar a mansalva a humildes

47 Como ya hemos señalado, Renan (1987) y Anderson (2000) sostienen que el colectivo para ser nación, no solo debe tener cosas en común, sino también debe haber olvidado y, entonces, mirarse con orgullo.

jornaleros de la campaña, a incendiar poblaciones enteras, [...] pudor se resiste a decirlo» (p. 108). En su narración ocupan lugar preferente la expropiación de bienes culturales, del instrumental científico de las universidades, de los libros de la Biblioteca Nacional y otras bibliotecas, y de los documentos históricos del Archivo Nacional (Paz Soldán, 1979). El objetivo de subrayar los ultrajes a los que se sometió al país, además de mostrarlos al mundo, es contribuir a la cohesión interna a través del repudio al invasor. La condena resuelta a un enemigo común favorecería la unión de la comunidad nacional que habría sido afectada uniformemente por aquellos atropellos. La intención última no es solo historiográfica, de hecho, la obra finaliza con una suerte de profecía, esperanza, tal vez, teñida de revanchismo, pero en la que le ofrece a la nación la posibilidad de superar la frustración y proyectarse a lo que vendrá: «[el] Perú se levantará de su actual postración; volverá a recuperar su elevado puesto en la América del Sur, en no lejano tiempo, y entonces pedirá cuenta severa a sus enemigos, y a sus ingratos hijos» (p. 145).

En la obra de Paz Soldán nos encontramos, como toda historia nacional, con un ejemplo de lo que hemos llamado «confección», es decir, una elaboración a partir de lo que se interpreta ha sucedido como tal. Una «confección» no es una reconstrucción imparcial del pasado por mucho que las historias nacionales afirmen que son objetivas. Como hemos visto en los ejemplos mostrados, don Mariano Paz Soldán, en su afán de contribuir con la identidad nacional, no siempre deduce las consecuencias obvias de la poca preparación con la que Perú llegó a la guerra; tampoco subraya los convulsionados años republicanos que impidieron la formación de una clase dirigente que estuviese a la altura de las circunstancias. En esos

aspectos, observamos la cuota de interpretación, de inventiva o de adecuación al horizonte vital. Sin embargo, Paz Soldán no se limita al discurso retórico o a la invención e imaginación, sino que su obra debe ostentar un grado de veracidad, de realidad, para, de ese modo, contribuir eficazmente con el orgullo patrio. Ese es el aspecto artesanal, a partir del cual surgen las elaboraciones, es lo que representa la tela para el sastre en sus confecciones, es la prueba documental que exhibe. A Paz Soldán le interesa contribuir con sus narraciones a la identificación de la población con el nuevo régimen republicano, de cuya clase dirigente él mismo es parte, como actor privilegiado, al ejercer varias carteras ministeriales. Para ello, además de la creatividad, es necesario el trabajo artesanal que permite ofrecer razonable certeza histórica.

En efecto, Paz Soldán logró demostrar que el Perú no quería la guerra y que las causas no deben buscarse en el tratado, sino en un claro objetivo del Gobierno chileno, que hoy definiríamos como geopolítico, de expandir su territorio hacia el norte para apropiarse del litoral de Perú y Bolivia (Paz Soldán, 1979). Pero también es evidente la cuota creativa o inventiva, propia del nacionalismo romántico. No en balde, desde el inicio muestra esa comparación entre las historias republicanas de Perú y Chile, más declarativa que argumentativa y que resulta favorable a nuestro país, como no podía ser de otra manera en este contexto.

Las fuentes que usó Paz Soldán para confeccionar su obra y que citó ampliamente reflejan un real interés por una arqueológica tarea de inferir o deducir a través de hallazgos para presentar un pasado veraz. Entre manuscritos, folletos y libros, su bibliografía cuenta con 211 registros, número destacable para la época (Paz Soldán, 1979). Además, enriqueció su

libro con la inclusión de una documentación en 41 apéndices, siendo fuentes peruanas, bolivianas y chilenas. Si volvemos a la comparación que hiciéramos con Benjamín Vicuña Mackenna, podemos afirmar que la de Paz Soldán, aunque no logró cautivar tanto y tampoco estuvo exenta de apasionamiento, resultó más convincente que la del historiador chileno por lo sólidamente documentada. En tal sentido, cuando Sergio Villalobos Rivera (2002) se refiere a la obra de don Mariano Paz Soldán afirma que es «maciza y bien presentada»; en cambio, sobre don Benjamín sostiene: «Vicuña Mackenna no está a la altura de Paz Soldán, porque su espíritu, eternamente adolescente, actuaba con mayor vehemencia y sentido épico» (p. 269)⁴⁸.

La Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia logró establecer el canon historiográfico peruano sobre el conflicto, en cuanto a la vocación pacífica del Perú, el sentido del tratado de 1873, los objetivos geopolíticos de Chile como causa de la confrontación, y el heroísmo de Grau y Bolognesi⁴⁹. En esos aspectos, la posición de la historiografía peruana hasta hoy, en lo fundamental, no es muy distinta, aunque, obviamente, sin el calor de aquel momento. Junto con ello, es también preciso decir que la obra de Jorge Basadre (1963) terminó por configurar y pulir la actual versión historiográfica peruana del conflicto y que, en objetividad e investigación, avanzó muchos pasos más que Paz Soldán. Sin embargo,

48 Estas afirmaciones de Villalobos Rivera adquieren su real sentido si recordamos que no es muy afecto a la historiografía peruana sobre la guerra.

49 Sobre las «correrías» y los combates del Huáscar, ver Paz Soldán (1979). Entre otras expresiones acerca del Almirante Grau, Paz Soldán sostiene: «hombre de mar que con tanta gloria como hidalguía había sostenido la causa de su nación y los fueros de la humanidad» (p. 231). Igualmente, muestra su admiración por la valentía y arrojo del coronel Francisco Bolognesi en la toma del morro de Arica.

que hoy sigan vigentes algunas de las imágenes que cinceló nuestro autor decimonónico, a casi 140 años de publicada su obra, evidencian cuán fértil resultó su legado.

La obra de Paz Soldán sobre la Guerra del Pacífico fue una confección: combinó la cuota creativa y la labor artesanal. Resulta obvio que su obra estuvo claramente influida por las circunstancias históricas e historiográficas del momento, por ejemplo, formar parte de la clase dirigente y la necesidad de refutar la versión chilena. Pero el sentido que tiene el concepto *confección* es distinto de la noción de «un discurso hecho a la medida» o de «uso funcional del pasado», si por ello entendemos la intención de no atender a las pruebas históricas y elaborar conscientemente un pasado arreglado solo al presente (Woll 1982; Hobsbawm, 2002). El horizonte vital de Paz Soldán marcó el resultado de su investigación, pues él vio el mundo — la historia y el presente— desde el punto en que lo podía ver⁵⁰ y no había forma que lograra mirar con lentes distintos a los del nacionalismo.

Para finalizar el presente capítulo, es menester volver sobre las características principales acerca de cómo se investigó el pasado reciente. Como los historiadores decimonónicos estuvieron impregnados del convencimiento romántico de que una de las utilidades de la historiografía sería brindar enseñanzas para el porvenir, estudiaron el pasado reciente para mostrarlo como modelo paradigmático a emular o bien como advertencia sobre el peligro inherente a la falta de unión. Recordaron las matanzas solo cuando fueron externas, en el sentido de Renan y Anderson. El estudio del Chile invasor, en tiempos de la confederación o de la Guerra del Pacífico, resultó ocasión propicia para exteriorizar el nacionalismo. Aquellos

50 Recordemos aquí la definición de *horizonte* de Gadamer (1999).

enfrentamientos bélicos, en los cuales las matanzas fueron ejecutadas por los otros y sufridas por el nosotros, se trabajaron con la finalidad de exponer al mundo y al país los sufrimientos padecidos y para, a través del rechazo de un enemigo común, contribuir con la integración de la comunidad. En cambio, esos investigadores olvidaron las matanzas internas —las marcadas desigualdades sociales y la explotación republicana—, pero el propósito fue el mismo: presentar una historia homogénea que contribuya a la cohesión nacional.

La investigación sobre el pasado reciente nos enfrenta directamente a la característica reactiva, o defensiva, de la historiografía decimonónica, especialmente en los estudios sobre la independencia y la Guerra del Pacífico. En ambos casos, nuestros historiadores reaccionaron contra la versión oficial, bien sea metropolitana o chilena. Por ello, al confeccionar la interpretación peruana de la independencia o de la Guerra con Chile, no siempre pudieron escoger libremente la tela, pues sintieron la obligación primera de refutar las versiones existentes. No fue una confección hecha exactamente a la medida, dado que se vio influida por las circunstancias históricas e historiográficas del momento y también por el horizonte desde el que pudieron ver, el cual les impelía la necesidad de afirmar la nación, más todavía si otros la negaban. En tal sentido, la Guerra del Pacífico resultó ser un acontecimiento de gran significación histórica y también historiográfica. La derrota peruana en aquel conflicto hizo que se operase un cambio en la mirada general sobre el periodo de la Confederación Perú-Boliviana, que empezó a interpretarse como una época positiva en la vida de la nación y se postuló objetivos similares en el Estado chileno para explicar su participación en ambos conflictos.

4

El pasado lejano

4.1. La conquista española y el Perú virreinal

La historiografía decimonónica peruana censuró fuertemente la conquista española porque la entendió como una de esas matanzas ejecutadas por los otros (los españoles) y sufridas por el nosotros (los criollos o los indios), que debían ser recordadas para generar cohesión. Sin embargo, pese a aquel rechazo sí se valoró el aporte de la cultura española en la formación del Perú durante la época colonial. Los historiadores del siglo XIX, al estudiar el tiempo virreinal, lo hicieron en busca de ejemplos que generasen unión y enorgullecían. La existencia de un pasado incaico, valorado como tal desde al menos fines del siglo XVIII, y la necesidad de una continuidad histórica contribuyeron a que no se suprima al tiempo virreinal del estudio histórico. Al biografar a los grandes personajes de la época colonial, se los enaltecía apologeticamente y se creó antepasados, la posesión más valiosa de la comunidad, en el sentido que sostienen Anderson (2000) y Renan (1987).

El gremio historiográfico peruano, al estudiar la empresa que lideró Francisco Pizarro, estuvo influido por la famosa

Historia de la conquista del Perú de Guillermo Prescott, publicada en Nueva York en 1847 (Prescott, 1980). Los historiadores peruanos bebieron de este precursor trabajo, pero, en general, los de aquí coincidieron en condenar la conquista más enfáticamente que el historiador norteamericano, calificándola como una invasión sangrienta. En esta posición observamos un acuerdo entre historiadores que pertenecen a distintas generaciones y que tienen significativas diferencias entre sí como José Toribio Polo o Manuel de Mendiburu, quienes, junto con la censura a la conquista española, entienden la época colonial con matices positivos.

José Toribio Polo en su artículo «Momias de los Incas» de 1877, al ocuparse de la llegada de los españoles, afirma: «entre oleadas de sangre nos traía Pizarro una nueva civilización» (p. 372)⁵¹. Además, sostuvo que la población andina, una vez efectuada la «invasión» española, trasladó las momias de los incas del Coricancha a las catacumbas que existían en la ciudad de Cusco para, de esta manera, «desaparecer el cebo del oro, que trajo al Perú una dominación secular, que cesase de venir de Europa una multitud de mendigos, avaros, sin escrúpulo y sin clemencia, y que otros se volviesen a su tierra, contentos ya de su botín» (p. 371). Polo muestra la llegada de los españoles como una invasión sangrienta que destruyó, siendo el principal móvil de los conquistadores enriquecerse gracias a la enorme cantidad de oro aquí existente, imagen que ha sobrevivido al paso de los años. Fue usual en la época construir una histo-

51 José Toribio Polo nació en Ica en 1841 y falleció en Lima en 1918. Ejerció una prolongada carrera pública que le permitió jubilarse con más de treinta años de servicios al Estado. Fue en varias ocasiones secretario de prefecturas, penitenciarías y de algún ministerio. Trabajó en diversos repositorios documentales como en el Archivo Colonial de Hacienda, el Archivo del Cabildo Metropolitano, el Archivo Arzobispal y el Archivo del Tribunal de Cuentas; también en la Biblioteca Nacional, institución de la que fue subdirector.

ria nacional, diferenciándose de esta manera de la España conquistadora (Pease, 1993). Por esa misma necesidad, Mendiburu (1874) censuró la invasión española, la cual, si bien habría sido legítima desde la perspectiva política, estuvo basada en un falso derecho y sus campañas fueron crueles y feroces.

Por su lado, Mariano Felipe Paz Soldán llegó más lejos, pues no dudó en afirmar que los españoles se habrían comportado con los americanos como si fuesen enemigos, en la conquista y en todos los años virreinales. Citaba largamente un famoso y célebre artículo del patriota colombiano Juan García del Río, publicado en *El Repertorio Americano* hacia 1826, en el que condenaba ácidamente la educación impartida en tiempos coloniales. Según García del Río, España estaba tan atrasada que mantenía el pensamiento escolástico, mientras que en Europa ya se rechazaba las creencias irracionales y se construía ciencia a partir de la duda metódica. Paz Soldán (1868), siguiendo esa estela, afirmó que esa educación era una de las muestras más palpables de su «embrutecimiento» y «barbarie», teniendo en el castigo físico uno de sus principios rectores. De esa manera, Mariano Felipe Paz Soldán extendió la censura de la conquista a la época colonial en su totalidad.

Esa actitud, bastante común en Hispanoamérica, tuvo en los liberales de mediados de siglo a los representantes más conspicuos. Francisco Bilbao, José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón, en Chile, y Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, en Argentina, identificaron lo español con el atraso de sus repúblicas. Ellos postularon que se debía deserrar toda huella de mentalidad colonial para, de ese modo, obtener el ansiado progreso cultural, económico e industrial. Germán Colmenares (1997) ha mostrado cómo la ruptura con el pasado colonial fue una motivación constante en los

historiadores hispanoamericanos. Al renegarse de la época colonial y desconocerse el pasado prehispánico, en varios países latinoamericanos se otorgó a la independencia el momento del nacimiento del país y no solo del Estado. En el Perú, aunque también existió una fuerte censura al pasado colonial, el fenómeno no adquirió tal radicalidad. Pronto se comprendió a la independencia como la fundación de una nueva etapa histórica, pero no se rechazó totalmente el legado colonial. En ese proceso, contribuyó lo enraizado que estaba en la conciencia de los intelectuales, la positiva valoración hacia la antigüedad inca. La presencia de un pasado estimado, previo al tiempo de los españoles, presentó como imposible el total repudio del virreinato, ya que entre el incanato, que veían con orgullo, y los años republicanos, que eran los propios, debía existir un tiempo medio. En el Perú no siempre se suprimió la Colonia como periodo a estudiar, por el contrario, se utilizó las «vidas ejemplares» de varios hombres de aquellos tiempos con el fin de ofrecer modelos de conducta a seguir. La necesidad de la continuidad histórica contribuyó a valorar la época colonial.

En el plano de la historia de la historiografía, sin lugar a dudas, la obra decimonónica más significativa sobre la historia colonial fue la del general Manuel de Mendiburu, historiador de la primera generación⁵². Su impresionante *Diccionario his-*

52 Manuel Mendiburu Bonet nació en Lima en 1805. En 1821, se enroló en el ejército patriota y siguió la carrera de las armas hasta alcanzar el grado de general en 1851. Durante la centuria, ejerció una destacada carrera como funcionario público y político, distinguiéndose siempre como representante de la ideología conservadora. Prefecto de Arequipa en 1836, lo fue también de Tacna, entre 1839 y 1842. Colaborador cercano del primer gobierno de Ramón Castilla, alcanzó la vicepresidencia y presidencia del Consejo del Estado entre 1847 y 1851, además de desempeñarse como ministro de Guerra en 1845. En la administración del presidente José Rufino Echenique, fue ministro de Hacienda, como tal tuvo principal participación en la llamada consolidación de la deuda interna y luchó contra la sublevación liberal de Ramón Castilla, lo que le valió el destierro en Chile hasta 1856. En 1870, inició su labor como director de la Escuela de Artes y

tórico *biográfico del Perú*, en ocho volúmenes, es monumento a la erudición; obra en verdad perdurable, es hasta hoy constantemente citada. Allí se presentan las biografías de personajes principalmente del tiempo colonial, aunque Mendiburu también se ocupó de los últimos incas, de los conquistadores y de algunos hombres que vieron la República. Las biografías de los virreyes son las más logradas, especialmente el tiempo de su gestión gubernativa. Aunque no fue la ansiada historia general del país, se la concibió como lo más cercano, por lo que el trabajo fue recibido con aplauso por la comunidad intelectual del siglo XIX. Ricardo Palma, el intelectual peruano más respetado en la centuria decimonónica, resulta un buen ejemplo del aprecio con el que se recibió el *Diccionario*. En 1874, a la semana de publicado el primer volumen, Palma (1961) alababa el «acertadísimo» criterio del general y también su estilo: «claro, correcto y sin pretensiones, cual conviene a la solemne misión de la Historia»; además, Mendiburu «con su inapreciable y monumental obra ha rendido a la patria servicio de gran valía» (p. 1469). Los elogios traspasaron las fronteras peruanas. El riguroso historiador Diego Barros Arana (1910), autor de la enciclopédica *Historia general de Chile*, calificó al *Diccionario* de Mendiburu como un «libro de utilidad incuestionable para todos los aficionados a la historia americana» (p. 282).

El *Diccionario* se inscribe muy bien al interior de la tendencia de afirmar los aspectos positivos de la época colonial, de hecho, se encuentra plagado de biografías de personajes que el autor consideraba ilustres, americanos o españoles, protagonistas de hechos que también juzgaba como muy

Oficios, cargo que ejerció hasta 1879, pues renunció para asumir el Ministerio de Guerra al estallar la Guerra con Chile, siendo el titular de la cartera hasta octubre de ese año. A los 80 años de edad, falleció en su ciudad natal en 1885.

beneficiosos⁵³. El autor expresó, desde el prólogo, que su propósito era estudiar la vida de «todos los peruanos que durante la dominación española se hicieron memorables en el foro, en la milicia, en lo eclesiástico y como literatos, a cuyos talentos se debieron producciones de diferentes clases» (p. xi). Ello porque son ejemplo para las actuales generaciones y

honran al País en que vieron la luz primera, y la justicia reclamaba no quedasen en la oscuridad del olvido. Al escribir lo tocante a ellos, he experimentado una cordial emoción de contento que me basta para recompensa de fatigas penosísimas que he tenido que soportar por largos años a fin de reunir datos muy dispersos. (p. xi)

4.2. El estudio del antiguo Perú

Es indudable que el Perú republicano tenía razones para mirar su pasado lejano con satisfacción. La historia incaica, específicamente las instituciones, el orden, el equilibrio y la civilización alcanzados eran, entre otras, las causas que explicaban el orgullo. Los historiadores decimonónicos, como los intelectuales dieciochescos, incorporaron en su bagaje los logros culturales alcanzados por los incas. Pero en los investigadores del siglo XIX fue mucho más clara esta inclusión pues estaban ya inmersos en el proceso de construcción del *Estado-nación*, y con dicha apropiación simbólica demostraban la existencia del país desde tiempos inmemoriales. Los «progresos» de la civilización incaica fue el argumento más utilizado para

53 Como mencionábamos, esta orientación fue común en la historiografía decimonónica, teniendo en Mendiburu al representante más conspicuo en términos historiográficos. También puede verse González de la Rosa (1879 y 1907), Larrabure y Unanue (1936), Lavalle (1859 y 1861) y Polo (1907a, 1907b y 1908).

demostrar que en el Perú existiría una continuidad entre el pasado y el presente: una comunidad histórica. Aunque aquellos historiadores no se identificaron étnica y culturalmente con la población andina que les fue contemporánea, sí integraron a los incas como parte del conjunto, con el objetivo de mostrar un pasado glorioso que en efecto existió y presentar sus logros a los connacionales como una herencia que los distinguía y de la cual era legítimo enorgullecerse.

4.2.1. Mariano Eduardo de Rivero y una aproximación temprana

Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz nació en Arequipa en 1798. Siendo aún niño, viajó a Europa a formarse científicamente. Estudió en Londres matemática y física; luego, en París, mineralogía y química. En 1825, regresó al Perú, para contribuir con el progreso de la nación independiente, a través de la investigación del potencial de los recursos naturales del país, en particular la agricultura y la minería, y estudió, por ejemplo, las posibilidades del guano de las aves como fertilizante. En 1826, el Gobierno peruano lo nombró director general de Minería, Agricultura, Instrucción Pública y Museo, posición desde la cual fundó el Museo Nacional de Historia Natural, Antigüedades e Historia del Perú, siendo su primer director. En 1832, se desempeñó como diputado en el Congreso peruano. Fue, asimismo, inspector de Obras Públicas en el mandato del general Agustín Gamarra. Durante las presidencias del mariscal Ramón Castilla, fue nombrado gobernador del departamento de Junín (1845), gobernador del departamento de Moquegua (1848) y cónsul general del Perú en Bélgica, desde 1851 hasta 1857. En París, a los 59 años de edad, en 1857, falleció.

Antigüedades peruanas que Rivero publicó en Viena, en 1851, en colaboración con el médico y filósofo suizo Juan Diego de Tschudi, reconocido peruanista, es el primer intento serio de mostrar reunida la información existente acerca de la época de los incas. Para trabajarla, Rivero escudriñó a todos los cronistas conocidos hasta ese momento, viajó a los lugares donde estaban los monumentos antiguos para observar y verificar los datos que obtenía de los documentos, analizó con perspectiva arqueológica un importante número de objetos, ceramios, artefactos e instrumentos, y elaboró una colección de láminas de dibujos sobre esas «preciosidades», que incluyó en la edición. Sin duda, la aproximación de Rivero supera, en mucho, los artículos sobre reyes incaicos o monumentos publicados en el *Mercurio Peruano*, y también la cronología y síntesis de acontecimientos por gobernante de José María Córdova en *Las 3 épocas del Perú*.

Los intereses profesionales de Rivero lo movieron a investigar la «cultura científica» de los incas y encontró logros, especialmente, en medicina y cirugía, gracias al uso de gran variedad de plantas medicinales y el empleo de la «sangría» para aliviar algunos síntomas (Rivero y Tschudi, 1851)⁵⁴. Estudió, asimismo, la religión con la minuciosidad del científico, pero también con un espíritu amplio, pues entendió que la población andina tenía fe en sus divinidades y en el más allá. Expresó la convicción de que aquella religión revelaría positivamente «la índole, genio, tendencias y altura de civilización» (p. 142) de los incas. Con la misma óptica, analizó las características gramaticales del quechua en relación con otras lenguas americanas, valoró la flexibilidad de aquel idioma, el cual estaría espe-

54 En lo que a minería y agricultura se refiere, admiró sin reservas el desarrollo alcanzado (Rivero, 1851).

cialmente dotado para desarrollar poesía, dramas en verso y cantos de guerra. Buen ejemplo de lo mencionado, para Rivero, son los «haravis», elegías que expresan sentimientos muy profundos como el del «dolor desesperado», y también el drama *Ollantay*, de gran sentido épico.

Imbuido del liberalismo del momento, Rivero criticó negativamente el supuesto sistema imperial y el autoritarismo en el Gobierno de los incas, contrario al sistema republicano. Pese a la censura al tipo de gobierno, alabó que se hubiese conseguido un estable orden político en un amplio territorio. En ello, es fácil percibir la propia historicidad del autor, puesto que escribe en 1851, cuando, gracias al *boom* guanero, el *Estado-nación* peruano está empezando a instalar la centralidad del poder político desde Lima, para ejercer la hegemonía en la nación. Consideró «lleno de interés» (¿para su contemporáneo proyecto nacional?), estudiar y mostrar los medios que utilizaron los incas para haber obtenido una cultura uniforme, precisamente lo que buscaba el proyecto decimonónico de construcción estatal y homogenización cultural. Los incas, al imponer lengua y religión a todas las regiones, lograron «amalgamar tan íntimamente naciones diversas y formar de ellas un todo tan compacto» (p. 85). Asimismo, subrayó de modo especial las numerosas anexiones pacíficas, en las que el ejército incaico no habría causado ningún perjuicio. Los incas habrían trasladado a las provincias, a amautas (sabios y maestros) y mitmas (colonias de pobladores aculturados) para que se integrasen a la población y la educasen en religión, lengua, costumbres cuzqueñas, además de implementar el sistema de gobierno en dichas regiones.

En el estudio sobre el legado material de los incas, Rivero exhibió una especial admiración. Los monumentos, cuya

huella es imborrable, serían la mejor prueba de que el grado de civilización alcanzado por los incas fue superior; son un símbolo de identificación nacional, que no solo permite avivar el patriotismo, sino también distingue a este país de los demás. Al diferenciar de ese modo al Perú, Rivero le otorgó el requisito básico de singularización que debe tener toda nación, según la entendía el proyecto occidental y, además, lo dotó de una larga continuidad histórica, con un pasado glorioso. El Perú, en este pensamiento, estaría muy lejano de ser una nación nueva; por el contrario, sería una nación muy antigua con su origen en el tiempo incaico. Los incas son los antiguos peruanos, cuyos logros le pertenecen a la comunidad del presente. En la conclusión de *Antigüedades peruanas*, Mariano Eduardo de Rivero fue mucho más enfático acerca de sus propósitos para estudiar la civilización de los incas: la juventud peruana comprendería que «el polvo que pisan latió, vivió, sintió, pensó en otro tiempo, que la justicia debe llegar tarde o temprano a todo individuo o pueblo» (p. 309).

4.2.2. *La historia romántica de Lorente*

Sebastián Lorente Ibáñez nació en Murcia, España, en 1813. Estudió en su país natal humanidades y teología, a la par de medicina y jurisprudencia. Vino al Perú en 1843 y se dedicó a enseñar en el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe. Al año siguiente, asumió la dirección del plantel que regentó hasta 1849. Reformó la orientación educativa del centro de enseñanza, introduciendo nuevas asignaturas, en especial referidas a la historia universal, de América y del Perú. A partir de ahí, formó parte indiscutida de la intelectualidad residente en Lima. Se estableció en Huancayo en 1850, ciudad en la que fundó el

Colegio de Santa Isabel en 1851, y dirigió el periódico *La Voz del Pueblo*, que apoyó la revolución liberal de 1854, acaudillada por Ramón Castilla, predicando a favor de la abolición de la esclavitud y del tributo indígena. Redactó, en 1855, el *Reglamento general de instrucción pública*, y se lo nombró ese año inspector de Instrucción Pública, cargo que volvió a ejercer en 1866. Lorente fue uno de los pocos, entre los primeros historiadores del Perú que, a su vez, se dedicó a la vida universitaria; fue profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos desde 1867 y fue su decano al año siguiente. Luego, en 1870, fue comisionado por el gobierno del coronel José Balta para estudiar en Europa nuevos métodos pedagógicos para ser aplicados en la enseñanza universitaria. A su regreso, en 1872, se reincorporó al decanato de la facultad, el cual ejerció hasta 1884, e inauguró allí el curso Historia de la Civilización Peruana. En 1884, falleció en Lima, a los 71 años de edad.

De los historiadores románticos, Sebastián Lorente fue quien trató el pasado prehispánico del modo más sistemático. Fue, sin duda, un gran maestro, tanto en la enseñanza escolar como en la universitaria, vocación que explica por qué impuso conscientemente a sus publicaciones historiográficas un claro carácter de divulgación. Como Lorente tuvo por norte difundir a un público amplio la historia del Perú, no siempre cumplió con la exigencia metodológica de dar cuenta de los materiales que utilizaba, en el interés de presentar una redacción que atraiga⁵⁵. Su primera aproximación al pasado prehispáni-

55 Hoy no puede sostenerse que haya sido solo un «vulgarizador» como lo calificó Riva-Agüero y Osma (1965), pero tampoco que ese severo juicio se haya debido a discrepancias ideológicas, pues si bien Lorente era liberal, Riva-Agüero —de no más de 25 años— estaba aún lejos de su reconversión al catolicismo y de su clara adhesión al pensamiento conservador (Portocarrero y Oliart, 1989; Ramón, 1995; Thurner, 2005). Lo que esencialmente refleja aquella opinión del polígrafo limeño es una manera muy distinta de entender la investigación histórica,

co data de 1860 cuando publicó *Historia antigua del Perú*. La obra es un estudio serio y ordenado sobre la civilización incaica, una síntesis muy bien presentada, por lo que, en términos de repercusión, superó con creces a *Antigüedades peruanas* de Rivero. En Lorente (1860), aparece claramente, mucho más que en Rivero, el convencimiento de que, antes de los incas, «la inmensa mayoría de los peruanos conocía la civilización» (p 95). La civilización en el Perú, entonces, no solo se remonta al tiempo de los incas, sino también es anterior.

Para Lorente, la unificación del territorio es obra de los incas, y Manco Capac habría sentado «sobre cimientos indestructibles la unidad nacional del Perú» (p. 4). La unidad nacional del Perú, entonces, no sería nueva, más bien, la realidad política contemporánea, que Lorente está contribuyendo a construir, basaría su proyecto nacional en tan antigua nación. Los incas para el Perú serían lo que los francos o sajones eran para Francia o Inglaterra: la demostración del origen en un tiempo remoto, casi inmemorial. Lorente le otorga a la historiografía la condición de proveer enseñanzas y cohesión para la comunidad, tanto por su vocación de maestro, cuanto por el romanticismo, a cuyo amparo se formó en sus años europeos. Su propósito es nacionalista, no solo por el orgullo patrio que genera el conocimiento de la admirable antigüedad inca, sino también, especialmente, porque lo que «en otro tiempo hicieron las razas indígenas, es indicio seguro de lo que la civilización debe esperar de ellas» (p. 9). Así, Lorente expresó del modo más tangible la continuidad histórica existente entre aquella

que demandaba ver en la obra de Lorente un logro alcanzado por la disciplina histórica decimonónica: el uso intensivo de las notas a pie de página y de las referencias documentales. Para entender aquella injusta valoración de Riva-Agüero, es fundamental situarla en el plano de la historia de la historiografía y no en el de la historia del pensamiento político.

antigüedad y su hora actual, grandeza del ayer que aseguraría un mañana aún más venturoso, por lo que cuidó de modo especial que su «narración» haga ver al Perú «que su glorioso pasado y su actual situación anuncian claramente un magnífico porvenir» (p. 58). De esta manera, concibe el desarrollo nacional como la armonía de los elementos civilizados desde un pasado remoto hacia el futuro, estableciendo una suerte de «marco genealógico perdurable» (Turner, 2012).

A partir de la publicación de la *Revista Peruana*, en 1879, se observa en la historiografía decimonónica una apuesta más decidida para estudiar el Tawantinsuyu. Precisamente en esa revista, Sebastián Lorente dio a conocer las primeras entregas de su *Historia de la civilización peruana*, que, luego, editó también como libro. Sin lugar a dudas, representa la obra más acabada de este historiador, expresión clara de su madurez intelectual, que completa y supera su aproximación anterior. Ahora, Lorente no rehuyó dejar expreso las fuentes primarias y bibliográficas que utilizó para armar su trabajo, incluso dedicó extensas páginas a valorar el tipo de información y los descubrimientos de quienes le antecedieron en el tema, como cronistas, viajeros e historiadores contemporáneos. La admiración por la civilización incaica y su inclusión en la vida del Perú, se nota desde el título y, también, en apreciaciones como la siguiente:

Lo que entre los griegos consiguió difícilmente Licurgo [...] fue realizado por Manco Cápac y sus sucesores en escala vastísima, haciéndose solidario el destino de las comunidades y provincias, sin trastornos, ni crímenes, sin holgazanería, ni violencias, en dulce paz, con bienestar común, con la regularidad de un

convento y con las aspiraciones concertadas de una familia, cuyos individuos están cordialmente unidos. (pp. 4-5)

En verdad, consideraciones como la anterior son comunes en la obra. Lorente es un buen ejemplo de cómo los historiadores del siglo XIX reforzaron la imagen utópica de los incas proveniente de algunos cronistas coloniales como Garcilaso y reiterada en el *Mercurio Peruano*. El incanato, entonces, se presenta como una organización administrativa tan eficiente que no habrían existido mayores necesidades sociales, nuevamente en el interés de ofrecer un pasado generador de orgullo y, por tanto, de cohesión, pues, como ya afirmaron Renan y Anderson, la existencia de ese pasado resulta el legado más valioso de las naciones. Pero Lorente avanzó más, dado que definió el carácter peruano en el «espíritu comunal»:

Lo que la civilización del Perú ha ofrecido de más extraordinario y permanente en el estado social ha sido el espíritu comunal, que apareció en los albores de la vida civil, recibió una organización admirable en el imperio incaico, dejó sentir su influencia bajo los virreyes, y aún no ha desaparecido enteramente. (p. 4)

Ese carácter comunal y solidario existe antes del dominio de los incas y sobrevive a su caída. Lorente encuentra en el «espíritu comunal» ese «genio del pueblo» del que hablaba Herder o «ser nacional», en términos de Fichte. Por ello, Mark Thurner (2012) presenta a nuestro autor como el máximo exponente en el Perú decimonónico de la muerte del «libro de los reyes», al preocuparse más por el «alma» de la civilización peruana que por la historia de los gobernantes. Además, Lorente hace ingresar una noción que recién en la segunda mitad del siglo XX

fue retomada por la historiografía peruana, especialmente a partir de los trabajos etnohistóricos de John Murra, que mostraban cómo la «reciprocidad» era una noción andina, no solo incaica, pilar de la organización social y económica andina, y no solo del Estado inca, lo cual dio por resultado una nueva historiografía sobre los incas. Aunque Lorente (1879) no llegó a tanto, sí planteó que los gobernantes incas construyeron un estado, un imperio, sobre la base de lo que sería constitutivo del poblador andino: «[e]l prestigio divino del gobierno imperial permitía realizar lo que se habría podido considerar como una utopía socialista: el egoísmo cedía al espíritu de fraternidad; la familia se subordinaba a la comunidad» (p. 146).

La supuesta condición de «socialista» del Estado incaico es otro de los aportes de Lorente, que marcó la discusión del pensamiento histórico peruano durante la primera mitad del siglo xx; el indigenismo no escapó a ella, ni tampoco José Carlos Mariátegui o Jorge Basadre. Pero Lorente, llevado por su liberalismo, terminó por criticar el socialismo incaico que, según consideró, habría ejercido un excesivo control estatal, lo que limitó la creatividad y la libertad individual. Ahí estaría, finalmente, la causa de la caída del imperio, pues el desarrollo de la familia, la unidad básica de la sociedad, habría sido muy imperfecto: «[t]ales serán siempre los efectos del socialismo que, violentando el corazón humano, sacrifica a la fraternidad oficial los sentimientos más íntimos, más dulces y más generosos, fuente inagotable y pura de la más deliciosa abnegación» (pp. 153-154). Así, Lorente se adelantó cincuenta años a las tesis sostenidas por Louis Baudin en *El imperio socialista de los incas*, publicado en francés en 1928, libro escrito no tanto para reconstruir la organización política incaica, sino para censurar fuertemente al socialismo como un sistema opresor (Baudin, 1973).

4.2.3. Rómulo Cúneo Vidal y la tercera generación

Rómulo Cúneo Vidal nació en la ciudad peruana de Arica en 1856. Cursó allí sus primeros estudios y también en Tacna, para luego dirigirse a Europa, donde continuó su formación en el Instituto Técnico de Milán y en la Escuela de Altos Estudios de París. Permaneció fuera del país entre 1864 y 1881, por lo que a su regreso se encontró con la derrota peruana en la Guerra del Pacífico y con las principales ciudades ocupadas por el ejército chileno. Participó activamente en la prensa local con el seudónimo de Juan Pagador, para fortalecer la resistencia peruana y crear conciencia sobre la peruanidad de Tacna y Arica. Tuvo un destacado desempeño en el cuerpo diplomático peruano, fue cónsul en Antofagasta entre 1903 y 1908, agregado comercial en Londres (1908-1909) y en Roma (1909-1910). En 1911, estaba de nuevo en el país y se dedicó más sistemáticamente a la investigación historiográfica. En Lima, en 1931, a los 75 años falleció.

Dentro de los historiadores decimonónicos, Cúneo Vidal ocupa un lugar preferente en lo que se refiere al estudio del antiguo Perú. Su *Historia de la civilización peruana* publicada en 1927, a diferencia de lo sucedido con las obras de los historiadores de su generación, representa una visión de conjunto sobre el pasado prehispánico. Desarrolló de un modo más completo lo que estaba en Lorente y anunció nuevas perspectivas. En los años en los que Cúneo Vidal escribió y publicó, la arqueología sobre el Perú prehispánico había empezado a rendir sus frutos, por lo que pudo plantear claramente la existencia de culturas anteriores a los incas, que Cúneo Vidal llamó «etapas» de una misma civilización, siendo «Tiahuanaco» y «Hatun Colla» las que precedían a la del Cusco. Con ello, Cúneo

Vidal culminó el proceso iniciado por Rivero de asignar una antigüedad inmemorial al Perú, solo que, ahora, ochenta años después de la pionera *Antigüedades peruanas*, dicho origen es incluso anterior a los incas. Como Rivero y Lorente, Cúneo Vidal (1977) convirtió en peruanos a los incas y a sus antecesores. Y aún más que ellos, enfatizó los logros culturales de la civilización andina como un legado indispensable para el Perú.

Para él, Tiahuanaco fue la civilización primordial en América, pero su nacimiento no necesariamente se explica por razones endógenas, tampoco casuales, sino que habría formado parte de un movimiento civilizador universal «que todo lo fecunda a su paso desde las orillas del mar de China hasta las márgenes de la mamacocho de los Incas» (p. 9). Cúneo Vidal, mucho más que sus antecesores, estuvo influido por el positivismo de Comte y Spencer, cuya estela vivió directamente en sus años europeos, por lo que planteó ideas evolucionistas y leyes universales. Estuvo convencido, con marca hegeliana, de que la civilización se propagó inevitablemente de oriente a occidente, desde los continentes clásicos (Asia y Europa) a los nuevos continentes. Si bien con ello restaba originalidad a la «civilización peruana», también la hacía ingresar, con pleno derecho, al mundo occidental. Al establecer que la civilización peruana tendría un tronco común con la civilización occidental, Cúneo Vidal buscaría que los criollos se sintieran herederos de aquel legado; se apropiaba, así, sin demasiadas contradicciones lógicas, de los logros culturales de los incas como parte de su propio bagaje.

Afirmado el carácter universal de la civilización peruana, Cúneo Vidal, asimismo, se afanó en señalar lo que le sería característico, típico, lo que, finalmente, la haría nacional. Al hacerlo, rescató el rol de los curacazgos o grupos étnicos locales,

lo que significó una verdadera novedad en la historiografía decimonónica. Para este autor, en la etapa «Hatun Colla» el Estado fundó una capital y también «colonias agrícolas», que producían variedad de productos, de acuerdo a donde estaban ubicados: «coca en los valles yungas [...] y maíz y ají en los valles templados» (p. 20). Lo singular de la civilización peruana habría sido este desarrollo agrícola no extensivo, que aseguraba el acceso a productos que no necesariamente tendría a su alcance en la cotidianeidad. La civilización incaica habría extendido a gran escala este principio organizador de la vida comunal, del curacazgo. A Cúneo Vidal le faltó desarrollar más la propuesta, un aparato crítico que la sustentase y, en especial, lo que hoy llamaríamos trabajo de campo. Pero, pese a todo, se aproximó a lo que luego John Murra (2002) profundizó y tipificó como «control vertical de un máximo de pisos ecológicos».

4.2.4. El paradójico orgullo hacia los incas

Es inobjetable que nuestros primeros historiadores, abstracción hecha de la generación a la que pertenecieran, no extendieron los sentimientos de admiración por la cultura incaica a la población andina, en general y, menos aún, a la deprimida realidad que atravesaba en aquel entonces. Resulta paradójico que al propósito nacionalista de enorgullecerse del pasado inca no lo hubiese acompañado uno de valorar a quienes eran descendientes directos de aquellos antepasados. Ese convencimiento historiográfico calza muy bien en ese «nacionalismo criollo», que caracterizó a los intelectuales y políticos opositores a la Confederación Perú-Boliviana; es decir, no encontrar contradictorio ensalzar la obra de los incas y, paralelamente,

denigrar a la población indígena, que Cecilia Mendez (1993) resumió magníficamente en su «Incas sí, indios no».

Aquellos historiadores juzgaron la realidad andina del presente al interior de una perspectiva etnocentrista y prejuiciosa que asociaba lo moderno con lo urbano y occidental, lo que les impidió reconocer el valor propio de lo que estaban estudiando. El historiador Sebastián Lorente (1967), quien tanto se preocupó por rescatar los logros alcanzados por la civilización incaica, afirmó, sin embargo, con razonamiento generalizador que los indios «yacen en la ignorancia», son «cobardes y holgazanes», no tienen «ningún sentimiento elevado», «vegetan en la miseria», «viven en la embriaguez y duermen en la lascivia»; por lo tanto, «la mayoría de los indios es extraña a los progresos de la civilización» (p. 23). Don Modesto Basadre (1894), quien había admirado las ruinas de Tiahuanaco construidas por pueblos muy adelantados en la civilización, al referirse a los indios uros que conoció, no encontró ningún problema lógico en expresar que en el presente no habrían dado «un sólo paso en el camino de la civilización» (p. 191). Además, según Basadre, serían «unos verdaderos brutos en cuanto a la moralidad e ilustración [...] seres inútiles, sólo piensan en su balsa, en su modesta familia, en conseguir lo suficiente para emborracharse» (p. 202). Indolentes pasarían por la vida sin ningún interés en el progreso, verían desde sus balsas los trenes de Arequipa a Puno y «no se mueven siquiera para contemplar tan grande adelanto de la edad presente» (p. 203). Algunos años más tarde, José Toribio Polo (1901) también estudió a los uros del Perú y Bolivia, y llegó a conclusiones muy similares. Aunque en otros trabajos demostró valorar el pasado andino, al referirse a los individuos que él entrevistó para formar su vocabulario dijo

que eran «torpes y agrestes»; esos hombres se conservarían en «estado primitivo» (p. 3).

El objetivo de rastrear los grados de «civilización» y «progreso» a los que habrían accedido las sociedades prehispánicas no era nuevo. Los ilustrados europeos lo utilizaron para desvalorizar los logros del pasado de las civilizaciones americanas prehispánicas. En el siglo XIX, los historiadores peruanos aplicaron el razonamiento para juzgar el presente de las sociedades andinas y no su pasado, no solo continuando una antigua tradición, sino también porque estaban imbuidos de nociones relacionadas con la concepción de un progreso evolutivo lineal, donde la etapa cronológica posterior debía de ser siempre más civilizada que la anterior, influidos por las teorías spencerianas en boga en esos tiempos. Bradford Burns (1978) ha señalado que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX seguían la noción de progreso postulada por Spencer, es decir, lo entendían como aquella marcha lineal y evolutiva hacia el establecimiento de la perfección (Basadre, 1963; Sobrevilla, 1980)⁵⁶. Sin duda, el Perú no resultó una excepción de lo ocurrido en Latinoamérica, en donde, según Mónica Quijada (2003), a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue imponiéndose el ideal de construir no ya una nación «cívica», sino una nación «civilizada» vinculada a una cohesión social fundada en entender todo lo no occidental como heterogéneo e «inferior».

En el Perú, esta situación tuvo un ingrediente adicional. Aquí resultó imposible excluir absolutamente la realidad andina. El Perú andino había quedado plasmado en los emblemas patrios que acentuaban las bondades de los recursos

⁵⁶ Vale la pena subrayar que algunas publicaciones periódicas limeñas dieron a conocer trabajos de Spencer. Por ejemplo, en el año 1885, en varios números de *La Revista Social*, se publicó el artículo de Spencer, «¿Cuál es el saber más útil?».

naturales de los Andes, especialmente, en la positiva valoración de lo inca (Dager Alva, 2009). En la imagen nacional, lo inca, la «civilización peruana», cumplía el importante rol de proveer a la comunidad el pasado glorioso que precisaba para favorecer su integración y, más todavía, la existencia de los incas era lo que realmente distinguía al país de los demás (europeos o latinoamericanos). Si esto era así, cómo no asumir a los indios como connacionales si eran los descendientes directos de los incas. Por eso, Modesto Basadre (1884) se preguntaba con zozobra: «¿[c]ómo considerar como hermanos a hombres que jamás han oído siquiera mencionar los nombres de nuestros grandes oradores, de nuestros grandes hombres de Estado, de nuestros sabios patriotas?» (p. 203). Cómo conjugar, entonces, el pasado glorioso con el presente deprimido, cómo establecer la continuidad histórica entre los incas y la población andina contemporánea. Cómo conciliar la admiración por una cultura y sus logros del pasado con el desprecio en el presente a esa cultura.

La respuesta a aquellas preguntas puede resumirse como la «teoría de la degeneración»⁵⁷. Para los historiadores decimonónicos, la conquista y la explotación colonial habrían convertido a los indígenas actuales en descendientes degenerados de los respetados incas. Aunque en estos casos es siempre complicado establecer una separación rígida entre los ámbitos biológico y cultural; dicha teoría, si bien racista, no se fundó exclusivamente en la biología, sino especialmente en el ámbito cultural, en elementos sociales y económicos, contextuales e históricos. «La conquista ha paralizado su inteligencia, la ha dejado inmóvil, y desde entonces ha permanecido casi inmu-

57 Véase un análisis ya clásico a propósito de este tema en: Portocarrero y Oliart (1989).

table» (Carranza, 1892, p. 31). En 1854, en un artículo periodístico en *La Voz del Pueblo*, Sebastián Lorente (1967) se expresó con estas crudas palabras: «[l]a servidumbre ha degradado al indio hasta el extremo que unos le consideran como un ser llevado por el mal, y otros le comparan con una estúpida llama» (p. 23). Años después, en 1879, Lorente, entonces decano de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, insistió en su lógica:

Con la opresión secular llega a deteriorarse el cuerpo junto con las dotes del espíritu: la fisonomía de ciertos indígenas ofrece el aire de las razas decrepitas, hay ausencia total de lozanía, falta la frescura que anima las razas llenas de juventud y de porvenir. (p. 46)

El propósito de sostener esa supuesta degeneración sería reconocer el legado cultural de los incas, pero alejarse de los indios, rechazando que los pobladores andinos representen la continuidad biológica de los incas y postulando, finalmente, que los indígenas contemporáneos eran racialmente distintos de los incas (Portocarrero y Oliart, 1993; Manrique 1999). Nuestra interpretación pretende matizar lo que se ha sostenido, pues resulta dudoso que los historiadores hayan entendido que el poblador andino contemporáneo no era descendiente de los incas. El objetivo fue solucionar la paradoja existente entre la unánime apreciación negativa sobre el indio actual y la visión a todas luces favorable de su pasado, no fue plantear la existencia de razas distintas. Es un intento de conciliación lógica entre dos verdades que se veían como evidentes. Mucho más que la obra histórica de Sebastián Lorente, fueron los textos escolares de Carlos Wiesse los que difundieron con extensión

la mencionada teoría⁵⁸. La cruel explotación física aplicada por los españoles y la falta de instrucción, según Wiesse (2005), serían las razones para explicar la mengua cultural (¿y biológica?) de la población andina, a tal punto que en el heroico tiempo de la independencia, los indígenas se enfrentaban entre sí y fueron incapaces de combatir a los verdaderos opresores:

En la ignorancia en que éstos [los indios] se encontraban de sus derechos, nunca consiguieron derrocar sus opresores; antes bien les servían para combatir a los de su misma raza, según sucedió cuando la rebelión de Túpac Amaru. Más tarde ellos mismos formaron la parte principal de los ejércitos que los generales españoles levantaban para combatir a los patriotas. (p. 162)

Los descendientes degenerados de los admirados incas ni siquiera habrían podido vislumbrar quienes eran sus explotadores ni participar activamente en el hecho histórico fundacional por excelencia. ¿Qué hacer entonces con esta población?, ¿cómo considerar a los indios como hermanos?, para seguir con la pregunta que atormentaba a Modesto Basadre. La solución fue educarlos, occidentalizarlos; pero si

58 Carlos Wiesse Portocarrero nació en Tacna en 1859. Estudió en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, en la que se graduó como doctor en Letras en 1884. También se recibió de abogado en 1879 y de doctor en Ciencias Políticas y Administrativas en 1902. Fue relator en la Corte Superior de Trujillo en 1883, y trasladado al año siguiente a la Corte Suprema de Lima con la misma función. Desempeñó importantes misiones en el servicio diplomático: adjunto a la legación acreditada ante el Gobierno de Quito en 1880, durante la Guerra con Chile; oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores entre 1888 y 1892; encargado de Negocios en Suiza (1894-1901). Su acción más fecunda se desarrolló en la enseñanza: profesor del Instituto de Chiclayo, que él mismo fundó, entre 1881 y 1883; profesor en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, donde tuvo a su cargo los cursos de Literatura Castellana, Historia de la Filosofía Moderna, Sociología, y, desde 1909, Historia Crítica del Perú, cátedra que él fundó. Fue discípulo dilecto de Sebastián Lorente y maestro de grandes historiadores peruanos del siglo XX, como José de la Riva-Agüero y Jorge Basadre. En 1945, a los 86 años, falleció en la ciudad de Lima.

optaron por aquello, fue porque la teoría de la degeneración de los historiadores ponía el acento en una explicación no tanto racial-biológica, cuanto contextual y cultural, es decir, en la explotación a la que fue sometida la población andina. Ese razonamiento le permitía a Modesto Basadre (1884) afirmar que en tiempos prehispánicos hubo indios «muy superiores en inteligencia a los de la época de la conquista» (pp. 72-73). En efecto, según Lorente (1967), el indio contemporáneo no es «tal cual Dios lo ha formado» (p. 23). No hay nada «en los vicios que se atribuyen a los indígenas, que no sea obra del artificio y de la violencia». Entonces, con una educación «liberal, inteligente y moralizadora», creía Lorente (1879), todos esos defectos «han de desaparecer» (pp. 46-47). Como ha señalado Quiroz Chueca (2012), esa sería la vía de inclusión de la población indígena a la civilización occidental. O, lo que es lo mismo, hacerla olvidar su identidad tradicional.

Es posible entonces hacer una precisión al «Incas sí, indios no», en lo que se refiere a los historiadores, pues creemos que en ellos el inca sí forzó a incluir en la imagen nacional lo indio⁵⁹. Como en las elaboraciones sobre lo «nacional-peruano», se introdujo a lo inca como elemento distintivo, mientras que una elemental lógica obligó a incluir también a la realidad andina a la población indígena descendiente del inca. Hubo, entonces, que elaborar una «teoría», la de la degeneración, para conciliar el desfase entre un pasado que admiraban y un presente que despreciaban. El «incas sí» presentó como imposible asumir el «indios no» de un modo absoluto. Fue un «no»

59 Recordemos que Méndez Gastelumendi (1993) sostiene que lo peruano se forjó «a partir de la exclusión y desprecio del indio» (p. 15), por lo que el nacionalismo criollo definió lo nacional «no tanto en función de un rechazo xenófobo a lo extranjero, sino, fundamentalmente, del desprecio o segregación de lo indio» (p. 25).

hasta conseguir que lo que tenían en «potencia» se convirtiese en «acto», para usar la fórmula aristotélica. En efecto, se creyó que algo había en potencia porque esa «raza» o civilización —y no otra— ya había demostrado los adelantos que podía lograr. Según Lorente (1879), «ahí está la historia, que desmentiría su pretendida ineptitud con los hechos que atestiguan su cultura» (p. 46). El «incas sí» hizo que estos historiadores confiaran en que, con una correcta educación occidental, esos indios podrán sentirse parte de una nación que debía ser «compacta», según creía el general Manuel de Mendiburu. Al acercarlos a los progresos de la civilización se obtendría, en palabras de Mendiburu (31 de diciembre de 1874), «un cambio radical y verdadero en unas masas numerosas en cuyo beneficio debemos pensar seriamente». Quizá esos historiadores del Perú decimonónico representen la continuación de esas «voces discordantes» que Charles Walker (1995) identificó para la centuria dieciochesca, en la medida que no hubo entre ellos un nacionalismo que excluyese absolutamente a la población indígena, al menos en el ideal.

Este tipo de inclusión resultó tal vez peor que la segregación, pues se los terminó haciendo parte del conjunto a condición de borrar su cultura tradicional, como sectores subalternos e inferiores. En el proceso de construcción del *Estado-nación*, se pretendió calzar a las mayorías sociales dentro de los moldes burgueses y occidentales y, entonces, el proyecto educativo se orientó a crear una cultura que procurase suprimir la heterogeneidad. No se tuvo la suficiente visión para comprender que, al menos en el Perú, la diversidad cultural era —y es— su mayor constituyente y su más rica característica. El Estado, además, no logró cumplir con eficiencia y extensión suficiente la función de educar, de occidentalizar a la

población, por lo que el «indios no» se prolongó mucho más de lo que esos historiadores parecieran haber creído.

Para finalizar conviene recapitular. La existencia de un pasado incaico estimado y la necesidad de una continuidad histórica contribuyeron a que no se rechace totalmente el tiempo virreinal ni se lo suprima del estudio histórico, revalorándolo inclusive. En la ficción fundacional que se confeccionó, el legado hispánico resultó fundamental y se silenciaron las marcadas desigualdades sociales que sufrían los grupos subalternos. Al estudiar el pasado lejano, esa historiografía, nuevamente, recordó las matanzas cuando fueron ejecutadas por los otros (los españoles) y sufridas por el nosotros (los criollos o los indios). La explotación colonial, que habría sido ejercida por los españoles, habría impedido que los indios contemporáneos pudieran desarrollar en el presente sus logros del pasado.

Los historiadores abordaron el estudio del pasado lejano convencidos de que en él se encontraba el origen remoto de la nación. Continuaron con la tradición intelectual iniciada a fines del siglo XVIII de ensalzar la antigüedad inca como símbolo de unión. Incluyeron en la imagen nacional la realidad andina del Perú, al hacer parte indiscutida de la historia patria el tiempo incaico. Sin embargo, esos historiadores, que tanto buscaban la «común-unión», fueron incapaces de identificarse con la población andina, la gran mayoría de los peruanos. Aunque confiaron en un desarrollo de las potencialidades de los indígenas que les fueron contemporáneos, no estamos en presencia de una propuesta realmente integradora.

Parte II

Una mirada a la historiografía peruana contemporánea

5

La historia que se escribió en la primera mitad del siglo xx

Para acercarse a la historiografía desarrollada en nuestro país a lo largo del siglo xx y lo que va de la centuria presente, resulta indispensable referirse a los intentos de su periodización, sea atendiendo el contenido de los discursos o narrativas historiográficas a las generaciones de historiadores o a una sistematización formulada en términos de etapas de cambios generales. Asimismo, se requiere repasar el ambiente académico en el que surgieron, y ese contexto académico no solo lo crea el conjunto de universidades y sus respectivas facultades concernidas en la formación de los estudiosos del pasado, sino también otras instituciones que contribuyeron al desarrollo historiográfico y las publicaciones periódicas que permitieron la divulgación y discusión del conocimiento histórico.

La presente revisión no podrá abarcar todo y nuestra selección, como cualquier otra, pecará de incompleta. Los criterios empleados obedecen al lugar de observación, desde el cual miramos la construcción y el desarrollo de la historiografía peruana. Nuestro punto de partida tiene que ver con el hecho de pertenecer a una generación formada en el ambiente de cambios importantes en nuestra historiografía cuando

se planteaba la diferenciación radical entre la historiografía tradicional y la nueva historiografía; aunque esa distinción tajante no refleja exactamente el proceso de transición y los desarrollos paralelos en ambas.

5.1. El comienzo: la generación del novecientos

Nuestra historia escrita en el primer tercio del siglo pasado estuvo marcada por la actuación de la llamada generación del novecientos, entre cuyos integrantes se contaron José de la Riva-Agüero y Víctor Andrés Belaunde. Ellos, entre otras actividades, estuvieron empeñados en el análisis y la explicación de la derrota peruana frente a Chile y la revisión de las posibilidades del resurgimiento de la nación. Así se ve en la obra del abogado limeño Nemesio Vargas Valdivieso (1849-1921), quien a partir de 1903 publicó su voluminosa *Historia del Perú independiente*, en la que cuestionó a los caudillos de la gesta emancipadora y se manifestó crítico respecto a la vida política peruana tras la independencia, señalando la falta de preparación de muchos de sus actores, al militarismo y a la dirigencia peruana inmediatamente posterior a la Guerra del Pacífico.

Desde la generación de Alejandro Deustua, entre los mayores, hasta la Generación del Centenario con Jorge Basadre, y aun posteriormente, hay presencia positivista en cuanto al apego a la fidelidad al documento para la investigación histórica, pero matizada, ya no solo por el espiritualismo, sino que se añade un tercer componente: el pragmatismo, dominante en el mundo anglosajón, cuyo prestigio entre algunos de nuestros intelectuales

como Deustua, [Javier] Prado entre otros, era visto como el mayor símbolo del progreso. (Guerra, 2013, pp. 116-117)

Por su parte, el limeño José de la Riva-Agüero y Osma (1885-1944) vivió su juventud durante una etapa política caracterizada por la presencia de gobernantes civiles y cuando en el Perú, en el ámbito gubernamental, se respiraba un optimismo acerca del futuro. Perteneciente a una familia de raigambre aristocrática colonial, se sintió en la obligación de contribuir a la construcción de un futuro político y socialmente más estable y ordenado. Su pensamiento varió desde una inicial postura liberal o renovadora a otra de derecha radical o conservadora. El cultivo de la disciplina histórica fue el centro de su actividad y siendo muy joven escribió dos obras de enorme importancia: *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y *La historia en el Perú* (1910). Más adelante, entre otros, destacará un trabajo nuevamente vinculado a la historia: *Paisajes peruanos* (1912), conjunto de ensayos en donde se entremezclaban las reflexiones políticas junto con lo histórico, lo geográfico y lo cultural.

La historia en el Perú, considerada como el punto de partida de la historiografía moderna peruana, fue un estudio muy completo en el que sometió a crítica y repasó los aportes de los historiadores que consideró referentes importantes en el desarrollo de la historiografía peruana, desde Blas Valera, el Inca Garcilaso y el resto de los principales cronistas, hasta abordar las contribuciones de, por ejemplo, Mariano Felipe Paz Soldán, Pedro de Peralta y Manuel de Mendiburu.

Honda pena causa, en efecto, comparar la obra histórica en el Perú con las de las demás repúblicas sudamericanas, a pesar de

que todas ellas tienen pasado mucho menos largo y nutrido que el nuestro. En tanto que chilenos y argentinos, uruguayos y brasileños, venezolanos, colombianos ecuatorianos se han afanado, unos bastante y otros algo siquiera, en aquilatar y popularizar sus respectivos recuerdos patrios, nosotros con oprobiosa desidia, con torpe e impío abandono, vivimos en completa ignorancia o en desdeñoso olvido de los hechos de nuestros padres y abuelos [...] Ruboriza confesar nuestra inferioridad, mas es lo cierto que los investigadores peruanos sólo pueden compararse legítimamente hasta ahora con la oscura escuela de los Meibomios y Canisios de la Alemania de los siglos xvii y xviii⁶⁰.

Pero hasta esta misma humilde laboriosidad, sin ideas generales ni estilo que fue la condición dominante, el rasgo característico de nuestros escasos historiadores de 1860 a 1890, se ha debilitado mucho en la generación posterior a la guerra. Los esfuerzos se han reducido a pocas y aisladas monografías; y las cosas han venido al vergonzoso punto de que para conocer con exactitud y debida extensión los anales de la Inquisición y de la imprenta en Lima, ha sido necesario esperar que los formara un chileno, el infatigable José Toribio Medina. (Riva-Agüero y Osma, [1910] 1965, pp. 499-500)

También se debe tomar en cuenta la obra del longevo y prolífico escritor arequipeño Víctor Andrés Belaunde (1883-1966), hombre público, maestro universitario e historiador cuyo

60 Dado que San Pedro Canisio (1521-1597) fue un sacerdote nacido en Holanda, a quien se considera un personaje importante de la reforma católica, propagador de la fe y luchador contra el luteranismo en varios países de Europa, y que Heinrich Meibom fue un científico del siglo xvii que describió a las glándulas que en los párpados impiden la evaporación del líquido lagrimal, deberíamos entender que la alusión a ambos es una metáfora rebuscada para referirse a la Ilustración, a la sazón considerada por Riva-Agüero como conservadora, en tanto la entiende como heredera del pensamiento religioso predominante en el siglo xvi y del cientifismo empírico del xvii.

pensamiento pasó del reformismo demoliberal al reformismo socialcristiano en su madurez. Entre 1904 y 1925, elaboró la mayoría de sus escritos, resultado de su contacto con los ambientes universitarios norteamericanos y franceses cuando renacía con fuerza el catolicismo. En un segundo momento, entre 1929 y 1931, concibió su *Realidad nacional*, y allí comparó los estudios del siglo XIX sobre el Perú antiguo con los realizados durante las primeras décadas del siglo XX, buscando verdades objetivas y hechos ciertos adecuadamente enmarcados en sus tiempos y espacios; se pronunció en contra del simple registro de datos y a favor de la interpretación con base en teorías (en este caso, sociológicas) que podían ser identificadas.

Su trabajo historiográfico arrancó en 1908 cuando publicó *El Perú antiguo y los modernos sociólogos (introducción a un ensayo de sociología jurídica peruana)*, que fue su tesis para obtener su doctorado en jurisprudencia en la Universidad Mayor de San Marcos. Dicha obra resultó importante para nuestra historiografía, dado que evaluó las interpretaciones acerca del mundo y la organización incaica, mostrando las bases teóricas y las diferentes escuelas que se encontraban detrás de las maneras de ver nuestra historia prehispánica⁶¹. Más adelante, en su artículo «Inca Communism and Bolshevism» (1923)⁶² criticó al comunismo soviético e identificó a la organización social y política incaica como un «ejemplo práctico de comunismo en América del sur dentro del marco de un gran Imperio» (p.

61 Como lo apuntara Pease (1979), a inicios del siglo pasado hubo una serie de estudios sobre el Perú antiguo hecha por extranjeros, pero, en su mayoría, desconocida en el país por no estar traducida al español. Esa situación había sido señalada por Belaunde, quien además se quejó, en *El Perú y los modernos sociólogos*, de la ausencia de estudios globales orientados a la interpretación de la organización de la sociedad andina.

62 Publicado en 1923 por *Rice Institute Pamphlet of Rice University Studies*, 10(4), 184-201. Este artículo apareció por primera vez, traducido al español por Belaunde, en 1979.

184) [traducción nuestra], cuyos principales rasgos fueron un sistema socialista de la propiedad de la tierra y otros recursos, el trabajo forzoso, la organización familiar concebida como un asunto estatal y una rígida jerarquía administrativa.

También elaboró un trabajo histórico-jurídico, *La Constitución inicial del Perú ante el derecho internacional. Relaciones con Ecuador* (1942), así como el libro que tituló *Peruanidad*, publicado en 1942 y ampliado en 1957, en donde hizo su propuesta acerca de la formación histórica del Perú. *Meditaciones peruanas* corresponde a 1917, en tanto que *Bolívar y el pensamiento político de la revolución hispanoamericana* (1938) fue resultado de las exigencias propias de su actividad docente. Se debe agregar que la prosa de Víctor Andrés Belaunde ha sido caracterizada como directa y espontánea, con poder de comunicación y persuasión.

Así, debemos recordar que la historiografía peruana se vio marcada, desde el comienzo de su segunda década, por el inicio de un pensamiento crítico que puede relacionarse con los planteamientos de Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, quienes pensaron en la realidad nacional peruana y el desarrollo futuro de nuestra historia nacional e, inclusive, de Latinoamérica.

5.2. La generación del centenario

Marcó distancia con la anterior generación llamada del novecientos, ya que sus miembros desarrollaron nuevos planteamientos ideológicos de repercusión en la política, la literatura y la historiografía. También pesó la influencia del pensamiento indigenista que puede reconocerse desde 1910 cuando Pedro

Zulen, un sanmarquino que había estudiado en Harvard, creó la Asociación Pro Indígena, cuyos propósitos fueron la defensa de los intereses sociales de la «raza indígena», dar a conocer sus problemas, promover el debate sobre las alternativas para su solución, buscar la protección de la propiedad agrícola de las comunidades y eliminar los latifundios. A la asociación pertenecieron estudiosos del mundo andino, como José de la Riva-Agüero, Rómulo Cúneo Vidal, Joaquín Capelo y Luis E. Valcárcel, entre otros; el órgano de la asociación fue la revista *El Deber Pro-Indígena*, que se publicó de 1912 hasta 1917⁶³.

Con similar orientación, en la década de 1920, apareció en la ciudad del Cusco el Grupo Resurgimiento, manifestando representar la causa del indio, en sus diversos aspectos. Se trataba de una asociación de trabajadores intelectuales y manuales: profesores, escritores, artistas, profesionales, obreros y campesinos, cuyo propósito era realizar una gran cruzada en favor de la población indígena.

También denominada «generación de la reforma» porque estuvo marcada por el movimiento denominado Reforma Universitaria, desarrollado en Córdoba (Argentina), que tuvo repercusión en la región, siendo el Perú uno de los primeros países en donde se manifestó su influencia, en un ambiente en el que la inquietud estudiantil reclamaba la transformación del rígido sistema universitario. Ello había llevado en 1910 a la creación del Centro Universitario de Lima, aunque su mayor desarrollo se advirtió a partir de 1917 cuando empezó a funcionar el llamado Conversatorio Universitario. La acogida de los planteamientos reformistas por los estudiantes sanmarquinos y de otros centros superiores en Arequipa, Trujillo y

63 Debemos notar que estamos contando a Riva-Agüero como un integrante de ambas generaciones, lo que demuestra cambios en su pensamiento.

Cusco se dejó notar rápidamente y su alcance se manifestó primero en la Ley de Instrucción Pública de 1920 y, a más largo plazo, en la Ley de Reforma Universitaria de 1946. En 1917, el Conversatorio Universitario estuvo animado por un grupo de jóvenes sanmarquinos, entre los que figuraron Raúl Porras, Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre y Luis Alberto Sánchez, contándose entre sus propósitos hacer otro tipo de historia.

Como se ha dicho, a principios del siglo xx, el tratamiento del mundo prehispánico adquirió protagonismo, debido a que tanto Riva-Agüero como Víctor Andrés Belaunde se ocuparon de él a la hora de examinar a la historiografía peruana y, por esa misma época, en 1908, Valcárcel elaboró su primer trabajo sobre los incas, específicamente, en la religión y, en adelante, desarrolló su pensamiento y actividad indigenista. En efecto, el moqueguano Luis E. Valcárcel (1891-1987) estudió y desarrolló gran parte de su actividad personal y académica en el Cusco y es considerado fundador de la antropología peruana y mentor principal del indigenismo, siendo fundador en 1920 del llamado Grupo Resurgimiento y, más tarde, del Instituto Indigenista. Valcárcel estudió y se doctoró en Letras y Derecho por la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco (UNSAAC), donde se hizo cargo de las cátedras de Historia del Perú e Historia del Arte Peruano. Intervino también en la política, siendo diputado por Chumbivilcas en 1919. Asimismo, desempeñó el cargo de director en varias instituciones culturales del Estado.

En 1925, publicó *Del ayllu al imperio* y desde el título se advierte que siguió el molde evolucionista utilizado décadas atrás por el estudioso alemán Heinrich Cunow, autor apreciado por los indigenistas. Fue con *Historia de la cultura antigua del Perú* (1943-1949) y *Etnohistoria del Perú antiguo* (1959) que

Valcárcel desarrolló una metodología interdisciplinaria en la que la investigación bibliográfica y documental se combinaban con los resultados de las excavaciones y los análisis arqueológicos, al igual que con los estudios y el trabajo de campo de la etnología. De esta manera, se dio forma en el Perú a la llamada etnohistoria, disciplina ya conocida entonces en otros lugares como Estados Unidos.

En la década de 1940, Valcárcel también publicó un texto corto, *El virrey Toledo, gran tirano del Perú. Una revisión histórica*, reeditado en el año 2015. En ese trabajo replicaba gran parte de la extensa y erudita obra que el historiador argentino Roberto Levillier publicara entre 1935 y 1942, titulada *Don Francisco de Toledo. Supremo organizador del Perú. Su vida y su obra*. Su estilo fue de tono polémico —esto correspondía a su postura indigenista— como se puede advertir en estas referencias:

La indofilia de Toledo que Sarmiento de Gamboa en 1572 [...] ostentan como una virtud del idolatrado virrey es otra de las mayores supercherías históricas que precisa destruir.

En el prólogo de la *Historia Índica*, el inteligente aventurero desliza estas palabras... «y ha sido lo que en este caso ha hecho vuestro Visorrey tal que los indios se tienen por regenerados en todos y le llaman a boca llena SU FAVORECEDOR PROCURADOR y a V. M. que se lo envió llaman padre».

El señor Levillier, 368 años después, reivindica para Toledo el título de protector de naturales. (Valcárcel, [1940] 2015, p. 79)

Parte de la réplica de Valcárcel sobre esta materia citada consistió en señalar lo siguiente:

y es este mismo Virrey, como veremos enseguida, quien destruyó los pueblos indígenas con la diabólica invención de las reducciones, quien diezmo a la raza aborigen con la aplicación desnaturalizada y feroz de la mita, quien esquilmó hasta reducir al indio a la mayor miseria con el nuevo sistema del tributo en oro, decuplicando los productos de esa contribución exhaustiva, quien, finalmente, instituyó al corregidor para defender al indio como el lobo defiende al rebaño. (p. 80)

Se debe destacar que hacia la segunda década de la vigésima centuria hubo una interesante y dinámica producción historiográfica que mostraba que, a pesar de los cambios, también se mantenía la vigencia de los modelos tradicionales de estudiar nuestro pasado. Tal fue el caso del sacerdote jesuita Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), quien hizo sus estudios superiores y de teología en Granada y Barcelona, e investigó en los archivos del Vaticano y el General de Indias. No solo fue un historiador, sino también una autoridad y un docente universitario y director de la Biblioteca Nacional del Perú entre 1956 y 1962. Además, se interesó por el estudio de la guerra con Chile y, por eso, en 1979 publicó *Historia general de la Guerra del Pacífico*.

Como sabemos, si bien en la obra de este autor destaca, como era natural, su interés por la historia de la iglesia católica peruana, no menos importantes fueron sus trabajos dedicados a las fuentes históricas a las épocas colonial e independiente del Perú. Efectivamente, publicó *Manuscritos peruanos en las bibliotecas del extranjero* (1940) y *Manual de estudios peruanistas* (1952), así como varios trabajos prolijos y de gran extensión como *Historia General del Perú*, que publicó entre 1966 y 1971 en diez volúmenes que comprendieron las épocas del Virreinato, la Emancipación y la República. La *Historia de*

la *Iglesia del Perú* también fue un trabajo extenso, pues abarcó hasta el final del siglo XIX en cinco volúmenes que salieron a la luz entre 1953 y 1962. Fue igualmente autor de *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*, cuyos cuatro volúmenes se publicaron en dos años a partir de 1963 y abarcaron desde la llegada de los jesuitas al Perú hasta su expulsión en el siglo XVIII. La *Historia de la Iglesia del Perú* fue resultado de sus consultas en el Archivo Histórico Nacional, el Archivo Arzobispal de Lima y otros repositorios en donde era posible hallar información sobre su materia de estudio, tales como el Archivo Vaticano, el Archivo Romano Jesuita, el Archivo General de Indias y las bibliotecas del Congreso de los Estados Unidos, de la Universidad de Duke, de la Academia de Historia de Madrid y de la Escorial, y las Bibliotecas Públicas de New York y la Nacional de París (Sánchez-Concha Barrios, 2015).

Asimismo, de *Historia General del Perú* (1966) vale la pena destacar que defendió el interés y el papel cumplido por los peruanos para alcanzar la emancipación, y que también concebía a la historia como un proceso que, para ser entendido, exigía un análisis sometido a lo estrictamente acontecido; esto probablemente haya tenido que ver con la minuciosidad de su narración.

Más producción histórica de la primera mitad del siglo XX la encontramos asociada al cajamarquino Horacio H. Urteaga (1877-1952), catedrático e historiador que se concentró en el estudio de las épocas incaica y colonial, por lo que se explica su labor e interés en recopilar documentación cronística y de naturaleza administrativa producida durante el Virreinato cuando en nuestro país, lo mismo que en otros de la región, se consideraba que no podía desarrollarse la disciplina histórica sin dar antes el indispensable paso del acopio documental

puesto a disposición de los estudiosos del pasado. Estudió Letras y Derecho en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), donde dictó varias materias de historia y llegó a ser decano de la Facultad de Letras en dos ocasiones. Fue director del Archivo Nacional y el Museo Arqueológico Víctor Larco Herrera, y dirigió la *Revista del Archivo Nacional* entre 1920 y 1944, y la *Revista de Arqueología*. Fue integrante y directivo de la Sociedad Geográfica de Lima y del Centro de Estudios Histórico-Militares. Entre sus obras se cuentan: *La ley de la Historia* (1901); *El Perú. Bocetos históricos*, dos volúmenes publicados en 1914 y 1919, respectivamente; *El ejército incaico: su organización, sus armas* (1920); *La organización judicial en el imperio de los incas* (1928), y la recopilación, en tres volúmenes, de sus lecciones universitarias bajo el título de *Historia de la civilización*, publicada entre 1923 y 1943.

Tuvo como colega, amigo y colaborador a Carlos Alberto Romero Ramírez (1863-1956), limeño que, bajo la dirección de Ricardo Palma, trabajó como voluntario en el reordenamiento y recuperación de la Biblioteca Nacional del Perú, lo que significó su encuentro con la disciplina histórica al entrar en contacto con el acervo bibliográfico y documental conservado en dicha institución que llegó a dirigir por largo tiempo. Junto con Horacio Urteaga, publicó entre 1916 y 1939 la importante serie *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, en la que se editaron importantes crónicas y textos coloniales. También es importante señalar su obra *Adiciones a «La imprenta en Lima» de José Toribio Medina*, publicada en el 2009 por la Universidad San Martín de Porres y Pontificia Universidad Católica del Perú, y su referencia en ese texto a *La Imprenta en Arequipa, el Cuzco, Trujillo y otros pueblos del Perú durante las campañas de la independencia (1820-1825)*.

Fue director de la *Revista de archivos y bibliotecas nacionales* y de la *Revista Histórica*, y miembro del Instituto Histórico del Perú, base de la actual Academia Nacional de la Historia. Fue autor de *Los de la Isla del Gallo* (1899), *Historia nacional* (1905), *Informe sobre las ruinas de Choquequirau* (1909) y *Los orígenes del periodismo en el Perú* (1940), además de artículos en periódicos y revistas. Es destacable que su trabajo *La historia de la imprenta en Lima*, publicada tardíamente el 2009, resulta una ampliación de la información contenida en el conocido trabajo de José Toribio Medina.

Por su parte, el puneño Emilio Romero Padilla (1899-1993) se ocupó también de la misma materia y de hacer estudios de historia económica. Este especialista de la Universidad Nacional de San Agustín (Arequipa) y especializado en Derecho y Ciencias Económicas en la unmsm, en donde, posteriormente, se ocupó de las cátedras de Geografía Económica, de Historia Económica General y del Perú, y de Geografía Regional. Ocupó cargos públicos y fue autor de varios libros sobre geografía, economía, política y educación, destacando su *Historia económica del Perú* (1949).

Puede mencionarse también al limeño Rafael Loredó Mendivil (1892-1973), historiador, jurista y minucioso investigador en archivos históricos, que destacó por sus estudios de fuentes, ya que descubrió la tercera parte de la Crónica del Perú de Pedro Cieza de León, que dio a conocer de manera parcial y por entregas a partir de 1948 en la revista *Mercurio Peruano*. Reconocido como especialista en el tema de la rebelión de Gonzalo Pizarro, entre sus trabajos se cuentan artículos y obras como *Los repartos. Bocetos para una nueva historia del Perú* (1958).

5.3. Marchando entre la continuidad y los cambios

Como sabemos —parafraseando a Contreras y Cueto ([1999] 2013)—, en el Perú, durante los primeros cincuenta años del siglo xx, se redefinió la relación con el exterior, se diversificaron las actividades económicas del país y aparecieron nuevos actores sociales y políticos que cuestionaron el proyecto nacional forjado entre fines del siglo xix y las primeras décadas de la siguiente centuria. Replanteándose, entonces, añejas preguntas sobre la identidad cultural, el tipo de nación o economía que nos propondríamos ser.

Sin duda, una figura emblemática en nuestra historiografía fue Raúl Porras Barrenechea (1897-1960), nacido en Pisco, departamento de Ica. Fue un erudito, docente universitario, diplomático y hombre público, pues no solo fue congresista, sino también ministro de Relaciones Exteriores, entre otros cargos desempeñados. Estudió en la UNMSM, donde también fue docente, labor que igualmente cumplió en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en varios colegios secundarios, por lo que su vida estuvo permanentemente comprometida con la enseñanza y la investigación histórica. Abogado y doctor en Historia, en su momento; siendo estudiante universitario, fue uno de los impulsores de la difusión y aplicación en el Perú de las principales ideas del movimiento reformista de Córdoba.

Así, pues, es importante llamar la atención acerca de su pertenencia a la generación del centenario, aquella que se sintió llamada a repensar el Perú buscando la unidad que permitiera manejar la diversidad que en distintos terrenos marcaba a nuestro país. Era aquella una de las tantas épocas de crisis vividas a lo largo de nuestra historia y que correspondía a los intentos de modernización orientados tanto desde la esfera

gubernamental como desde los ambientes intelectuales. Contemplando ese contexto político-social y el momento por el que atravesaba nuestra historiografía, puede decirse que Porras Barrenechea fue una pieza fundamental en la configuración de una historiografía peruana rigurosamente empírica, debido a que en su obra destacan sus aportes respecto a la consulta y difusión de documentos hallados en archivos españoles y, particularmente, sus estudios sobre las fuentes coloniales, debiéndosele una de las más citadas periodizaciones y sistematizaciones temáticas de las crónicas escritas sobre el Perú entre los siglos XVI y XVIII, tomando como referente principal la época del virrey Toledo y la orientación político-interpretativa de tales documentos.

Su abundante bibliografía se abre en 1918 con una obra sobre *La literatura peruana* y se cierra el año de su fallecimiento con *Antología del Cuzco*. Sin lugar a dudas, entre sus numerosos trabajos sobre las fuentes históricas destaca *Las crónicas del Perú*, que circuló primero entre estudiantes y especialistas en formato de copias mecanográficas a partir de 1944 o 1945 y que era resultado de su laboriosa y fructífera investigación, tanto en archivos nacionales como españoles, cuyo inicio remite al año 1934. Este trabajo, que le valió en 1945 el Premio Nacional de Historia Inca Garcilaso de la Vega, recién tuvo su primera edición impresa en 1962, dos años después de su fallecimiento, puesto que el punto final de la obra no lo puso su autor, quien estuvo permanentemente interesado en ampliarlo y pulirlo, sino la circunstancia de su muerte. Oswaldo Holguín fue el editor de la más reciente reimpresión de ese trabajo de Porras Barrenechea, y a quien seguimos, sobre este punto, la

edición omitió gran parte de la producción cronística de Porras, tarea que demandaba recopilar no pocos y dispersos artículos y notas publicados en revistas y periódicos, todos los cuales confirman su excelente conocimiento de una materia tan ardua de investigar como apasionante de leer. (Holguín Callo, 2014 p. 17)

En su afán de facilitar la construcción de una historia peruana completa o totalizadora, Porras Barrenechea se refirió a temas variados como la organización y el Gobierno incaico, el origen del nombre del Perú, Garcilaso y el mestizaje, el Cusco, los límites fronterizos republicanos y las costumbres y tradiciones limeñas; asuntos que estuvieron presentes en su obra. De sus numerosos trabajos podemos destacar también *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú* (1937), *Historia de los límites del Perú* (1926 y 1930), *Fuentes históricas peruanas* (1955) y *Pizarro* (1978).

Poco antes de iniciarse la segunda mitad del siglo pasado, la obra de Rebeca Carrión Cachot (1907-1960) fue también una manifestación de que la historiografía de ese entonces comenzaba a mostrar fracturas o resquicios que permitieron algunos cambios. Carrión Cachot fue arqueóloga e historiadora nacida en Lima y formada en la UNMSM, donde obtuvo su doctorado en Historia y Letras con la tesis *La indumentaria en la antigua cultura Paracas* (1931). Fue discípula del arqueólogo Julio C. Tello y sus trabajos fueron en nuestro medio los primeros que pueden ahora calificarse como etnohistóricos. En efecto, apelando a fuentes arqueológicas, documentales y orales, publicó *La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón* (1948), *Paracas: cultural elements* (1949), *El culto al agua en el antiguo Perú* (1955) y *La religión en el antiguo Perú* (1959).

Introdujo a la lectura de *El culto al agua en el antiguo Perú* de la siguiente manera:

El propósito de este trabajo es presentar consideraciones generales sobre el culto al agua entre los antiguos peruanos —tema bastante conocido a través de valiosas investigaciones de destacados americanistas—; y, principalmente, ofrecer algunas de las enseñanzas obtenidas en el estudio de nuevos materiales arqueológicos y de las leyendas referentes a las concepciones indígenas sobre la producción de lluvias y la fertilización de la tierra. (Carrión Cachot, [1955] 2005, p. 15)

Especial valor se asignó en esa investigación a un recipiente sagrado, conocido con el nombre de *paccha*, considerándolo un elemento importante dentro del complejo cultural precolumbino y vinculado a la vida social y ceremonial del indio, usado a través de los diversos periodos de nuestra historia. Al respecto, decía la autora que en las ceremonias religiosas desempeñaba una función importante.

Es importante tomar en cuenta que el libro al que nos estamos refiriendo fue estructurado en las siguientes partes: 1) generalidades sobre el culto al agua, 2) la *paccha* en las diversas culturas precolombinas y 3) mitos y leyendas sobre los dioses protectores del agua. Se presta especial atención a la luna como diosa principal del panteón religioso andino y su relación con la lluvia, manantiales, lagos, etc., además de detenerse en la *paccha* artefacto que, según la autora, servía para llevar a cabo los correspondientes rituales orientados a los cultos y las actividades propiciatorias de la luna y del agua; realiza comparaciones entre mitos andinos y meso y sudamericanos. Este manifiesto interés por un tema relacionado a

una entidad religiosa femenina es también relevante, ya que se adelantó, en más de medio siglo, a los estudios que sobre la mujer prehispánica se han venido haciendo en el Perú. En palabras de Luis Millones (2005):

Lo que concita nuestra admiración es que Carrión Cachot haya visualizado las posibilidades de comparar mitos andinos y mesoamericanos en épocas en que pocas personas lo pensaban como valedero. Nuestra autora dio un paso pionero en lo más característico de las ciencias antropológicas: su potencialidad como disciplina comparativa. (p. 14).

El trabajo está también claramente orientado a trascender al registro de información histórica, arqueológica y etnográfica, lo mismo que a la narración, y valerse de todos estos elementos con el propósito de escudriñar en la cosmovisión y religiosidad del Perú antiguo.

[L]a mentalidad indígena crea una mitología propia; con personajes que simbolizan los fenómenos y hechos del universo; y emblemas de carácter ideográfico, que tienen una significación determinada. En mitos, leyendas, fábulas y otras formas de expresión deja cristalizada su sabiduría, su peculiar manera de explicar los fenómenos tangibles e intangibles, y ellos forman otra rica fuente de apreciación del pasado.

En estas tradiciones, especie de códigos, están contenidas muchas de las concepciones que interesan al tema. (p. 20)

Sin lugar a dudas, una figura altamente representativa e influyente de la historiografía peruana del siglo xx, y hasta ahora,

es el tacneño Jorge Basadre Grohmann (1903-1980); por eso, le dedicaremos varias páginas en este repaso historiográfico.

Historiográficamente, Basadre resultó ser la figura más descollante de los historiadores que sucedieron a la llamada generación peruana del novecientos. Suele llamársele «el historiador de la República» no solo por la importancia que se le concede como estudioso de nuestro pasado, sino también porque se alude al valor y la permanente vigencia de su principal obra *Historia de la República del Perú*; en efecto, sea en círculos especializados o no, en el Perú, en la mayoría de debates acerca de diversos puntos sobre la historia republicana, se suele apelar a la opinión de este historiador, puesto que se le otorga valor de autoridad en la materia, tan es así que se ha reconocido que «[el] pensamiento y el lenguaje de Basadre son lo más cercano a un mapa mental de la imaginación histórica peruana del siglo xx» (Thurner, 2012, p. 274).

Quizás, unos de los más importantes contextos dentro de los cuales vivió y escribió Basadre serían la llamada generación del veinte o del centenario y la situación de Tacna, su tierra natal, que permaneció hasta 1927 como una de las «provincias cautivas» —llamadas así por los peruanos— en manos de Chile, tras la derrota del Perú en la guerra que se inició en 1879. Súmase a ello, el hecho de haber recibido su educación superior en la UNMSM en la época del gobierno de Augusto B. Leguía cuando este llevaba a cabo autoritariamente su proyecto político y de modernización que denominó la «patria nueva» y cuando la convulsión social era parte importante del ambiente político y social peruano. A Basadre también le tocó vivir periodos de dictaduras militares.

Su primer trabajo académico importante fue la tesis *Contribución a la historia de la evolución social y política del Perú*

durante la República, que fue la base de su *Iniciación de la República*, obra publicada en dos tomos entre 1929 y 1930. En esta, los dos grandes temas estudiados fueron el periodo comprendido entre 1821 y 1834 y la Confederación Perú-Boliviana.

En 1931, publicó *Perú problema y posibilidad*, que recién se volvió a reeditar en 1978, esta vez con reflexiones y críticas añadidas. Se trató de un análisis sobre el Perú, su historia y su gente, en donde critica que permanentemente se hayan imitado modelos foráneos, se olvidara al indio, se oscilara entre la atonía y el estallido, y la incapacidad del Estado para abordar la problemática nacional. No se le escaparon en estos cuestionamientos las clases dirigentes, en tanto señala que lo que prevaleció fue una plutocracia y no una auténtica dirigencia política y social.

Desde entonces, Basadre encarará también el estudio de la historia republicana peruana como un problema y una posibilidad, y tuvo razón Manrique (2002) al señalar en una breve nota que

Su visión del Perú como un problema por resolver y una posibilidad abierta al futuro contiene dos ideas-fuerza que han atraído la reflexión social del siglo veinte. Por una parte, que somos una sociedad nacional que no ha completado su proceso de constitución y, de otro lado, que tenemos un destino por realizar: una promesa llamada Perú. (p. 4)⁶⁴

64 Pero, más bien, Manrique (2002) se equivocó, debido a que confundió autores que tenían el mismo apellido, cuando afirmó: «La reflexión de Basadre estaba nutrida por el optimismo del *principio esperanza*, de Marc Bloch, uno de los fundadores de la escuela de los Annales. Esa es la tónica de la reflexión de quienes recusarán a la oligarquía al promediar el siglo xx» (p. 4). Aclaremos que el autor de *Principio esperanza* no fue el historiador francés Marc Bloch, sino el filósofo alemán Ernst Bloch, y la obra fue escrita entre 1938 y 1947, durante su exilio en Estados Unidos, y reelaborada tras su retorno a Alemania. En conexión con la filosofía marxista y partiendo de la consideración de

Como dijimos, su *Historia de la República del Perú (1822-1933)* (1939) fue y sigue siendo un referente para el conocimiento y análisis del periodo, aunque sobre ella se han hecho pocos estudios historiográficos.

No es dable omitir la historia política con la finalidad de aclarar sumariamente lo que pasó, operación modesta, como base o terreno para cualquier estudio sobre cómo pasó o por qué pasó. Lleva en sí y ello es inevitable, una narración de acontecimientos. Desde que en 1929 se fundó en París la revista *Annales* por Marc Bloch y Lucien Febvre, ha estado de moda entre los historiadores que se consideraban tradicionales, despreciarla. En el mundo actual, hay un renovado interés por el acontecimiento considerado como índice o itinerario, es decir parte esencial de la estructura; al respecto basta citar el libro de Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire* aparecido en 1971. El acontecimiento, ha escrito un historiador joven, Pierre Nova⁶⁵, en una obra de 1974, es un prodigioso revelador que hace emerger brutalmente una serie de fenómenos surgidos de las profundidades y de los engranajes de la estructura. Algo más: puede ser también un revelador ya que ofrece un muestreo de los modos de ser, de vivir y de actuar: posibilita cambios y mutaciones, dinamismos y acciones de frenaje: y, a veces, colabora en la producción o en los lineamientos de aquella estructura o del tránsito a otra. La ciencia historiográfica del futuro tendrá que ser un lugar de confrontación y de reflexión sobre las conexiones entre el acontecimiento, ese muerto que, en su hora estuvo tremendamente vivo y las estruc-

que la utopía es una función esencial del ser humano, Ernst Bloch repasó sus diferentes manifestaciones y señaló claves para entender el mundo contemporáneo.

65 Evidentemente, hubo un error tipográfico y Basadre se refería más bien a Pierre Nora, quien en 1974 publicó el artículo «Le retour de l'événement», en *Faire de l'histoire* de Joam Cabanes Le Goff y Pierre Nora (eds.).

turas cuyo análisis no debe ir a un aventurerismo peligroso, sino enraizarse en métodos comprobados y anclar prudentemente en la cronología y en la realidad que ella significó, realidad a veces distorsionada por quienes trasladan al ayer, actitudes, doctrinas o pasiones de hoy. Cada individuo[,] cada generación vive su tiempo y dentro de su tiempo. (Basadre, [1939] 1983, p. x)

No solo investigó y escribió sobre el pasado peruano, sino también estuvo permanentemente preocupado por la realidad del país, sobre todo, por su sistema educativo, y por mantenerse al tanto de las diferentes corrientes de pensamiento, metodologías y perspectivas que orientaban el quehacer historiográfico en su época. Ejemplo de esto será su libro *El azar en la historia y sus límites* (1973), un ejercicio de reflexión teórica basado en una bibliografía variada y actualizada, a los que se suman el diálogo entablado con otras disciplinas. Esta obra es una muestra de la gran apertura intelectual de Basadre, quien, para la confección de ese trabajo, había consultado, por ejemplo, la biblioteca de la Escuela Superior de Administración de Negocios (ESAN), lo cual fue absolutamente extraño en un historiador en esa época y aún en estos días. En efecto, el autor era consciente de ello, ya que en la introducción de este trabajo indica que incursiona en teoría de la historia «algo que nuestros historiadores han estudiado poco» (p. 9); esa preocupación de Basadre no fue casual, puesto que tiene que reconocerse que su consulta permanente a la bibliografía sobre este tópico fue evidente y constante.

Otro de los rasgos de este trabajo —explicitado por el propio autor— será el uso de lo que llama un planteamiento «relacional», que debemos considerar equivalente a una historia comparada, pues dice que el ejercicio de comprensión e interpretación realizados en el libro «responde, en sus diversas

fases al anhelo de hacer, libremente, historia comparada» (p. 10)⁶⁶. Pero también es evidente que, en esta obra, Basadre está concediendo la mayor importancia a la reflexión teórica.

En el contexto historiográfico de la década de 1970, no debería llamar la atención que Basadre a la hora de escribir *El azar en la historia y sus límites* estuviese abierto a introducir la noción de incertidumbre y el juego de probabilidades, que considerase como soporte teórico las propuestas formuladas por los economistas y que finalizara la primera parte de esta obra con un análisis del estructuralismo. Que discutiera y aplicara oportunamente propuestas de la nueva historiografía resulta una actitud destacable en un historiador que se había formado en el historicismo y que, a la sazón, contaba con setenta años. En efecto, cuando Basadre se refiere a la *New Economic History*, en su método no se advierte un rechazo frontal a esa forma de encarar los estudios de la economía en el pasado, sino una toma de contacto abierta que le permite, por un lado, señalar que los cuadros matemáticos han llevado a la escuela norteamericana de econometría a acercarse a una teoría general del comportamiento humano racional y que los representantes de la mencionada tendencia unieran en sus trabajos la teoría económica y los métodos estadísticos modernos; por

66 Ciertamente aquí la noción *relacional*, contemplada como equivalente a *comparada*, resulta muy diferente a la interpretación que Basadre da a los conceptos de historia funcional o relacional en su prefacio a la quinta edición de la *Historia de la República*. Según lo anota Thurner (2012): «En una palabra, “la historia funcional” o “relacional” contemplaba la “historia natural” de la nacionalidad como una aspiración cultural trascendente y unificadora forjada en presencia de un pasado reniano “de gloria y remordimientos”, y en el deseo intencional por —y adhesión a— un futuro colectivo» (p. 324).

El humanista francés Joseph Ernest Renan (1823-1892) postuló la idea de que la nación es un principio espiritual constituido por la conciencia de un pasado común y una voluntad de hacer valer esa herencia. En efecto, en la conferencia que pronunció en La Sorbona, en marzo de 1882, titulada *Qu'est-ce qu'une Nation*, estableció que la voluntad subjetiva y la autodeterminación reiteradas eran el sustento de toda nacionalidad.

otro lado, fue capaz de indicar críticamente que suelen comparar series y, cuando cualquier verificación directa parece imposible, imaginan lo que hubiera ocurrido en el pasado si las circunstancias de hecho, las estructuras o las técnicas hubiesen sido diferentes, y así crean cuidadosamente un mundo histórico. Lo planteado por Basadre deja la impresión de estar en concordancia con los vientos que ya soplaban en Estados Unidos y en Europa, marcando el desarrollo de una nueva historia y que, pocos años más tarde, en 1979, pareció consolidarse a la luz de una propuesta de Lawrence Stone: irreal (de hipótesis contrafactuales) basado en «conjeturas controladas» (p. 16).

La apertura intelectual de Basadre se advierte también en lo relativo a la práctica misma del trabajo del historiador, y una mención interesante al respecto sería la siguiente:

El libro de Arnold Kaufmann, R. Faure y A. Le Graff *Los juegos de empresa* [1960 en francés y 1966 en español] demuestra cómo la existencia de computadoras electrónicas puede abrir perspectivas de racionalización en campos que, como el manejo de las empresas, estaban reservados antes sólo a la intuición y a la experiencia de los ejecutivos. (p. 14)

Acepta el uso en las disciplinas humanas y sociales de la que entonces era una nueva tecnología y, en todo caso, sugiere su empleo en la historia.

Como se puede observar, a la par de los trabajos de investigadores como Basadre y Carrión Cachot, que muestran señales de cambio, se fue desarrollando una historiografía que, si bien puede llamarse tradicional, tuvo la virtud de introducir nuevas perspectivas y temas. Pueden mencionarse, a manera de ejemplo, los trabajos del historiador y educador limeño

Carlos Daniel Valcárcel Esparza (1911-2007), quien destacó por sus estudios sobre el periodo emancipador y la rebelión de Túpac Amaru y por haber puesto sobre el tapete el tema de los movimientos indígenas del siglo XVIII⁶⁷. Como varios de sus colegas de la misma generación, estableció lazos amicales y de trabajo con sus pares e instituciones europeas, sobre todo en España, pero también en Latinoamérica.

En 1943, publicaba en México su primer libro, *La rebelión de Túpac Amaru*, tema que retomó con fuerza, junto con los asuntos arriba señalados, a partir de finales de la década de 1960, dentro de un contexto político e intelectual que colocó ese tema en posición destacada. En los últimos capítulos de esta obra, trató acerca de la prolongación de la gran rebelión general después de haber ejecutado a Túpac Amaru, narrando todo lo concerniente a su extensión en el Alto Perú y su repercusión en Colombia, Venezuela, Ecuador y Chile. Se debe señalar que este trabajo se convirtió, a lo largo de varias décadas, en un clásico sobre la materia, junto con la obra similar de B. Lewin. En 1971, Valcárcel Esparza publicó documentos relativos a la emancipación en el marco de la celebración de nuestro sesquicentenario de la independencia.

Guillermo Lohmann Villena (1915-2005), historiador y diplomático hizo sus estudios en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), donde obtuvo el doctorado en Letras en 1938 con la tesis *Apuntes para una historia del teatro en Lima durante los siglos XVI y XVII*, y el título de Abogado en 1940, también con una tesis de género histórico: *Un jurista del Virreinato: Juan de Hevia Bolaños, su vida y sus obras*. Incorporado a la

67 En su momento, fue considerado todo un especialista en dichas materias lo que le valió, en 1974, el reconocimiento de la UNESCO por su investigación en archivos europeos; también fue nombrado Amauta, el mayor reconocimiento docente que concede el Estado peruano.

docencia universitaria desde 1936, y en el servicio diplomático desde 1943, se consagró sobre todo a la investigación histórica y a la diplomacia.

Sus numerosas estancias en España —en el desempeño de sus labores diplomáticas—, como otras largas y cortas, pero regulares visitas a dicho país, le permitieron la consulta sistemática de sus archivos; actividad que también repitió al acudir permanentemente al Archivo General de la Nación y a la Biblioteca Nacional del Perú.

Infatigable investigador, su obra ha sido importante y amplia, no pudiéndose dejar de mencionar *Las minas de Huancavelica en los siglos XVI y XVII*, que publicó en Sevilla en el año 1949, y *El corregidor de indios en el Perú bajo los Austria*, que se editó en Madrid en 1957. Erudito investigador del periodo colonial, fue discípulo del sacerdote e historiador Rubén Vargas Ugarte. En la última etapa de su vida, publicó *Inquisidores, virreyes y disidentes* (1999) y *Plata del Perú, riqueza de Europa* (2004), además de *Familias, linajes y negocios entre Sevilla y las Indias: los Almonte*, que publicó con su colega española Enriqueta Vila Vilar en el año 2003. Prototipo de historiador de la vieja escuela, disciplinadamente recogió una amplísima información que le sirvió para estudiar al detalle a las instituciones y la sociedad colonial, descubrir autorías y mostrar los retratos de personajes variopintos que poblaron el virreinato, junto con sus actividades cuyo análisis le permitió hablar tanto del corregidor como de la actividad minera.

También es destacable el papel desempeñado por la abogada, historiadora y docente limeña Ella Dunbar Temple Aguilar (1918-1998), quien hizo sus estudios en la UNMSM y fue la primera mujer que ocupó una cátedra universitaria en el Perú y un asiento en la Academia Nacional de Historia. En 1945, se contó

entre quienes fundaron la Sociedad Peruana de Historia, institución que bajo su dirección tuvo a su cargo, así como la publicación de la revista especializada *Documenta*, de la que se editaron cuatro números entre 1948 y 1965, lo que explica que buena parte de su contenido se dedicara a dar a conocer documentación relacionada a la UNMSM, al Inca Garcilaso y a los descendientes de los incas; a este último tema la historiadora prestó especial atención.

Sus aportes a la historiografía peruana han sido variados y numerosos en torno a temas correspondientes a las diferentes épocas de nuestra historia: *Los caciques Apoalaya* (1943), «La descendencia de Huayna Cápac», que publicó por entregas en la *Revista Histórica*, a partir de 1939; *La Gaceta de Lima del siglo XVIII* (1965) y *Apostillas a dos textos bolivarianos* (1978), entre otros. Debe añadirse que en 1958 circuló —primero, en Lima y, luego, en el interior del país— un documento de su autoría impreso a mimeógrafo titulado *Historia del Perú. Instituciones incas*, fruto de las clases dictadas en su cátedra sanmarquina. En el año 2014, se publicó al fin la primera edición a imprenta de este texto, prologada por Miguel Maticorena, otro importante historiador de esta universidad, quien fuera discípulo suyo. Se debe señalar que el dictado de la cátedra convertida en la publicación mencionada tiene importancia, entre otras, por tratarse de una revisión del periodo incaico desde, para su época, una nueva perspectiva que sintonizó en mucho con varios de los que serían más tarde los aportes de la etnohistoria andina sobre la materia. Allí, Temple mostró, en parte, su concepción de la historia, sin duda, bajo la influencia tanto de Collinwood como del movimiento que conocemos como Escuela de los Annales, y aplicó teorías como el relacionismo social del norteamericano Mac Iver, la jurisprudencia

etnológica de Albert Hermann Post y el método de trabajo del español José María Ots Capdequí⁶⁸. La historia institucional le interesó de manera particular y apeló a argumentos teóricos para dar sentido a su incursión en la misma:

Aunque disminuida en importancia, existe aún la distinción entre historia externa e historia interna. La primera sería aquella que se concreta únicamente a la descripción o relación de los sucesos y hechos en su aspecto objetivo, por ejemplo la vida o hazañas de los héroes, los acontecimientos militares, etc. Pero que no capta ni aproximadamente la esencia del verdadero acontecer histórico, deteniéndose tan sólo en lo externo y a veces en lo accesorio. La verdadera historia, la historia integral, tiene que atender no sólo a ese aspecto formal sino a la historia interna y de ella al desenvolvimiento institucional. Es esa historia interna la que nos permite captar la historia como proceso, es decir como devenir; la que nos permite verificar lo que hay de permanente y de transitorio en ella; cuáles son las verdaderas direcciones de nuestra historia nacional; qué es lo que debemos conservar y qué es lo que debemos desterrar. (Temple, [1958] 2014, p. 32)

Es necesario destacar su interés por las figuras femeninas en la historia expresado, por ejemplo, en *Escritoras iluminadas del Perú colonial* (1942), también por la historia regional, que quedó manifestado en *La independencia de Piura* (1971) y, asimismo, por la participación popular en favor de la emancipación peruana en *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras* (1971).

68 Para la teoría sociológica conocida como relacionista o relacional, la vida social consiste en un juego recíproco de diversos factores que excluyen cualquier causa única (Maticorena, 2014).

Entre aquellos que consolidaron el ejercicio del quehacer historiográfico y formaron a buena parte de las generaciones siguientes pueden mencionarse varios nombres importantes. Uno de ellos y que resultó ser el más longevo fue el limeño José Agustín de la Puente Candamo (1922-2020), discípulo de Rubén Vargas Ugarte y Víctor Andrés Belaunde. Fue docente y autoridad universitaria, conoció y frecuentó a José de la Riva-Agüero y Osma. José Agustín de la Puente Candamo puede ser descrito no solo como historiador, sino también como humanista y republicano a carta cabal; por eso, sus temas preferidos fueron el pensamiento de San Martín, la independencia y sus precursores o las bases del movimiento separatista y los inicios de la República. También realizó un importante y fervoroso estudio sobre Miguel Grau, en el entendido de que el héroe nacional representó un prístino y ejemplar patriotismo. Ello se explica porque un tema que lo apasionaba era justamente la patria peruana, que siempre expuso y buscó transmitir sin tapujos a sus estudiantes. Autor de una obra abundante compuesta por artículos y libros, destacan *Notas sobre la causa de la independencia del Perú* (1964), *La independencia del Perú* (1992), *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario* (1948 y 2000) y *Miguel Grau* (2003).

Puede decirse, sin ninguna duda, que las principales ideas que se expresan abiertamente y las que subyacen en los trabajos de este especialista de la historia del Perú de los siglos XVIII y XIX fueron el mestizaje, la esencial identidad y la integridad del Perú como nación. En consecuencia, tuvo una opinión contraria a la idea de que nuestra independencia fue concedida y concebida desde fuera, apoyándose en el hecho de que teníamos ya una identidad nacional y clara conciencia de ella, lo que permitió que se generará un original proceso emancipador en

nuestro medio. Entendía que la idea independentista no llegó al Perú desde fuera, de manos de los libertadores, y que, por el contrario, dada nuestra unidad espiritual basada en una herencia mestiza, hubo conciencia de patria y un pensamiento ilustrado criollo propio con perspectiva de futuro.

Puede decirse que Puente Candamo fue un historiador de las ideas y que, siguió, con brillantez y características propias el rumbo que había señalado anteriormente Jorge Guillermo Leguía. Representó una corriente conservadora en la historiografía peruana y, por sus dotes personales y académicas, se ganó el respeto de sus pares y de posteriores generaciones de historiadores, que se colocaron, más bien, en posiciones historiográficas diferentes. La clave de ese reconocimiento fueron sus virtudes docentes, la sinceridad y transparencia de su postura, el respeto a las ideas de sus colegas y el hecho de haber formado a sucesivas promociones en el apego a la patria peruana y la investigación, con la exigencia de la aplicación rigurosa de un aparato crítico que él mismo cultivaba.

El piurano Miguel Maticorena Estrada (1926-2014) fue discípulo de Raúl Porras Barrenechea y contemporáneo a una generación importante de sanmarquinos estudiosos de nuestro pasado, como Macera, Kauffmann y Aranibar. En 1975, sustentó su tesis *El concepto de cuerpo de Nación en el siglo XVIII*, que significó una propuesta innovadora al establecer que la idea de *nación* presente entre los criollos fue una suerte de puente que facilitó el tránsito hacia la independencia de las naciones que estaban sujetas a una monarquía española de tipo patrimonial. Son muchísimos los estudiosos de nuestra historia que fueron formados y orientados por Maticorena Estrada.

Es importante señalar que publicó numerosos artículos en los que fue dando cuenta de sus investigaciones perfectamente

documentadas, según lo exigía la metodología historiográfica en la que fue formado, lo que no le impidió reconocer la necesidad de dialogar con las diferentes disciplinas sociales. Durante su prolongada estancia investigando en Sevilla, dio con el manuscrito de la *Historia de la Florida* del Inca Garcilaso, amén de la documentación necesaria para tratar sobre los principales cronistas del Perú.

Por su parte, José Antonio del Busto Duthurburu (1932-2006) fue alumno en la PUCP tanto de Porras Barrenechea como de José Agustín de la Puente. Su abundante producción historiográfica estuvo basada en un sólido soporte erudito y fue escrita siguiendo un modelo narrativo. Su obra fue muy vasta y se debe agregar que se le reconoce como el mejor biógrafo del líder de la conquista española del Perú, gracias a *Francisco Pizarro, el marqués gobernador* (1966); asimismo, destaca su *Diccionario histórico biográfico de los conquistadores*, cuyo primer volumen apareció en 1986. También escribió textos sobre el Perú prehispánico y colonial, lo mismo que sobre los descubrimientos geográficos orientados básicamente a la divulgación y el apoyo a la formación histórica de estudiantes de nivel secundario y universitario. Se autodefinió como seguidor de una corriente que llamó peruanista:

Nosotros [...] somos peruanos y cometemos un error sí en esencia nos identificamos con los vencedores o con los vencidos. Nunca fuimos ni vamos a ser los vencidos ni los vencedores, pero siempre seremos los descendientes de los vencedores y de los vencidos. Esto, sencillamente, es asumir nuestra realidad sin detrimento de la verdad histórica. Hispanismo e Indigenismo, cuando se dan en exceso, desunen; la corriente peruanista, en

cambio, nos explica fríamente lo ocurrido, nos une y nos hermana. (Busto, 2001, p. 12)

Su visión acerca de la historia peruana estuvo marcada por la noción del mestizaje no solo como característica racial predominante de los peruanos a partir de la conquista, sino también como fruto cultural. Esa idea estará presente en su obra *El mestizaje en el Perú* (1993).

Si bien no se puede ignorar que su biografía de Francisco Pizarro tuvo como antecedente una obra similar de Raúl Porras Barrenechea, tampoco se puede negar que la hecha por del Busto hasta ahora es el trabajo más completo sobre la vida y la actuación del conquistador del Perú, lo que le sirvió para argumentar acerca de una historia e identidad únicas, resultado del mestizaje y del proceso mismo de la conquista y colonización. Conservó distancias tanto de la perspectiva etnohistórica como de la «nueva historia» y reclamaba el reconocimiento de la originalidad de la cultura peruana, recusando lo que algunos han denominado el neoindigenismo de la etnohistoria y el énfasis de las que consideraba tendencias etnicistas y las discusiones que se daban al promediar la segunda mitad del siglo xx entre los científicos sociales e historiadores.

A nuestro juicio resulta justo considerar al ayacuchano Edmundo Guillén Guillén (1921-2005), doctor en Letras y Educación, además de abogado por la UNMSM. Como un historiador que, si bien generacionalmente hablando, debió ser un investigador de corte tradicional por los temas y la perspectiva que abordó, historiográficamente se desarrolló como un representante de la generación intermedia; es decir, aquella que empezó a abrirle el paso a la llamada «nueva historia».

Expresión del peso de la historiografía tradicional en su obra es, a nuestro entender, *Huáscar inca trágico* (1961); pero en *La versión Inca de la conquista* (1974), *Visión peruana de la conquista* (1978) y *La guerra de la reconquista Inka. Vilcabamba, epílogo trágico del Tahuantinsuyu* (1994) ya se nota la influencia de la perspectiva denominada «visión de los vencidos». Sobre el conjunto de su obra se ha dicho lo siguiente:

Sus ensayos y libros enjundiosos del espacio andino y encarnación del tiempo [...] podrán ser siempre leídos como negadoras del determinismo y portadoras de la esperanza, pues integran un todo crítico y participan de un signo idéntico: la elaboración de un nacionalismo, de un conocimiento, de un saber veraz, por naturaleza antidogmático, pues trata de la estructura compleja de la civilización andina, como una suma de vertebraciones, en permanente tensión y ruptura ocasionada por la cruenta invasión española y el disloque brusco de aquella portentosa civilización. (Amat Olazábal, 2006, p. 566)

La figura de Virgilio Roel Pineda (1929-2013) es remarcable, ya que este historiador y economista fue autor de un importante número de libros y artículos sobre temas económicos, políticos, sociales, históricos y militares. La economía, la historia económica y los temas indígenas fueron el centro de su interés, siendo reconocido por la influencia que ejerció sobre varios de los que fueron sus discípulos. En el prefacio de *Ataque e invasión del imperio hispánico al Perú de los incas* (2009), trazó parte de su propio itinerario intelectual:

Este libro, probablemente, se fue gestando en sus inicios conceptuales cuando, siendo aún estudiante de secundaria, en los

accesos de la universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco, escuchaba relatar acerca de la formidable resistencia de los incas de Vilcabamba al Dr. Jorge Cornejo Bouroncle (que por esos años estaba escribiendo sobre el proceso de la gran rebelión de Tupac Amaru) [...].

Algo después, Josafat Roel hizo que conociera y frecuentara a Murra, cuyos aportes e ideas me permitieron acceder a un correcto conocimiento del carácter y la naturaleza del gran Estado incásico, cuya estructuración se hizo posible, no por medio de la guerra o de la violencia, sino con el empleo de medios propios de la fraternidad o de la hermandad, basadas en las prácticas de la vida comunitaria, en la ayuda mutua y en el dominio de todos los múltiples pisos ecológicos peruanos, a través de los mitmacuna (o mitimaes) [...].

El hecho es que en la década de los años 60, tanto las exigencias académicas como los estudios económicos y la organización del Instituto Nacional de Planificación absorbieron nuestra atención; pero en el curso del ejercicio de todas estas actividades sentíamos siempre la necesidad de tener un mayor conocimiento del proceso histórico nacional, por que los entrabes de entonces (y de ahora) no pueden ser entendidos ni explicados sin el previo conocimiento de sus antecedentes, que son precisamente los temas propios de la historia. De esta convicción renació nuestra vieja afición de estudiar, con detenimiento, la historia peruana. La cual orientamos (por entonces) al estudio, tanto de la economía como de la sociedad colonial, cuyo resultado fue la edición de nuestro libro Historia Social y económica de la Colonia. Luego nos pusimos al trabajo de estudiar el proceso de la Independencia, de cuyos afanes nació los Libertadores, que mereció un premio especial del Centro de Estudios Histórico-Militares. Enseguida, por obra de la generosidad de la doctora Ella Dunbar

Temple (que había sido mi maestra de historia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos), fui invitado a formar parte de la Comisión de Historia del Ejército Peruano que, por su propia naturaleza, tenía el encargo de estudiar el proceso de la institución castrense del Perú, a través de la historia nacional. Allí tuve la oportunidad de reencontrarme con varios amigos, todos ellos altamente interesados en el estudio de la historia peruana, en sus aspectos militares, como era el caso de Edmundo Guillén Guillén, quien venía estudiando, con tenacidad relevante, las guerras ocasionadas por la invasión hispánica del siglo XVI. Como esta temática era también objeto de mi mayor interés, de inmediato reiniciamos largas conversaciones alrededor de ese período, tan apasionante, las cuales, desgraciadamente se interrumpieron cuando, al darse inicio el gobierno de Fujimori, la mencionada Comisión de Historia del Ejército Peruano fue increíblemente disuelta. Por esa razón dejamos de frecuentarnos, hasta que un día supe que Edmundo Guillén había fallecido cuando se hallaba absorbido por la tarea de ordenar todo el material que había ido recopilando en torno a la guerra que mantuvieron viva, durante cuarenta años de lucha sin descanso, los “Incas de la resistencia”. Obviamente, al asistir a su sepelio, me propuse escribir este libro, cuyo contenido tenemos la íntima sospecha de que le habría agradado. (pp. 15-16)

En *Historia social y económica de la colonia* (1970), realizó una breve reseña de la historia social y económica de España durante los siglos XVI, XVII y XVIII, bajo la consideración de que la política colonial hispana no podía ser explicada sin tomar en cuenta su propio desenvolvimiento interno. A partir de ahí, enfrentó los asuntos de la sociedad y economía peruanas durante la colonización, analizándolas por sectores y actividades, a

través de la exposición de los hechos y sus relaciones mutuas, con el propósito de encontrar conexiones y secuencias que permitieran un mejor conocimiento y explicación de aquel período histórico.

Entre los historiadores nacidos en el interior del país y que, por esa razón, privilegiaron los estudios de historia local o regional, podemos mencionar al arequipeño Alejandro Málaga Medina (1935-1995). Reconocido de diferentes formas por sus trabajos de investigación y archivística, fue autor de varias publicaciones en el formato de libro, como *Reducciones toledanas en Arequipa* (1989); *Arequipa. Estudios históricos*, en tres tomos (1982, 1985 y 1987); *Visita general del Perú por el virrey don Francisco de Toledo* (1974), y *Fuentes documentales para la historia de Arequipa*, en dos tomos (1975 y 1978), además de coautor de otras tantas publicaciones y numerosos artículos, catálogos y repertorios documentales. Destacan en todos sus trabajos la sólida base erudita, lo mismo que el estilo claro de su narración. Un ejemplo lo encontramos en el artículo de 1975 cuando se refirió a los antecedentes de los corregimientos de Arequipa de la manera siguiente:

La primera división del territorio peruano en la época colonial, podemos considerar que está representada por los REPARTIMIENTOS de las poblaciones indígenas entre los conquistadores. Cada repartimiento estaba integrado por uno o más pueblos, ocupando muchos de ellos la extensión de los actuales departamentos, tal es el caso de Tacna que se repartió al cronista Pedro Pizarro. Por otra parte, en cada repartimiento había una o más encomiendas gobernadas por los encomenderos que eran como señores feudales que ejercían jurisdicción sobre los indios y tenían dominio sobre sus tierras. Luego de establecerse los primeros

repartimientos, la Metrópoli reconoció los antiguos curacazgos del Imperio Incaico, para respetar en algo a los antiguos dueños de estas tierras y librarlos de los abusos de los conquistadores. O sea, pues, que los repartimientos y Curacazgos constituyeron, en un comienzo, la verdadera demarcación territorial del Perú, aunque muy indeterminada. Sin embargo, bajo este defectuoso sistema, adaptado sin duda alguna a las circunstancias de la época, marchó la administración política por algún tiempo, pues a excepción de pocas ciudades fundadas y habitadas por españoles como Lima, Cuzco, Trujillo, Arequipa, etc. que se desarrollaban al impulso de la civilización colonial así como del comercio, y cuyas poblaciones, se elevaron a la categoría de Municipios bajo el régimen de Ayuntamientos, los demás pueblos del Perú se hallaban sometidos a las autoridades antedichas y cuyos dominios no estaban sujetos a proporciones señaladas. El territorio del Virreinato Peruano se dividió en Corregimientos en el gobierno del Licenciado Lope García de Castro. En esta época, puede decirse que adquirió una forma determinada la demarcación, territorial; porque los Corregidores ejercían jurisdicción gubernativa sobre todo lo político y económico en los pueblos del territorio de su mando; de suerte que los Corregimientos eran, al mismo tiempo, divisiones políticas y económicas. Desde 1784 varió completamente esta estructura, dándose al país una organización más apropiada con la creación de las Intendencias. (Málaga Medina, 1975, p. 49)

Eusebio Quiroz Paz Soldán (1940), otro reconocido historiador arequipeño, miembro de importantes instituciones académicas peruanas y extranjeras, se formó en Historia, Educación y Derecho en la Universidad de San Agustín de su ciudad natal y donde, más adelante, se empezó a desempeñar como docente.

También ha sido catedrático en las arequipeñas universidades Católica de Santa María y Católica de San Pablo, lo mismo que profesor visitante en Japón, España, Alemania, Inglaterra y Chile. Su experiencia docente está recogida, sin lugar a dudas, en *Para enseñar historia del Perú* (2008). En *Identidad cultural mestiza de Arequipa* (2020), recopiló una serie de artículos y ensayos producidos a lo largo de su carrera académica, donde hizo la historia de su ciudad y señaló su identidad y desenvolvimiento cultural desde su fundación.

En cuanto a su labor de investigación, debemos señalar, en primer lugar, su tesis de bachillerato sobre el historiador Mariano Felipe Paz Soldán, en 1964, para la cual consultó la documentación de archivo y, más adelante, su trabajo doctoral, que fue una historia económica regional, «Aspectos económicos de la independencia en Arequipa», cuyo tema central es la recaudación y rendimiento de la carga impositiva en la época de la emancipación. Tiempo después, publicó *Cien años después. Reflexiones sobre la Guerra del Pacífico (1879-1979)* (1989) y *La imagen histórica del Almirante Grau* (1991). En 1992, la Universidad de San Agustín compiló gran parte de sus investigaciones publicadas en forma de artículos, bajo el título de *Visión histórica de Arequipa*, mientras que sus artículos periodísticos que habían aparecido en 1988 fueron reunidos en el libro *En torno a mi ciudad: Arequipa*. Además, de forma individual o junto a otros especialistas, publicó repertorios documentales y periodísticos.

Por otro lado, Juan José Vega Bello (1932-2003) centró su labor historiográfica en temas como la resistencia andina e inca ante la conquista española, la rebelión de José Gabriel Condorcanqui Túpac Amaru y las montoneras del periodo independentista. Como puede observarse, pese a que también

se inscribe en la corriente que buscaba ver a la conquista y emancipación desde una perspectiva que otorga centralidad a los actores nativos, su historiografía está enfocada en el establecimiento de hechos y en actividades de carácter político y militar.

De su numerosa obra compuesta por libros, artículos especializados y periodísticos, destaca *La guerra de los Wiracochas*, cuya primera edición fue hecha en 1963 y en donde puso en relieve la actuación de las poblaciones andinas durante la conquista y los primeros años de la colonización española, distinguiendo entre la actuación de la élite y los diferentes grupos étnicos, así como diferenciando la resistencia y la colaboración de tales grupos frente a los conquistadores y bosquejando las causas de tales comportamientos. Fue una historia lineal, henchida de personajes, lugares y descripciones breves de batallas, pero que buscaba sostener la tesis de la actividad y altura alcanzada por los actores nativos: la descripción de una gesta vista desde el ángulo indígena. En efecto, en las primeras líneas, el propio autor señala lo que entiende eran las características y aportes de su trabajo:

Este libro constituye el primer intento peruano de escribir la historia de la conquista del Perú en forma integral. Pero posee, además, otra característica, que señalamos con interés. La de presentar la «visión de los vencidos» y no la de los vencedores [...]. La conquista española fue, en realidad, el fruto de varias guerras; y se logró en un dilatado ciclo, muy sangriento, durante el cual brilló el valor de un pueblo que se resistía a la dominación extranjera. (p. 2)

En sus conclusiones, da muestras de un henchido nacionalismo y subraya las características del proceso descrito a lo largo de la obra:

Los antiguos peruanos, pues, supieron morir. En incontables combates y batallas cayeron quizás hasta por cientos de miles. Y al principio morían sin poder matar pues no sabían cómo combatir a tan temibles adversarios. Mas en breve lapso aprendieron mucho de veinticinco siglos de las artes guerreras europeas. Poco a poco, a costa de terribles sacrificios, fueron captando las formas de guerrear de sus adversarios. Y alcanzaron a ganar encuentros a los castellanos.

Se midieron así con la pólvora, con los corceles, con el hierro. Se enfrentaron a la espada y a la barda, al casco y al escudo, al estribo y a la espuela, al puñal y a la montura, a la coraza y a la artesana.

Se comprende la magnitud de este esfuerzo cuando se recuerda que el hierro revolucionó la historia de la humanidad, o que la pólvora derribó Constantinopla y terminó de liquidar al feudalismo, o que la caballería ha creado imperios a lo largo de tres mil años de la historia del mundo. [...]

Imposible es resumir en unas líneas el panorama de la Conquista Española. Existen tantos y tantos capítulos marginados hasta este momento en nuestra historia que casi todos los peruanos —incluyendo a los más cultos— se sorprenden cuando leen que la Conquista costó cerca de cien batallas y que quince de ellas fueron ganadas por los soldados del Tahuantinsuyu. [...] Tan importantes como los factores señalados es el del desequilibrio cultural: la Conquista enfrenta a un pueblo que emerge de la prehistoria, aún sin hierro, escritura ni rueda, contra otro que vive el Renacimiento europeo. Más de dos milenios de evolución cultural separan ambos bandos. De ahí la gigantesca superioridad

técnica-militar de los conquistadores, superioridad que opaca sus pretendidas hazañas. (pp. 118-119).

La convivencia entre la nueva historia y la anterior de corte tradicional se mantuvo no solo a lo largo de la segunda parte del siglo xx, sino también que ambas coexistieron con la que podemos llamar la actual «novísima historiografía». De todas maneras, todas estas tendencias se han venido influyendo mutuamente.

Esta ha sido una brevísima reseña acerca de la que llamamos, sin ánimo peyorativo, «historiografía tradicional», habiendo tomado, a manera de ejemplo, a algunos de sus cultores. Ya lo mencionábamos en la introducción, como toda selección, ha sido producto de nuestro arbitrio.

6

Las nuevas historias

6.1. Las transformaciones durante las décadas de 1960 y 1970 y el surgimiento de la «nueva historia» peruana

A menos que se produzcan grandes y sorpresivas crisis y a pesar de cualquier apariencia, los cambios en las ciencias de cualquier tipo, las transformaciones de sus paradigmas, métodos y perspectivas, se van dando aun antes de que se instale plenamente la incertidumbre sobre ellos, y surjan y se consoliden las formas nuevas. Por eso, cuando hablamos de los cambios ocurridos en la historiografía peruana a partir de la década de 1960, se nos escapan de la lista historiadores que, más bien, por razones generacionales, ubicamos en la historiografía precedente y, también a la inversa, deberemos hablar en esta sección de historiadores de edades bastante diferentes, pero que iniciaron o continuaron las transformaciones en cuestión.

Durante el periodo que estamos reseñando, resultaron notorias nuevas influencias y la persistencia de otras ya conocidas. En líneas generales, gravitaron en nuestra historiografía la teoría de la dependencia, la historia social inglesa y la

llamada Escuela de los Anales francesa. Además, sobre todo en materia del estudio de los temas religiosos y sociales de la región andina, hubo influencia del estructuralismo a partir de la difusión de los trabajos de Claude Lévi-Strauss, como también pesó el conocimiento y difusión de las obras de Mircea Eliade, el pensamiento y los trabajos antropológicos y literarios de José María Arguedas, los trabajos de los franceses Bloch, Febvre y Braudel, lo mismo que las obras de Edward H. Carr y Eric Hobsbawm, entre otros que discutieron y renovaron las formas tradicionales de abordar el estudio del pasado.

A continuación, voy a parafrasear la periodización de la historiografía a partir de la década de 1970, que hizo Glave Testino, en 1996, puesto que considero que conserva su validez.

1. El momento inicial está dominado por los esquemas económicos y cuantitativos de raigambre marxista e influido también por la historiografía anglosajona y la francesa de los anales. La interpretación marxista, aplicando el materialismo histórico, generó grandes discursos que ponían el acento en la caracterización de las economías coloniales como feudales o capitalista. Luego, las monografías y los estudios regionales entrarán en la escena desviando la vista del panorama amplio o de síntesis.
2. Debido al eclipse de los esquemas marxistas, pero sin resultar necesariamente antagónicas a ellos, fueron ganando terreno las interpretaciones culturales bajo la influencia de la antropología andinista y se realizaron estudios sobre religión y religiosidad, estructuras sociales y simbolismo, mentalidades, utopías y política.

3. Las fechas claves, como el sesquicentenario de la proclamación de la independencia y el centenario de la rebelión encabezada por Túpac Amaru, mostraron las posiciones divergentes de la historiografía de entonces, aunque confluyendo en el tratamiento de los asuntos señalados. Numerosos trabajos se ocuparon de temas diversos, como las coyunturas revolucionarias y los cambios en la estructura de clases, así como la explotación colonial y sus mecanismos.
4. El centenario de la Guerra del Pacífico dio lugar a numerosos trabajos, destacando el estudio del campesinado y de las estructuras rurales regionales, como los trabajos de Nelson Manrique⁶⁹. Asimismo, en ese año Basadre reeditó *Perú, problema y posibilidad*, publicado originalmente en 1931.
5. La conmemoración del quinto centenario del inicio de la presencia española en América dio lugar a algunas publicaciones en formato de libros y artículos.

Es para mencionarse el aporte de Manuel Burga al proponer una periodización del desarrollo de nuestra historiografía del siglo XX en dos grandes momentos: la influencia clásica francesa (1930-1950) y los anales y la historiografía peruana (1950-1990), destacando dentro de esta última dos subfases. La primera, entre 1970 y 1990, en donde ubica a una generación afrancesada de historiadores; la segunda, entre 1980 y 1998, que significa el desenvolvimiento de las relaciones entre historia y antropología (Burga, 2005)⁷⁰.

69 Sobre todo un artículo publicado en 1979 y el libro que salió a la luz en 1981.

70 Puede mencionarse el breve artículo de Trillo Auqui (2019) y el libro de Regalado de Hurtado (2021).

Junto a la permanencia de los criterios de la historiografía tradicional y del pensamiento marxista aplicado a la historia, se desarrollarán ampliamente propuestas como la etnohistoria e irá tomando forma de manera más clara la entonces autodenominada «nueva historia». Como recordó Glave Testino (1996): «[e]l gusto por los modelos teóricos, las herramientas de la economía y de la sociología que entraban en la reflexión histórica añadieron temas inéditos en nuestra historia» (p. 11).

Así, al promediar la década de 1970, eran claras las preocupaciones de los intelectuales y profesionales de distintas disciplinas acerca del rumbo que debían tomar sus estudios y la actividad práctica de cara a la situación sociopolítica del país por aquel entonces y al contexto social y académico internacional.

Se debe reconocer también que, durante este periodo, hubo cierto retraso (por decir lo menos) de nuestra historiografía respecto a los cambios que ya se iban produciendo en Europa y Estados Unidos, donde se comenzaba a dar un giro radical a la historiografía que devino en poquísimos años en un conjunto de propuestas que dibujaban una nueva historia de tipo diferente a la de las décadas anteriores y en la que los metarrelatos y las concepciones deterministas resultaban contundentemente recusados. Un referente paradigmático será el artículo publicado por Lawrence Stone, en 1979, en la revista *Past & Present*, con el título de «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History». La nueva historia desarrollada en esta época en los lugares mencionados dio centralidad plena a la actuación humana en la medida de que admitía la presencia de lo subjetivo, tanto en los acontecimientos como en el relato historiográfico; el contexto o las circunstancias serán siempre tomadas en cuenta, pero sin la jerarquía de antaño como para constituir a todas o algunas en la base del discursar histórico.

En el análisis y la explicación de los hechos, lo humano será el principal referente y la interdisciplinariedad cobrará importancia debido al entendimiento de la existencia de un vínculo entre los fenómenos histórico-sociales, por lo que también se admitirá la múltiple raíz de los procesos históricos. A la vez, el reconocimiento de la diversidad alcanzará importancia, por ello, se confrontarán discursos diferentes y agencias múltiples a la hora de acercarse al pasado e interpretarlo. Se trataba ya de la posmodernidad.

Como decíamos, los cambios se fueron reconociendo e introduciendo con cierto retraso en nuestro medio en la medida de que se fueron adoptando prácticamente uno por uno en convivencia con las modalidades tradicionales y aquellas que, como las de corte marxista, se entendían a sí mismas como renovadoras. De cualquier manera, en el Perú Pablo Macera, Heraclio Bonilla y Manuel Burga, entre otros, desarrollaron por entonces sus trabajos bajo el influjo de la perspectiva marxista. Seguidos de inmediato por historiadores más jóvenes, como Nelson Manrique y Alberto Flores Galindo, quienes, con diferentes énfasis cada uno, utilizaron de forma menos ortodoxa la teoría marxista, mostrándose ambos abiertos al manejo crítico de la herencia historiográfica recibida, que además del marxismo, estaba constituida por la historiografía académica tradicional. También debemos mencionar el caso de Scarlett O'Phelan Godoy, quien, bajo la influencia de la historiografía inglesa de la época y sin apelar directamente el marxismo, se aplicó entonces a la revisión de la historia de los movimientos independentistas y discutió la noción de la llamada «emancipación concedida» propuesta por Bonilla para caracterizar al proceso independentista.

Parafraseando a Drinot (2003), se puede decir que la nueva historia peruana se construyó con base en una fuerte crítica a la historiografía tradicional y propugnando una historia política y científicamente relevante, capaz de quebrar los muros de la disciplina incorporando los análisis de las otras ciencias sociales, y que la transformación en el ámbito académico contribuyese a la concreción de los cambios sociales.

Una figura importante en el desarrollo de la etnohistoria en el Perú fue María Rostworowski de Diez Canseco (1915-2016), autodidacta e investigadora notable, nacida en Lima; vivió con su familia hasta los veinte años en varios países de Europa y, de regreso al Perú, no solo se interesó por el mayor y mejor conocimiento de la historia de nuestro país, sino también se propuso estudiarla a partir de una meticulosa consulta de las fuentes primarias editadas, la investigación en archivos y el trabajo de campo. Fue alentada inicialmente por el destacado historiador Raúl Porras Barrenechea, a cuyas clases, dictadas en la UNMSM, asistió Rostworowski de manera libre. Fue una de las fundadoras, en 1964, del Instituto de Estudios Peruanos, institución en la que se desempeñó como principal investigadora desde 1980 hasta su retiro. Los reconocimientos académicos e institucionales han sido tan numerosos como sus obras, entre premios, medallas y doctorados *honoris causa*.

Su primer trabajo *Pachacútec Inca Yupanqui* fue importante no solo por el sólido aparato crítico que lo sustentaba, sino también porque planteó por primera vez su tesis del correinado o el sistema de gobierno del Tawantinsuyu, bajo la forma de diarquía; además, destacó la figura y el rol de dicho inca en el proceso de expansión incaico. Fueron numerosas sus publicaciones en forma de libros y de artículos, y las temáticas que abordó antes del momento en que, como ella misma

lo anunciara, decidió «autojubilarse». Destacan sus estudios sobre la sociedad y la economía de la costa, lo que supuso, en la práctica, señalar los límites al modelo establecido por Murra, de corte básicamente serrano, e introdujo ideas capitales sobre el trabajo especializado y los intercambios en la economía, las formas de organización étnica y la estructura del poder en la costa prehispánica.

No le fueron ajenos los temas de corte ideológico y religioso, que supo combinar con los de carácter organizativo, como fue el caso de *Estructuras andinas de poder. Ideología religiosa y política* (1983). En ese texto, estudió al mundo incaico y prehispánico desde una nueva perspectiva que acusaba influencia de la visión estructuralista con un manejo de fuentes puestas al día a partir del desarrollo de los trabajos más novedosos hechos por los estudiosos del mundo andino, lo que, en general, significaba, una vez más, su cuestionamiento a la visión de la historiografía tradicional sobre tales materias. Se refirió al panteón andino y se explayó también sobre el tema de la organización dual de las sociedades andinas que se dieron en la época antigua y se dejaron ver permanentemente, durante el periodo colonial. Contemplando, asimismo, que los incas sumaron a esta organización la de tipo decimal.

Parte del método empleado en ese trabajo fue apelar a su conocimiento acerca de la organización curacal para, a partir de ahí, estudiar y explicar la información disponible en las fuentes acerca de la organización incaica. Efectivamente, ya en 1977 había publicado *Etnia y sociedad, costa peruana prehispánica*, en la que estudió la organización social de los grupos étnicos de la costa central, al igual que lo referente a su economía y religión; por ello, en el mencionado libro fluyeron temas como el mar, la propiedad de la tierra y su empleo, los

intercambio o comercio interregional, y las actividades especializadas para la producción de recursos. Asunto este último al que se había dedicado su libro *Recursos naturales renovables y pesca: siglos XVI y XVII* (1981).

Volviendo a la publicación de 1977, se debe señalar la importancia que cobraron desde entonces sus planteamientos acerca del que puede ser llamado un modelo de organización y economía diferenciado en mucho de los modelos serrano y de los Andes orientales, aunque reivindicando su permanente interconexión a lo largo del tiempo y enfatizando la diversidad de individuos, territorios, sociedades y culturas al aplicar una doble perspectiva: vertical y horizontal, pero indicó también otra de carácter triple: vertical, transversal y longitudinal.

Prestó especial atención a la actuación femenina en el mundo andino antiguo y el periodo colonial, lo que la llevó a recuperar su interés inicial por la biografía y dedicar un concienzudo estudio sobre Francisca Pizarro, la mestiza hija del principal líder de la conquista del Perú con Inés Huaylas Yupanqui, hija de Huayna Cápac.

Su nueva lectura de las fuentes y el método etnohistórico que aplicó en sus investigaciones plasmaron en *Historia del Tawantinsuyu* no solo una síntesis de la historia incaica, sino también sus cuestionamientos a la historiografía tradicional sobre la materia que, desde la pauta establecida por la pluma del Inca Garcilaso, había pintado una historia incaica con características idílicas.

Pablo Macera Dall'Orso (1929-2020), nacido en Lima y formado en la UNMSM, donde se desempeñó como profesor principal y ejerció durante muchos años la dirección del Seminario

de Historia Rural Andina⁷¹. Realizó su doctorado en Francia y alcanzó dicho grado en 1962 con la tesis *La imagen francesa del Perú (siglos XVI-XIX)*. Historiador muy influyente, sobre todo, durante la década de 1990, fue alumno de Raúl Porras Barrenechea, Luis E. Valcárcel y Jorge Basadre. Considerando su formación y su obra, puede decirse que Macera, en cierto modo, formó parte de la «nueva historia». Entre sus trabajos pueden nombrarse *Historia, cultura y economía*, en cuatro volúmenes; *Los mapas coloniales de haciendas arequipeñas* (1968); *Bosquejo de la historia económica del Perú* (1972); *Visión Histórica del Perú* (1978); *Pintores populares andinos* (1979); *Las furias y las penas* (1983), y *Juan Santos Atahualpa y su hijo Joselito* (2009).

Macera manifestó que su historiografía se desarrolló a partir de intereses y preocupaciones vitales, pero, a mi juicio, adquirió visos del pensamiento posmoderno. Sus últimas investigaciones se plasmaron en las siguientes obras: *Los precios en el Perú (siglo XVII-XVIII)*; *El Inca colonial*; *Arte mural andino*; *Pintores populares andinos*; *Parlamento y sociedad en el Perú (siglo XIX)*; *Investigación sobre pintura amazónica y narrativa quechua*, y *La cocina tradicional Asháninca*.

Debe resaltarse el papel desempeñado por Macera como docente universitario, formador de especialistas e investigadores, a través de la cátedra sanmarquina y del Seminario de Historia Rural que fundara en dicha casa de estudios. Al mismo tiempo, su influencia en el desarrollo de la nueva historiografía peruana no solo a partir de las investigaciones que llevó a cabo, sino también gracias a su interés por reflexionar acerca del curso de nuestro quehacer historiográfico y de la historia peruana. Así, en *Las furias y las penas* (1983), recogió

71 También ha hecho labor docente en universidades de Vancouver, Liverpool y Oxford.

sus análisis y reflexiones acerca de diversos temas, como el oficio de historiador y la coyuntura social del Perú, entre otros aparecidos en diversos medios entre los años 1975 y 1982.

Otro es el caso de Waldemar Espinoza Soriano (1936), cajamarquino que realizó sus estudios primarios y secundarios en su tierra natal, además de empezar sus primeros escarceos históricos. Alumno y profesor de la UNMSM, también ha sido docente en la Universidad Nacional del Centro. Tuvo entre sus maestros a Raúl Porras Barrenechea y Luis E. Valcárcel, lo que explica, por lo menos en parte, su apego e interés por las fuentes documentales y la historia del mundo andino. Un historiador que ha cultivado la perspectiva y método etnohistórico y que ha sobresalido por la publicación de numerosos trabajos, sobre todo, en el formato de artículos, en los que ha dado a conocer, transcribiéndolos, muchos documentos administrativos coloniales después de una larga temporada de investigación en el Archivo General de Indias en Sevilla y en archivos peruanos. Autor de *Los huanucas aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú. 1558-1560-1561* (1971); *Historia del departamento de Junín* y *La destrucción del imperio de los Incas. La rivalidad señorial y política de los curacazgos andinos*, ambas en 1973. Sus investigaciones fueron el resultado de un amplio trabajo en archivos gracias a becas internacionales.

Franklin Pease García Yrigoyen (1939-1999), destacado historiador nacido en Lima, realizó sus estudios de derecho e historia en la PUCP, donde obtuvo su doctorado. Fue decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, director de publicaciones de la universidad y catedrático principal, lo mismo que profesor visitante de varias universidades extranjeras. También tuvo a su cargo la dirección del Museo Nacional de

Historia y de la Biblioteca Nacional del Perú. Dedicó importantes esfuerzos al estudio de las fuentes escritas durante el periodo virreinal, propuso y alcanzó con éxito la que denominó la lectura entre líneas de ese tipo de documentación y el análisis de las categorías que se construyeron en ellas para dar cuenta de la historia y cultura andina prehispánica y colonial. Tomó en consideración la «visión de los vencidos» y, al mismo tiempo, buscó construir una historia del Perú que considerara las voces andinas, buscando generar un discurso de continuidad histórica en la que la visión andina, del mundo y la actuación de los pobladores nativos estuviesen presentes e incluidos con su propio régimen de historicidad y pudiesen contar la historia desde su propia posición protagónica.

Representante de la que estamos llamando la «nueva historiografía peruana», pero, en su caso, ajena al marxismo y, más bien, bastante cercana a la corriente de los Annales, recusó a la historiografía tradicional y propuso cambios metodológicos importantes que, sin duda, comprometían también la interpretación general de nuestro pasado. El estudio de las categorías presentes en los textos producidos durante la colonización —como sabemos, fue la base del conocimiento histórico sobre el mundo andino prehispánico de la llamada historiografía tradicional— produjo una revisión crítica de la misma y la elaboración de nuevos estudios llevados a cabo por varios autores, destacando los trabajos de Franklin Pease desde los años sesentas y su insistencia en el asunto, a partir de la década de los ochentas, y apelando, entonces, al concepto de percepción de la alteridad difundida por Tzvetan Todorov.

Por eso, Pease llamaba la atención acerca de que en ese momento las recientes investigaciones estaban, una vez más, proponiendo la necesidad de revisar la forma cómo se vieron

mutuamente españoles y andinos. Indicaba también que «el otro» adquiriría así nueva importancia y se hacía objeto de renovada reflexión. Consideraba que el resultado de todo esto era haber hecho notar que la actitud del europeo, en general, no fue abierta al percibir y ver al americano, sino que, en realidad, buscó reconocer en los hombres y en las sociedades americanas aquello que su propia historia europea le permitía aceptar (Pease, 1989). También especificó que la percepción occidental sobre el Nuevo Mundo era de factura clásica. Como puede decirse que todos los trabajos de Pease estuvieron marcados por las perspectivas mencionadas, solo citaremos, a manera de ejemplo, los siguientes: *Las crónicas y los Andes* (1995) y «Temas clásicos en las crónicas peruanas de los siglos XVI y XVII» (1999). Durante el último tramo de su vida, se orientó, además, a generar síntesis de la historia peruana.

A nuestro juicio, uno de sus principales trabajos fue aquel publicado por primera vez en 1978 por la editorial del Instituto de Estudios Peruanos y que, desde entonces, fue un título obligado en la lista de las obras de trascendencia en la historiografía peruana⁷². Se trata *Del Tahuantinsuyu a la historia del Perú*, publicación que vio la luz por primera vez en una época en la que ya se hablaba en nuestro medio de una nueva historia de cara a la consecución de cambios sustantivos en nuestra historiografía. Es decir, el inicio de una confrontación historiográfica con aquella que, entonces, era motejada como historiografía tradicional. En ese momento, lo mismo que en cualquier otro, se escribía la historia desde las urgencias de nuestro tiempo y esas necesidades tenían que ver con situa-

72 El análisis que sigue sobre este trabajo de Pease reposa en el artículo «Distintas formas de ser peruano: Franklin Pease, nación y mundo andino. Notas preliminares para encarar una obra y un pensamiento» (2013) que publiqué en *Universidad y nación*, de Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha.

ciones concretas desarrolladas en nuestro continente y en el área andina, por ubicarnos solo en la región.

Particularmente en el Perú, a la dictadura militar de Velasco Alvarado (1968-1975) la había seguido otra *de facto* y también militar presidida por Francisco Morales Bermúdez, pero que significó un tránsito deliberado, propiciado por las propias Fuerzas Armadas, hacia la democracia. El Perú había cambiado pese al fracaso de la Reforma Agraria y se hacía indispensable repensar histórica y socialmente al país dados los fenómenos tan importantes, como el incremento de los procesos migratorios del campo hacia las ciudades, entre otros. Era un tiempo de crisis, pero también de búsqueda de continuidades, de redescubrimiento de la población andina y de esfuerzos por obtener respuestas a la problemática de la fractura y de la dicotomía ciudad-campo. En particular, se produjeron numerosas investigaciones acerca de la tradicional cultura andina, que fueron suficientes para poder hablar ya, en esa misma época, de los llamados estudios andinos⁷³. Había interés entre los intelectuales de dejarse oír más allá de los claustros universitarios y centros de investigación.

En aquel entonces, la búsqueda de continuidades que pudieran servir para la comprensión de situaciones propias de la historia reciente se reflejaba también en títulos como *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*, de Karen Spalding (1974), o *De la encomienda a la hacienda*

73 La comprensión de la actividad histórica e intelectual de las comunidades andinas en el pasado fue posible gracias a desarrollos teóricos y la apreciación de la tradición andina como una activa y creativa presencia en las sociedades modernas. Esos numerosos y diversos estudios produjeron la visión de una diversidad andina y los lineamientos de una estructura social andina que fueron el resultado del abordaje de diferentes temas: la etnicidad andina y las controversias acerca de cómo podía ser definida o encarada, las visiones andinas del mundo, y la relación del hombre andino y los ecosistemas, etc.; además, hubo discusión metodológica (Salomon, 1982).

capitalista: el valle de Jequetepeque del siglo xvi al xx, escrito por Manuel Burga (1976). Pero veamos lo que dijo Pease (1978) acerca de su propio trabajo:

Este libro [...] es el resultado muy inicial de la búsqueda en torno a una historia andina del Perú, que sólo considero posible imaginar dentro de un contexto que permita asumir no sólo la vida andina anterior a 1532, sino que requiere del análisis de los cambios producidos en la misma a partir del siglo xvi, desde una perspectiva que haga posible evaluar mejor nuestras fuentes de información, provenientes mayoritariamente de Occidente, al lado de la utilización de las imágenes que los hombres andinos tiene de su propio pasado.

Sin embargo, de su diversidad temática aparente, los cuatro ensayos que forman el libro pueden ser reunidos en la certeza de que lo andino vertebrata la historia del Perú en una continuidad que sobrepasa las divisiones acostumbradas. (p. 23)

Lo que preocupaba al autor como asunto de fondo era la construcción de una historia andina del Perú que tuviera que ver con el reconocimiento de una identidad andina, y he ahí donde radica la fuerza de su propuesta comprensiva:

Del Tawantinsuyu que entró en contacto con la invasión española del siglo xvi al presente, la vida andina constituye una constante en su diversidad y su aislamiento aparente o real, en la lucha continua por mantener (re-crear) su identidad, por encima de las crisis derivadas de la implantación del régimen colonial primero o de la progresiva constitución de la república después. (pp.23-24)

Obviamente, por eso le interesaba tanto la renovación metodológica que significaba no solo otra manera de encarar la lectura de las fuentes, sino también la adopción de formas nuevas que permitiesen ver y comprender mejor, desde los espacios regionales, o las periferias de los centros la diversidad del mundo —que tengo, en este caso, para mí, como visión o comprensión de la realidad— y las sociedades andinas.

La noción de lo andino aparece como dada o meridiana-mente asumida hacia casi el final de la década de los setentas del siglo pasado. Para entonces, el Instituto de Estudios Peruanos ya tenía varios títulos publicados con el adjetivo «andino», en 1973 y 1977, respectivamente, por citar un par de ejemplos, y ya se había dado la polémica entre Murra y cierto sector de historiadores con impronta marxista acerca de si lo andino tenía un carácter sustantivo o adjetivo o si, además, podía dar nombre y, por ende, caracterizar a un modelo de organización y un modo de producción originales que pudiera ser sujeto a analogías o herramienta interpretativa universal⁷⁴. Pease asume la noción de lo andino, no la discute, pero busca, diríamos que casi de manera fenomenológica, mostrar su existencia o realidad y su utilidad como herramienta interpretativa. Sin embargo, debe mencionarse que en el manuscrito del capítulo que tituló «Derroteros andinos: la historia del Perú», para la edición de 1978, que forma hoy parte del archivo familiar *Colección Franklin Pease para la historia andina del Perú*, nuestro

74 La discusión, aunque con nuevos ingredientes, se mantuvo de alguna manera al promediar la década de 1990, pues Cecilia Méndez (1993) afirmaba entonces: «En los últimos años una suerte de telurismo neoindigenista parece sacudir diversos sectores intelectuales en el Perú. Quizás lo más singular de esta ola es que a diferencia de los anteriores indigenismos, cuya retórica giraba en torno 'al indio', el de hoy se diluye en el etéreo lenguaje de 'lo andino'. Pero hay algo común entre ambos, es la exaltación e idealización del pasado inca» (p. 115).

autor anotó al margen de las últimas líneas del primer párrafo lo siguiente: «Aquí: anotar qué se entiende por andino»⁷⁵.

En el libro mencionado encara el tema de un mundo andino trizado, siendo en efecto, la diversidad una de sus características más resaltantes. En resumen, Pease (1978) señalaba:

- a. Una adecuada perspectiva de la historia colonial inicial solo será posible gracias a una comparación constante con la vida anterior y paralela (conflictiva y confluyente) al estado virreinal.
- b. La arqueología patentizó la existencia de numerosas unidades étnicas que fueron incorporadas al Tahuantinsuyu de los incas en su formación.
- c. Se ha constatado que dichas unidades mantuvieron su identidad política, a veces precaria, y una identidad étnica mucho más consistente y duradera, después de la disolución del estado cuzqueño y la implantación del régimen colonial y,
- d. Es visible una articulación desigual, tanto durante el Tahuantinsuyu como en las formaciones estatales posteriores. Ello hace preciso un replanteamiento de las relaciones en los contextos sucesivos de la colonia y la República, dirigiendo progresivamente la óptica hacia la comprensión de las continuidades históricas en el ámbito andino que incluye el Perú actual. (p. 26)

Estas ideas acerca de la diversidad del mundo andino, emanadas del estudio de los ámbitos regionales y las organizaciones locales antes, durante y después del dominio incaico y la vigencia del llamado Tahuantinsuyu, no le impidieron a Pease

75 Archivo Colección Franklin para la Historia del Perú, carpeta del Tahuantinsuyu a la historia del Perú (catalogación provisional).

seguir pensando en términos de identidad histórica andina, dado que fue permanente y explícita su idea de que había necesidad de reconocer el protagonismo del hombre andino. Sus argumentos se pueden resumir en lo siguiente: ¿en la época colonial el hombre andino puede ser entendido solo como un campesino marginado y dependiente de un área colonial y periférica de la metrópoli transoceánica? ¿O, más bien, debería considerársele fundamentalmente, en una perspectiva andina lo más propia posible como personaje y como actor de una historia que asume (en la integración y el conflicto) los procesos coloniales y republicanos que asimila o rechaza desde su propia perspectiva, en la búsqueda del mantenimiento y de la creación de su identidad histórica?⁷⁶ En el libro *Curacas, reciprocidad y riqueza* (1992), asume, como lo había hecho con anterioridad, las tesis de Polanyi y Murra respecto a las características de la economía incaica:

El problema capital que enfrenta quien analice la economía andina es que la imagen de una sociedad sin comercio, sin mercado, sin moneda y sin tributo, es difícilmente inteligible dentro de los modelos occidentales. Sin embargo, era una sociedad con esas características, rica, expansiva y eficazmente organizada. (p. 11)

A partir de esta síntesis acerca de lo que tenía como válido para caracterizar a la economía prehispánica, sus transformaciones principales y continuidades, desde la etapa de la conquista y a lo largo del proceso de colonización, se ocupó de un conjunto de temas vinculados a la organización de las

76 Para un análisis más extenso y detallado sobre este trabajo de Pease, ver remito a mi artículo «Distintas formas de ser peruano: Franklin Pease, nación y mundo andino. Notas preliminares para encarar una obra y un pensamiento» (2013).

autoridades étnicas y el papel que desempeñaron dentro de la organización económica y social tradicional. Asimismo, encaró los consiguientes cambios ocurridos al tener que desenvolverse dentro de una nueva economía en la que primaban el comercio y la propiedad privada, pero que no había conseguido eliminar del todo los antiguos parámetros prehispánicos.

Se debe resaltar la importancia de la labor docente de Pease y su influencia en varias generaciones de historiadores peruanos, en tanto fue abanderado del desarrollo de la etnohistoria peruana y destacado integrante de la generación que dio vida a la llamada «nueva historiografía» en nuestro país, introduciendo un mayor y nuevo tratamiento de la actuación de las poblaciones andinas a lo largo de nuestra historia.

Un antropólogo cuzqueño como Jorge Flores Ochoa (1935-2020) contribuyó de manera importante en el campo de la etnohistoria. Profesor en la UNSAAC y la Universidad Nacional del Altiplano en Puno, también fue profesor visitante en varias universidades extranjeras en Europa y América. Debe ser comprendido en nuestra revisión de la historiografía peruana debido al importante papel jugado en el cultivo de la etnohistoria y a la influencia ejercida en su habitual medio académico. Fue especialista en la historia y la antropología del sur andino, las culturas quechua y aymara y la actividad del pastoreo. Realizó sus estudios en la USAAC y obtuvo el bachillerato en Derecho, la licenciatura en Antropología y el doctorado en Letras y Ciencias Humanas; sus estudios de posgrado los hizo en las universidades estadounidenses de Cornell y Berkeley. Varios trabajos realizados con anterioridad por este estudioso fueron compilados, en 1977, por el Instituto de Estudios Peruanos, bajo el título *Pastores de puna. Uywamichiq punarunakuna*.

6.2. El desarrollo de la «nueva historia»

Los historiadores peruanos que egresaban de las aulas universitarias en la década de 1970 y nacidos en los años que siguieron después de finalizada la Segunda Guerra Mundial vivieron una democracia que se hizo precaria, pues estuvo jalonada por los golpes de estado y regímenes dictatoriales, la formación de nuevas agrupaciones políticas, el surgimiento de una izquierda reorganizada —aunque en varias facciones—, los movimientos campesinos y los procesos migratorios que llevaron a numerosa población rural a las ciudades, dando paso a la formación de asentamientos marginales que cambiaron el panorama urbano y coadyuvaron a la transformación de la fisonomía del país. El panorama internacional y ocurrencias en la región latinoamericana se reflejaron o influyeron en importantes procesos desarrollados en nuestro país como reformas agrarias fallidas o incompletas, cambios sociales, asuntos relacionados con la problemática de las poblaciones indígenas, el subdesarrollo y las relaciones del Perú con los centros hegemónicos mundiales. Se buscó reescribir la historia peruana buscando mostrar un sistema de dominación oligárquico instaurado desde la Conquista y la tradición de resistencia de los sectores populares y, en consecuencia, su potencial revolucionario (Drinot, 2003).

Entre muchos, de todas maneras resulta indispensable mencionar los esfuerzos desplegados en esa línea por Manuel Burga, Alberto Flores Galindo y Nelson Manrique no solo por las características de sus trabajos, sino también por sus circunstancias personales, ya que los tres tuvieron proyectos historiográficos y una vinculación directa con las ciencias sociales y con comunes investigaciones y publicaciones. Tómese

como ejemplos los casos de Alberto Flores Galindo, quien, habiendo estudiado historia en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la PUCP, se adscribió como docente en el Departamento de Ciencias Sociales y no en la Sección de Historia del Departamento de Humanidades, mientras que Nelson Manrique, también integrado a Ciencias Sociales, se formó como sociólogo e historiador. Burga y Flores Galindo publicaron juntos *Apogeo y crisis de la República Aristocrática* (1980) y, en 1982, concibieron un proyecto de investigación titulado «La utopía andina, ideología y luchas campesinas», que permitió que cada uno publicara, por separado, un libro sobre la materia. Manrique y Flores Galindo escribieron «Democracia y campesinado indígena en el Perú contemporáneo», artículo que apareció en *Violencia y Campesinado* (1986).

Los trabajos de Heraclio Bonilla Mayta (1942) han sido influyentes en nuestra historiografía y su obra se inscribe perfectamente en la llamada «nueva historia» peruana. En 1970, obtuvo su doctorado en Historia Económica por la Universidad de París y, siete años más tarde, en Antropología por la UNMSM. Profesor en importantes universidades peruanas, América Latina y Estados Unidos, desde 1996 es titular de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá.

En la obra de Bonilla, es destacable, en primer lugar, su controversial cuestionamiento a la interpretación tradicional del proceso de la emancipación para señalar que se trató de una independencia concedida, elaborada e impuesta desde fuera a través de la actuación de ejércitos extranjeros con apoyo inglés. Es más, subrayó que las dirigencias criollas peruanas no deseaban la emancipación. Esa idea quedó plasmada en 1972 no solo en el artículo «La independencia en el Perú. Las palabras y los hechos» que escribió con Karen Spalding,

sino también en el espíritu que animó la publicación del libro en donde el mencionado trabajo apareció (Bonilla y Spalding, [1972] 2001). Entre sus publicaciones posteriores más recientes, se cuentan *Etnia, color y clase en los procesos de independencia de los países andinos* (2010); *La cuestión colonial* (2011); *La constitución de 1812 en Hispanoamérica y España* (2012); *Consecuencias económicas de la independencia* (2012), y *Errata y el «bricolaje» de la Historia* (2014).

Por su parte, Manuel Burga Díaz (1942), historiador nacido en el departamento de La Libertad y formado en la UNMSM, en donde ha sido docente y rector, se graduó en la Universidad de París y en su Escuela Práctica de Altos Estudios, siendo discípulo del historiador peruanista Ruggiero Romano.

En 1976, publicó *De la encomienda a la hacienda capitalista. El valle de Jequetepeque del siglo xvi al xx*. Como lo indica el título, en ese trabajo buscó presentar y analizar el desarrollo histórico de un valle de la costa norte peruana en perspectiva de larga duración. El sello editorial correspondió al Instituto de Estudios Peruanos en un momento en el que dicha institución se encontraba comprometida con la revisión del pasado peruano bajo nuevas perspectivas, una de las cuales era justamente la aplicación de arcos temporales amplios para, entre otros propósitos, romper con la tradición histórica factual, concentrándose, más bien, en las visiones de conjunto y los procesos que permitieran entender el presente y encarar el futuro histórico. En ese entonces, en la producción historiográfica de nuestro medio, gravitaban con fuerza las propuestas de Braudel acerca de la manera de concebir el tiempo histórico y la perspectiva estructuralista tenía buena acogida. Así, se explica también que por aquellos años se publicaran trabajos como el de Franklin Pease, *Del Tawantinsuyu a la historia del*

Perú, o de la estadounidense Karen Spalding, *De indio a campesino*. Pero la perspectiva de larga duración no solo tenía que ver con estas publicaciones y, mientras que en el texto de Pease había una propuesta de continuidad —en el cambio— de la cultura andina, en la obra de Spalding subyacía, en cambio, la idea de una transformación que significaba la cancelación del grupo social concebido como indio (que remitía a los periodos prehispánico y colonial), deviniendo, más bien, en la figura de la población campesina.

En esa misma línea se puede colocar el trabajo de Manuel Burga, *De la encomienda a la hacienda capitalista*. Como lo anotaron los propios editores, a través del estudio del valle de Jequetepeque, el autor buscó penetrar en la complejidad de la historia agraria peruana: la evolución del capital, la propiedad, la mano de obra y las luchas sociales. A decir de Ruggiero Romano en la breve presentación que hizo a la obra de Burga (1976): se trataba de una historia local hecha no al estilo de la historiografía del siglo XIX, es decir, simplemente precisa, erudita o sin ideas, sino de aquella que se trabaja con, o a la luz de los grandes temas (desarrollo, subdesarrollo, capitalismo, reforma agraria, etc). Pero el propio Burga explicitó el origen del trabajo, sus motivaciones y objetivos. En cuanto a lo primero, indicó que su interés por la historia rural nació hacia 1965 cuando formó parte del equipo de trabajo del Seminario de Historia Rural Andina, dirigido por Pablo Macera en la UNMSM y también a partir de una investigación sobre la hacienda Talambo, que inició el autor en 1970. Respecto a sus motivaciones, señaló razones de orden personal y sentimental: haber nacido y vivido ininterrumpidamente durante quince años en el valle de Jequetepeque. Por otro lado, respecto a sus objetivos decía lo siguiente:

[P]ara la época colonial he tratado de estudiar la relación entre la caída demográfica y la concentración de la tierra. He buscado explicar los orígenes de la hacienda y las repercusiones de las crisis coloniales en esta zona rural. Los aspectos demográficos y la simplicidad lineal del proceso de concentración de la tierra durante el período colonial, observados con bastante nitidez, han dominado y guiado mi análisis. Para la época republicana he puesto especial cuidado en estudiar las consecuencias de la independencia criolla de 1821, los problemas de economía monetaria y de economía natural dentro de la hacienda, la penetración del capital mercantil y el surgimiento de la hacienda capitalista en este valle. Pero mi esfuerzo principal ha consistido en estudiar este valle dentro de la dinámica de la larga duración, considerándolo siempre dentro de una realidad mayor: el virreinato primero y la república peruana después. Esto me ha permitido percibir las resonancias de una historia nacional dentro de los límites precisos de este pequeño espacio rural.

[...] En la medida en que las fuentes lo han permitido, he estudiado las relaciones de producción como eje a partir del cual se modifica esta pequeña sociedad rural. He tratado de presentar el impacto de las diferentes coyunturas agrícolas en las estructuras socio-económicas del valle. Por razones estrictamente metodológicas, he privilegiado el tiempo medio, coyuntural y el tiempo largo referido a las estructuras. La descripción del tiempo corto, los acontecimientos, no constituyen, en el caso del presente estudio, el ropaje necesario de los ritmos anteriores. (pp. 13-16)

Entre sus trabajos ha destacado también *El nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los incas* (1987), obra que podría calificarse, dentro de las prácticas historiográficas del Perú contemporáneo, como de tipo etnohistórico y cuya pregunta

central fue ¿cómo se pensaron los indígenas a partir de la conquista?, a lo que el autor responde indicando que, además de los procesos de sincretismo, la integración de lo occidental en la cultura andina dará origen a una utopía consistente en la esperanza de reconstrucción del mundo indígena con la consiguiente recuperación del orden perdido. La idea de resurrección de los incas es analizada en la historiografía, los mitos y el folclore en términos de una larga duración, utilizando una cronología invertida que parte de las expresiones de la utopía en el moderno folclore y culmina con la gestación de la misma en el siglo XVI (Burga, 2005).

Se ha ocupado también de analizar la historiografía peruana contemporánea y reflexionar sobre los problemas de la identidad, el pensamiento peruano y la realidad social y política, vinculados a nuestros discursos históricos, tal y como lo hizo en *La historia y los historiadores en el Perú* (2005):

Aprender nuestra historia, tomar conciencia de las realidades ocurridas, terminar con la memoria del bien perdido y con la ucronía nos permitirá descubrir, detrás de la utopía imposible, el proyecto nacional que subyace y espera su realización. La historia, esta memoria de los tiempos pasados, si la construimos como un diálogo sano, integrador, constructivo y espontáneo con el presente, puede convertirse no solamente en un conocimiento útil sino imprescindible de aprender. (p. 63)

También puede considerarse a Nelson Manrique Gálvez (1947), sociólogo e historiador con estudios en la École de Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París y en la PUCP. Entre sus trabajos se cuenta *Historia de la República* (1995) y se destaca

su obra *El tiempo del miedo (1980-2000)*. *La violencia moderna y la larga duración en la historia peruana (2002)*.

Pero detengámonos en Alberto Flores Galindo Segura (1949-1990) y su obra. En líneas generales, el trazo de su perfil y su actividad académica permiten pintarlo más como un pensador que como un activista político, ya que, en suma, fue un docente universitario, investigador solvente, marxista heterodoxo e intelectual comprometido. Entre sus numerosas publicaciones pueden mencionarse *Los mineros de la Cerro de Pasco (1974)*; *Arequipa y el sur andino (1977)*; *Apogeo y crisis de la República Aristocrática (1978)*, con Manuel Burga; *La agonía de Mariátegui (1980)*; *Aristocracia y plebe (1984)*; *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes (1986)*, con el cual ganó el Premio Casa de las Américas y que fue traducido al italiano e inglés, y *Tiempo de Plagas (1987)*.

Para repasar, aunque de manera gruesa su pensamiento, parece pertinente comenzar citando el documento que hizo público poco antes de su fallecimiento:

No creo que haya que entusiasmar a los jóvenes con lo que ha sido nuestra generación. Todo lo contrario. Tal vez exagero. Pero el pensamiento crítico debe ejercerse sobre nosotros. Creo que algunos jóvenes, de cierta clase media, tienen un excesivo respeto por nosotros. No me excluyo de estas críticas, todo lo contrario. Ha ocurrido sin discutirse, pensarse y menos interrogarse. Espero que los jóvenes recuperen la capacidad de indignación. Estos problemas ya han sido planteados, aunque sin éxito, en otros sitios y tiempos. Fue el caso de los populistas. Nombre para diversas corrientes que aparecieron en Rusia y otros países de Europa Oriental desde mediados del siglo pasado. Al principio enfrentados con Marx, quien luego admitió la posibilidad de

otra vía al socialismo que no implicara la destrucción del mundo campesino. Hasta allí llegó. Los populistas, a su vez, se diversificaron y enfrentaron entre sí. Desde los legalistas hasta los que perfeccionaron la práctica del terror. No tuvieron una sola línea y son vigentes por los problemas que percibieron y las respuestas y polémicas que desarrollaron. Planteados los problemas siguieron presentes hasta cuando, tiempo después, se eliminaron todas estas discusiones con los muchos desaparecidos o muertos por el estalinismo.

En el Perú sólo hemos pensado en una tradición comunista, olvidando a quienes fueron derrotados pero que quizá planteaban caminos que pueden ser útiles para discutir. No buscar otra receta, hacernos una. En todos los campos. Insistir con toda nuestra imaginación. Hay que volver a lo esencial del pensamiento crítico, lo que no siempre coincide con mostrarse digerible o hacer proyectos rentables. Es diferente pensar para las instituciones o para los sujetos.

El socialismo no debería ser confundido con una sola vía. Tampoco es un camino trazado. Después de los fracasos del estalinismo es un desafío para la creatividad. Estábamos demasiados acostumbrados a leer y repetir. Saber citar. Pero si se quiere tener futuro, ahora más que antes, es necesario desprenderse del temor a la creatividad. Reencontremos la dimensión utópica.

El socialismo en el Perú es un difícil encuentro entre el pasado y el futuro. Este es un país antiguo. Redescubrir las tradiciones más lejanas, pero para encontrarlas hay que pensar desde el futuro. No repetir las. Al contrario. Encontrar nuevos caminos. Perder el temor al futuro. Renovar el estilo de pensar y actuar. Lo que resulta quizá imposible sin una ruptura con esos izquierdistas excesivamente ansiosos de poder, apenas interesados en lo que realmente sucede. (Flores Galindo, 1989, pp. 1-2)

Viendo con algún detalle su obra, puede decirse que *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1750-1830*⁷⁷ fue un trabajo en el que se adentró en el universo social limeño en el siglo XVIII, es decir, en la época de descomposición del régimen colonial y el surgimiento de los movimientos hacia la emancipación. Utilizó una perspectiva que enfatizaba las diferencias de clase de manera bastante dicotómica y que le sirvió para repensar históricamente a la emancipación y tratar de explicar, a partir de las estructuras sociales, la ausencia en Lima de una movilización popular significativa a favor de la independencia, a diferencia de lo ocurrido en los Andes del sur, en donde se contabilizaron varios movimientos sociales y políticos no solo reformistas, sino también de ánimo separatista. El comportamiento político y social de los limeños es visto en su cotidianeidad lo que significaba salirse del rígido modelo marxista para adentrarse en las clases sociales (particularmente, el sector plebeyo) y escudriñar en lo personal y subjetivo, lo común y doméstico de sus integrantes; esto mostraba el interés de este historiador por romper moldes y abordar el trabajo histórico de manera creativa aplicando el marxismo de forma heterodoxa. Si bien en el título de la obra estableció una dicotomía social y parecía anunciar que el análisis se centraría, además del asunto central que ya mencionamos, en las conflictivas relaciones entre los aristócratas y los plebeyos, lo cierto es que se focalizó mucho más en la clase popular y llamó la atención acerca de la violencia que con frecuencia marcaba las formas de relacionarse de sus integrantes que conformaban al interior varios grupos, situación que, a su juicio, dificultaba la cohesión clasista de los plebeyos para enfrentarse con

77 Esta obra de 1984 se volvió a editar con el título de *La ciudad sumergida*, conformando el tomo III de *Las obras completas*, en 2011.

éxito al poder que reposaba en las manos de los aristócratas. Es oportuno señalar que, en 1999, Jesús Cosamalón publicó *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia interracial en Santa Ana (Lima, 1795-1820)*, corrigiendo la tesis de la no convivencia interracial y de clases en la sociedad limeña a fines del siglo XVIII y las primeras décadas de la centuria siguiente.

Buscando un inca ha sido reconocido como un libro capital de la nueva historiografía peruana y de enorme influencia en la historiografía latinoamericana. Es un texto en el que se resumen las reflexiones del autor sobre la materia a lo largo de una década poniendo en evidencia las preocupaciones de la historiografía de aquella época⁷⁸. Se debe mencionar que esa reflexión la inició Flores Galindo años antes y que no se detuvo con la publicación del libro, sino que su autor siguió dándole vueltas al asunto, tanto así que, en la edición de 1988b, le añadió tres capítulos más. La propuesta, que por la época en que se dio a conocer parece acusar la influencia de la historiografía francesa acerca del estudio histórico de las mentalidades, resultaba significativa no solo por su originalidad y pertinencia en medio de las discusiones políticas y sociales del Perú de aquel entonces, sino también porque era una suerte de discrepancia frente a una historiografía que, reputándose novedosa, no daba importancia mayor a la agencia de los pueblos aborígenes en la historia peruana a no ser de un desempeño subalterno o dependiente. La propuesta de una utopía andina significó una suerte de interpretación de la historia pe-

78 En 1977, Flores Galindo publicó en la *Revista de Sociología* el artículo «La nación como utopía: Túpac Amaru» y, en ese año, la revista *Allpanchis* dedicó un número al tema bajo el título de «Discurso mítico y discurso utópico en los Andes». En 1981, Flores Galindo da a conocer un nuevo artículo sobre la materia: «Utopía andina y socialismo» en la revista *Educación Popular*, que, como indica su título, fue un abordaje de carácter mucho más político.

ruana contemplando el pensamiento y la actuación de los pobladores originarios del país y sus descendientes a lo largo de varios siglos. También fue una alternativa frente a los ideales de progreso primero y modernidad después, que dejaban de lado aquella manera de entender la realidad considerándola cancelada, tradicional, retrógrada y descalificadora de la población que la hacía suya como agente de la historia peruana.

Historiográficamente, fue una respuesta diferente a la que había venido desde la teoría de la dependencia y que, a la sazón, mantenía algún peso en el campo de la disciplina histórica, sin olvidar tampoco que, cuando se plantea la utopía andina, ya era un hecho que los sucesivos procesos de migraciones del campo a las ciudades habían cambiado la configuración social en las urbes por el paulatino crecimiento y por la emergencia de los que podríamos llamar nuevos sectores populares constituidos por varias generaciones de migrantes internos.

También en esta obra, Flores Galindo volvió al asunto de la desarticulación y la dificultad de los indígenas para armar un movimiento social consistente y sostenido en el tiempo. Ello explicaría, en parte, la apelación al discurso ideológico, al mesianismo andino y a la utopía inca. Su noción «utopía andina» contempla, en primer lugar, la existencia de un discurso mesiánico en los Andes gestado desde la época de la conquista que incluyó elementos del pensamiento prehispánico y del occidental, reinterpretados a partir del hecho colonial; mesianismo que devino en la que llama una utopía andina que, a diferencia de su definición clásica occidental, no es atemporal sino ubicada en el pasado: «en los Andes, la imaginación colectiva terminó ubicando la sociedad ideal [...] en la etapa histórica anterior a la llegada de los europeos» (Flores Galindo, 1987, p. 361). A su entender, ese pensamiento debería ser visto en nuestros

días como un factor de conjunción entre las distintas poblaciones andinas y una oportunidad para el desarrollo de un cambio social, en el contexto ya del accionar de grupos violentistas y terroristas como Sendero Luminoso y el movimiento revolucionario Túpac Amaru (mrta). Flores Galindo negó que la utopía andina pudiera ligarse a fundamentalismos y acciones destructivas prefiriendo entender que, por el contrario, serviría para encontrar las posibilidades de un proyecto común entre los pobladores andinos y un futuro diferente para el Perú.

Scarlett O'Phelan Godoy (1951) ha prestado particular interés al periodo de la emancipación peruana, concibiéndola como un proceso forjado desde el siglo XVIII no solo a partir de los movimientos liderados por Túpac Amaru y Túpac Catari, sino también prácticamente desde los inicios de dicha centuria a través de las distintas protestas y levantamientos anticoloniales indígenas. Tenaz opositora de la tesis de la independencia concedida, sus trabajos sobre la materia también contienen sugerencias importantes, como señalar el carácter reformista del movimiento liderado por José Gabriel Condorcanqui y la ampliación de los parámetros cronológicos del proceso independentista.

Su producción historiográfica es nutrida, debido a que incluye libros de autoría propia, artículos y edición de compilaciones. *El carácter de las revueltas campesinas del siglo XVIII en el norte del Virreinato Peruano* (1978); *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia* (1988); *La gran rebelión de los Andes: De Túpac Amaru a Túpac Catari* (1995), y *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios* (1997).

Si contamos sus publicaciones en el formato de libro, tenemos los siguientes títulos: *Bernardo O'Higgins y sus estancias*

en el Perú (2010); *Crisis imperial e independencia (1808-1830)* (2013), en coautoría con Carlos Contreras; *Mestizos reales en el virreinato del Perú. Indios nobles, caciques y capitanes de mita*, y *Abascal y la contraindependencia de América del Sur* (2013). Asimismo, ha publicado *Voces americanas en las Cortes de Cádiz: 1810-1814* (2014), coeditado con George Lomné; *La Independencia en los Andes. Una historia conectada* (2014); *El Perú en la era borbónica* (2015), además de *Siete Ensayos sobre la Gran Rebelión de los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari* (2016) y *San Martín y su paso por el Perú* (2017).

Mestizos Reales en el Virreinato del Perú. Indios, nobles, caciques y capitanes de mita (2013) es un libro centrado en el siglo XVIII andino, en el que recoge siete ensayos que abordan diversos temas que confluyen en el asunto enunciado en el título de la publicación. En efecto, no solo trata el tema de los indios nobles descendientes de los principales linajes incaicos del Cusco y su interacción con los indios del común, sino también aborda cuestiones relacionadas con la élite indígena conformada por los caciques regionales hacia mediados del siglo XVIII, destacando el tratamiento de los llamados indios capitanes de mita del surandino. Asimismo, vuelve a tocar asuntos como el llamado «Movimiento Nacional Inca», la religiosidad de los indígenas y sus relaciones con el clero, etc. También ha incursionado en historia regional con varios artículos sobre la historia del norte peruano.

Si en la década de 1970 se empezó a debatir acerca de los fundamentos de nuestro proceso emancipatorio en torno a la tesis de la independencia como obra casi exclusiva del sector criollo, a partir de entonces también se discutió acerca de una independencia concedida tal como lo planteara Bonilla o como en tesis con la que O'Phelan Godoy rebatió a la anterior

poco más de una década después, lo que indica la vigencia de la discusión. En su artículo de 1985, «El mito de la independencia concedida: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano siglo XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)», señaló que la independencia fue lograda desde adentro contando no solo con la actuación de los sectores criollos y mestizos, sino también con la amplia participación de los sectores populares como integrantes de tropas y también como gestores de los movimientos anticoloniales desarrollados desde fines del siglo XVIII en el contexto de la aplicación de las reformas borbónicas en el Perú.

A ese debate ingresó Carmen Mc Evoy Carreras (1956), con su libro *En pos de la República. Ensayos de historia política e intelectual* (2013). Antes de comentar sus propuestas, recordemos que Mc Evoy es historiadora y profesora en la Universidad de South, Sewane (EE. UU.); obtuvo su maestría en la PUCP y su doctorado en la Universidad de California. Es autora y editora de varias publicaciones, entre ellas se cuentan: *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana, 1871-1919* (1997), una historia de las ideas y de la cultura política que historiográficamente significó una crítica metodológica y un trabajo orientado a repensar a la temprana República peruana desde nuevos ángulos proponiendo la existencia de un proyecto nacional desde el siglo XIX ligado a Pardo y al civilismo. Admitió que, metodológicamente, la historia factual, centrada en las personalidades y su actuación, es una herramienta valiosa para entender los procesos históricos, y, en lo concerniente a la interpretación, sostiene que los representantes del proyecto criollo, como Juan Bustamante, Arnaldo Márquez o Sánchez Carrión, entre otros, sí pensaron

al país como una totalidad y, por ende, tuvieron una idea de ciudadanía que era integradora.

Puntualizó que al incidirse unilateralmente en las fuerzas externas se negaba la capacidad de iniciativa histórica de las llamadas periferias para conseguir cambios internos y añadía que al aplicarse categorías occidentales, lógicamente no se encontraban, por ejemplo, proyectos nacionales, burguesías o industrialización y, a falta de estudios puntuales y acuciosos, se caía en gruesas generalizaciones dejándose de lado a las personas y sus ideas. Proclamaba Mc Evoy (1994) que había que recuperar la historia de las ideas políticas y lograr un enfoque novedoso para intentar interpretar la búsqueda de nuestra identidad, uno de los mayores intereses de la intelectualidad peruana en el último tercio del siglo xx.

Pero en su obra publicada en el 1997, buscó transitar del discurso a la realidad a partir del que podemos llamar un conjunto de estudios de casos. En las conclusiones de esta, señaló lo siguiente:

El refocalizar el eje de la discusión historiográfica al «campo intelectual» de la «República» y al de las tradiciones cívicas que le son inseparables me ha permitido no sólo descubrir un universo socio-cultural más rico y complejo que el provisto por categorías liberales o marxistas, sino que me ha ayudado a rebatir los criterios existentes en la historiografía peruana respecto a la ausencia de ideas y proyectos políticos en el país [...] el proyecto político-ideológico de «la República práctica», con su prédica ciudadana, sus rituales y símbolos, y sus intentos de civilizar los espacios públicos, debió confrontar una tradición política, que a pesar de mostrar inocultables signos de agotamiento, exhibió un fuerte arraigo en el país. El choque entre patrimonialismo

y republicanism, el cual ocurrió en las violentas elecciones de 1872, probó que las banderas del trabajo y la producción, defendidas por los vanguardistas artesanales y los grupos medios urbanos peruanos fueron lo suficientemente poderosas durante la etapa del ocaso y derrumbe del modelo exportador guanero. La opción republicana se convirtió en una alternativa política sólo cuando las bases materiales que sustentaban el proyecto patrimonialista desaparecieron. (pp. 436-437)

En *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (2011), subrayó la «concepción civilizadora» dominante en los discursos y prácticas de la clase política y la sociedad chilena concepción que estuvo relacionada a la dicotomía salvaje civilizado y que fue aplicada para referirse al tipo de sociedad de corte tradicional que —a juicio de los chilenos— todavía imperaba en el Perú, versus una forma nueva de república que se buscaba implantar en Chile, basada en la austeridad, el trabajo y la inclusión de todos sus habitantes a la llamada ciudadanía. La importancia del asunto tratado, que mantiene en la óptica de Mc Evoy asuntos de historia de la cultura política y de las mentalidades, amerita que mencionemos antecedentes y repercusiones de este libro. En efecto, pueden mencionarse como antecedentes que trataron en parte o dibujaban el tema los trabajos del también historiador peruano Daniel Parodi Revoredo: su artículo, publicado en el 2009, «Entre el “dolor de la amputación” y el “complejo de Adán”: imaginarios peruanos y chilenos de la Guerra del Pacífico», y el libro *Lo que dicen de nosotros. La Guerra del Pacífico en la historiografía y textos escolares chilenos* que se puso en circulación en el 2010.

Volviendo al texto de Mc Evoy y en cuanto a sus repercusiones, podemos citar dos trabajos publicados con posterioridad a la edición de *Guerreros civilizadores*; se trata de dos artículos aparecidos en el año 2012 en un mismo número de la revista *Estudios Iberoamericanos*. Uno de ellos es «De la araucanía a Lima: los usos del concepto “civilización” en la expansión territorial del Estado chileno, 1855-1883», de Gabriel Cid, y el otro corresponde a Juan Carlos Arellano «Discursos racistas en Chile durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)». Asimismo, Mc Evoy también ha publicado, con Alejandro Rabinovich, *Tiempo de guerra: Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII- XIX* (2018), en el que se reúne trabajos sobre la materia elaborados por varios especialistas.

En la línea temática de la historia del arte y de la religión, podemos ubicar los aportes de Ramón Mujica Pinilla (1956), quien, en el año 2001, publicó *Rosa Limensis. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*, trabajo en el que estudia a la santa limeña en relación con lo político y social, es decir, su influencia en la sociedad capitalina del siglo XVII y la configuración del personaje como mito fundacional del nacionalismo peruano. Para realizar el análisis de estos asuntos, aplica tres enfoques: el urbano, que enmarca la experiencia mística de Santa Rosa y que le permite al autor mostrar las relaciones y las rivalidades entre las órdenes religiosas; el análisis crítico de los procesos de beatificación y canonización que dejan ver los intereses políticos en juego y, a la vez, el impulso hacia la creación de una conciencia criolla, y, finalmente, la sociología de la santidad empleada por Mujica para mostrar la comunicación e intercambios entre los diferentes grupos sociales que tenían en común el culto a la santa (Quevedo, 2005).

Asimismo, merece que se preste atención a la acotación de Mujica ([2001] 2005) acerca de la importancia del tema de la espiritualidad laica de Santa Rosa de Lima respecto a los actuales estudios de género:

La espiritualidad laica de la primera santa americana constituye un caso ejemplar para lo que hoy corre bajo el rubro de estudios de género: aquella rama de la historia social ocupada en identificar los mecanismos teóricos y prácticos desarrollados por mujeres que viven en sociedades ordenadas y jerarquizadas por el principio de masculinidad. (p. 48)

La producción historiográfica de Mujica está esencialmente referida a temas artísticos y religiosos, tanto es así que, en 1990, publicó en España *El collar de la paloma del alma. Amor sagrado y amor profano en la enseñanza de Ibn Hazm de Córdoba y de Ibn Arabi de Murcia* y, dos años después, *Ángeles apócrifos en la América Virreinal* (1992), un extenso y documentado trabajo que, alrededor del culto angélico en Europa, se orienta a mostrar y analizar su adaptación y difusión en América hispana y el Perú durante la época Colonial. Por lo menos, así lo declara el título de la obra, aunque en la práctica el trabajo gira más sobre el caso peruano destacando cómo, hacia finales del siglo xvii, se manifiesta una interpretación particular de barroquismo. Utilizó documentos, textos de carácter teológico, crónicas indianas y bibliografía, prestando atención al pensamiento teológico, las manifestaciones artísticas y a la iconografía oficial y popular, por lo que estamos ante un trabajo que se mueve entre la historia de las ideas y de las mentalidades.

6.3. En el terreno de la «novísima historiografía»

Como se ha podido advertir, la que estamos denominando «novísima historiografía» peruana obviamente coexistió con la llamada «nueva historia» peruana, que fue cuestionada por la primera, aunque no de manera frontal; por ello, hubo entre ellas no solo disyunciones, sino también ciertas coincidencias. Debemos subrayar que, como es natural, hubo coincidencia temporal de esas dos generaciones de historiadores y, entre los puntos de encuentro, se pueden contar su enfrentamiento a la todavía vigente historiografía tradicional y el reconocimiento de la necesidad de la renovación temática y metodológica, entre otros.

Se debe recordar que la «nueva historia» peruana no resultó homogénea en cuanto al manejo teórico, sino fue metodológicamente pragmática y, por lo general, ideologizada, siendo posible distinguir entre sus integrantes a quienes veían en los cambios metodológicos y temáticos lo más importante y el eje de su quehacer de aquellos que sumaban a lo anterior una militancia política y encontraban que la historiografía podía servir para conducir al futuro que su visión política avizoraba. En lo que concierne a la «novísima historiografía» debe decirse que se ha ido desarrollando en un ambiente intelectual en el que se verán multiplicados en extremo los temas y las perspectivas en medio de la pérdida del objetivo de alcanzar una historia total. Así, veía, en el 2005, Manuel Burga la situación:

No deja de sorprenderme, como una reacción a la historiografía de mi generación, la existencia actual de una joven y ligeramente agresiva historiografía peruana que no sólo explora nuevas dimensiones de nuestro pasado sino que sutilmente busca

reivindicar el papel del criollo y lo criollo en la lenta construcción del Perú moderno. Es como si se quisiera hacer, reinterpretando un discurso conocido, el revés de una misma historia y nos olvidamos de lo que podría ser muy importante para la actualidad: las explicaciones —por más subjetivas o dramáticas que puedan ser— sobre las causas de nuestro cada vez mayor atraso relativo en América Latina. (p. 14)

Dijimos que algunos de los cambios operados en la historiografía peruana de la época actual nos colocan entre las dos últimas décadas de la centuria pasada y los años que vienen discurriendo del presente siglo XXI. Los jóvenes egresados de entonces son los que arañan hoy la cincuentena de años, la gran mayoría realizó sus estudios de posgrado en Estados Unidos y en Europa, aunque algunos los llevaron a cabo en Brasil, Argentina, México o Chile. Marcados por las crisis relacionadas a la debacle económica representada por la hiperinflación, la violencia emanadas del accionar terrorista de Sendero Luminoso y aún desde la réplica del Estado; la intermitencia democrática jalonada por gobiernos autoritarios como el llamado Gobierno militar de las Fuerzas Armadas y, más adelante, la solapada dictadura de Fujimori y, también, la ebullición social y el abandono de las utopías políticas. Estos historiadores pensaron la historia de manera diferente y debe reconocerse que fueron una suerte de locomotora que empujó cambios en el quehacer de muchos historiadores que fueran sus maestros. Un buen ejemplo de lo que acabamos de sostener lo tenemos en las reflexiones y confesiones de Juan Carlos Estenssoro (2003):

El regreso a Lima en 1988 me sumergió en una realidad (muy diferente de la de esos dos años dedicados exclusivamente al trabajo diario del archivo) que marcó más fuertemente mi reflexión. Había partido del Perú poco después del desconcertante informe de Uchuraccay que pretendía dar las explicaciones históricas de la violencia del miedo en el Perú a partir de una incompreensión y separación del mundo indígena: volvía para la gran crisis económica del gobierno de Alan García y en el momento en el que la violencia terrorista, y también la del Estado, llegaba a la ciudad. La historia era desde hacía algunos años en el Perú una suerte de oráculo hacia el cual muchos se dirigían en búsqueda de explicaciones.

[...] La insatisfacción que experimentaba frente a un discurso sobre la historia que se volvía abiertamente ideológico (e incluso manipulador) era sin embargo estimulante [...] Pronto se me brindó la posibilidad de enseñar mi oficio en la universidad, y, con un grupo de historiadores de mi generación, logré compartir una práctica de la reflexión histórica que por momentos nos costaba a formular claramente (la lista es amplia pero no puedo dejar de mencionar al menos a Susana Aldana, Bedford Betallete, Javier Flores, Cecilia Méndez, Gabriela Ramos y Mónica Ricketts), con ellos compartí y soñé tantos proyectos en esos tiempos difíciles en los que nos empeñábamos en permanecer en el Perú, sobreviviendo aferrados a nuestra labor de historiadores e imaginando mil formas de poder comunicar nuestras reflexiones. (pp. 22-24)

Puede decirse que emergía, entonces, la «novísima historiografía» peruana planteándose dudas, criticando abiertamente a la historiografía anterior y portando un bagaje de preguntas que fue incrementándose con el tiempo. Debe subrayarse que

había en sus integrantes compromiso con el Perú (repensar su historia), entusiasmo y diligencia, pese a la inestabilidad institucional que se vivió durante las décadas de 1980 y 1990, y un saludable ejercicio de crítica a los planteamientos «excesivamente ortodoxos» y, a nivel institucional, movilidad y contactos más fuertes de profesores y estudiantes de diferentes universidades.

Esa historiografía se mostró proclive a la discusión hermenéutico-epistemológica y, aunque en algunos casos, sus cultores han tenido militancia política todos parecen haber recusado cualquier exceso en esa materia. Se perseguía una renovación total historiográfica, partiendo de la visión acerca del país y de su pasado y apelando a nuevos temas y enfoques, procurado revisar el protagonismo y la actuación de los sectores populares o profundizando en asuntos como los intereses, actividades e interacciones de las élites, la corrupción, etc. Pese a lo dicho, hubo alguna opinión que consideró que los cambios no fueron demasiado significativos (Quiroz Chueca, 1999). Este fue un enjuiciamiento bastante severo, puesto que, como hemos reconocido, el surgimiento de la «novísima historia» estuvo naturalmente acompañado de una crítica a la historiografía precedente y a la búsqueda de nuevas perspectivas, opciones teóricas y temáticas, prestando atención, a la vez, a otros actores y escenarios de la historia peruana. Para ilustrar sus posturas que eran, por cierto, iconoclastas teñidas de cierta arrogancia, tomaremos nuevamente como ejemplo las reflexiones de Estenssoro (2003), a quien consideramos parte de la hornada de historiadores de la «novísima historia» y que daba cuenta así de su postura:

Algunas afirmaciones que podían leerse o escucharse en el Perú a lo largo de los años ochenta y noventa me sublevaban tanto como la miseria en la que vivían la mayoría de los peruanos o la violencia descabellada que pretendía querer abolirla: el Perú era desde hacía milenios un país violento, era un atavismo que había que aceptar; la ideología y el lenguaje de Sendero Luminoso poseían estructuras andinas (dualidad, cua[t]ripartición, complementariedad e incluso rasgos estéticos). Esto último significaba, implícita o explícitamente, darle origen prehispánico, integrarlo a una supuesta identidad indígena o, peor aún, a algo inconsciente y más fuerte que una identidad, a una esencia andina atávica lo que hubiese sin duda hecho reír a los analizados pero que, además de ser falso, era de un irresponsabilidad intelectual flagrante. Y es que finalmente el resultado de la transmisión de la historia a la sociedad era la imagen de la población campesina sobre la base de una indianidad definida como una esencia de origen prehispánico sin ninguna intervención de la experiencia colonial ni republicana si no era una resistencia a ellas permaneciendo lo más posible igual a sí misma. (p. 23)

Con identidad clara de historiadora y adscribiendo los estudios de género, tenemos a María Emma Mannarelli Cavagnari (1954), cuyo trabajo presenta dos vertientes: la historia colonial peruana (básicamente, el siglo xvii) y las figuras y la actuación de mujeres intelectuales (entre fines del siglo xix y comienzos del xx). En ambos casos, su historiografía es social y de género, destacando el hecho de que en todo momento busca sacar a la luz y analizar temas relacionados como el hogar, la familia, la maternidad, las manifestaciones del empoderamiento femenino y la actuación de las mujeres y sus relaciones con sus pares masculinos en los ámbitos público y privado. Entre otros

trabajos ha publicado *Hechiceras, beatas y expósitas. Mujeres y poder inquisitorial en Lima* (1998), un texto, más bien, breve, en el que dibuja una historia compleja, en la que se mezclan la historia de las mentalidades, la perspectiva de género y el estudio del poder político y religioso. La autora lo explica de la siguiente manera:

En los últimos años un conjunto de investigaciones, inspiradas en la perspectiva de género, se ha interrogado acerca de la posibilidad de referirse a la existencia de una manera de experimentar el mundo y de expresarlo, específicamente femenina. Cuando se iniciaron los estudios académicos inspirados en la naciente teoría feminista era común encontrar concepciones que apuntaban a definir un universo femenino, básicamente contrastado y a veces en oposición con la cultura dominante, entendida esta última como masculina. Subsiguientes investigaciones han trasladado el énfasis a la forma en que la experiencia cultural femenina se vincula con la cultura dominante y a la influencia recíproca que ambas despliegan. (p. 17)

Asimismo, escribió *Sexualidad y desigualdades genéricas en el Perú del siglo XVI* (1990) y *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII* (1993); pero también ha ido avanzando al estudio del tema en el periodo republicano, por ejemplo, con *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos* (1999), investigación que tuvo su motivación en el contacto de la autora con el archivo fotográfico de Eugène Courret⁷⁹ y en su constatación del poder informativo de

79 Michel Eugene Courret fue un fotógrafo francés radicado en Lima desde 1860 y fundador del estudio Fotografía Central, que funcionó hasta 1935. Parte de ese archivo, es decir unas 55 000 placas de vidrio y acetato, pasaron en 1986 a la Biblioteca Nacional del Perú.

las imágenes sobre nuestra sociedad y su historia a lo largo del periodo que corrió entre la década de los setenta del siglo XIX hasta los años treinta de la centuria siguiente. Es más, la autora reconoció explícitamente: «Las imágenes fotográficas se fueron convirtiendo en claves de gran contenido discursivo sobre el cuerpo y sus representaciones. Todas esas imágenes hablaban y sugerían las preguntas para la investigación y señalaban los caminos a seguir» (Mannarelli, 1999, p. 17). Lo que muestra, además, el talento de esta investigadora en clave de metodología y analítica histórica en concordancia con una historiografía que, como la actual, está abierta a todo tipo de fuentes y a su capacidad para darnos indicios válidos sobre el pasado.

Mi interés por entender los cambios en las imágenes del cuerpo femenino derivó en otros dominios de la historia social. Esta desviación respondió a dos motivos que están relacionados. Luego de revisar una parte de la voluminosa literatura producida desde distintas disciplinas en los últimos años sobre el cuerpo, sentí que si bien ampliaba mi perspectiva analítica, el cuerpo en sí era un tema que rebasaba mis posibilidades interpretativas. Simultáneamente, el contacto con las fuentes me iba señalando temas que concentraron las preocupaciones de la gente que se interesó por ofrecer soluciones a lo que [...] percibieron como problemas de su época. Así, se fueron esbozando temas diversos como la maternidad, el matrimonio y la casa, que al final han terminado albergando mi curiosidad inicial por el cuerpo femenino. (p. 28)

En suma, analiza los nuevos discursos públicos sobre la vida cotidiana, buscando interpretar las diferentes percepciones sobre la maternidad, el matrimonio y la casa en la Lima de

finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, en boca de médicos, mujeres escritoras y educadoras. Obviamente, la presencia femenina como foco de atención está implícita en el análisis del pensamiento y los dichos sobre los temas señalados, además de que la opinión de las mujeres le permite acercarse a la construcción de la femineidad durante el periodo estudiado.

En *Pecados públicos. La ilegitimidad en Lima, siglo XVII*, estudia el matrimonio y las dimensiones y significación de la ilegitimidad y las relaciones extraconyugales en la sociedad limeña urbana durante el siglo XVII. Teniendo en consideración el rol regulador del matrimonio en la construcción de la sociedad, su importancia en la estructuración de las clases y en la transmisión de la propiedad, el peso de la transgresión que introducen las relaciones extraconyugales y la ilegitimidad merecían ser estudiadas tomando como eje el papel desempeñado por las mujeres.

En *Las mujeres y sus propuestas educativas, 1870-1930* (2013), amplía su estudio de la historia de las mujeres y abarca el campo de la educación en una parte de nuestra etapa republicana. Presenta con amplia perspectiva histórica las propuestas pedagógicas de educadoras, feministas y escritoras de la época, sus opiniones y críticas que no se agotaban en la materia educativa y, más bien, abarcaban cuestiones de orden político y social.

En *La domesticación de las mujeres. Patriarcado y género en la historia peruana* (2018), analizó el proceso histórico de la subordinación femenina y la regulación de su conducta enfatizando los entramados culturales que potenciaron la ordenación y control de su sexualidad, lo que, naturalmente, le permitió mostrar las características y modos de la interacción entre mujeres y hombres.

7

El escenario del siglo XXI

El inicio de una nueva centuria y milenio se ha notado también en nuestra historiografía. Obviamente, el nuevo panorama no se empezó a pintar recién a partir del año 2000, puesto que los sucesos y procesos de orden social, político, económico y cultural portadores de los elementos que harán el contexto de nuestra historiografía en esta etapa tuvieron su punto de partida hacia la década de 1980.

Los años ochenta habían sido de una efervescencia resultado de la confluencia de la historia social con un evidente compromiso académico en medio de la precariedad del terrorismo y la hiperinflación. La década de 1990, en cambio, estuvo marcada por el lento desmontaje de la dinámica previa y la conformación de historiadores peruanistas en el extranjero. Los dos mil recibían a los colegas con la expectativa del retorno de la democracia. (Ragas, 2013, p. 53)

De todas maneras, insisto en que, como es natural, convivieron, y lo siguen haciendo, los enfoques y prácticas tradicionales con los nuevos y, también, con los más recientes modos de encarar la investigación histórica. Pasamos, historiográficamente, a la postmodernidad casi sin darnos cuenta y prueba de ello

es la casi nula reflexión explícita sobre el asunto por parte de los propios historiadores. No se puede ignorar tampoco que en las últimas décadas se han publicado algunos trabajos dedicados a revisar y sistematizar a la historiografía peruana actual. Uno que otro libro y varios artículos permiten una enumeración no demasiado abundante, aunque sí interesante: entre los primeros podemos contar obras como la de Burga (2005) y trabajos de carácter más personal y, de alguna manera, de tono autobiográfico, como serían los casos de Macera (1988) y Tamayo (1989), contándose también el libro editado por Fernando Valle (2010), en el que se aborda el asunto de nuestra historiografía a partir de las entrevistas a tres historiadores representativos de una parte de la historiografía desarrollada a partir de la segunda mitad del siglo xx en adelante.

7.1. La revisión historiográfica. Esfuerzos de sistematización y análisis

En cuanto a los artículos o monografías breves, si nos referimos igualmente a los elaborados por historiadores peruanos, podemos mencionar, entre otros, los estudios hechos por Pacheco, Lohmann, Contreras, Cueto, Flores Galindo, Glave Testino, Tamayo, Hampe, Ragas, Pereyra Chávez o Gallegos. En la mayoría de los casos mencionados, se trata de sistematizaciones implícitas o explícitas, como el artículo de Ragas (2006), en el que se refiere a la historiografía electoral en el Perú y, naturalmente, todas resultan arbitrarias —en el sentido de que obedecen a criterios de selección derivados del interés y los cortes temporales y temáticos establecidos por sus

autores— y, por lo mismo, incompletas, como resulta propio a toda empresa historiográfica.

Si seguimos a Hampe Martínez (1998) cuando presenta la trayectoria de la Academia Nacional de la Historia entre el año de su fundación ocurrida en 1905 y finales del siglo y nos concentramos en la que denomina tercera época, que a su juicio corre a partir de 1962, encontraremos que la fase se inicia con la adopción de nuevos estatutos, aunque no se advierte algún cambio mayor en su estructura y objetivos que reflejara una apertura hacia las transformaciones en el cultivo de nuestra disciplina que se anunciaban o tenían sus primeros desarrollos por aquel entonces. Destacan, sin embargo, durante ese periodo la reanudación de la publicación de la *Revista Histórica* y la celebración de eventos académicos como el Congreso sobre el mestizaje (1965), el Congreso del Sesquicentenario⁸⁰ de la Independencia (1971) o el Coloquio Internacional sobre Túpac Amaru y su tiempo (1980); también, tal como lo menciona Hampe, fueron incorporados jóvenes historiadores. De todas maneras, pese a ello y que a lo largo de sus más de cien años de vida han formado parte de la institución personajes de formación profesional y académica diversa, el carácter tradicional de la institución se ha seguido conservando.

De todas maneras, a juicio nuestro, la historiografía peruana actual sigue reproduciendo la heterogeneidad que se advertía a lo largo del siglo xx. En primer lugar, por razones que tienen que ver estrictamente con la convivencia natural de tres generaciones distintas que forman un arco temporal

80 La celebración de este Congreso supuso una preparación que significó la recolección de fuentes e información documental que la Comisión Nacional, creada para la celebración del sesquicentenario, y encomendó a jóvenes historiadores y estudiantes universitarios lo que le permitió la publicación de una importante colección documental.

en el que se pueden marcar los años 1940-1950, 1960-1970 y 1980-2000; en segundo lugar, por las improntas propias de la influencia ejercida por el desarrollo de la historiografía occidental en cada una de las etapas que acabamos de indicar, y, finalmente, en tercer lugar, por el desenvolvimiento del contexto local. De todas maneras, habría que tomar en cuenta lo señalado por Quiroz Chueca (2012), quien, al estudiar a la historiografía peruana desde el periodo republicano hasta el siglo XIX e identificar cuatro paradigmas o modelos de interpretación historiográficos, advierte acerca de su validez hasta la actualidad.

Francisco Quiroz Chueca (1956) es un historiador formado en la UNMSM y especializado en la City University de Nueva York (CUNY) y en la PUCP de Lima. Ha estudiado nuestra historiografía con relación en el manejo de las ideas de patria y nación, abarcando un largo periodo de tiempo, desde Garcilaso hasta la era del guano (Quiroz Chueca, 2012). Entre numerosas publicaciones en los formatos de libros, compilaciones y artículos, pueden mencionarse *Gremios, razas y libertad de industria. Lima colonial* (1995) y *Artesanos y manufactureros en Lima colonial* (2008); además, es interesante advertir que también ha hecho la que podría ser calificada como historia local o regional cuando publicó, en el año 2007, *Historia del Callao. De puerto de Lima a Provincia Constitucional*, una obra monográfica dedicada a su localidad natal.

En el libro que publicó en 1995, estudió a los gremios dentro del panorama de la industria artesanal urbana en la Lima colonial, contemplando que la institución, si bien se basó en modelos similares españoles, no tuvo un desarrollo y funciones idénticas a la metropolitana, ya que, por ejemplo, tuvo escasas funciones económicas y limitado poder para regular los

oficios. El esquema de trabajo, aunque es de corte tradicional y su desarrollo es bastante descriptivo porque lleva desde los antecedentes medievales hasta la estructura y el desarrollo gremial en la capital del virreinato peruano, pasando por las castas y su relación con los gremios y la actividad industrial, es interesante su enfoque centrado sobre todo en las cuestiones sociales. Veamos a manera de ejemplo el pasaje siguiente:

Los gremios llamados de indios terminaban siendo un espacio situado fuera de la jurisdicción de los gremios artesanales limeños. En tal sentido, los «afiliados» a los gremios de naturales escapaban al régimen gremial colonial.

De ahí provino el recelo con que miraban los gremios a los artesanos de las asociaciones de indios. Se entiende asimismo que quisiesen delimitar esas agrupaciones a la casta indígena, cuando no podían eliminarlas. De otro lado, se entiende también el afán de las demás castas por ser considerados en los gremios de indios. Los mismos españoles pugnaban por ser admitidos en los gremios de indios para ejercer libremente. (pp.69-70)

Como se ha podido constatar por las referencias hechas a trabajos suyos tanto en este capítulo como en el anterior, una temática abordada también por este historiador ha sido el de la historiografía peruana, lo que incluye a su tesis doctoral de 2010 que se plasmó recientemente en la publicación del libro *De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso a la era del guano* (2012). En esta obra el objetivo principal ha sido

echar luces sobre los orígenes de la concepción de *patria* y *nación* que se han manejado en el país a través de los discursos

historiográficos propuestos entre la Colonia y la República. Esta es una historia que busca relacionar los planteamientos historiográficos con las ideas de patria y nación peruana teniendo en cuenta la base social y el contexto histórico en que estas ideas se desarrollan en el tiempo indicado. (p. 9)

Naturalmente, también aborda las orientaciones de la historiografía y las motivaciones y propósitos de los autores de los textos de historia y, por cierto, distingue los paradigmas historiográficos, tomando, asimismo, en cuenta los debates y confrontaciones de las distintas versiones sobre el pasado peruano. Todo ello, contemplando su relación con aspectos de orden económico, social, político y cultural. A decir de su autor:

Este trabajo muestra cómo el pasado «común» de la nación peruana va cambiando a través del tiempo. Períodos históricos enteros tienen o adquieren distintos contenidos e interpretaciones, inclusive «aparecen» o «desaparecen» en las versiones históricas que se van acumulando, sustituyendo o marchando en paralelo. Desde ya, la historiografía peruana no genera un discurso uniforme y de consenso que vaya incluyendo períodos históricos y espacios territoriales con la intención de mostrar una nación cohesionada y homogénea, producto de una trayectoria común y gloriosa. Antes bien, la historiografía entre la Colonia y la era del guano está compuesta por discursos contradictorios y encontrados entre sí. (p. 364)

Otro ejemplo de esta historiografía es la obra del limeño afincado en Inglaterra Paulo Drinot (1973), quien también ha contribuido con algunos análisis de la historiografía peruana, como *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de*

historia peruana siglos XVI-XX, que editó con Leo Garofalo en el año 2005, y también *Historiografía, identidad historiográfica y conciencia histórica en el Perú* (2006). Doctorado en Historia Moderna y máster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Oxford y en Economista por la Universidad de Londres, es profesor de historia latinoamericana en la Universidad de Manchester y también ha ejercido la docencia en las universidades de Leeds y de Oxford. En la obra publicada el 2005, los editores Drinot y Garofalo dicen lo siguiente:

No pretendemos reescribir la historia peruana en su totalidad ni pretendemos ofrecer un panorama exhaustivo de la producción historiográfica actual sobre el Perú. Nuestro objetivo, más modesto, es presentar una serie de ensayos escritos por jóvenes historiadores peruanos y extranjeros que ilustren, a través de estudios puntuales las tendencias recientes (por supuesto que no todas) en la historiografía sobre el Perú. Sin embargo, los editores y autores de los ensayos individuales sí tenemos interés en contribuir a un diálogo más amplio sobre el carácter de la historiografía peruana actual, de su pasado y de su futuro. (p. 9)

Como vemos, se trata de una auténtica expresión de la generación más reciente de la que venimos llamando la «novísima historiografía» peruana que no menos crítica y renovadora que la anterior «nueva historia», se presentaba clara en sus objetivos, con ánimo dialogante y sin altanería. Lúcida en sus críticas que se manifiestan de la siguiente forma:

A pesar de la deuda intelectual que todos los historiadores del Perú debemos a figuras como Jorge Basadre, Raúl Porras y Pablo Macera (entre otros), pocos negarían que la historiografía

peruana reciente se ha caracterizado por una cierta esquizofrenia: es decir, por la existencia de dos maneras o tradiciones casi opuestas de «hacer historia». Estas tradiciones, una «hispanista» y conservadora, la otra «crítica» y «contestataria» (todas ellas categorías que merecen mayor discusión), rara vez han entrado a un diálogo que conlleve a un consenso y a la búsqueda de una síntesis. Desde la perspectiva de hoy es posible (y deseable) ir más allá de las visiones excluyentes de estas tradiciones e identificar en ambas producciones historiográficas aportes significativos a la historiografía peruana. (pp. 9-10)

También ofrecen una alternativa orientada a superar las interpretaciones apretadamente apegadas a propuestas teórico-metodológicas, que, a su juicio, habían esquematizado y constreñido la interpretación crítica del pasado. En esta publicación, muestran sus trabajos un conjunto de jóvenes historiadores y los temas abordados eran un indicativo claro de lo que era la «novísima historiografía» a partir de la década de 1990.

Drinot también ha desarrollado estudios de historia económica-social y política peruana y latinoamericana; así, entre otros trabajos, debemos mencionar *Che's Travel: The Making of a Revolutionary 1950's Latin America*, obra que editó en el año 2010; más recientemente, ha escrito y publicado, también en inglés *The Allure of Labor. Workers, Race and the Making of the Peruvian State* (2011). En este libro, a partir del estudio de las políticas públicas desarrolladas durante los gobiernos de Leguía y Benavides a favor del sector obrero que era minoritario, analiza la exclusión de la población indígena pese a que constituía una amplia mayoría. El meollo de su trabajo está en la explicación de tales situaciones postulando que no estuvieron originadas solo en la búsqueda de la industrialización

del país, sino que detrás estaba un conjunto de ideas o mentalidad de la élite, cuyos ingredientes principales eran el racismo y desprecio al indígena, lo cual, a su vez, formaba parte del proyecto de formación de un Estado que se proponía redimir a la nación y llevarla a la reconstrucción y la modernización a costa de la exclusión del indígena.

7.2. Estudiando la historia del tiempo presente. En torno al tema de la violencia

En otra ocasión, he afirmado que parece indiscutible que la aceleración de la historia caracterizó al siglo xx y lo sigue haciendo hasta ahora, debido, entre otros factores, a que la influencia de los medios de comunicación de masas y también a la importancia adquirida por las imágenes como referentes sustantivos a la comunicación y a la inmediatez de la transmisión de la información, en un contexto local y mundial de inequidad, inseguridad y violencia. Además, contemos con el cambio de los paradigmas científicos que han llevado finalmente a la convivencia de una visión de la historia entendida como ciencia de hechos objetivos y la otra perspectiva, la de una historia como interpretación o representación. En tales condiciones, se ha abierto para los historiadores la posibilidad de hacer una historia del tiempo presente (o pasado reciente), lo mismo que la casi imperativa necesidad de encarar el estudio del periodo de violencia extrema vivida en el país la última parte del siglo xx⁸¹. Estas perspectivas se han ido desarrollando de manera consistente, aunque todavía de manera escasa,

81 Puede revisarse el capítulo vi de *Clío y Mnemósine. Estudios sobre historia, memoria y pasado reciente* (2007), de Regalado de Hurtado. Por su parte, José Ragas (2013) ha publicado una suerte de balance historiográfico al respecto a

a mi juicio; situación que se ha justificado apelando a diversos argumentos, como la insuficiencia de fuentes ordenadas y depuradas o al carácter coetáneo de los juicios, tanto de los testigos como del propio historiador, parámetros que, sin duda, responden a una concepción bastante tradicional del trabajo histórico.

El estudio específico del fenómeno terrorista y la violencia desatada a partir de la década de 1980, en la que se incluyó la respuesta del Estado, da más bien la impresión de que —por tratarse de un conjunto de acontecimientos tan extremos y laacerantes, complejos y desconcertantes tanto para la sociedad como para los académicos— hicieron sentir, sobre todo los historiadores, que sus fuentes, teorías y métodos de trabajo en vigencia resultaban insuficientes o no a tono para realizar los estudios correspondientes. Pese a que ya había surgido una «novísima historiografía» en nuestro medio, recién al inicio del siglo XXI se empezó a admitir la posibilidad de estudiar la historia del tiempo presente. De cualquier forma, se debe reconocer que, con las limitaciones señaladas, prácticamente desde la última década del siglo pasado y en la presente centuria en curso, nuestra historiografía ha venido trabajando al respecto. Nos referimos, específicamente, al tema de la violencia política (también llamada guerra popular, lucha armada o conflicto armado interno), tales son los casos de Flores Galindo (1986 y 1999), Peralta (2000)⁸², Manrique (2002) y Rénique (2003), por

partir del asunto del impacto del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en nuestra historiografía.

82 En 1986, Alberto Flores Galindo y Nelson Manrique publicaron un texto breve pero importante: *Violencia y campesinado*, editado por el Instituto de Apoyo Agrario, mientras que, en el año 2000, Víctor Peralta Ruiz publicó *Sendero Luminoso y la prensa 1980-1994. La violencia política peruana y su representación en los medios*. Por otro lado, la Comisión Permanente, para escribir la historia del Ejército del Perú, publicó *En Honor a la verdad* (2010); asimismo, Ranulfo

citar algunos ejemplos, y que se dejó amplio margen para el estudio de la materia a sociólogos, antropólogos y periodistas, mostrándose, al mismo tiempo, la total escasez de reflexiones teóricas desde el campo de la historia para justificar su abordaje como historia del tiempo presente⁸³.

Además de los mencionados, José Luis Rénique, Nelson Manrique, Ponciano del Pino e Iván Hinojosa publicaron sendos artículos en la obra colectiva *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995* (1999), cuyo editor fue Steven Stern⁸⁴, junto con historiadores extranjeros y científicos sociales. La obra era el resultado de un esfuerzo de investigación y análisis sobre el tema de la violencia vivida en nuestro país; este resultado fue liderado por el peruanista Steve J. Stern y se concretó inicialmente en una conferencia internacional celebrada en abril de 1995 en la Universidad de Wisconsin. Así decía el editor:

Entonces este libro constituye un esfuerzo colectivo para construir un análisis histórico de la guerra y la sociedad en la época

Cavero escribió *Los senderos de la destrucción: Ayacucho y su universidad* (2012).

83 Entre una lista importante de trabajos sobre la materia producida por otros especialistas fuera del campo de la historia, podemos mencionar las obras de Gonzalo Portocarrero, *Razones de sangre. Aproximaciones a la violencia política* (1998) y *Profetas del odio: raíces culturales y líderes de Sendero Luminoso* (2012). Asimismo, de los numerosos trabajos de Carlos Iván Degregori, quizás los más conocidos fueron *El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979* (1990) y *Que difícil es ser Dios: el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú, 1980-1999* (1999). Una publicación que tomó como eje el asunto de las diversas memorias sobre los sucesos vividos durante el denominado «conflicto armado interno», desatado por el terrorismo, fue la compilación llevada a cabo por Belay *et al.*, en el 2004, pero no incorporó ningún trabajo efectuado por algún historiador lo que puede entenderse como la certeza de los científicos sociales de que la historia reciente no debía ser tratada por los historiadores.

84 Publicada originalmente en inglés en 1998 por Duke University Press: *Shining and Other Paths: War and Society in Peru, 1980-1995*.

de la crisis peruana. Emprendemos esta tarea analizando cinco temas: las raíces históricas de la convulsión política y los proyectos revolucionarios en la sierra, la fallida lucha senderista por conquistar los pueblos de la sierra del centro-sur, la destrucción de la aparente «tercera vía» en Lima y en la sierra, la experiencia de guerra de las mujeres y su surgimiento como sujetos ciudadanos, y las consecuencias que la guerra tiene para el gobierno y la cultura políticas. (p. 25)

La obra de Víctor Peralta Ruiz, *Sendero Luminoso y la prensa 1980-1994. La violencia política peruana y su representación en los medios* (2000), fue un estudio que llevó a su autor a obtener el grado de doctor en la Universidad Complutense de Madrid en 1996 y en el que analizó cómo la prensa peruana (*El Comercio*) e internacional (*New York Times* de Estados Unidos y *El País* de España) trataron el tema de la actuación de Sendero Luminoso y el conflicto interno armado que se desató en el Perú a lo largo de catorce años. Lo interesante en su trabajo fue la novedad del tema que se explica por la doble condición (periodista e historiador) del autor y porque devela, periodizándola, la estrecha relación entre los cambios de los discursos periodísticos, las políticas gubernamentales y el curso de los acontecimientos.

Por su parte, Nelson Manrique (2002) encaró el asunto aunque dejando traslucir que estudiar la historia más reciente lo obligaba a dejar de lado temporalmente su perspectiva de historiador para asumir la de sociólogo:

Desde el punto de vista de la construcción de una interpretación de la violencia política, que conteste a la verdad oficial que pretendió imponerse desde el poder a lo largo de estos años, es

importante reivindicar la existencia de interpretaciones alternativas de los hechos históricos que se enjuician. No reinterpretaciones a posteriori, sino juicios coetáneos de los sucesos, elaborados a medida que éstos iban aconteciendo. Recojo en este libro un conjunto de ensayos de esta naturaleza, que intenté razonar desde la perspectiva de quienes fueron las víctimas de la violencia. Estos textos los fui redactando, apremiado por las circunstancias que entonces se vivían, apartándome parcialmente de una dedicación a los estudios históricos que había iniciado a fines de los años setenta. Imagino que es fácil ver en ellos la huella de mi interés por la historia. No quise convertirme en un especialista sobre la violencia política y huí de la incorporación a la comunidad de los senderólogos entonces en auge. Pero me negué igualmente a sumarme a la lista de los que prefirieron callar sobre lo que acontecía en el país, ya fuera por comodidad, por temor a equivocarse comprometiendo su prestigio profesional, o por un elemental sentido de prudencia en momentos difíciles. Tampoco quise recluirme en el estudio del pasado cuando en el presente el país vivía una gran tragedia. Creía entonces, y creo ahora, que los intelectuales tienen una obligación ética de la que no pueden abdicar, y que se traicionan a sí mismos cuando guardan silencio en circunstancias semejantes. (p. 30)

Al año siguiente de la publicación del trabajo al que nos acabamos de referir se hacía entrega del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación y, sobre el particular, se debe llamar la atención acerca de dos situaciones: en primer lugar, dicho trabajo se hizo convocando, entre otros especialistas, a varios historiadores, quienes, sin lugar a dudas, aportaron para dar a los estudios a realizarse la perspectiva propia de su disciplina; en segundo lugar, la evacuación de su Informe

Final el año 2003 «marcó un hito en nuestra forma de producir y difundir conocimiento histórico, y que esta influencia fue positiva, pues nos llevó a nuevas maneras de investigar frente a situaciones y retos que no se habían presentado hasta ese momento» (Ragas, 2013, p. 53).

No fue casual, entonces, que, en ese año 2003, José Luis Ré- nique publicara *La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de lucha de Sendero Luminoso del Perú*, un estudio de ese grupo político terrorista y de la llamada «guerra popular», centrado en la nueva estrategia del grupo; es decir, realizar actividad política desde las cárceles a donde se encontraban confinados sus principales líderes y un buen número de sus seguidores.

La prisión ofrecía la posibilidad de establecer una suerte de avanzada en el corazón de la capital, muy cerca del centro mismo del poder. Transformar las «mazmorras de la reacción» en «luminosas trincheras de combate» debía ser el objetivo. Poniendo en juego su férrea voluntad de lucha, los «prisioneros de guerra» senderistas revertirían la situación de separación de la sociedad que, supuestamente, la prisión garantizaba, para desafiar —desde su mismo patio interior— el poder constituido: una incomparable oportunidad para demostrar su ruina moral y su inviabilidad. Esa era la lógica subversiva. En ese terreno, ellos prevalecerían sobre sus captores, apelando a su superioridad ideológica y política, su valor, su disciplina y su capacidad de entrega. Desde los tiempos del «martirologio» del Partido Aprista Peruano —en los años treinta y cuarenta—, ninguna organización política se había propuesto en el Perú hacer un uso político similar del espacio carcelario. Es decir, hacer política desde el encierro.

Examinar la evolución de la concepción senderista del trabajo político carcelario es el objetivo de este libro, no como un segmento autónomo de su insurrección, sino como una de sus dimensiones fundamentales. De los muchos escenarios en los que ésta se desarrolló —situados en su mayoría en los confines rurales del país— la cárcel aparecía como el más cercano y «visible» desde el exterior. Una ventana propicia, por ende, para apreciar el conjunto de la «guerra popular», para comprender su dinámica y su lugar en la historia contemporánea del Perú, en la cual, para muchos, no es sino un accidente o una maldición. (p. 15)

Evidentemente, en la época de elaboración de la investigación y publicación de este libro, nuevas fuentes se encontraban disponibles y se comenzaban a ensayar diferentes perspectivas de análisis; pero también es importante tomar en cuenta que su autor pertenecía a la generación de historiadores cuyos trabajos habían ido conduciendo a la emergencia de la que venimos llamando «novísima historiografía» peruana.

7.3. Clío en los medios de comunicación

No debe llamar la atención que en la época actual cuando se vive un gran auge, importancia e influjo de los medios de comunicación y, particularmente, la llamada *mass media*, la presencia, la opinión, la voz y la pluma de los historiadores se encuentre presente. Parecen lejanos los días en los que la divulgación de los trabajos de los historiadores se reducía a los cenáculos académicos: aulas de clase, congresos, foros y revistas especializadas y cuando solo de forma ocasional se emitía en nuestra televisión local algún programa con contenido

histórico⁸⁵. Hoy en día no son solo los diarios y revistas dirigidos al gran público los que los acogen, sino también la televisión y la denominada *social media*.

En la televisión, destacada presencia ha sido la de Antonio Zapata, quien dirigió la temática y contenido del programa *Sucedió en el Perú* y lo condujo, en su primera etapa, en la televisión estatal. Lo mismo fue el caso de Juan Luis Orrego Penagos, quien inicialmente fue, entre 2007 y 2012, asesor histórico del programa *A la vuelta de la esquina*, emitido por señal de cable. Tenemos a un historiador cuyo trabajo en ese medio amplió su horizonte de investigaciones y, asimismo, una de sus publicaciones es consecuencia directa de dicha actuación. Estamos hablando de su libro *Lima 1, el corazón de la ciudad* (2013). El programa de televisión *A la vuelta de la esquina*, que en su momento fue considerado por la crítica especializada el mejor programa en su género en la televisión peruana, fue concebido para reconstruir la historia de Lima a través de recorridos temáticos, también emitió algunos capítulos similares para Trujillo, Arequipa, Cañete, Huacho y Cusco. En total, salieron al aire más de ciento cincuenta capítulos, de los cuales a Orrego Penagos le correspondió la investigación histórica de alrededor de cien. Hasta ahora se sigue produciendo con otro equipo de asesoría, producción y conducción.

Tiempo después, que se emitió por el canal del estado durante trece meses en señal abierta por cable e internet y alcanzó, por eso, difusión nacional e internacional, fue un programa histórico-cultural de conversación y se transmitía (grabado) diariamente a cargo de Juan Luis Orrego. Este historiador

85 Como el programa *Tempus*, a principio de la década de 1960, en el que semanalmente se divulgaban asuntos históricos en torno a la visita a museos o monumentos ubicados en Lima.

devenido en comunicador también ha incursionado en la *social media* y tiene el blog *Rumbo al Bicentenario*⁸⁶. Inicialmente concebido como un blog sobre historia de Lima, pronto comenzó a divulgar y discutir casi todos los temas de interés histórico, básicamente del Perú, pero también de América Latina.

Otro asunto ligado a la divulgación actual del trabajo historiográfico es la novedosa adopción del «cómico», tal como lo viene haciendo Carlos Rojas Feria (1973). Natural de Lima, estudió la especialidad de historia en la UNMSM y tiene biografías e historias ilustradas en el formato mencionado: *Bolognesi: el titán del morro* (2002); *La historia de Los Olivos contada para niños* (2006); *El Inca Garcilaso de la Vega* (2009), mismo año en el que publicó *Miguel Grau, caballero de mar y tierra* y, al año siguiente, *El inca de Vilcabamba*. Según la descripción propia: «[L]as biografías e historias ilustradas son libros de divulgación histórica que pretenden combinar un lenguaje sencillo, investigación actualizada, cómic y humor, estableciendo un puente que acerque al lector con el pretérito». En formato convencional ha publicado *Perú: enciclopedia de Historia del Perú* (2013), texto que cuenta, además, con 97 biografías de personajes destacados en todas las áreas. También es, desde el 2012, guionista, investigador histórico y redactor del programa de televisión *Sucedió en el Perú*.

86 Recuperado de <http://blog.pucp.edu.pe/blog/juanluisorrego>.



A modo de conclusión

Han transcurrido ya doscientos años de la independencia del Perú, y nuestro país ha enfrentado un complicado devenir en el proceso de construcción del Estado, la nación, la república y la ciudadanía. Se han experimentado avances y retrocesos; momentos de crisis y profundos desasosiegos que han sido, felizmente, siempre superados por la «terca apuesta por el sí», de la que nos hablaba Basadre. Los historiadores son un buen ejemplo de esa apuesta, y, tal vez por eso, una preocupación permanente en ellos se ha relacionado con la existencia o no de la nación. Ese quizás haya sido el principal nudo a desenredar.

Así, los historiadores, al descubrir nuestro pasado, nos han ofrecido motivos de orgullo, pero también razones para procurar cambiar algunos continuos, que tanto han conspirado contra la equidad y el desarrollo. Qué, si no es esa terca apuesta, podría explicar dedicar una vida, o buena parte de ella, a repensar nuestro transcurrir en un país en el que la investigación humanística no es reconocida suficientemente. En este trabajo hemos presentado a algunas de esos especialistas mujeres y hombres en su esfuerzo por comprender el pasado y así contribuir con su presente.

Durante el «largo siglo XIX», a la historiografía no le cupo un lugar marginal, pues proporcionó las visiones históricas

necesarias que pretendieron generar orgullo patrio. En nuestros primeros cien años republicanos, no abundaron las visiones de conjunto; pero esa historia sí ofreció símbolos para crear o afianzar la identidad entre los connacionales, al menos los letrados. Esa historiografía fue una confección porque unió ingredientes de inventiva y, también, de base material. Si bien se olvidó, en el sentido de Renan (1987) y Anderson (2000), las matanzas internas —es decir, las marcadas desigualdades sociales y la explotación colonial y republicana—, no fue tampoco una invención libre del intelecto. Por ello, nuestra línea de interpretación se aleja de la perspectiva que plantea que esas imágenes históricas se hicieron con el objetivo consciente de darle un uso funcional y de clase al pasado para legitimar las exclusiones del presente (Burns, 1978; Woll, 1982). No se puede negar la existencia de intereses como aquellos, pero sí es dudoso que se haya logrado una imposición sistemática de las estructuras del poder, más todavía en el Perú decimonónico con un Estado permanentemente en construcción.

Existe, más bien, un mandato de la historicidad, una imposibilidad de ver con otros lentes, lo que Gadamer (1999) llamaba *horizonte*; en otras palabras, «el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto» (p. 372). Claramente, puede observarse la creencia de que la narración histórica debía acentuar los elementos que unían y no los que separaban; ya no resulta tan evidente cuánto de eso respondió a un plan deliberado y concertado en defensa de los intereses de los sectores sociales gobernantes. Como los historiadores decimonónicos solo podían comprender desde su horizonte, difundieron una historia con una cierta unidad que no presentó el pasado peruano en toda su heterogeneidad. No se trata de una elaboración necesariamente fraguada,

sino de la existencia de lo que Paul Ricoeur (2004) ha llamado la «herencia de la violencia fundadora», es decir, una memoria afectada de olvidos para crear conciencia de identidad⁸⁷. Esta perspectiva, válida para analizar una historiografía fundacional, como lo fue la peruana decimonónica, no generaliza la necesidad de una autoimposición amnésica como requisito para la unión nacional, menos hoy en un país ya bicentenario. De hecho, en el siglo xx, nuestra producción histórica ha mostrado una serie de acontecimientos y procesos que debemos interiorizar, asimilar y nunca olvidar.

La historiografía del siglo xx se presenta más madura y con una mirada más amplia en temas y en metodología. La hemos estudiado partiendo de la generación del novecientos y la generación de 1920, y hemos encontrado diferencias, así como armonía entre esas perspectivas tradicionales y las renovadoras de vanguardia conocidas como la «nueva historia» y la «novísima historiografía».

Nuestra producción histórica en el siglo xx es rica y variada y, a su propio ritmo, ha seguido el desenvolvimiento de la historiografía occidental en la que se inscribe. Ha sido elaborada a lo largo del tiempo por diversas plumas en las manos de indígenas, españoles, mestizos y criollos, aficionados y especialistas, nacionales y extranjeros. A todos ellos debemos la imagen de nuestro pasado construida de manera «objetiva»

87 En *La memoria, la historia, el olvido*, Paul Ricoeur (2004) señala que toda comunidad histórica expresa la «herencia de la violencia fundadora», que implica que se conmemoren (y legitimen) algunos actos fundadores que fueron violentos en sus orígenes, lo cual supone una cuota de olvido de su sentido originario. Ello se debe a la mediación del relato en lo que no hay necesariamente un «abuso», sino un «uso», ya que «[el relato entraña por necesidad una dimensión selectiva]» (p. 572). Otro asunto es la imposición de un relato ideológicamente manipulado, cuestión que, obviamente, Ricoeur censura especialmente para la Europa Occidental de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

y también simbólica, pero, sin duda, asentada firmemente en nuestro pensamiento, lo que nos ha dado sustento e identidad.

Cualquier revisión o repaso historiográfico tiene como característica principal obedecer a un proceso de selección, especialmente en una producción tan rica como la del siglo pasado. Entonces, siempre será discutible, temporal y, por eso mismo, perfectible. Por lo tanto, el término de una revisión historiográfica siempre será fruto de intereses y opciones personales y de coyunturas propias del momento y del lugar de su producción.

A las características enunciadas se debe sumar que estaremos irremediablemente siempre ante una tarea inconclusa. Esperamos, sinceramente, que otros, en el futuro cercano o más lejano, estén dispuestos a sumar esfuerzos y completar esta tarea en la que hemos presentado, por vez primera, una visión de conjunto de la historiografía peruana republicana.



Bibliografía

- AGUIRRE ROJAS, Carlos (2004). *La historiografía en el siglo xx. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* Cataluña: Montesinos.
- ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal (1999). *Visión del Perú. Historia y perspectiva*. Lima: Agenda.
- AMAT OLAZÁBAL, Hernán (2006). «En memoria de Edmundo Guillén Guillén (1921-2005)». *Investigaciones Sociales*, 10(16), 563-566.
- ANDERSON, Benedict (2000). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- ANNINO, Antonio y François-Xavier GUERRA (coords.) (2003). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- ARÉSTEGUI, Narciso (1848). *El padre Horán*. Lima: El Comercio.
- BAQUERIZO, Manuel (1981). «El quechua en el mundo andino de hoy». *Allpanchis*, 15(17-18), 61-76.
- BARROS ARANA, Diego (1910). *Obras completas de Diego Barros Arana*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- BASADRE, Jorge (1943). «Para la historia de la historiografía en el Perú: la vida y obra de Carlos Wiesse». *Historia*, 1(1), 64-71.
- BASADRE, Jorge (1951). «La historia de los partidos de Santiago Távara y la historia de los partidos políticos en el Perú». En Santiago Távara, *Historia de los partidos* (pp. XXVII-LXX). Lima: Huascarán.

- BASADRE, Jorge (1958). *La promesa de la vida peruana y otros ensayos*. Lima: Mejía Baca.
- BASADRE, Jorge (1963). *Historia de la República del Perú*. Lima: Universitaria.
- BASADRE, Jorge (1965). «Prólogo». En *Obras completas* (tomo IV, pp. XI-XLII). Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BASADRE, Jorge (1973). *El azar en la historia y sus límites*. Lima: Premios Latinoamérica Verde.
- BASADRE, Jorge (1979). *Perú, problema y posibilidad*. Lima: Banco Internacional del Perú.
- BASADRE, Jorge ([1939] 1983). *Historia de la República del Perú* (tomo I). Lima: Universitaria.
- BASADRE, Modesto (1894). «Los Indios Uros». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 4, 190-199.
- BAUDIN, Luis (1973). *El imperio socialista de los Incas*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- BEIGEL, Fernanda (2003). «Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana». *Utopía y Praxis Latinoamericana, Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*, 8(20), 106-115.
- BELAUNDE, Víctor Andrés (1923). «Inca Communism and Bolshevism». *Rice Institute Phamphlet of Rice University Studies*, 10(4), 184-201.
- BELAUNDE, Víctor Andrés (1987). «El Perú antiguo y los modernos sociólogos (introducción a un ensayo de sociología jurídica peruana)». En *Obras completas* (volumen 1). Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario.
- BELAY, Raynald; Jorge BRACAMONTE, Carlos Iván DEGREGORI y Jean Joinville VACHER (eds.) (2004). *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Embajada de Francia en el Perú / Instituto de Estudios Peruanos / Instituto Francés de Estudios Andinos / Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

- BONILLA, Heraclio y Karen SPALDING (2001). «La independencia en el Perú. Las palabras y los hechos». En Heraclio Bonilla, *Metáfora y realidad de la Independencia en el Perú* (pp. 41-79). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BURGA, Manuel (1976). *De la encomienda a la hacienda capitalista*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BURGA, Manuel (2005). *La historia y los historiadores en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Universidad Inca Garcilaso de la Vega.
- BURNS, Bradford (1978). «Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography». *Hispanic American Historical Review*, 58(3), 409-431.
- BURY, John (1971). *La idea del progreso*. Madrid: Alianza.
- BUSTO DUTHURBURU, José (28 de julio de 1971). «Olaya: el héroe pescador». *El Comercio. Suplemento del Sesquicentenario*. Lima: El Comercio.
- BUSTO, José Antonio del (2001). *Breve historia de los negros del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- CAIVANO, Tomás (1883). *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Florencia: Tipografía dell'Arte della Stampa.
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge (2001). *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford: Stanford University Press.
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge (2007). *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- CARNEVALE, Cristina (1998). «El pensamiento de Spengler en la historiografía de América Latina». *Anais Eletrônicos do III Encontro da ANPHLAC*. Sao Paulo: Associação de Pesquisadores e Professores de História das Américas.
- CARRANZA, Luis (1892). «Condiciones físicas e intelectuales del indio. Índole artística». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 2, 28-39.

- CARRIÓN CACHOT, Rebeca ([1955] 2005). *El culto al agua en el antiguo Perú: la paccha, elemento cultural panandino*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- CASTILLO, Daniel del (2000). «Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863)». En Narda Henríquez (comp.), *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana* (pp. 99-191). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CHATTERJEE, Partha (2007). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- CHIARAMONTI, Gabriella (2005). *Ciudadanía y representación en el Perú (1808-1860). Los itinerarios de la soberanía*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos / Oficina Nacional de Procesos Electorales.
- CHOCANO, Magdalena (2006). «Caudillaje y militarismo en la tradición interpretativa de la historiografía peruana». *Iberoamericana*, 6(22), 7-21. Recuperado de http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Iberoamericana/2006/Nr_22/22_Chocano.pdf.
- CISNEROS, Luis Benjamín (1861). *Julia o escenas de la vida en Lima*. Lima: Librería de Rosa y Bouret.
- CISNEROS, Luis Benjamín (1864). *Edgardo o un joven de mi generación*. Lima: Librería de Rosa y Bouret.
- COCHRANE, Thomas (1859). *Narrative of Services in the Liberation of Chili, Peru and Brazil, from Spanish and Portuguese Domination*. Londres: James Ridgway.
- COLMENARES, Germán (1997). *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Bogotá: Universidad del Valle / Banco de la República / TM Editores.
- COMPTON, Merlin David (2000). *La historicidad de las Tradiciones peruanas de Ricardo Palma*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

- CONTRERAS, Carlos (2002). «Notas sobre la historiografía económica en el Perú». En Javier Flores y Rafael Varón (eds.), *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G. Y.* (tomo I, pp. 179-194). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Francés de Estudios Andinos / Banco de Crédito del Perú / Fundación Telefónica.
- CONTRERAS, Carlos y Marcos CUETO ([1999] 2013). *Historia del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico.
- CÓRDOVA Y URRUTIA, José María (1844). *Las 3 épocas del Perú*. Lima: Imprenta del autor.
- CORNEJO POLAR, Jorge (2001). *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*. Lima: Copé de Petróleos del Perú.
- CUETO, Marcos (1989). *Excelencia científica en la Periferia. Actividades Científicas e Investigación Biomédica en el Perú*. Lima: Grade.
- CÚNEO VIDAL, Rómulo (1977). «Historia de la civilización peruana». En Rómulo Cúneo-Vidal. *Obras Completas* (tomo 1, volumen I, pp. 3-293). Lima: Gráfica Morsom.
- DAGER ALVA, Joseph (2000a). *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX. Vida y obra de José Toribio Polo*. Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Banco Central de Reserva.
- DAGER ALVA, Joseph (2000b). «La historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo». *Revista Complutense de Historia de América*, 26, 135-179.
- DAGER ALVA, Joseph (2004). «La construcción de la memoria: historia nacional y proyecto burgués en el Perú del siglo XIX». En Carmen Mc Evoy (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú, 1840-1940* (pp. 345-390). Madrid: Iberoamericana.
- DAGER ALVA, Joseph (2009). *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- DÁVALOS Y LISSÓN, Pedro (1919). *La primera centuria. Causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de su vida independiente*. Lima: Librería e imprenta Gil.
- DEUSTUA CARVALLO, José (1981). «Intelectuales y campesinos en el sur andino». *Allpanchis*, 15(17-18), 41-60.
- DÍAZ HERENCIA, Daniel (1959). «Los primeros textos de historia del Perú». *Revista de Educación*, 9, 152-168.
- DRINOT, Paulo (2003). «Historiografía Peruana: onde estamos, como chegamos e para onde vamos?». *Anos 90, Porto Alegre*, (18), 56-63.
- DRINOT, Paulo y Leo GAROFALO (2005). *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de historia peruana, siglo XVI-XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar (1981). «1780: movimientos antifiscales en la sierra norte de la Audiencia de Lima y repercusiones tupamaristas en la misma zona nuevas perspectivas». *Allpanchis*, 15(17-18), 169-201.
- ESPINOZA, Antonio (2005). «Moldeando a los ciudadanos del mañana: el proyecto educativo disciplinador en Lima, entre 1850 y 1900». En Paulo Drinot y Garofalo Leo, *Más allá de la dominación y la resistencia. Estudios de historia peruana, siglo XVI-XX* (pp. 238-259). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ESTENSSORO, Juan Carlos (2003). *Del paganismo a la santidad. La incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*. Lima: Institut Français D'études Andines / Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro (comp.) (2000). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- FERRO, Marc (2003). *Diez lecciones sobre la historia del siglo XX*. México D. E.: Siglo XXI.

- FLORES GALINDO, Alberto (1988a). *La ciudad sumergida. Aristocracia y plebe en Lima, 1760-1830*. Lima: Horizonte.
- FLORES GALINDO, Alberto (1988b). *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Lima: Instituto de Apoyo Agrari.
- FLORES GALINDO, Alberto (1988c). «La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910-1986». *Márgenes*, 4, 55-83.
- FLORES GALINDO, Alberto (1989). «Reencontremos la dimensión utópica. Carta a los amigos» (pp. 1-7). Lima: Sur. Casa de Estudios del Socialismo.
- FLORES GALINDO, Alberto (1999). *La tradición autoritaria: violencia y democracia en el Perú*. Lima: Asociación Pro Derechos Humanos / Sur.
- FLORESCANO, Enrique (2002). *Historia de las historias de la nación mexicana*. México D. F.: Taurus.
- FUENTES, Manuel Atanasio (1859). *Memorias de los vireyes*. Lima: Librería Central de Felipe Bailly.
- FUETER, Ed (1953). *Historia de la historiografía moderna* (tomo II). Buenos Aires: Novoa.
- GADAMER, Hans Georg (1999). *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.
- GADAMER, Hans Georg (2000). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- GÁLVEZ PEÑA, Carlos (1990). «Los estudios históricos de Jorge Guillermo Leguía». *Histórica*, 14(1), 155-164.
- GAZMURI, Cristián (1998). *El «48» chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Santiago de Chile: Universitaria.
- GAZMURI, Cristián (2006). *La historiografía chilena (1842-1920)* (tomo 1). Santiago de Chile: Taurus / Centro de investigaciones Diego Barros Arana.
- GELLNER, Ernest (2001). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- GIUSTI, Miguel y Rafael SÁNCHEZ CONCHA (eds.) (2013). *Universidad y nación*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- GLAVE TESTINO, Luis Miguel (1980). «Problemas para el estudio de la historia regional: el caso del Cusco». *Allpanchis*, 16, 131-164.
- GLAVE TESTINO, Luis Miguel (1990a). «A la entrañable presencia de Alberto Flores Galindo». *Allpanchis*, 1(35-36), IX-XI.
- GLAVE TESTINO, Luis Miguel (1990b). «Presentación». *Allpanchis*, 1(35-36), XIII-XX.
- GLAVE TESTINO, Luis Miguel (1996). *Imágenes del tiempo. De historia e historiadores en el Perú contemporáneo. Documento de trabajo n.º 78*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- GOLTE, Jürgen (1981). «Cultura y naturaleza andinas» *Allpanchis*, 15(17-18), 119-132.
- GÓMEZ ACUÑA, Luis (1999). «Ideología y política en José de la Riva-Agüero y Osma: breves apuntes e hipótesis de estudio». *Histórica*, 23(1), 79-110.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1879). «La historia de los Incas por Cieza de León». *Revista Peruana*, 1(37-43), 133-136.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1907). «El Padre Valera, primer historiador peruano». *Revista Histórica*, 2, 180-199.
- GONZÁLEZ PRADA, Manuel ([1888] 1976). *Páginas Libres. Horas de Lucha*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- GOOCH, George (1942). *Historia e historiadores en el siglo XIX*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- GRAFTON, Anthony (1998). *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota a pie de página*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- GUERRA, Margarita (2013). «La identidad nacional y la universidad: la concepción de las generaciones durante la Reconstrucción y la República Aristocrática». En Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (eds.), *Universidad y nación* (pp. 111-138). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- GUIBOVICH, Pedro (1990). «Biobibliografía de Guillermo Lohmann Villena». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 17, 13-45.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1996). *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El cielo por asalto.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro (1998). *Testimonios del Perú y del mundo. (Artículos de historia, notas de lectura, crónicas de viaje)*. Montilla: Bibliofilia Montillana.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro (2010). «Unos apuntes de evocación y evaluación: sobre el legado historiográfico de Guillermo Lohmann Villena». *Mercurio Peruano*, 523, 104-115.
- HERRERA, Bartolomé (1929). *Escritos y discursos* (tomo 1). Lima: Librería Francesa Científica / E. Rosay.
- HIGGINS, James (2006). *Historia de la literatura peruana*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- HOBBSAWM, Eric (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- HOBBSAWM, Eric (2002). «Introducción». En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición* (pp. 7-21). Barcelona: Crítica.
- HOLGUÍN CALLO, Oswaldo (2005). *El largo camino de la nación peruana (siglo XIX). Discurso de incorporación a la Academia Nacional de Historia*. Lima: Edición del Autor.
- HOLGUÍN CALLO, Oswaldo (ed.) (2014). «Raúl Porras y Los Cronistas del Perú». En Raúl Porras Barrenechea, *Los cronistas del Perú (1528-1650)* (volumen 2, pp. 17-58). Lima: Biblioteca Abraham Valdelomar / Instituto Raúl Porras Barrenechea / Academia Peruana de la Lengua.
- KAPSOLI, Wilfredo y Carlos BARROS (2001). *Historia e historiadores*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- KOSSELLECK, Reinhart (1976). «Ascenso y estructuras del mundo burgués». En *La época de las revoluciones europeas, 1780-1848* (pp. 283-305). México D. F.: Siglo XXI.

- KRAUZE, Enrique (2005). *La presencia del pasado*. Barcelona: Tusquets.
- LARRABURE Y UNANUE, Eugenio (1867). *Estudios literarios*. Lima: Imprenta Liberal.
- LARRABURE Y UNANUE, Eugenio (1874). *Cañete, apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos*. Lima: Imprenta del Estado.
- LARRABURE Y UNANUE, Eugenio (1936). *Manuscritos y publicaciones: historia y arqueología*. Lima: Imprenta Americana.
- LASTARRIA, José Victorino (1868). «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile». En *Miscelánea histórica y literaria* (tomo I, pp. 3-136). Valparaíso: Imprenta de la Patria.
- LAVALLE, José Antonio de (1859). *Don Pablo de Olavide. Apuntes sobre su vida y sus obras*. Lima: Imprenta Americana.
- LAVALLE, José Antonio de (1861). «Un poema y un poeta nacional del siglo XVII». *La Revista de Lima*, (3), 1-7.
- LEGO, Pablo (2008). «Una aproximación filosófica a la relación entre naturaleza y cultura en el contexto de los estudios andinos». *Allpanchis*, 38(69), 219-244.
- LÓPEZ SORIA, José Ignacio (1969). «Notas filosóficas de nuestra historia». *Historia y Cultura. Órgano del Museo Nacional de Historia*, 3, 69-76.
- LÓPEZ SORIA, José Ignacio (28 de julio de 1971a). «Conmemorando lo que se ha considerado oportuno. La historia que sabemos ¿es nuestra historia?». *Suplemento 150 años después hacia la verdadera Independencia* (p. vi). Lima: Expreso.
- LÓPEZ SORIA, José Ignacio (28 de julio de 1971b). «Apetencias de nuevos grupos de poder fomentaron también nuestra Emancipación». *Suplemento 150 años después hacia la verdadera Independencia* (pp. II y XXXVIII-XXXIX). Lima: Expreso.
- LÓPEZ SORIA, José Ignacio ([2006] 2010). «Lo andino y la diversidad». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 33, 25-37.

- LORENTE, Sebastián (1860). *Historia antigua del Perú*. Lima: Imprenta Abreu.
- LORENTE, Sebastián (1861). *Historia de la conquista del Perú*. Lima: Masias.
- LORENTE, Sebastián (1879). *Historia de la civilización peruana*. Lima: Imprenta Liberal.
- LORENTE, Sebastián (1967). *Pensamientos sobre el Perú*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- LORENTE, Sebastián (2005). *Escritos fundacionales de historia peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- MACERA, Pablo (1969). «Tratados de Utilidad, Consultas y Pareceres económicos jesuitas». *Historia y Cultura. Órgano del Museo Nacional de Historia*, 3, 77-94.
- MACERA, Pablo (1977). *Trabajos de historia*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- MACERA, Pablo (1981). «Arte y lucha social: los murales de Ambaná (Bolivia)». *Allpanchis*, 15(17-18), 23-40.
- MACERA, Pablo (1988). *Trabajos de historia* (2.ª edición). Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- MAJLUF, Natalia (2001). «Convención y descripción: Francisco-Pancho Fierro (1807-1879) y la formación del costumbrismo peruano». *Hueso Húmero*, 39, 3-44.
- MÁLAGA MEDINA, Alejandro (1975). «Los corregimientos de Arequipa. Siglo XVI». *Historia*, 1, 47-85.
- MALLON, Florencia (1981). «Problema nacional y lucha de clases en la Guerra del Pacífico. La resistencia de la Breña en la sierra central, 1881-1886». *Allpanchis*, 15(17-18), 203-231.
- MANNARELLI, María Emma (1998). *Hechiceras, beatas y expósitas: mujeres y poder inquisitorial en Lima*. Lima: Congreso del Perú.
- MANRIQUE, Nelson (1999). *La piel y la pluma: escritos sobre literatura, etnicidad y racismo*. Lima: Sur Casa de Estudios del Socialismo.

- Manrique, Nelson (2002). «El país de las oportunidades perdidas. Perú: problema y posibilidad». Libros & Artes, 1, 4-5.
- Markham, Clements (1882). *The War between Peru and Chile, 1879-1882*. Londres: Sampson Low, Marston and Company.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2004). «El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista (1860-1890)». En Carmen Mc Evoy (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)* (pp. 391-419). Madrid: Iberoamericana.
- MARZAL, Manuel (1989). «La investigación de la religión andina». *Allpanchis Phuturinga*, 21(34), 11-27.
- MATICORENA, Miguel (2003). «Jorge Basadre: teoría del Perú e historicismo». *Investigaciones Sociales*, 7(11), 239-247.
- MATICORENA, Miguel (2014). «Prólogo». En Ella Dunbar Temple, *Instituciones*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Fundación Temple Radicati.
- Mc Evoy, Carmen (1994). *Un proyecto nacional en el siglo XIX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Mc Evoy, Carmen (1997). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Mc Evoy, Carmen (2003). «Estudio preliminar». En José Arnaldo Márquez, *Recuerdos de viaje a los Estados Unidos de la América del Norte, 1857-1861* (pp. 13-47). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos / COFIDE.
- Mc Evoy, Carmen (2007a). «Chile en el Perú: política, economía y sociedad en los tiempos de la ocupación (1881-1884)». En José Chaupis Torres y Emilio Rosario (comps.), *La Guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia* (pp. 187-215). Lima: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Línea Andina.
- Mc Evoy, Carmen (2007b). «¿República nacional o república continental?: el discurso republicano durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884». En

- Carmen Mc Evoy y Ana María Stuvén (eds.), *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur. 1800-1884* (pp. 531-562). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos.
- MC EVOY, Carmen (ed.) (2004). *La experiencia burguesa en el Perú, 1840-1940*. Madrid: Iberoamericana.
- MÉNDEZ GASTELUMENDI, Cecilia (1993). *Incas sí, indios no. Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MÉNDEZ, Cecilia (1990). «Los indios, la independencia y la “herencia colonial”: algunas reflexiones». *Allpanchis*, 1(35-36), 139-146.
- MÉNDEZ, Cecilia (1993). «¿Dónde está lo andino? Entre el mito y el objeto perdido». *Apuntes*, 33, 115-117.
- MÉNDEZ, Cecilia (1997). «República sin indios: la comunidad imaginada del Perú». En Enrique Urbano (comp.), *Tradición y modernidad en los Andes* (pp. 15-41). Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- MENDIBURU, Manuel de (31 de diciembre de 1874). «Sobre el Quichua». *El Correo del Perú*.
- MENDIBURU, Manuel de (1874). *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Lima: Imprenta de Francisco Solís.
- MENDOZA RODRÍGUEZ, Juan (28 de julio de 1971). «Significado y trascendencia del sesquicentenario». *El Comercio. Suplemento del Sesquicentenario* (p. 11). Lima: El Comercio.
- MILLONES, Luis (ed.) (2005). *Ensayos de historia andina*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- MONSIVÁIS, Carlos (1980). *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México D. F.: Era.
- MONSIVÁIS, Carlos (2000). *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama.

- MORADIELLOS, Enrique (2001). *Las caras de Clío. Una introducción a la historia*. Madrid: Siglo XXI.
- MOREYRA LOREDO, Manuel (1994). «Presentación». En Manuel Moreyra Paz Soldán, *Estudios Históricos. Tráfico marítimo colonial y Tribunal del Consulado de Lima* (volumen I, pp. 13-22). Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MUJICA, Ramón ([2001] 2005). *Rosa limensis. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú / Fondo de Cultura Económica / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- MURRA, John (2002). *El mundo andino. Población, medio ambiente y economía*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto de Estudios Peruanos.
- NOMBERTO BAZÁN, Víctor Raúl y Filomeno, ZUBIETA NÚÑEZ (2007). *Historiografía General y del Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- O'PHELAN GODOY, Scarlett (1977). «El Norte y los movimientos antifiscales del siglo XVIII». *Histórica*, 1(2), 199-222.
- O'PHELAN GODOY, Scarlett (1985). « El mito de la independencia concedida: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano siglo XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)». *Histórica*, 9(2), 155-191.
- O'PHELAN GODOY, Scarlett (2014). *La Independencia en los Andes. Una historia conectada*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- ODRIOZOLA, Manuel de (1863-1877a). *Documentos históricos del Perú en las épocas del Coloniaje, después de la Conquista y de la independencia hasta lo presente*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.
- ODRIOZOLA, Manuel de (1863-1877b). *Colección de documentos literarios del Perú*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.
- OVIDO, José Miguel (1997). *Historia de la literatura hispanoamericana. Del Romanticismo al Modernismo* (volumen 2). Madrid: Alianza.

- PACHECO IBARRA, Juan José (2006). «La Academia de la Historia Nacional (1885): un proyecto temprano de fundación». *Revista Histórica*, (42), 213-226.
- PALACIOS, Raúl (1988). *La Sociedad Geográfica de Lima. Fundación y años iniciales*. Lima: Universidad de Lima.
- PALMA, Ricardo (1853). *Corona Patriótica. Colección de apuntes biográficos*. Lima: Tipografía del Mensajero.
- PALMA, Ricardo (1961). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.
- PALMA, Ricardo (1863). *Anales de la Inquisición en Lima. (Estudio histórico)*. Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.
- PAREKH, Bhikhu (2000). «El etnocentrismo del discurso nacionalista». En Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (pp. 91-122). Buenos Aires: Manantial.
- PATALANO, Mercedes (2005). «Las publicaciones del campo científico: las revistas académicas de América Latina». *Anales de Documentacion*, 8, 217-235. Recuperado de <http://revistas.um.es/index.php/analesdoc/article/viewFile/1451/1501>.
- PATRÓN, Pablo (1878). *Observaciones sobre la obra «El Perú» del señor Antonio Raimondi*. Lima: Imprenta de Masias Hermanos.
- PATRÓN, Pablo (1891). «Los descubrimientos fenicios». *Revista Americana*, 2-4.
- PATRÓN, Pablo (1906). «La veracidad de Montesinos». *Revista Histórica*, 1, 289-303.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1868). *Historia del Perú independiente* (tomo I). Lima: Imprenta A. Lemale.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1874). *Historia del Perú independiente* (tomo II). Lima: Imprenta A. Lemale.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1979). *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. Lima: Milla Batres.

- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1888). *Historia del Perú independiente, 1835-1839*. Buenos Aires: Imprenta y Estereotipia del Courier de La Plata.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1879). *Biblioteca peruana*. Lima: Imprenta Liberal.
- PEASE, Franklin (1978). *Del Tahuantinsuyo a la historia del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- PEASE, Franklin (1979). «La formación del Tawantinsuyo: mecanismos de colonización y relación con las unidades étnicas». *Histórica*, 3(1), 97-120.
- PEASE, Franklin (1981). «Continuidad y resistencia de lo andino». *Allpanchi*, 15(17-18), 105-118.
- PEASE, Franklin (1989). «La conquista española y la percepción andina del otro». *Histórica*, 13(2), 171-196.
- PEASE, Franklin (1993). «La visión del Perú. La historiografía». En *Perú, hombre e Historia. La República* (volumen III, pp. 93-128). Lima: Edu-banco.
- PERALTA, Germán (2013). «Universidad y nación en la generación del veinte». En Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (eds.), *Universidad y nación* (pp. 87-110). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- PODESTÁ, Bruno (1974). «Encuesta en las ciencias sociales». *Apuntes. Revista De Ciencias Sociales*, 3, 131-148. Recuperado de <https://doi.org/10.21678/apuntes.3.96>.
- POLO, José Toribio (1877). «Momias de los Incas». En Manuel de Odríozaola, *Colección de documentos literarios del Perú* (tomo XI, pp. 371-378). Lima: Tipografía de Aurelio Alfaro.
- POLO, José Toribio (1901). *Los Uros del Perú y Bolivia*. Lima: Imprenta y Librería San Pedro.
- POLO, José Toribio (1907a). «Luis Jerónimo Oré». *Revista Histórica*, 2, 74-91.
- POLO, José Toribio (1907b). «Blas Valera». *Revista Histórica*, 2, 544-552.
- POLO, José Toribio (1908). «Un teólogo célebre». *Revista Histórica*, 3, 5-28.

- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1954). *Fuentes históricas peruanas*. Lima: Juan Mejía Baca / P. L. Villanueva.
- PORTOCARRERO, Gonzalo y Patricia OLIART (1989). *El Perú desde la escuela*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.
- PRESCOTT, Guillermo (1980). *Historia de la conquista del Perú*. Lima: Universo.
- PUENTE CANDAMO, José (28 de julio de 1971). «Los peruanos y San Martín». *El Comercio. Suplemento del Sesquicentenario* (p. IV). Lima: El Comercio.
- PUENTE, José Agustín de la (1993). «La Independencia». En *Historia General del Perú* (tomo VI, pp. 11-35). Lima: Brasa.
- QUEVEDO, María Piedad (2005). «Ramón Mujica Pinilla. *Rosa limensis*. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América». *Fronteras de la Historia*, 10, 357-360.
- QUIJADA, Mónica (2003). «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano». En Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.). *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX* (pp. 287-315). México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- QUINTANILLA, Pablo (2004). «Del espejo al caleidoscopio: aparición y desarrollo de la filosofía en el Perú». *Areté*, 16(1), 43-79.
- QUIROZ CHUECA, Francisco (1995). *Gremios, razas y libertad de industrias. Lima Colonia*. Lima: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- QUIROZ CHUECA, Francisco (1999). «La historiografía joven peruana. 1987-1995». *Diálogos*, 1, 109-128.
- QUIROZ CHUECA, Francisco (2012). *De la patria a la nación. Historiografía peruana desde Garcilaso hasta la era del guano*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores.
- RAGAS, José (2006). «Clío en las urnas. La historiografía electoral sobre el Perú. Estado de la cuestión y guía bibliográficas (1810-1930)». *Elecciones*, 6, 243-272.

- RAGAS, José (2013). «Los historiadores y el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (Perú, 2013-2013)». *Argumentos*, 7(4), 52-59.
- RAMÍREZ AGUILAR, Juan (2014). *Movimiento sacerdotal ONIS. La Iglesia en el Perú ante las demandas de justicia social 1968-1975*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Seminario de Historia Rural Andina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- RAMÓN, Gabriel (1995). «La historia del Perú según Sebastián Lorente». *Cibertextos*, 1(2), 1-24.
- REALE, Giovanni y Dario ANTISERI (1995). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Barcelona: Herder.
- REBAZA, Nicolás (1971). *Anales del departamento de La Libertad en la guerra de la independencia*. Trujillo: Edigrafi.
- REGALADO DE HURTADO, Liliana (2004). «Valor historiográfico de *El azar en la historia y sus límites* de Jorge Basadre». *Historia y Cultura. Revista del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú*, 25, 222-244.
- REGALADO DE HURTADO, Liliana (2007). *Clío y Mnemósine. Estudios sobre historia, memoria y pasado reciente*. Lima: Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- REGALADO DE HURTADO, Liliana (2013). «Distintas formas de ser peruano: Franklin Pease, nación y mundo andino. Notas preliminares para encarar una obra y un pensamiento». En Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (eds.), *Universidad y nación* (pp. 211-234). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- REGALADO DE HURTADO, Liliana (2021). *Clío en el Perú. Repaso a la historiografía peruana contemporánea*. Lima: Academia Nacional Peruana de la Historia.
- RENAN, Ernest (1987). *¿Qué es la nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.

- RÉNIQUE, José Luis (2003). *La voluntad encarcelada las «luminosas trincheras de combate» de Sendero Luminoso del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- RÉNIQUE, José Luis (2004). *La batalla por Puno. Conflicto agrario y nación en los Andes peruanos 1866-1995*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Sur Casa de Estudios del Socialismo.
- RÉNIQUE, José Luis (2007). «Benjamín Vicuña Mackenna: exilio, historia y nación». En Carmen Mc Evoy y Ana María Stiven (eds.), *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884* (pp. 487-529). Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- RÉNIQUE, José Luis (2013). *La voluntad encarcelada. Las luminosas trincheras de lucha de Sendero Luminoso del Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- REVISTA PERUANA (1879). «Prospecto inicial». *Revista Peruana*, tomo I, 3.
- RICOEUR, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la ([1910] 1965). *La historia en el Perú. Obras completas de José de la Riva-Agüero* (tomo IV). Lima: Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- RIVERA SERNA, Raúl (1980). «Historia de la historia». En Fernando Silva Santisteban (ed.), *Historia del Perú* (tomo X, pp. 281-372). Lima: Juan Mejía Baca.
- RIVERO, Mariano Eduardo de y Juan Diego de Tschudi (1851). *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.
- ROCCA TORRES, Luis; Jesús COSAMALÓN AGUILAR y Maribel ARRELUCEA BARRANTES (2015). *Esclavos de Zaña (1826-1854). Registrados en Libros de bautismos y defunciones de la Iglesia Matriz de Zaña-Perú*. Chiclayo: Museo Afroperuano.

- ROEL PINEDA, Virgilio (2009). *Ataque e invasión del imperio hispánico al Perú de los incas*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades.
- ROEL, Virgilio (28 de julio de 1971). «La más grande ironía de la historia fueron los actos de julio de 1821». *Suplemento 150 años después hacia la verdadera Independencia* (pp. III y XXXIII-XXXIX). Lima: Expreso.
- ROMERO, Emilio (28 de julio de 1971). «Resurrección y gloria de Túpac Amaru». *El Comercio. Suplemento del Sesquicentenario* (p. XII). Lima: El Comercio.
- ROSA TORO, Agustín de la (1866). *Historia política del Perú*. Lima: Aubert.
- RUBIO FATACCIOLI, Alberto (1990). *Sebastián Lorente y la educación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Alameda.
- SALAZAR BONDY, Augusto (1965). *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima: Francisco Moncloa.
- SALAZAR BONDY, Augusto (1967). *La filosofía en el Perú*. Lima: Universo.
- SALOMON, Frank (1982). «Andean Ethnology in the 1970s: A Retrospective». *Latin American Research Review*, 17(2), 75-128.
- SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS, Rafael (2015). «Historias generales de la Iglesia en el Perú: estado de la cuestión, 1953-2014». *Anuario de Historia de la Iglesia*, 24, 117-139.
- SANTAMARÍA, Antonio (2001). *Los nacionalismos. De los orígenes a la globalización*. Barcelona: Bellaterra.
- SOBREVILLA, David (1980). «Las ideas en el Perú Contemporáneo». En *Historia del Perú* (tomo IX, pp. 115-414). Lima: Mejía Baca.
- SOBREVILLA PEREA, Natalia (2004). «El proyecto liberal y la Convención de 1855». En Carmen Mc Evoy (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)* (pp. 223-243). Madrid: Iberoamericana.
- SOBREVILLA PEREA, Natalia (2007). «Apertura y diversidad: emigrados políticos latinoamericanos en la Lima de mediados del siglo XIX». En Carmen Mc Evoy y Ana María Stuyen (eds.), *La República peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884* (pp. 289-311).

- Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- SOMMER, Doris (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales en América Latina*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- SPALDING, Karen (1981). «Resistencia y adaptación: el gobierno colonial y las élites nativas». *Allpanchis*, 15(17-18), 5-21.
- STERN, Steve (ed.) (1999). *Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad, 1980-1995*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.
- TAMAYO, José (1989). *Breve historia de una historiador: un ensayo de ego-historia*. Lima: Centro de Estudios País y Región.
- TÁVARA, Santiago (1951). *Historia de los partidos*. Lima: Huascarán.
- TELLO BARREDA, Carlos (2018). «Reseña de *En nombre del Gobierno. El Perú y Uchuraccay: un siglo de política campesina* de Ponciano del Pino». *Apuntes*, 83, 205-208.
- TEMPLE, Ella Dunbar ([1958] 2014). *Instituciones*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Fundación Temple Radicati.
- TURNER, Mark (2005). «Una historia peruana para el pueblo peruano. De la genealogía fundacional de Sebastián Lorente». En Sebastián Lorente, *Escritos fundacionales de historia peruana* (pp. 15-76). Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- TURNER, Mark (2006). *Republicanos andinos*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas / Instituto de Estudios Peruanos.
- TURNER, Mark (2012). *El nombre del abismo. Meditaciones sobre la historia de la historia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- TORRENTE, Mariano (1829). *Historia de la revolución hispano-americana*. Madrid: Leon Amarita.
- TRILLO AUQUI, Gerardo (2019). «El tránsito de Clío en el Perú. Bibliografía sobre la Historiografía Peruana». *Grupo de Trabajo*. Recuperado de <https://grupodetrabajohistoriasiglo20.blogspot.com/2019/02/el-transito-de-clio-en-el-peru.html>.

- URBANO, Enrique (1981). «Del sexo, incesto y los ancestros de Inkarrí. Mito, utopía e historia en las sociedades andinas». *Allpanchis*, 15(17-18), 77-103.
- VALCÁRCEL, Daniel (28 de julio de 1971). «Túpac Amaru en la historia del pueblo». *Suplemento 150 años después hacia la verdadera Independencia* (pp. XVI-XVII). Lima: Expreso.
- VALCÁRCEL, Luis Alberto ([1940] 2015). *El virrey Toledo, gran tirano del Perú. Una revisión histórica*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega.
- VALDIVIA, Juan Gualberto (1874). *Memorias sobre las revoluciones de Arequipa desde 1834 a 1866*. Lima: Imprenta de la Opinión Nacional.
- VARGAS UGARTE, Rubén (1959). *Manual de estudios peruanistas*. Lima: Librería e Imprenta Gil.
- VARGAS VALDIVIESO, Nemesio (1903). *Historia del Perú independiente* (tomo I). Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.
- VARGAS VALDIVIESO, Nemesio (1906). *Historia del Perú independiente* (tomo II). Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.
- VARGAS VALDIVIESO, Nemesio (1910). *Historia del Perú independiente* (tomo IV). Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.
- VARGAS VALDIVIESO, Nemesio (1916). *Historia del Perú independiente* (tomo VII). Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.
- VARGAS VALDIVIESO, Nemesio (1917). *Historia del Perú independiente* (tomo VIII). Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros.
- VARILLAS MONTENEGRO, Alberto (1992). *La literatura peruana del siglo XIX. Periodificación y caracterización*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- VÁSQUEZ, George (1996). «La historiografía latinoamericana del siglo XIX. El caso de tres historiadores ilustres: Andrés Bello, Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre». *Histórica*, 20(1), 131-153.
- VEGA BELLO, Juan José (1963). *La guerra de los Wiracochas. Historia de la conquista del imperio de los incas*. Lima: Peisa.

- VEGA, Juan José (28 de julio de 1971). «Micaela Bastidas y las heroínas tupamaristas». *Suplemento 150 años después hacia la verdadera Independencia* (pp. xxvi-xxviii). Lima: Expreso.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1971). *La independencia en el Perú*. Santiago de Chile: Francisco de Aguirre.
- VILLALOBOS RIVERA, Sergio (2000). *Barros Arana. Formación intelectual de una nación*. Santiago de Chile: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / Editorial Universitaria.
- VILLALOBOS RIVERA, Sergio (2002). *Chile y Perú: la historia que nos une y nos separa, 1535-1883*. Santiago: Universitaria.
- WALKER, Charles (2007). «¿Civilizar o controlar? El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones». En Cristóbal Aljovín y Nils Jacobsen, *Cultura política en los andes (1750-1950)* (pp. 105-130). Lima: Universidad Nacional de San Marcos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- WALKER, Charles (comp.) (1995). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- WATSON-ESPENER, Maida (1979). *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WOLL, Allen (1982). *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth-Century Chile*. Louisiana: Louisiana State University Press.
- ZERMEÑO, Guillermo (2004). «La historia, una ciencia del Estado. Notas sobre la función social del historiador en México en el siglo XIX». En Hugo Cancino (coord.), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX* (pp. 19-33). Madrid: Cuadernos Historia de Historiadores Latinoamericanos Europeos / Iberoamericana.

En el Perú carecemos de un libro que aborde con visión de conjunto el desarrollo de la historiografía en los doscientos años de vida republicana; este trabajo intenta llenar ese vacío. El lector encontrará aquí un examen de la historiografía decimonónica en su intención por fijar los valores de la nacionalidad, lo que resultó gravitante en la construcción de la nueva realidad política: el Estado-nación. También se analiza el siglo XX tomando como punto de partida a las denominadas generación del novecientos y generación del centenario, para abordar luego los cambios y continuidades que darán como resultado la «nueva historia» peruana, un eje que ha sido fundamental en nuestra producción. Finalmente, se presenta la «novísima historiografía» y se bosqueja el escenario de Clío en el siglo XXI.



Joseph Dager Alva es historiador y profesor en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Realiza investigaciones sobre historiografía peruana y latinoamericana e historia del pensamiento político. Entre sus publicaciones destacan *Hipólito Unanue o el cambio en la continuidad* (2000), *Una aproximación a la historiografía del siglo XIX: vida y obra de José Toribio Polo (1841-1918)* (2000) e *Historiografía y nación en el Perú del siglo XIX* (2009).

Liliana Regalado de Hurtado es historiadora y profesora en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es especialista en etnohistoria andina prehispánica y colonial e historiografía peruana y latinoamericana. Entre sus publicaciones destacan *El inca Titu Cusi Yupanqui y su tiempo* (1997), *Clío y Mnemósine: estudios sobre historia, memoria y pasado reciente* (2007) e *Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío* (2010).



PERÚ

Ministerio de Cultura



BICENTENARIO
PERÚ
2024

www.bicentenario.gob.pe



@Bicentenariope
#BicentenarioPerú2024